

OVIDIO

METAMORFOSIS

Libro primero

Invocación

Me lleva lleva el ánimo a decir las mutadas formas
a nuevos cuerpos: dioses, estas empresas mías –pues vosotros los mutasteis–
aspirad, y, desde el primer origen del cosmos
hasta mis tiempos, perpetuo desarrollad mi poema.

El origen del mundo

⁵Antes del mar y de las tierras y, el que lo cubre todo, el cielo,
uno solo era de la naturaleza el rostro en todo el orbe,
al que dijeron Caos, ruda y desordenada mole
y no otra cosa sino peso inerte, y, acumuladas en él,
unas discordes simientes de cosas no bien unidas.

¹⁰Ningún Titán todavía al mundo ofrecía luces,
ni nuevos, en creciendo, reiteraba sus cuernos Febe,
ni en su circunfuso aire estaba suspendida la tierra,
por los pesos equilibrada suyos, ni sus brazos por el largo
margen de las tierras había extendido Anfitrite,
¹⁵y por donde había tierra, allí también ponto y aire:
así, era inestable la tierra, innadable la onda,
de luz carente el aire: ninguno su forma mantenía,
y estorbaba a los otros cada uno, porque en un cuerpo solo

lo frío pugnaba con lo caliente, lo humedecido con lo seco,
²⁰lo mullido con lo duro, lo sin peso con lo que tenía peso.

Tal lid un dios y una mejor naturaleza dirimió,
pues del cielo las tierras, y de las tierras escindió las ondas,
y el fluente cielo segregó del aire espeso.
Estas cosas, después de que las separó y eximió de su ciega acumulación,
²⁵disociadas por lugares, con una concorde paz las ligó.

La fuerza ígnea y sin peso del convexo cielo
rieló y un lugar se hizo en el supremo recinto.
Próximo está el aire a ella en levedad y en lugar.
Más densa que ellos, la tierra, los elementos grandes arrastró
³⁰y presa fue de la gravedad suya; el circumfluente humor
lo último poseyó y contuvo al sólido orbe.

Así cuando dispuesta estuvo, quien quiera que fuera aquel, de los dioses,
esta acumulación sajó, y sajada en miembros la rehizo.
En el principio a la tierra, para que no desigual por ninguna
³⁵parte fuera, en forma la aglomeró de gran orbe;
entonces a los estrechos difundirse, y que por arrebatadores vientos se entumecieran
ordenó y que de la rodeada tierra circundaran los litorales.

Añadió también fontanas y pantanos inmensos y lagos,
y las corrientes declinantes ciñó de oblicuas riberas,
⁴⁰las cuales, diversas por sus lugares, en parte son sorbidas por ella,
al mar arriban en parte, y en tal llano recibidas
de más libre agua, en vez de riberas, sus litorales baten.

Ordenó también que se extendieran los llanos, que se sumieran los valles,
que de fronda se cubrieran las espesuras, lapídeos que se elevaran los montes.

⁴⁵Y, como dos por la derecha y otras tantas por su siniestra
parte, el cielo cortan unas fajas –la quinta es más ardiente que aquéllas–,
igualmente la carga en él incluida la distinguió con el número mismo
el cuidado del dios, y otras tantas llagas en la tierra se marcan.

De las cuales la que en medio está no es habitable por el calor.

⁵⁰Nieve cubre, alta, a dos; otras tantas entre ambas colocó

y templanza les dio, mezclada con el frío la llama.

Domina sobre ellas el aire, el cual, en cuanto es, que el peso de la tierra, su peso, que el del agua, más ligero, en tanto es más pesado que el fuego.

Allí también las nieblas, allí aposentarse las nubes

⁵⁵ordenó, y los que habrían de conmover, los truenos, las humanas mentes, y con los rayos, hacedores de relámpagos, los vientos.

A ellos también no por todas partes el artífice del mundo que tuvieran el aire les permitió. Apenas ahora se les puede impedir a ellos, cuando cada uno gobierna sus soplos por diverso trecho,

⁶⁰que destrocen el cosmos: tan grande es la discordia de los hermanos.

El Euro a la Aurora y a los nabateos reinos se retiró,

y a Persia, y a las cimas sometidas a los rayos matutinos.

El Anochecer y los litorales que con el caduco sol se templan,

próximos están al Céfito; Escitia y los Siete Triones

⁶⁵horrendo los invadió el Bóreas. La contraria tierra

con nubes asiduas y lluvia la humedece el Austro.

De ello encima impuso, fluido y de gravedad carente, el éter, y que nada de la terrena hez tiene.

Apenas así con lindes había cercado todo ciertas,

⁷⁰cuando, las que presa mucho tiempo habían sido de una calina ciega, las estrellas empezaron a hervir por todo el cielo,

y para que región no hubiera ninguna de sus vivientes huérfana,

los astros poseen el celeste suelo, y con ellos las formas de los dioses;

cedieron para ser habitadas a los nítidos peces las ondas,

⁷⁵la tierra a las fieras acogió, a los voladores el agitable aire.

Más santo que ellos un viviente, y de una mente alta más capaz, faltaba todavía, y que dominar en los demás pudiera:

nacido el hombre fue, sea que a él con divina simiente lo hizo

aquel artesano de las cosas, de un mundo mejor el origen,

⁸⁰sea que reciente la tierra, y apartada poco antes del alto

éter, retenía simientes de su pariente el cielo;

a ella, el linaje de Jápeto, mezclada con pluviales ondas,

la modeló en la efigie de los que gobiernan todo, los dioses,
y aunque inclinados contemplan los demás vivientes la tierra,
⁸⁵una boca sublime al hombre dio y el cielo ver
le ordenó y a las estrellas levantar erguido su semblante.
Así, la que poco antes había sido ruda y sin imagen, la tierra
se vistió de las desconocidas figuras, transformada, de los hombres.

Las edades del hombre

Áurea la primera edad engendrada fue, que sin defensor ninguno,
⁹⁰por sí misma, sin ley, la confianza y lo recto honraba.
Castigo y miedo no habían, ni palabras amenazantes en el fijado
bronce se leían, ni la suplicante multitud temía
la boca del juez suyo, sino que estaban sin defensor seguros.
Todavía, cortado de sus montes para visitar el extranjero
⁹⁵orbe, a las fluentes ondas el pino no había descendido,
y ningunos los mortales, excepto sus litorales, conocían.
Todavía vertiginosas no ceñían a las fortalezas sus fosas.
No la tuba de derecho bronce, no de bronce curvado los cuernos,
no las gáleas, no la espada existía. Sin uso de soldado
¹⁰⁰sus blandos ocios seguras pasaban las gentes.
Ella misma también, inmune, y de rastrillo intacta, y de ningunas
rejas herida, por sí lo daba todo la tierra,
y, contentándose con unos alimentos sin que nadie los obligara creados,
las crías del madroño y las montañas frescas recogían,
¹⁰⁵y cornejos, y en los duros zarzales prendidas las moras
y, las que se habían desprendido del anchuroso árbol de Júpiter, bellotas.
Una primavera era eterna, y plácidos con sus cálidas brisas
acariciaban los céfiros, nacidas sin semilla, a las flores.
Pronto, incluso, frutos la tierra no arada llevaba,
¹¹⁰y no renovado el campo canecía de grávidas aristas.
Corrientes ya de leche, ya corrientes de néctar pasaban,
y flavas desde la verde encina goteaban las mieles.

Después de que, Saturno a los tenebrosos Tártaros enviado,
bajo Júpiter el cosmos estaba, apareció la plateada prole,
¹¹⁵que el oro inferior, más preciosa que el bermejo bronce.
Júpiter contrajo los tiempos de la antigua primavera
y a través de inviernos y veranos y desiguales otoños
y una breve primavera, por cuatro espacios condujo el año.
Entonces por primera vez con secos hervores el aire quemado
¹²⁰se encandeció, y por los vientos el hielo rígido quedó suspendido.
Entonces por primera vez entraron en casas, casas las cavernas fueron,
y los densos arbustos, y atadas con corteza varas.
Simientes entonces por primera vez, de Ceres, en largos surcos
sepultadas fueron, y hundidos por el yugo gimieron los novillos.
¹²⁵Tercera tras aquella sucedió la bronceína prole,
más salvaje de ingenios y a las hórridas armas más pronta,
no criminal, aun así; es la última de duro hierro.
En seguida irrumpió a ese tiempo, de vena peor,
toda impiedad: huyeron el pudor y la verdad y la confianza,
¹³⁰en cuyo lugar aparecieron los fraudes y los engaños
y las insidias y la fuerza y el amor criminal de poseer.
Velas daba a los vientos, y todavía bien no los conocía
el marinero, y las que largo tiempo se habían alzado en los montes altos
en oleajes desconocidos cabriolaron, las quillas,
¹³⁵y común antes, cual las luces del sol y las auras,
el suelo, cauto lo señaló con larga linde el medidor.
Y no sólo sembrados y sus alimentos debidos se demandaba
al rico suelo, sino que se entró hasta las entrañas de la tierra,
y las que ella había reservado y apartado junto a las estigias sombras,
¹⁴⁰se excavan esas riquezas, agujadas de desgracias.
Y ya el dañino hierro, y que el hierro más dañino el oro
había brotado: brota la guerra que lucha por ambos,
y con su sanguínea mano golpea crepitantes armas.
Se vive al asalto: no el huésped de su huésped está a salvo,

¹⁴⁵no el suegro de su yerno, de los hermanos también la gracia rara es.
Acecha para la perdición el hombre de su esposa, ella del marido,
cetrinos acónitos mezclan terribles madrastras,
el hijo antes de su día inquiere en los años del padre.
Vencida yace la piedad, y la Virgen, de matanza mojadas,
¹⁵⁰la última de los celestes, la Astrea, las tierras abandona.

La Gigantomaquia

Y para que no estuviera que las tierras más seguro el arduo éter,
que aspiraron dicen al reino celeste los Gigantes,
y que acumulados levantaron hacia las altas estrellas sus montes.
Entonces el padre omnipotente enviándoles un rayo resquebrajó
¹⁵⁵el Olimpo y sacudió el Pelión del Osa, a él sometido;
sepultados por la mole suya, al quedar sus cuerpos siniestros yacentes,
regada de la mucha sangre de sus hijos dicen
que la Tierra se impregnó, y que ese caliente crúor alentó,
y para que de su estirpe todo recuerdo no desapareciera,
¹⁶⁰que a una faz los tornó de hombres. Pero también aquel ramo
despreciador de los altísimos y salvaje y avidísimo de matanza
y violento fue: bien sabrías que de sangre habían nacido.

El concilio de los dioses (I)

Lo cual el padre cuando vio, el Saturnio, en su supremo recinto,
gime hondo, y, todavía no divulgados por recién cometidos,
¹⁶⁵los impuros banquetes recordando de la mesa de Licaón,
ingentes en su ánimo y dignas de Júpiter concibió unas iras,
y el consejo convoca; no retuvo demora ninguna a los convocados.
Hay una vía sublime, manifiesta en el cielo sereno:
Láctea de nombre tiene, por su candor mismo notable.
¹⁷⁰Por ella el camino es de los altísimos hacia los techos del gran Tonante
y su real casa: a derecha e izquierda los atrios
de los dioses nobles van concurriéndose por sus compuertas abiertas,

la plebe habita otros, por sus lugares opuestos: en esta parte los poderosos celestiales y preclaros pusieron sus penates.

¹⁷⁵Éste lugar es, al que, si a las palabras la audacia se diera, yo no temería haber llamado los Palacios del gran cielo.

Así pues, cuando los altísimos se sentaron en su marmóreo receso, más excelso él por su lugar, y apoyado en su cetro marfileño, terrorífica, de su cabeza sacudió tres y cuatro veces

¹⁸⁰la cabellera, con la que la tierra, el mar, las estrellas mueve; de tales modos después su boca indignada libera:

“No yo por el gobierno del cosmos más ansioso en aquella ocasión estuve, en la que cada uno se disponía a lanzar, de los angüípedes, sus cien brazos contra el cautivo cielo,

¹⁸⁵pues aunque fiero el enemigo era, aun así, aquélla de un solo cuerpo y de un solo origen pendía, aquella guerra;

ahora yo, por doquiera Nereo rodeándolo hace resonar todo el orbe, al género mortal de perder he: por las corrientes juro

infernales, que bajo las tierras se deslizan a la estigia floresta,

¹⁹⁰que todo antes se ha intentado, pero un incurable cuerpo a espada se ha de sajar, por que la parte limpia no arrastre.

Tengo semidioses, tengo, rústicos númenes, Ninfas

y Faunos y Sátiros y montañeses Silvanos,

a los cuales, puesto que del cielo todavía no dignamos con el honor,

¹⁹⁵las que les dimos ciertamente, las tierras, habitar permitamos.

¿O acaso, oh altísimos, que bastante seguros estarán ellos creéis,

cuando contra mí, que el rayo, que a vosotros os tengo y gobierno,

ha levantado sus insidias, conocido por su fiereza, Licaón?”

Murmuraron todos, y con afán ardido al que osó

²⁰⁰tal reclaman: así, cuando una mano impía se ensañó

con la sangre de César para extinguir de Roma el nombre,

atónito por el gran terror de esta súbita ruina

el humano género queda y todo se horrorizó el orbe,

y no para ti menos grata la piedad, Augusto, de los tuyos es

²⁰⁵que fue aquella para Júpiter. El cual, después de que con la voz y la mano los murmullos reprimió, guardaron silencios todos.

Cuando se detuvo el clamor, hundido del peso del soberano, Júpiter de nuevo con este discurso los silencios rompió:

Licaón

“Él, ciertamente, sus castigos –el cuidado ese perded– ha cumplido.

²¹⁰Mas qué lo cometido, cuál sea su satisfacción, os haré saber.

Había alcanzado la infamia de ese tiempo nuestros oídos; deseándola falsa descendiendo del supremo Olimpo y, dios bajo humana imagen, lustro las tierras.

Larga demora es de cuánto mal se hallaba por todos lados

²¹⁵enumerar: menor fue la propia infamia que la verdad.

El Ménalo había atravesado, por sus guaridas horrendo de fieras, y con Cilene los pinares del helado Liceo:

del Árcade a partir de ahí en las sedes, y en los inhóspitos techos del tirano penetro, cuando traían los tardíos crepúsculos la noche.

²²⁰Señales di de que había llegado un dios y el pueblo a suplicar había empezado: se burla primero de esos piadosos votos Licaón, luego dice: “Comprobaré si dios éste o si sea mortal con una distinción abierta, y no será dudable la verdad.”

De noche, pesado por el sueño, con una inopinada muerte a perderme

²²⁵se dispone: tal comprobación a él le place de la verdad.

Y no se contenta con ello: de un enviado de la nación

molosa, de un rehén, su garganta a punta tajó

y, así, semimuertos, parte en hirvientes aguas

sus miembros ablanda, parte los tuesta, sometiéndolos a fuego.

²³⁰Lo cual una vez impuso a las mesas, yo con mi justiciera llama sobre unos penates dignos de su dueño torné sus techos.

Aterrado él huye y alcanzando los silencios del campo

aúlla y en vano hablar intenta; de sí mismo

recaba su boca la rabia, y el deseo de su acostumbrada matanza

²³⁵usa contra los ganados, y ahora también en la sangre se goza.

En vellos se vuelven sus ropas, en patas sus brazos:

se hace lobo y conserva las huellas de su vieja forma.

La canicie la misma es, la misma la violencia de su rostro,

los mismos ojos lucen, la misma de la fiereza la imagen es.

²⁴⁰Cayó una sola casa, pero no una casa sola de perecer

digna fue. Por doquiera la tierra se expande, fiera reina la Erinis.

Para el delito que se han conjurado creerías; cumplan rápido todos,

los que merecieron padecer, así consta mi sentencia, sus castigos.”

El concilio de los dioses (II)

Las palabras de Júpiter parte con su voz, murmurando, aprueban e incitamentos

²⁴⁵añaden. Otros sus partes con asentimientos cumplen.

Es, aun así, la perdición del humano género causa de dolor

para todos, y cuál habrá de ser de la tierra la forma,

de los mortales huérfana, preguntan, quién habrá de llevar a sus aras

inciensos, y si a las fieras, para que las pillen, se dispone a entregar las tierras.

²⁵⁰A los que tal preguntaban –puesto que él se preocuparía de lo demás–

el rey de los altísimos turbarse prohíbe, y un brote al anterior

pueblo desemejante promete, de origen maravilloso.

El diluvio

Y ya iba sobre todas las tierras a esparcir sus rayos;

pero temió que acaso el sagrado éter por causa de tantos fuegos

²⁵⁵no concibiera llamas, y que el lejano eje ardiera.

Que está también en los hados, recuerda, que llegará un tiempo

en el que el mar, en el que la tierra y arrebatados los palacios del cielo

ardan y del mundo la mole, afanosa, sufra.

Esas armas vuelven a su sitio, por manos fabricadas de los Cíclopes:

²⁶⁰un castigo place inverso, al género mortal bajo las ondas

perder, y borrascas lanzar desde todo el cielo.

En seguida al Aquilón encierra en las eolias cavernas,

y a cuantos soplos ahuyentan congregadas a las nubes,
 y suelta al Noto: con sus mojadas alas el Noto vuela,
²⁶⁵su terrible rostro cubierto de una bruma como la pez:
 la barba pesada de borrascas, fluye agua de sus canos cabellos,
 en su frente se asientan nieblas, roran sus alas y senos.
 Y cuando con su mano, a lo ancho suspendidas, las nubes apretó,
 se hace un fragor: entonces densas se derraman desde el éter las borrascas.
²⁷⁰La mensajera de Juno, de variados colores vestida,
 concibe, Iris, aguas, y alimentos a las nubes allega:
 póstranse los sembrados, y llorados por los colonos
 sus votos yacen, y parece el trabajo frustrado de un largo año.
 Y no al cielo suyo se limitó de Júpiter la ira, sino que a él
²⁷⁵su azul hermano le ayuda con auxiliares ondas.
 Convoca éste a los caudales. Los cuales, después de que en los techos
 de su tirano entraron: “Una arenga larga ahora de usar”,
 dice, “no he: las fuerzas derramad vuestras.
 Así menester es. Abrid vuestras casas y, la mole apartada,
²⁸⁰a las corrientes vuestras todas soltad las riendas.”
 Había ordenado; ellos regresan, y de sus fontanas las bocas relajan,
 y en desenfrenada carrera ruedan a las superficies.
 Él mismo con el tridente suyo la tierra golpeó, mas ella
 tembló y con su movimiento vías franqueó de aguas.
²⁸⁵Desorbitadas se lanzan por los abiertos campos las corrientes
 y, con los sembrados, arbustos al propio tiempo y rebaños y hombres
 y techos, y con sus penetrales arrebatan sus sacramentos.
 Si alguna casa quedó y pudo resistir a tan gran
 mal no desplomada, la cúpula, aun así, más alta de ella,
²⁹⁰la onda la cubre, y hundidas se esconden bajo el abismo sus torres.
 Y ya el mar y la tierra ninguna distinción tenían:
 todas las cosas ponto eran, faltaban incluso litorales al ponto.
 Ocupa éste un collado, en una barca se sienta otro combada
 y lleva los remos allí donde hace poco arara.

²⁹⁵Aquél sobre los sembrados o las cúpulas de una sumergida villa
navega, éste un pez sorprende en lo alto de un olmo;
se clava en un verde prado, si la suerte lo deja, el ancla,
o, a ellas sometidos, curvas quillas trillan viñedos,
y por donde hace poco, gráciles, grama arrancaban las cabritas,
³⁰⁰ahora allí deformes ponen sus cuerpos las focas.
Admiran bajo el agua florestas y ciudades y casas
las Nereides, y las espesuras las poseen los delfines y entre sus altas
ramas corren y zarandeando sus troncos las baten.
Nada el lobo entre las ovejas, bermejos leones lleva la onda,
³⁰⁵la onda lleva tigres, y ni sus fuerzas de rayo al jabalí,
ni sus patas veloces, arrebatado, sirven al ciervo,
y buscadas largo tiempo tierras donde posarse pudiera,
al mar, fatigadas sus alas, el pájaro errante ha caído.
Había sepultado túmulos la inmensa licencia del ponto,
³¹⁰y batían las montañas cumbres unos nuevos oleajes.
La mayor parte por la onda fue arrebatada: a los que la onda perdonó,
largos ayunos los doman, por causa del indigente sustento.

Deucalión y Pirra

Separa la Fócide los aonios de los eteos campos,
tierra feraz mientras tierra fue, pero en el tiempo aquel
³¹⁵parte del mar y ancha llanura de súbitas aguas.
Un monte allí busca arduo los astros con sus dos vértices,
por nombre el Parnaso, y superan sus cumbres las nubes.
Aquí cuando Deucalión –pues lo demás lo había cubierto la superficie–
con la consorte de su lecho, en una pequeña balsa llevado, se aferró,
³²⁰a las corícidas ninfas y a los númenes del monte oran
y a la fatídica Temis, que entonces esos oráculos tenía:
no que él mejor ninguno, ni más amante de lo justo,
hombre hubo, o que ella más temerosa ninguna de los dioses.
Júpiter, cuando de fluentes lagos que estaba empantanado el orbe,

³²⁵y que quedaba un hombre de tantos miles hacía poco, uno,
y que quedaba, ve, de tantas miles hacía poco, una,
inocuos ambos, cultivadores de la divinidad ambos,
las nubes desgarró y, habiéndose las borrascas con el aquilón alejado,
al cielo las tierras mostró, y el éter a las tierras.

³³⁰Tampoco del mar la ira permanece y, dejada su tricúspide arma,
calma las aguas el regidor del piélagos, y al que sobre el profundo
emerge y sus hombros con su innato múrice cubre,
al azul Tritón llama, y en su concha sonante
soplar le ordena, y los oleajes y las corrientes ya

³³⁵revocar, su señal dando: su hueca bocina toma él,
tórtil, que en ancho crece desde su remolino inferior,
bocina, la cual, en medio del ponto cuando concibió aire,
los litorales con su voz llena, que bajo uno y otro Febo yacen.

Entonces también, cuando ella la boca del dios, por su húmeda barba rorante,
³⁴⁰tocó, y cantó henchida las ordenadas retretas,
por todas las ondas oída fue de la tierra y de la superficie,
y por las que olas fue oída, contuvo a todas.

Ya el mar litoral tiene, plenos acoge el álveo a sus caudales,
las corrientes se asientan y los collados salir parecen.

³⁴⁵Surge la tierra, crecen los lugares al decrecer las ondas,
y, después de día largo, sus desnudadas copas las espesuras
muestran y limo retienen que en su fronda ha quedado.

Había retornado el orbe; el cual, después de que lo vio vacío,
y que desoladas las tierras hacían hondos silencios,

³⁵⁰Deucalión con lágrimas brotadas así a Pirra se dirige:
“Oh hermana, oh esposa, oh hembra sola sobreviviente,
a la que a mí una común stirpe y un origen de primos,
después un lecho unió, ahora nuestros propios peligros unen,
de las tierras cuantas ven el ocaso y el orto

³⁵⁵nosotros dos la multitud somos: posee lo demás el ponto.

Esta tampoco todavía de la vida nuestra es garantía

cierta bastante; aterran todavía ahora nublados nuestra mente.

¿Cuál si sin mí de los hados arrebatada hubieras sido
ahora tu ánimo, triste de ti, sería? ¿De qué modo sola
³⁶⁰el temor soportar podrías? ¿Con consuelo de quién te dolerías?

Porque yo, créeme, si a ti también el ponto te tuviera,
te seguiría, esposa, y a mí también el ponto me tendría.

Oh, ojalá pudiera yo los pueblos restituir con las paternas
artes, y alientos infundir a la conformada tierra.

³⁶⁵Ahora el género mortal resta en nosotros dos
—así pareció a los altísimos— y de los hombres como ejemplos quedamos.”

Había dicho, y lloraban; decidieron al celeste numen
suplicar y auxilio por medio buscar de las sagradas venturas.

Ninguna demora hay: acuden a la par a las cefísidas ondas,
³⁷⁰como todavía no líquidas, así ya sus vados conocidos cortando.

De allí, cuando licores de él tomados rociaron
sobre sus ropas y cabeza, doblan sus pasos hacia el santuario
de la sagrada diosa, cuyas cúspides de indecente
musgo palidecían, y se alzaban sin fuegos sus aras.

³⁷⁵Cuando del templo tocaron los peldaños se postró cada uno
inclinado al suelo, y atemorizado besó la helada roca,
y así: “Si con sus plegarias justas”, dijeron, “los númenes vencidos
se enternecen, si se doblega la ira de los dioses,
di, Temis, por qué arte la merma del género nuestro

³⁸⁰reparable es, y presta ayuda, clementísima, a estos sumergidos estados.”

Conmovida la diosa fue y su ventura dio: “Retiraos del templo
y velaos la cabeza, y soltaos vuestros ceñidos vestidos,
y los huesos tras vuestra espalda arrojad de vuestra gran madre.”

Quedaron suspendidos largo tiempo, y rompió los silencios con su voz

³⁸⁵Pirra primera, y los mandatos de la diosa obedecer rehúsa,
y tanto que la perdone con aterrada boca ruega, como se aterra
de herir, arrojando sus huesos, las maternas sombras.

Entre tanto repasan, por sus ciegas latencias oscuras,

las palabras de la dada ventura, y para entre sí les dan vueltas.

³⁹⁰Tras ello el Prometida a la Epimetida con plácidas palabras calma, y: “O falaz”, dice, “es mi astucia para nosotros, o –píos son y a ninguna abominación los oráculos persuaden– esa gran madre la tierra es: piedras en el cuerpo de la tierra a los huesos calculo que se llama; arrojarlas tras nuestra espalda se nos ordena.”

³⁹⁵De su esposo por el augurio aunque la Titania se conmovió, su esperanza, aun así, en duda está: hasta tal punto ambos desconfían de las celestes admoniciones. Pero, ¿qué intentarlo dañará? Se retiran y velan su cabeza y las túnicas se desciñen, y las ordenadas piedras tras sus plantas envían.

⁴⁰⁰Las rocas –¿quién lo creería, si no estuviera por testigo la antigüedad?– a dejar su dureza comenzaron, y su rigor a mullir, y con el tiempo, mullidas, a tomar forma.

Luego, cuando crecieron y una naturaleza más tierna les alcanzó, como sí semejante, del mismo modo manifiesta parecer no puede ⁴⁰⁵la forma de un humano, sino, como de mármol comenzada, no terminada lo bastante, a las rudas estatuas muy semejante era. La parte aun así de ellas que húmeda de algún jugo y terrosa era, vuelta fue en uso de cuerpo.

Lo que sólido es y doblarse no puede, se muta en huesos, ⁴¹⁰la que ahora poco vena fue, bajo el mismo nombre quedó; y en breve espacio, por el numen de los altísimos, las rocas enviadas por las manos del hombre la faz tomaron de hombres, y del femenino lanzamiento restituida fue la mujer.

De ahí que un género duro somos y avezado en sufrimientos ⁴¹⁵y pruebas damos del origen de que hemos nacido.

A los demás seres la tierra con diversas formas por sí misma los parió después de que el viejo humor por el fuego se caldeó del sol, y el cieno y los húmedos charcos se entumecieron por su hervor, y las fecundas simientes de las cosas, ⁴²⁰por el vivaz suelo nutridas, como de una madre en la matriz

crecieron y faz alguna cobraron con el pasar del tiempo.
Así, cuando abandonó mojados los campos el séptuple fluir
del Nilo, y a su antiguo seno hizo volver sus corrientes,
y merced a la etérea estrella, reciente, ardió hasta secarse el limo,
⁴²⁵muchos seres sus cultivadores al volver los terrones
encuentran y entre ellos a algunos apenas comenzados, en el propio
espacio de su nacimiento, algunos inacabados y truncos
los ven de sus proporciones, y en el mismo cuerpo a menudo
una parte vive, es la parte otra ruda tierra.
⁴³⁰Porque es que cuando una templanza han tomado el humor y el calor,
conciben, y de ellos dos se originan todas las cosas
y, aunque sea el fuego para el agua pugnaz, el vapor húmedo todas
las cosas crea, y la discorde concordia para las crías apta es.
Así pues, cuando del diluvio reciente la tierra enlodada
⁴³⁵con los soles etéreos se encandeció y con su alto hervor,
dio a luz innumerables especies y en parte sus figuras
les devolvió antiguas, en parte nuevos prodigios creó.

La sierpe Pitón

Ella ciertamente no lo querría, pero a ti también, máximo Pitón,
entonces te engendró, y de los pueblos nuevos, desconocida sierpe,
⁴⁴⁰el terror eras: tan grande espacio de un monte ocupabas.
A él el dios señor del arco, y que nunca tales armas
antes sino en los gamos y corzas fugaces había usado,
hundido por mil disparos, exhausta casi su aljaba,
lo perdió, derramándose por sus heridas negras su veneno.
⁴⁴⁵Y para que de esa obra la fama no pudiera destruir la antigüedad,
instituyó, sagrados, de reiterado certamen, unos juegos,
Pitios con el nombre de la domada serpiente llamados.
Ése de los jóvenes quien con su mano, sus pies o a rueda
venciera, de fronda de encina cobraba un galardón.
⁴⁵⁰Todavía laurel no había y, hermosas con su largo pelo,

sus sienes ceñía de cualquier árbol Febo.

Apolo y Dafne

El primer amor de Febo: Dafne la Peneia, el cual no el azar ignorante se lo dio, sino la salvaje ira de Cupido. El Delio a él hacía poco, por su vencida sierpe soberbio, ⁴⁵⁵le había visto doblando los cuernos al tensarle el nervio, y: “¿Qué tienes tú que ver, travieso niño, con las fuertes armas?”, había dicho; “ellas son cargamentos decorosos para los hombros nuestros, que darlas certeras a una fiera, dar heridas podemos al enemigo, que, al que ahora poco con su calamitoso vientre tantas yugadas hundía, ⁴⁶⁰hemos derribado, de innumerables saetas henchido, a Pitón. Tú con tu antorcha no sé qué amores conténtate con irritar, y las alabanzas no reclames nuestras.” El hijo a él de Venus: “Atraviese el tuyo todo, Febo, a ti mi arco”, dice, “y en cuanto los seres ceden ⁴⁶⁵todos al dios, en tanto menor es tu gloria a la nuestra.” Dijo, y rasgando el aire a golpes de sus alas, diligente, en el sombreado recinto del Parnaso se posó, y de su saetífera aljaba aprestó dos dardos de opuestas obras: ahuyenta éste, causa aquél el amor. ⁴⁷⁰El que lo causa de oro es y en su cúspide fulge aguda. El que lo ahuyenta obtuso es y tiene bajo la caña plomo. Éste el dios en la ninfa Peneide clavó, mas con aquél hirió de Apolo, pasados a través sus huesos, las médulas. En seguida el uno ama, huye la otra del nombre de un amante, ⁴⁷⁵de las guaridas de las espesuras, y de los despojos de las cautivas fieras gozando, y émula de la innupta Febe. Con una cinta sujetaba, sueltos sin ley, sus cabellos. Muchos la pretendieron; ella, evitando a los pretendientes, sin soportar ni conocer varón, bosques inaccesibles lustra ⁴⁸⁰y de qué sea el Himeneo, qué el amor, qué el matrimonio, no cura.

A menudo su padre le dijo: “Un yerno, hija, me debes.”

A menudo su padre le dijo: “Me debes, niña, unos nietos.”

Ella, que como un crimen odiaba las antorchas conyugales,
su bello rostro teñía de un verecundo rubor

⁴⁸⁵y de su padre en el cuello prendiéndose con tiernos brazos:

“Concédeme, genitor queridísimo” le dijo, “de una perpetua
virginidad disfrutar: lo concedió su padre antes a Diana.”

Él, ciertamente, obedece; pero a ti el decor este, lo que deseas
que sea, prohíbe, y con tu voto tu hermosura pugna.

⁴⁹⁰Febo ama, y al verla desea las nupcias de Dafne,

y lo que desea espera, y sus propios oráculos a él le engañan;

y como las leves pajas sahúman, despojadas de sus aristas,

como con las antorchas los cercados arden, las que acaso un caminante
o demasiado les acercó o ya a la luz abandonó,

⁴⁹⁵así el dios en llamas se vuelve, así en su pecho todo

él se abrasa y estéril, en esperando, nutre un amor.

Contempla no ornados de su cuello pender los cabellos

y “¿Qué si se los arreglara?”, dice. Ve de fuego rielantes,

a estrellas parecidos sus ojos, ve sus labios, que no

⁵⁰⁰es con haber visto bastante. Alaba sus dedos y manos

y brazos, y desnudos en más de media parte sus hombros:

lo que oculto está, mejor lo supone. Huye más veloz que el aura

ella, leve, y no a estas palabras del que la revoca se detiene:

“¡Ninfa, te lo ruego, del Peneo, espera! No te sigue un enemigo;

⁵⁰⁵¡ninfa, espera! Así la cordera del lobo, así la cierva del león,

así del águila con ala temblorosa huyen las palomas,

de los enemigos cada uno suyos; el amor es para mí la causa de seguirte.

Triste de mí, no de bruces te caigas o indignas de ser heridas

tus piernas señalen las zarzas, y sea yo para ti causa de dolor.

⁵¹⁰Ásperos, por los que te apresuras, los lugares son: más despacio te lo ruego

corre y tu fuga modera, que más despacio te persiga yo.

A quién complaces pregunta, aun así; no un paisano del monte,

no yo soy un pastor, no aquí ganados y rebaños,
hórrido, vigilo. No sabes, temeraria, no sabes
⁵¹⁵de quién huyes y por eso huyes. A mí la délfica tierra,
y Claros, y Ténédos, y los palacios de Pátara me sirven;
Júpiter es mi padre. Por mí lo que será, y ha sido,
y es se manifiesta; por mí concuerdan las canciones con los nervios.
Certera, realmente, la nuestra es; que la nuestra, con todo, una saeta
⁵²⁰más certera hay, la que en mi vacío pecho estas heridas hizo.
Hallazgo la medicina mío es, y auxiliador por el orbe
se me llama, y el poder de las hierbas sometido está a nos:
ay de mí, que por ningunas hierbas el amor es sanable,
y no sirven a su dueño las artes que sirven a todos.”

⁵²⁵Del que más iba a hablar con tímida carrera la Peneia
huye, y con él mismo sus palabras inconclusas deja atrás,
entonces también pareciendo hermosa; desnudaban su cuerpo los vientos,
y las brisas a su encuentro hacían vibrar sus ropas, contrarias a ellas,
y leve el aura atrás daba, empujándolos, sus cabellos,
⁵³⁰y acrecióse su hermosura con la huida. Pero entonces no soporta más
perder sus ternuras el joven dios y, como aconsejaba
el propio amor, a tendido paso sigue sus plantas.
Como el perro en un vacío campo cuando una liebre, el galgo,
ve, y éste su presa con los pies busca, aquélla su salvación:
⁵³⁵el uno, como que está al cogerla, ya, ya tenerla
espera, y con su extendido morro roza sus plantas;
la otra en la ignorancia está de si ha sido apresada, y de los propios
mordiscos se arranca y la boca que le toca atrás deja:
así el dios y la virgen; es él por la esperanza raudo, ella por el temor.
⁵⁴⁰Aun así el que persigue, por las alas ayudado del amor,
más veloz es, y el descanso niega, y la espalda de la fugitiva
acecha, y sobre su pelo, esparcido por su cuello, alienta.
Sus fuerzas ya consumidas palideció ella y, vencida
por la fatiga de la rápida huida, contemplando las peneidas ondas:

⁵⁴⁵“Préstame, padre”, dice, “ayuda; si las corrientes numen tenéis,
 por la que demasiado he complacido, mutándola pierde mi figura.”
 Apenas la plegaria acabó un entumecimiento pesado ocupa su organismo,
 se ciñe de una tenue corteza su blando tórax,
⁵⁵⁰en fronda sus pelos, en ramas sus brazos crecen,
 el pie, hace poco tan veloz, con morosas raíces se prende,
 su cara copa posee: permanece su nitor solo en ella.
 A ésta también Febo la ama, y puesta en su madero su diestra
 siente todavía trepidar bajo la nueva corteza su pecho,
⁵⁵⁵y estrechando con sus brazos esas ramas, como a miembros,
 besos da al leño; rehúye, aun así, sus besos el leño.
 Al cual el dios: “Mas puesto que esposa mía no puedes ser,
 el árbol serás, ciertamente”, dijo, “mío. Siempre te tendrán
 a ti mi pelo, a ti mis cítaras, a ti, laurel, nuestras aljabas.
⁵⁶⁰Tú a los generales lacios asistirás cuando su alegre voz
 el triunfo cante, y divisen los Capitolios las largas pompas.
 En las jambas augustas tú misma, fidelísima guardiana,
 ante sus puertas te apostarás, y la encina central guardarás,
 y como mi cabeza es juvenil por sus intonsos cabellos,
⁵⁶⁵tú también perpetuos siempre lleva de la fronda los honores.”
 Había acabado Peán: con sus recién hechas ramas la láurea
 asiente y, como una cabeza, pareció agitar su copa.

Júpiter e Ío (I)

Hay un bosque en la Hemonia al que por todos lados cierra, acantilada,
 una espesura: le llaman Tempe. Por ellos el Peneo, desde el profundo
⁵⁷⁰Pindo derramándose, merced a sus espumosas ondas, rueda,
 y en su caer pesado nubes que agitan tenues
 humos congrega, y sobre sus supremas espesuras con su aspersion
 llueve, y con su sonar más que a la vecindad fatiga.
 Ésta la casa, ésta la sede, éstos son los penetrales del gran
⁵⁷⁵caudal; en ellos aposentado, en su caverna hecha de escollos,

a sus ondas leyes daba, y a las ninfas que honran sus ondas.
Se reúnen allá las paisanas corrientes primero,
ignorando si deben felicitar o consolar al padre:
rico en álamos el Esperquío y el irrequieto Enipeo
⁵⁸⁰y el Apídano viejo y el lene Anfriso y el Eante,
y pronto los caudales otros que, por donde los llevara su ímpetu a ellos,
hacia el mar abajan, cansadas de su errar, sus ondas.

El Ínaco solo falta y, en su profunda caverna recóndito,
con sus llantos aumenta sus aguas y a su hija, tristísimo, a Ío,
⁵⁸⁵plañe como perdida; no sabe si de vida goza
o si está entre los manes, pero a la que no encuentra en ningún sitio
estar cree en ningún sitio y en su ánimo lo peor teme.

La había visto, de la paterna corriente regresando, Júpiter
a ella y: “Oh virgen de Júpiter digna y que feliz con tu
⁵⁹⁰lecho ignoro a quién has de hacer, busca”, le había dicho, “las sombras
de esos altos bosques”, y de los bosques le había mostrado las sombras,
“mientras hace calor y en medio el sol está, altísimo, de su orbe,
que si sola temes en las guaridas entrar de las fieras,
segura con la protección de un dios, de los bosques el secreto alcanzarás,
⁵⁹⁵y no de la plebe un dios, sino el que los celestes cetros
en mi magna mano sostengo, pero el que los errantes rayos lanzo:
no me huye”, pues huía. Ya los pastos de Lerna,
y, sembrados de árboles, de Lirceo había dejado atrás los campos,
cuando el dios, produciendo una calina, las anchas tierras
⁶⁰⁰ocultó, y detuvo su fuga, y le arrebató su pudor.

Entre tanto Juno abajo miró en medio de los campos
y de que la faz de la noche hubieran causado unas nieblas voladoras
en el esplendor del día admirada, no que de una corriente ellas
fueran, ni sintió que de la humedecida tierra fueran despedidas,
⁶⁰⁵y su esposo dónde esté busca en derredor, como la que
ya conociera, sorprendido tantas veces, los hurtos de su marido.
Al cual, después de que en el cielo no halló: “O yo me engaño

o se me ofende”, dice, y deslizándose del éter supremo se posó en las tierras y a las nieblas retirarse ordenó.

⁶¹⁰De su esposa la llegada había presentido, y en una lustrosa novilla la apariencia de la Ináquida había mutado él —de res también hermosa es—: la belleza la Saturnia de la vaca aunque contrariada aprueba, y de quién, y de dónde, o de qué manada era, de la verdad como desconocedora, no deja de preguntar.

⁶¹⁵Júpiter de la tierra engendada la mente, para que su autor deje de averiguar: la pide a ella la Saturnia de regalo.

¿Qué iba a hacer? Cruel cosa adjudicarle sus amores, no dárselos sospechoso es: el pudor es quien persuade de aquello, de esto disuade el amor. Vencido el pudor habría sido por el amor,

⁶²⁰pero si el leve regalo, a su compañera de linaje y de lecho, de una vaca le negara, pudiera no una vaca parecer.

Su rival ya regalada no en seguida se despojó la divina de todo miedo, y temió de Júpiter, y estuvo ansiosa de su hurto hasta que al Arestórida para ser custodiada la entregó, a Argos.

Argos

⁶²⁵De cien luces ceñida su cabeza Argos tenía, de donde por sus turnos tomaban, de dos en dos, descanso, los demás vigilaban y en posta se mantenían.

Como quiera que se apostara miraba hacia Ío: ante sus ojos a Ío, aun vuelto de espaldas, tenía.

⁶³⁰A la luz la deja pacer; cuando el sol bajo la tierra alta está, la encierra, y circunda de cadenas, indigno, su cuello.

De frondas de árbol y de amarga hierba se apacienta, y, en vez de en un lecho, en una tierra que no siempre grama tiene se recuesta la infeliz y limosas corrientes bebe.

⁶³⁵Ella, incluso, suplicante a Argos cuando sus brazos quisiera tender, no tuvo qué brazos tendiera a Argos, e intentando quejarse, mugidos salían de su boca,

y se llenó de temor de esos sonidos y de su propia voz aterróse.

Llegó también a las riberas donde jugar a menudo solía,
⁶⁴⁰del Ínaco a las riberas, y cuando contempló en su onda
sus nuevos cuernos, se llenó de temor y de sí misma enloquecida huyó.
Las náyades ignoran, ignora también Ínaco mismo
quién es; mas ella a su padre sigue y sigue a sus hermanas
y se deja tocar y a sus admiraciones se ofrece.

⁶⁴⁵Por él arrancadas el más anciano le había acercado, Ínaco, hierbas:
ella sus manos lame y da besos de su padre a las palmas
y no retiene las lágrimas y, si sólo las palabras le obedecieran,
le rogara auxilio y el nombre suyo y sus casos le dijera.
Su letra, en vez de palabras, que su pie en el polvo trazó,
⁶⁵⁰de indicio amargo de su cuerpo mutado actuó.

“Triste de mí”, exclama el padre Ínaco, y en los cuernos
de la que gemía, y colgándose en la cerviz de la nivea novilla:

“Triste de mí”, reitera; “¿Tú eres, buscada por todas
las tierras, mi hija? Tú no encontrada que hallada

⁶⁵⁵un luto eras más leve. Callas y mutuas a las nuestras
palabras no respondes, sólo suspiros sacas de tu alto
pecho y, lo que solo puedes, a mis palabras remuges.

Mas a ti yo, sin saber, tálamos y teas te preparaba
y esperanza tuve de un yerno la primera, la segunda de nietos.

⁶⁶⁰De la grey ahora tú un marido, y de la grey hijo has de tener.
Y concluir no puedo yo con mi muerte tan grandes dolores,
sino que mal me hace ser dios, y cerrada la puerta de la muerte
nuestros lutos extiende a una eterna edad.”

Mientras de tal se afligía, lo aparta el constelado Argos

⁶⁶⁵y, arrancada a su padre, a lejanos pastos a su hija
arrastra; él mismo, lejos, de un monte la sublime cima
ocupa, desde donde sentado otea hacia todas partes.

Tampoco de los altísimos el regidor los males tan grandes de la Forónide
más tiempo soportar puede y a su hijo llama, al que la lúcida Pléyade

⁶⁷⁰de su vientre había parido, y que a la muerte dé, le impera, a Argos.
Pequeña la demora es la de las alas para sus pies, y la vara somnífera
para su potente mano tomar, y el cobertor para sus cabellos.
Ello cuando dispuso, de Júpiter el nacido desde el paterno recinto
salta a las tierras. Allí, tanto su cobertor se quitó
⁶⁷⁵como depuso sus alas, de modo que sólo la vara retuvo:
con ella lleva, como un pastor, por desviados campos unas cabritas
que mientras venía había reunido, y con unas ensambladas avenas canta.
Por esa voz nueva, y cautivado el guardián de Juno por su arte:
“Mas tú, quien quiera que eres, podrías conmigo sentarte en esta roca”,
⁶⁸⁰Argos dice, “pues tampoco para el rebaño más fecunda en ningún
lugar hierba hay, y apta ves para los pastores esta sombra.”
Se sienta el Atlantiada, y al que se marchaba, de muchas cosas hablando
detuvo con su discurso, al día, y cantando con sus unidas
cañas vencer sus vigilantes luces intenta.
⁶⁸⁵Él, aun así, pugna por vencer sobre los blandos sueños
y aunque el sopor en parte de sus ojos se ha alojado,
en parte, aun así, vigila; pregunta también, pues descubierta
la flauta hacía poco había sido, en razón de qué fue descubierta.

Pan y Siringe

Entonces el dios: “De la Arcadia en los helados montes”, dice,
⁶⁹⁰“entre las hamadriadas muy célebre, las Nonacrinas,
náyade una hubo; las ninfas Siringe la llamaban.
No una vez, no ya a los sátiros había burlado ella, que la seguían,
sino a cuantos dioses la sombreada espesura y el feraz
campo hospeda; a la Ortigia en sus aficiones y con su propia virginidad
⁶⁹⁵honraba, a la diosa; según el rito también ceñida de Diana,
engañaría y podría creérsela la Latonia, si no
de cuerno el arco de ésta, si no fuera áureo el de aquélla;
así también engañaba. Volviendo ella del collado Liceo,
Pan la ve, y de pino agudo ceñido en su cabeza

⁷⁰⁰tales palabras refiere....” Restaba sus palabras referir,
y que despreciadas sus súplicas había huido por lo intransitable la ninfa,
hasta que del arenoso Ladón al plácido caudal
llegó: que aquí ella, su carrera al impedirle sus ondas,
que la mutaran a sus líquidas hermanas les había rogado,
⁷⁰⁵y que Pan, cuando presa de él ya a Siringa creía,
en vez del cuerpo de la ninfa, cálamos sostenía lacustres,
y, mientras allí suspira, que movidos dentro de la caña los vientos
efectuaron un sonido tenue y semejante al de quien se lamenta;
que por esa nueva arte y de su voz por la dulzura el dios cautivado:
⁷¹⁰“Este coloquio a mí contigo”, había dicho, “me quedará”,
y que así, los desparejos cálamos con la trabazón de la cera
entre sí unidos, el nombre retuvieron de la muchacha.

Júpiter e Ío (II)

Tales cosas cuando iba a decir ve el Cilenio que todos
los ojos se habían postrado, y cubiertas sus luces por el sueño.
⁷¹⁵Apaga al instante su voz y afirma su sopor,
sus lánguidas luces acariciando con la unguentada vara.
Y, sin demora, con su falcada espada mientras cabeceaba le hiere
por donde al cuello es confín la cabeza, y de su roca, cruento,
abajo lo lanza, y mancha con su sangre la acantilada peña.
⁷²⁰Argos, yaces, y la que para tantas luces luz tenías
extinguido se ha, y cien ojos una noche ocupa sola.
Los recoge, y del ave suya la Saturnia en sus plumas
los coloca, y de gemas consteladas su cola llena.
En seguida se inflamó y los tiempos de su ira no difirió
⁷²⁵y, horrenda, ante los ojos y el ánimo de su rival argólica
le echó a la Erinis, y agujadas en su pecho ciegas
escondió, y prófuga por todo el orbe la aterró.
Último restabas, Nilo, a su inmensa labor;
a él, en cuanto lo alcanzó y, puestas en el margen de su ribera

⁷³⁰sus rodillas, se postró, y alzada ella de levantar el cuello,
elevando a las estrellas los semblantes que sólo pudo,
con su gemido, y lágrimas, y luctuoso mugido
con Júpiter pareció quejarse, y el final rogar de sus males.
De su esposa él estrechando el cuello con sus brazos,
⁷³⁵que concluya sus castigos de una vez le ruega y: “Para el futuro
deja tus miedos”, dice; “nunca para ti causa de dolor
ella será”, y a las estigias lagunas ordena que esto oigan.
Cuando aplacado la diosa se hubo, sus rasgos cobra ella anteriores
y se hace lo que antes fue: huyen del cuerpo las cerdas,
⁷⁴⁰los cuernos decrecen, se hace de su luz más estrecho el orbe,
se contrae su comisura, vuelven sus hombros y manos,
y su pezuña, disipada, se subsume en cinco uñas:
de la res nada queda a su figura, salvo el blancor en ella,
y al servicio de sus dos pies la ninfa limitándose
⁷⁴⁵se yergue, y teme hablar, no a la manera de la novilla
muja, y tímidamente las palabras interrumpidas reintenta.

Ahora como diosa la honra, celebradísima, la multitud vestida de lino.
Ahora que Épafo generado fue de la simiente del gran Júpiter por fin
se cree, y por las ciudades, juntos a los de su madre,
⁷⁵⁰templos posee.

Faetón (I)

Tuvo éste en ánimos un igual, y en años,
del Sol engendrado, Faetón; al cual, un día, que grandes cosas decía
y que ante él no cedía, de que fuera Febo su padre soberbio,
no lo soportó el Ináquida y “A tu madre”, dice, “todo como demente
crees y estás henchido de la imagen de un genitor falso.”
⁷⁵⁵Enrojeció Faetón y su ira por el pudor reprimió,
y llevó a su madre Clímene los insultos de Épafo,
y “Para que más te duelas, mi genetriz”, dice, “yo, ese libre,
ese fiero me callé. Me avergüenza que estos oprobios a nos

sí decirse han podido, y no se han podido desmentir.

⁷⁶⁰Mas tú, si es que he sido de celeste stirpe creado,
dame una señal de tan gran linaje y reclámame al cielo.”

Dijo y enredó sus brazos en el materno cuello,
y por la suya y la cabeza de Mérope y las teas de sus hermanas,
que le trasmitiera a él, le rogó, signos de su verdadero padre.

⁷⁶⁵Ambiguo si Clímene por las súplicas de Faetón o por la ira
movida más del crimen dicho contra ella, ambos brazos al cielo
extendió y mirando hacia las luces del Sol:

“Por el resplandor este”, dice, “de sus rayos coruscos insigne,
hijo, a ti te juro, que nos oye y que nos ve,

⁷⁷⁰que de éste tú, al que tú miras, de éste tú, que temple el orbe,
del Sol, has sido engendrado. Si mentiras digo, niéguese él a ser visto
de mí y sea para los ojos nuestros la luz esta la postrera.

Y no larga labor es para ti conocer los patrios penates.

De donde él se levanta la casa es confín a la tierra nuestra:

⁷⁷⁵si es que te lleva tu ánimo, camina y averígualo de él mismo.”

Brinca al instante, contento después de tales
palabras de la madre suya, Faetón, y concibe éter en su mente,
y por los etíopes suyos y, puestos bajo los fuegos estelares,
por los indos atraviesa, y de su padre acude diligente a los ortos.

Libro segundo

Faetón (II)

El real del Sol era, por sus sublimes columnas, alto,
claro por su rielante oro y, que a las llamas imita, por su piropo,
cuyo marfil nítido las cúspides supremas cubría;
de plata sus bivalvas puertas radiaban de su luz.

⁵A la materia superaba su obra; pues Múlciber allí
las superficies había cincelado, que ciñen sus intermedias tierras,

y de esas tierras el orbe, y el cielo, que domina el orbe.
Azules tiene la onda sus dioses: a Tritón el canoro,
a Proteo el ambiguo, y de las ballenas apretando,
¹⁰a Egeón, las inabarcables espaldas con sus brazos,
a Doris y a sus nacidas, de las cuales, parte nadar parece,
parte, en una mole sentada, sus verdes cabellos secar;
de un pez remolcarse algunas; su faz no es de todas una misma,
no distante, aun así, cual decoroso es entre hermanas.

¹⁵La tierra hombres y ciudades lleva, y espesuras y fieras
y corrientes y ninfas y los restantes númenes del campo.
De ello encima, impuesta fue del fulgente cielo la imagen,
y signos seis en las puertas diestras y otros tantos en las siniestras.

Adonde, en cuanto por su ascendente senda de Clímene la prole

²⁰llegó y entró de su dudado padre en los techos,
en seguida hacia los patrios rostros lleva sus plantas,
y se apostó lejos, pues no más cercanas soportaba
sus luces: de una purpúrea vestidura velado, sentábase
en el solio Febo, luciente de sus claras esmeraldas.

²⁵A diestra e izquierda el Día y el Mes y el Año,
y los Siglos, y puestas en espacios iguales las Horas,
y la Primavera nueva estaba, ceñida de floreciente corona,
estaba desnudo el Verano y coronas de espigas llevaba;
estaba también el Otoño, de las pisadas uvas sucio,
³⁰y glacial el Invierno, arrecidos sus canos cabellos.

Desde ahí, central según su lugar, por la novedad de las cosas atemorizado
al joven el Sol con sus ojos, con los que divisa todo, ve,
y “¿Cuál de tu ruta es la causa? ¿A qué en este recinto”, dice, “acudías,
progenie, Faetón, que tu padre no ha de negar?”

³⁵Él responde: “Oh luz pública del inmenso mundo,
Febo padre, si me das el uso del nombre este
y Clímene una culpa bajo esa falsa imagen no esconde:
prendas dame, genitor, por las que verdadera rama tuya

se me crea y el error arranca del corazón nuestro.”

⁴⁰Había dicho, mas su genitor, alrededor de su cabeza toda rielantes
se quitó los rayos, y más cerca avanzar le ordenó
y un abrazo dándole: “Tú de que se niegue que eres mío
digno no eres, y Clímene tus verdaderos” dice “orígenes te ha revelado,
y para que menos lo dudes, cualquier regalo pide, que,
⁴⁵pues te lo otorgaré, lo tendrás. De mis promesas testigo sea,
por la que los dioses han de jurar, la laguna desconocida para los ojos nuestros.”
No bien había cesado, los carros le ruega él paternos,
y, para un día, el mando y gobierno de los alípedes caballos.

Le pesó el haberlo jurado al padre, el cual, tres y cuatro veces
⁵⁰sacudiendo su ilustre cabeza: “Temeraria”, dijo,
“la voz mía por la tuya se ha hecho. Ojalá mis promesas pudiera
no conceder. Confieso que sólo esto a ti, mi nacido, te negaría;
pero disuadirte me es dado: no es tu voluntad segura.
Grandes pides, Faetón, regalos, y que ni a las fuerzas
⁵⁵esas convienen ni a tan pueriles años.

La suerte tuya mortal: no es mortal lo que deseas.
A más incluso de lo que los altísimos alcanzar pueden,
ignorante, aspiras; aunque pueda a sí mismo cada uno complacerse,
ninguno, aun así, es capaz de asentarse en el eje
⁶⁰portador del fuego, yo exceptuado. También el regidor del vasto Olimpo,
que fieros rayos lanza con su terrible diestra,
no llevará estos carros, y qué que Júpiter mayor tenemos.

Ardua la primera vía es y con la que apenas de mañana, frescos,
pugnan los caballos; en medio está la más alta del cielo,
⁶⁵desde donde el mar y las tierras a mí mismo muchas veces ver
me dé temor, y de pálido espanto tiemble mi pecho;
la última, inclinada vía es, y precisa de manejo cierto:
entonces, incluso la que me recibe en sus sometidas olas,
que yo no caiga de cabeza, Tetis misma, suele temer.

⁷⁰Añade que de una continua rotación se arrebatara el cielo

y sus estrellas altas arrastra y en una rápida órbita las vira.
Pugno yo en contra, y no el ímpetu que a lo demás a mí me
vence, y contrario circulo a ese rápido orbe.
Figúrate que se te han dado los carros. ¿Qué harás? ¿Podrías
⁷⁵en contra ir de los rotantes polos para que no te arrebate el veloz eje?
Acaso, también, las florestas allí y las ciudades de los dioses
concibas en tu ánimo que están, y sus santuarios ricos
en dones. A través de insidias el camino es, y de formas de fieras,
y aunque tu ruta mantengas y ningún error te arrastre,
⁸⁰a través, aun así, de los cuernos pasarás del adverso Toro,
y de los hemonios arcos, y la boca del violento León,
y del que sus salvajes brazos curva en un circuito largo,
el Escorpión, y del que de otro modo curva sus brazos, el Cangrejo.
Tampoco mis cuadrípedes, ardidados por los fuegos esos
⁸⁵que en su pecho tienen, que por su boca y narinas exhalan,
a tu alcance gobernar está: apenas a mí me sufren cuando sus agrios
ánimos se enardecen, y su cerviz rechaza las riendas.
Mas tú, de que no sea yo para ti el autor de este funesto regalo,
mi nacido, cuida y, mientras la cosa lo permite, tus votos corrige.
⁹⁰Claro es que para que de nuestra sangre tú engendrado te creas
unas prendas ciertas pides: te doy unas prendas ciertas temiendo,
y con el paterno miedo que tu padre soy pruebo. Mira los rostros
aquí míos, y ojalá tus ojos en mi pecho pudieras
inserir y dentro desprender los paternos cuidados.
⁹⁵Y, por último, cuanto tiene el rico cosmos mira en derredor,
y de tantos y tan grandes bienes del cielo y la tierra
y el mar demanda algo: ninguna negativa sufrirás.
Te disuado de esto solo, que por verdadero nombre un castigo,
no un honor es: un castigo, Faetón, en vez de un regalo demandas.
¹⁰⁰¿Por qué mi cuello sostienes, ignorante, con tus blandos brazos?
No lo dudes, se te concederá —las estigias ondas hemos jurado—
aquello que pidas. Pero tú con más sabiduría pide.

Había acabado sus advertencias. Sus palabras, aun así, él rechaza
y su propósito apremia y flagra en el deseo del carro.

¹⁰⁵Así pues, lo que podía, su genitor, irresoluto, a los altos
conduce al joven, de Vulcano regalos, carros.

Áureo el eje era, el timón áureo, áurea la curvatura
de la extrema rueda, de los radios argénteo el orden.

Por los yugos unos crisólitos y, puestas en orden, unas gemas,
¹¹⁰claras devolvían sus luces, reverberante, a Febo.

Y mientras de ello, henchido, Faetón se admira y su obra
escruta, he aquí que vigilante abrió desde el nítido orto
la Aurora sus purpúreas puertas, y plenos de rosas
sus atrios. Se dispersan las estrellas, cuyas columnas conduce

¹¹⁵el Lucero, y de su posta del cielo el postrero sale:
al cual cuando buscar las tierras, y que el cosmos enrojecía, vio,
y los cuernos como desvanecerse de la extrema luna,
uncir los caballos el Titán impera a las veloces Horas.

Sus órdenes las diosas rápidas cumplen y, fuego vomitando
¹²⁰y de jugo de ambrosia saciados, de sus pesebres altos
a los cuadrípedes sacan, y les añaden sus sonantes frenos.

Entonces el padre la cara de su nacido con una sagrada droga
tocó y la hizo paciente de la arrebatadora llama
e impuso a su pelo los rayos, y, présagos del luto,
¹²⁵de su pecho angustiado reiterando suspiros, dijo:

“Si puedes a estas advertencias al menos obedecer de tu padre,
sé parco, chico, con las agujadas, y más fuerte usa las bridas.

Por sí mismos se apresuran: la labor es inhibirles tal deseo.
Y no a ti te plazca la ruta, derechos, a través de los cinco arcos.

¹³⁰Cortada en oblicuo hay, de ancha curvatura, una senda,
y, con la frontera de tres zonas contentándose, del polo
rehúye austral y, vecina a los aquilones, de la Osa.

Por aquí sea tu camino: manifiestas de mi rueda las huellas divisarás;
y para que soporten los justos el cielo y la tierra calores,

¹³⁵ni hundas ni yergas por los extremos del éter el carro.

Más alto pasando los celestes techos quemarás,
más bajo, las tierras: por el medio segurísimo irás.

Tampoco a ti la más diestra te decline hacia la torcida Serpiente,
ni tu más siniestra rueda te lleve, hundido, al Ara.

¹⁴⁰Entre ambos manténte. A la Fortuna lo demás encomiendo,
la cual te ayude, y que mejor que tú por ti vele, deseo.

Mientras hablo, puestas en el vespertino litoral, sus metas
la húmeda noche ha tocado; no es la demora libre para nos.
Se nos reclama, y fulge, las tinieblas ahuyentadas, la Aurora.

¹⁴⁵Coge en la mano las riendas, o, si un mudable pecho
es el tuyo, los consejos, no los carros usa nuestros.

Mientras puedes y en unas sólidas sedes todavía estás,
y mientras, mal deseados, todavía no pisas, ignorándolos, mis ejes,
las que tú seguro contemples, déjame dar, las luces a las tierras.”

¹⁵⁰Ocupa él con su juvenil cuerpo el leve carro
y se aposta encima, y de que a sus manos las leves riendas hayan tocado
se goza, y las gracias da de ello a su contrariado padre.

Entre tanto, voladores, Pirois, y Eoo y Eton,
del Sol los caballos, y el cuarto, Flegonte, con sus relinchos llameantes
¹⁵⁵las auras llenan y con sus pies las barreras baten.

Las cuales, después de que Tetis, de los hados ignorante de su nieto,
retiró, y hecha les fue provisión del inmenso cielo,

cogen la ruta y sus pies por el aire moviendo
a ellos opuestas hienden las nubes, y con sus plumas levitando

¹⁶⁰atrás dejan, nacidos de esas mismas partes, a los Euros.

Pero leve el peso era y no el que conocer pudieran
del Sol los caballos, y de su acostumbrado peso el yugo carecía,
y como se escoran, curvas, sin su justo peso las naves,
y por el mar, inestables por su excesiva ligereza, vanse,

¹⁶⁵así, de su carga acostumbrada vacío, da en el aire saltos
y es sacudido hondamente, y semejante es el carro a uno inane.

Lo cual en cuanto sintieron, se lanzan, y el trillado espacio
 abandonan los cuadríjugos, y no en el que antes orden corren.
 Él se asusta, y no por dónde dobla las riendas a él encomendadas,
¹⁷⁰ni sabe por dónde sea el camino, ni si lo supiera se lo imperaría a ellos.
 Entonces por primera vez con rayos se calentaron los helados Triones
 y, vedada, en vano intentaron en la superficie bañarse,
 y la que puesta está al polo glacial próxima, la Serpiente,
 del frío yerta antes y no espantable para nadie,
¹⁷⁵se calentó y tomó nuevas con esos hervores unas iras.
 Tú también que turbado huiste cuentan, Boyero,
 aunque tardo eras y tus carretas a ti te retenían.
 Pero cuando desde el supremo éter contempló las tierras
 el infeliz Faetón, que a lo hondo, y a lo hondo, yacían,
¹⁸⁰palideció y sus rodillas se estremecieron del súbito temor,
 y le fueron a sus ojos tinieblas en medio de tanta luz brotadas,
 y ya quisiera los caballos nunca haber tocado paternos,
 ya de haber conocido su linaje le pesa, y de haber prevalecido en su ruego.
 Ya, de Mérope decirse deseando, igual es arrastrado que un pino
¹⁸⁵llevado por el vertiginoso bóreas, al que vencidos sus frenos
 ha soltado su propio regidor, y al que a los dioses y a los rezos ha abandonado.
 ¿Qué haría? Mucho cielo a sus espaldas ha dejado;
 ante sus ojos más hay. Con el ánimo mide los dos;
 y, ya, los que su hado alcanzar no es,
¹⁹⁰delante mira los ocasos; a las veces detrás mira los ortos,
 y, de qué hacer ignorante, suspendido está, y ni los frenos suelta
 ni de retenerlos es capaz, ni los nombres conoce de los caballos.
 Esparcidas también en el variado cielo por todos lados maravillas,
 y ve, tembloroso, los simulacros de las vastas fieras.
¹⁹⁵Hay un lugar, donde en gemelos arcos sus brazos concava
 el Escorpión, y con su cola, y dobladas a ambos lados sus pinzas,
 alarga en espacio los miembros de sus dos signos:
 a éste el muchacho, cuando, húmedo del sudor de su negro veneno,

y heridas amenazando con su curvada cúspide, ve,
²⁰⁰de la razón privado por el helado espanto las bridas soltó.
Las cuales, después de que tocaron postradas lo alto de sus espaldas,
se desorbitan los caballos y, nadie reteniéndolos, por las auras
de una ignota región van, y por donde su ímpetu les lleva,
por allá sin ley se lanzan, y bajo el alto éter se precipitan
²⁰⁵contra las fijas estrellas y arrebatan por lo inaccesible el carro,
y ya lo más alto buscan, ya en pendiente y por rutas
vertiginosas a un espacio a la tierra más cercano vanse,
y de que más bajo que los suyos corran los fraternos caballos
la Luna se admira, y abrasadas las nubes humean.

²¹⁰Se prende en llamas, según lo que está más alto, la tierra,
y hendida produce grietas, y de sus jugos privada se deseca.
Los pastos canecen, con sus frondas se quema el árbol,
y materia presta para su propia perdición el sembrado árido.

De poco me quejo: grandes perecen, con sus murallas, ciudades,
²¹⁵y con sus pueblos los incendios a enteras naciones
en ceniza tornan; las espesuras con sus montes arden,
arde el Atos y el Tauro cílice y el Tmolo y el Oete
y, entonces seco, antes abundantísimo de fontanas, el Ide,
y el virgíneo Helicón y todavía no de Eagro el Hemo.

²²⁰Arde a lo inmenso con geminados fuegos el Etna
y el Parnaso bicéfalo y el Érix y el Cinto y el Otris
y, que por fin de nieves carecería, el Ródope, y el Mimas
y el Dándima y el Mícale y nacido para lo sagrado el Citerón,
y no le aprovechan a Escitia sus fríos: el Cáucaso arde
²²⁵y el Osa con el Pindo y mayor que ambos el Olimpo,
y los aéreos Alpes y el nubífero Apenino.

Entonces en verdad Faetón por todas partes el orbe
mira incendiado, y no soporta tan grandes calores,
e hirvientes auras, como de una fragua profunda,
²³⁰con la boca atrae, y los carros suyos encandecerse siente;

y no ya las cenizas, y de ellas arrojada la brasa,
soportar puede, y envuelto está por todos lados de caliente humo,
y a dónde vaya o dónde esté, por una calina como de pez cubierto,
no sabe, y al arbitrio de los voladores caballos es arrebatado.

²³⁵De su sangre, entonces, creen, al exterior de sus cuerpos llamada,
que los pueblos de los etíopes trajeron su negro color.

Entonces se hizo Libia, arrebatados sus humores con ese bullir,
árida, entonces las ninfas, con sueltos cabellos, a sus fontanas
y lagos lloraron: busca Beocia a su Dirce,

²⁴⁰Argos a Amímone, Éfire a las pirénidas ondas.

Y tampoco las corrientes, las agraciadas con riberas distantes de lugar,
seguras permanecen: en mitad el Tanais humeaba de sus ondas,
y también Peneo el viejo y el teutranteo Caíco

y el veloz Ismeno con el fegíaco Erimanto

²⁴⁵y el que habría de arder de nuevo, el Janto, y el flavo Licormas

y el que juega, el Meandro, entre sus recurvadas ondas,

y el migdonio Melas y el tenario Eurotas.

Ardió también el Eufrates babilonio, ardió el Orontes

y el Termodonte raudo y el Ganges y el Fasis y el Histro.

²⁵⁰Bulle el Alfeo, las riberas del Esperquío arden,

y el que en su caudal el Tajo lleva, fluye, por los fuegos, el oro,

y las que frecuentaban con su canción las meonias riberas,

sus fluviales aves, se caldean en mitad del Caístro.

El Nilo al extremo huye, aterrorizado, del orbe,

²⁵⁵y se tapó la cabeza, que todavía está escondida; sus siete embocaduras,
polvorientas, están vacías, siete, sin su corriente, valles.

El azar mismo los ismarios Hebro y Estrimón seca,

y los Vespertinos caudales del Rin, el Ródano y el Po,

y al que fue de todas las cosas prometido el poder, al Tíber.

²⁶⁰Saltó en pedazos todo el suelo y penetra en los Tártaros por las grietas
la luz, y aterra, con su esposa, al infernal rey;
y el mar se contrae, y es un llano de seca arena

lo que poco antes ponto era, y, los que alta cubría la superficie,
sobresalen esos montes y las esparcidas Cícladas ellos acrecen.

²⁶⁵Lo profundo buscan los peces y no sobre las superficies, curvos,
a elevarse se atreven los delfines hacia sus acostumbradas auras;
los cuerpos de las focas, de espaldas sobre lo extremo del profundo,
exánimes, nadan; el mismo incluso Nereo, fama es,
y Doris y sus nacidas, que se ocultaron bajo tibias cavernas.

²⁷⁰Tres veces Neptuno, de las aguas, sus brazos con torvo semblante
a extraer se atrevió, tres veces no soportó del aire los fuegos.
La nutricia Tierra, aun así, como estaba circundada de ponto,
entre las aguas del piélagos y, contraídas por todos lados, sus fontanas,
que se habían escondido en las vísceras de su opaca madre,

²⁷⁵sostuvo hasta el cuello, árida, su devastado rostro
y opuso su mano a su frente, y con un gran temblor
todo sacudiendo, un poco se asentó y más abajo
de lo que suele estar quedó, y así con seca voz habló:

“Si te place esto y lo he merecido, ¿a qué, oh, tus rayos cesan,

²⁸⁰supremo de los dioses? Pueda la que ha de perecer por las fuerzas del fuego,
por el fuego perecer tuyo, y su calamidad por su autor aliviar.

Apenas yo, ciertamente, mis fauces para estas mismas palabras libero”
–le oprimía la boca el vapor– “quemados, ay, mira mis cabellos,
y en mis ojos tanta, tanta sobre mi cara brasa.

²⁸⁵¿Estos frutos a mí, este premio de mi fertilidad
y de mi servicio me devuelves, porque las heridas del combado arado
y de los rastrillos soporto, y todo se me hostiga el año,
porque al ganado frondas, y alimentos tiernos, los granos,
al humano género, a vosotros también inciensos, suministro?

²⁹⁰Pero aun así, este final pon que yo he merecido ¿Qué las ondas,
qué ha merecido tu hermano? ¿Por qué, a él entregadas en suerte,
las superficies decrecen y del éter más lejos se marchan?

Y si ni la de tu hermano, ni a ti mi gracia te conmueve,
mas del cielo compadécete tuyo. Mira a ambos lados:

²⁹⁵humea uno y otro polo, los cuales si viciara el fuego,
los atrios vuestros se desplomarán. Atlante, ay, mismo padece,
y apenas en sus hombros candente sostiene el eje.

Si los estrechos, si las tierras perecen, si el real del cielo:
en el caos antiguo nos confundimos. Arrebata a las llamas
³⁰⁰cuanto todavía quede y vela por la suma de las cosas.”

Había dicho esto la Tierra, puesto que ni tolerar el vapor
más allá pudo ni decir más, y la boca
suya se devolvió a sí misma, y a sus cavernas a los manes más cercanas.

Mas el padre omnipotente, los altísimos poniendo por testigos y a aquél mismo
³⁰⁵que había dado sus carros, de que, si ayuda él no prestara, todas las cosas de un
hado

desaparecerían grave, acude, arduo, al supremo recinto
desde donde suele las nubes congregar sobre las anchas tierras,
desde donde mueve los truenos, y sus blandidos rayos lanza.

Pero ni las que pudiera sobre las tierras congregar, nubes
³¹⁰entonces tuvo, ni las que del cielo mandara, lluvias:

trueno, y balanceando un rayo desde su diestra oreja
lo mandó al auriga y, al par, de su aliento y de sus ruedas
lo expelió, y apacentó con salvajes fuegos los fuegos.

Constérnanse los caballos, y un salto dando en contrario
³¹⁵sus cuellos del yugo arrebatan, y sus rotas correas abandonan:
por allí los frenos yacen, por allí, del timón arrancado,
el eje, en esta parte los radios de las quebradas ruedas,
y esparcidos quedan anchamente los vestigios del lacerado carro.

Mas Faetón, con llama devastándole sus rútilos cabellos,
³²⁰rodando cae en picado, y en un largo trecho por los aires
va, como a las veces desde el cielo una estrella, sereno,
aunque no ha caído, puede que ha caído parecer.

Al cual, lejos de su patria, en el opuesto orbe, el máximo
Erídano lo recibió, y le lavó, humeante, la cara.

³²⁵Las náyades Vespertinas, por la trífida llama humeante,

su cuerpo dan a un túmulo, e inscriben también con esta canción la roca:

AQUÍ ·SITO ·QUEDA ·FAETÓN ·DEL ·CARRO ·AURIGA ·PATERNO
QUE ·SI ·NO ·LO ·DOMINÓ ·AUN ·ASÍ ·SUCUMBIÓ ·A ·UNAS ·GRANDES ·OSADÍAS

Pues su padre, cubiertos por su luto afligido, digno de compasión,
³³⁰había escondido sus semblantes, y si es que lo creemos, que un único
día pasó sin sol referen; los incendios luz
prestaban, y algún uso hubo en el mal aquel.

Clímene

Mas Clímene, después de que dijo cuanto hubo
en tan grandes males de ser dicho, lúgubre y amente,
³³⁵y rasgándose los senos, todo registró el orbe,
y sus exánimes miembros primero, luego sus huesos buscando,
los halló, aunque huesos, en una peregrina ribera escondidos.
Y se postró en ese lugar, y su nombre, en el mármol leído,
regó de lágrimas, y con su abierto pecho lo calentó.

Las Helíades

³⁴⁰Y no menos las Helíades le plañen y, inanes ofrendas
a la muerte, le dan lágrimas, e hiriéndose los pechos con sus palmas,
a quien no oiría sus tristes quejas, a Faetón,
noche y día llaman y se prosternan al sepulcro.
La luna cuatro veces había llenado, juntos sus cuernos, su orbe:
³⁴⁵ellas, con la costumbre suya —pues costumbre lo hiciera el uso—,
sus golpes de duelo se habían dado; de las cuales Faetusa, de las hermanas
la mayor, cuando quisiera en tierra postrarse, se quejó
de que rigentes estaban sus pies, a la cual intentando llegarse
la cándida Lampetie, por una súbita raíz retenida fue;
³⁵⁰la tercera, cuando con las manos su pelo a desgarrar se disponía,
arranca frondas; ésta, de que un tronco sus piernas retiene,

aquella se duele de que se han hecho sus brazos largas ramas;
y mientras de ello se admiran, se abraza a sus ingles una corteza
y por sus plantas, útero y pecho y hombros y manos,

³⁵⁵las rodea, y restaban sólo sus bocas llamando a su madre.

¿Qué iba a hacer su madre, sino, adonde la trae su ímpetu a ella,
para acá ir y para allá, y, mientras puede, su boca unirles?

No bastante es: de los troncos arrancar sus cuerpos intenta,
y tiernas con sus manos sus ramas rompe; mas de ahí

³⁶⁰sanguíneas manan, como de una herida, gotas.

“Cesa, te lo suplico, madre”, aquella que es herida grita,

“cesa, te lo suplico: se lacera en el árbol nuestro cuerpo.

Y ya adiós....” La corteza a sus palabras postreras llega.

Después fluyen lágrimas, y, destilados, con el sol se endurecen,

³⁶⁵de sus ramas nuevas, electros, los cuales el lúcido caudal
recibe, y a las nueras los manda, para que los lleven, latinas.

Cigno

Asistió a este prodigio, prole de Esténelo, Cigno,
el cual a ti, aunque por la sangre materna unido,
en la mente aun así, Faetón, más cercano estaba. Él, tras abandonar
³⁷⁰—pues de los lígures los pueblos y sus grandes ciudades regía—
su gobierno, las riberas verdes y el caudal Eridano
de sus quejas había llenado, y la espesura, por sus hermanas acrecida;
cuando su voz se adelgazó para la de un hombre, y canas plumas
sus cabellos disimulan, y el cuello del pecho lejos
³⁷⁵se extiende, y sus dedos rojecientes liga una unión,
un ala su costado vela, tiene su cara, sin punta, un pico.
Se vuelve nueva Cigno una ave, y no él al cielo y a Júpiter
se confía, como acordado del fuego injustamente enviado desde él;
a los pantanos acude y a los anchurosos lagos, y el fuego odiando,
³⁸⁰las que honrara eligió, contrarias a las llamas, las corrientes.

Demacrado entre tanto el genitor de Faetón, y privado

él de su propio decor, con tal orbe cual cuando falta
 estar suele, la luz odia y a sí mismo él, y al día,
 y da su ánimo a los lutos, y a los lutos añade ira,
³⁸⁵y su servicio niega al cosmos. “Bastante”, dice, “desde los principios
 del tiempo la suerte mía ha sido irrequieta, y me pesa
 de estos, cumplidos sin fin por mí, sin honor, trabajos.
 Cualquier otro lleve, portadores de las luces, los carros.
 Si nadie hay y todos los dioses que no pueden confiesan,
³⁹⁰que él mismo los lleve, para que al menos mientras prueba nuestras riendas,
 los que han de orfanar a los padres, alguna vez los rayos suelte.
 Entonces sabrá, las fuerzas experimentando de los caballos de pies de fuego,
 que no merecía la muerte quien no bien los gobernara a ellos.”
 Al que tal decía circundan, al Sol, todos
³⁹⁵los númenes, y que no quiera las tinieblas congregarse sobre las cosas
 con suplicante voz ruegan; sus enviados fuegos también Júpiter
 excusa, y a sus súplicas amenazas, regiamente, añade.
 Reúne amentes y todavía de terror espantados
 Febo los caballos, y con la aguijada, doliente, y el látigo se encona
⁴⁰⁰—pues enconado está— y de su nacido les acusa e imputa a ellos.

Júpiter y Calisto

Mas el padre omnipotente las ingentes murallas del cielo
 rodea y que no haya algo vacilante, por las fuerzas del fuego
 derruido, explora. Las cuales, después de que firmes y con su reciedumbre
 propia que están ve, las tierras y los trabajos de los hombres
⁴⁰⁵indaga. El de la Arcadia suya, aun así, es su más precioso
 cuidado, y sus fontanas y, las que todavía no osaban bajar,
 sus corrientes restituye, da a la tierra gramas, frondas
 a los árboles, y ordena retoñar, lastimadas, a las espesuras.
 Mientras vuelve y va incesante, en una virgen nonacrina
⁴¹⁰quedó prendido, y encajados caldearon bajo sus huesos unos fuegos.
 No era de ella obra la lana mullir tirando,

ni de disposición variar los cabellos: cuando un broche su vestido,
una cinta sujetara blanca sus descuidados cabellos,
y ora en la mano una leve jabalina, ora tomara el arco,
⁴¹⁵un soldado era de Febe, y no al Ménalo alcanzó alguna
más grata que ella a Trivia. Pero ninguna potencia larga es.

Más allá de medio su espacio el sol alto ocupaba,
cuando alcanza ella un bosque que ninguna edad había cortado.
Despojó aquí su hombro de su aljaba y los flexibles arcos
⁴²⁰destensó, y en el suelo, que cubriera la hierba, yacía,
y su pinta aljaba, con su cuello puesto, hundía.

Júpiter cuando la vio, cansada y de custodia libre:
“Este hurto, ciertamente, la esposa mía no sabrá”, dice,
“o si lo vuelve a saber, son, oh, son unas disputas por tanto....”

⁴²⁵Al punto se viste de la faz y el culto de Diana
y dice: “Oh, de las acompañantes mías, virgen, parte única,
¿en qué sierras has cazado?” Del césped la virgen
se eleva y: “Salud, numen a mi juicio”, dijo,
“aunque lo oiga él mismo, mayor que Júpiter.” Ríe y oye,
⁴³⁰y de que a él, a sí mismo, se prefiera se goza y besos le une
ni moderados bastante, ni que así una virgen deba dar.

En qué espesura cazado hubiera a la que a narrar se disponía,
la impide él con su abrazo, y no sin crimen se delata.

Ella, ciertamente, en contra, cuanto, sólo una mujer, pudiera
⁴³⁵—ojalá lo contemplaras, Saturnia, más compasiva serías—,
ella, ciertamente, lucha, pero ¿a quién vencer una muchacha,
o quién a Júpiter podría? Al éter de los altísimos acude vencedor
Júpiter: para ella causa de odio el bosque es y la cómplice espesura,
de donde, su pie al retirar, casi se olvidó de coger

⁴⁴⁰su aljaba con las flechas y, que había suspendido, su arco.

He aquí que de su coro acompañada Dictina por el alto
Ménalo entrando, y de su matanza orgullosa de fieras,
la vio a ella y vista la llama: llamada ella rehúye

y temió a lo primero que Júpiter estuviera en ella,
⁴⁴⁵pero después de que al par a las ninfas avanzar vio,
 sintió que no había engaños y al número accedió de ellas.
 Ay, qué difícil es el crimen no delatar con el rostro.
 Apenas los ojos levanta de la tierra, y no, como antes solía,
 junta de la diosa al costado está, ni de todo es el grupo la primera,
⁴⁵⁰sino que calla y da signos con su rubor de su lastimado pudor
 y, salvo porque virgen es, podría sentir Diana
 en mil señales su culpa –las ninfas que lo notaron refieren–.
 En su orbe noveno resurgían de la luna cuernos,
 cuando la diosa, de la cacería bajo las fraternas llamas lánguida,
⁴⁵⁵alcanzado había un bosque helado desde el que con su murmullo bajando
 iba, y sus trilladas arenas viraba un río;
 cuando esos lugares alabó, lo alto con el pie tocó de sus ondas.
 Ellas también alabadas, “Lejos queda”, dijo, “árbitro todo;
 desnudos, sumergidos en las linfas bañemos nuestros cuerpos.”
⁴⁶⁰La Parráside rojeció; todas sus velos dejan;
 una demoras busca; a la que dudaba su vestido quitado le es,
 el cual dejado, se hizo patente, con su desnudo cuerpo, su delito.
 A ella, atónita, y con sus manos el útero esconder queriendo:
 “Vete lejos de aquí”, le dijo Cintia, “y estas sagradas fontanas
⁴⁶⁵no mancilles”, y de su unión le ordenó separarse.
 Había sentido esto hacía tiempo la matrona del gran Tonante,
 y había diferido, graves, hasta idóneos tiempos los castigos.
 Causa de demora ninguna hay, y ya el niño Árcade –esto mismo
 dolió a Juno– había de su rival nacido.
⁴⁷⁰Al cual nada más volvió su salvaje mente junto con su luz:
 “Claro es que esto también restaba, adúltera”, dijo,
 “que fecunda fueras y se hiciera tu injuria por tu parto
 conocida y del Júpiter mío testimoniado el desdoro fuera.
 No impunemente lo harás, puesto que te arrancaré a ti la figura
⁴⁷⁵en la que a ti misma, y en la que complaces, importuna, a nuestro marido”,

dijo, y de su frente, a ella opuesta, prendiéndole los cabellos,
la postra en el suelo de bruces; tendía sus brazos suplicantes:
sus brazos empezaron a erizarse de negros vellos
y a curvarse sus manos y a crecer en combadas uñas
⁴⁸⁰y el servicio de los pies a cumplir, y alabada un día
su cara por Júpiter, a hacerse deforme en una ancha comisura,
y para que sus súplicas los ánimos, y sus palabras suplicantes, no dobleguen,
el poder hablar le es arrebatado: una voz iracunda y amenazante
y llena de terror de su ronca garganta sale.

⁴⁸⁵Su mente antigua le queda –también permaneció en la osa hecha–,
y con su asiduo gemido atestiguando sus dolores,
cuales ellas son, sus manos al cielo y a las estrellas alza,
e ingrato a Júpiter, aunque no pueda decirlo, siente.

Ay, cuántas veces, no osando descansar en la sola espesura,

⁴⁹⁰delante de su casa y, otro tiempo suyos, vagó por los campos.

Ay, cuántas veces por las rocas los ladridos de los perros la llevaron,
y la cazadora, por el miedo de los cazadores aterrada, huyó.

Muchas veces fieras se escondió al ver, olvidada de qué era,

y, la osa, de ver en los montes osos se horrorizó,

⁴⁹⁵y temió a los lobos, aunque su padre estuviese entre ellos.

He aquí que su prole, desconocedor de su Licaonia madre,
Árcade, llega, por tercera vez sus quintos casi cumpleaños pasados,
y mientras fieras persigue, mientras los sotos elige aptos
y de nodosas mallas las espesuras del Erimanto rodea,
⁵⁰⁰cae sobre su madre, la cual se detuvo Árcade al ver
y como aquella que lo conociera se quedó. Él rehúye,
y de quien inmóviles sus ojos en él sin fin tenía
sin saber tuvo miedo y a quien más cerca avanzar ansiaba
hubiera atravesado el pecho con una heridora flecha.

⁵⁰⁵Lo evitó el omnipotente, y al par a ellos y su abominación
contuvo, y, al par, arrebatados por el vacío merced al viento,
los impuso en el cielo, y vecinas estrellas los hizo.

Se inflamó Juno después que entre las estrellas su rival
fulgió, y hasta la cana Tetis descendió a las superficies,
⁵¹⁰y al Océano viejo, cuya reverencia conmueve
a menudo a los dioses, y a aquéllos que la causa de su ruta preguntaban, empieza:
“¿Preguntáis por qué, reina de los dioses, de las etéreas
sedes aquí vengo? En vez de mí tiene otra el cielo.
Miento si cuando oscuro la noche haya hecho el orbe,
⁵¹⁵recién honoradas –mis heridas– con el supremo cielo,
no vierais unas estrellas allí, donde el círculo último,
por su espacio el más breve, el eje postrero rodea.
¿Hay en verdad razón por que alguien a Juno herir no quiera,
y ofendida le trema, la que sola beneficio daño haciendo?
⁵²⁰¡Oh, yo, qué cosa grande he hecho! ¡Cuán vasta la potencia nuestra es!
Ser humana le veté: hecho se ha diosa. Así yo los castigos
a los culpables impongo, así es mi gran potestad.
Que le reclame su antigua hermosura y los rasgos ferinos
le detraiga, lo cual antes en la argólica Forónide hizo.
⁵²⁵¿Por qué no también, echada Juno, se la lleva
y la coloca en mi tálamo y por suegro a Licaón toma?
Mas vosotros, si os mueve el desprecio de vuestra herida ahijada,
del abismo azul prohibid a los Siete Triones,
y esas estrellas, en el cielo en pago de un estupro recibidas,
⁵³⁰rechazad, para que no se bañe en la superficie pura una rival.”

Los dioses del mar habían asentido: en su manejable carro la Saturnia
ingresa en el fluente éter con sus pavones pintados.

El cuervo

Tan recién pintados sus pavones del asesinado Argos,
como tú recientemente fuiste, cuando cándido antes fueras,
⁵³⁵cuervo locuaz, en alas vuelto súbitamente ennegrecidas.
Pues fue ésta un día, por sus níveas alas plateada
un ave, como para igualar, todas sin fallo, a las palomas,

y a los que salvarían los Capitolios con su vigilante voz
no ceder, a los ánsares, ni amante de las corrientes al cisne.
⁵⁴⁰Su lengua fue su perdición, la lengua haciendo esa, locuaz,
que el color que blanco era, ahora es contrario al blanco.

Apolo y Coronis

Más bella en ella toda que la larísea Coronis
no la hubo, en la Hemonia: te agradó a ti, Delfico, ciertamente,
mientras o casta fue, o inobservada, pero el ave
⁵⁴⁵de Febo sintió el adulterio, y para descubrir
la culpa escondida, no exorable delator,
hacia su señor tomaba el camino;

La corneja; Nictímene

al cual, gárrula, moviendo
sus alas, le sigue, para averiguarlo todo, la corneja,
y oída de su ruta la causa: “No útil coges”,
⁵⁵⁰dice, “un camino: no desprecia los presagios de mi lengua.
Qué fuera yo y qué sea, mira, y el mérito pregunta.
Encontrarás que daño me hizo mi lealtad. Pues en cierto tiempo
Palas a Erictonio, prole sin madre creada,
había encerrado, tejida de acteo mimbre, en una cesta,

Las hijas de Cécrope

⁵⁵⁵y a vírgenes tres, del geminado Cécrope nacidas,
con la ley lo había entregado, de que sus secretos no vieran.
Escondida en su fronda leve oteaba yo desde un denso olmo
qué hacían: sus cometidos dos sin fraude guardan,
Pándrosos y Herse; miedosas llama sola a sus hermanas
⁵⁶⁰Áglauros y los nudos con su mano separa, y dentro
al pequeño ven y, al lado tendido, un dragón.
Los hechos a la diosa refiero, a cambio de lo cual a mí gracia tal

se me devuelve, que se me dice de la guardia expulsada de Minerva,
y se me pone por detrás del ave de la noche. Mi castigo a las aves
⁵⁶⁵advertir puede de que con su voz peligros no busquen.

Mas, pienso, no voluntariamente ni que algo tal pedía
a mí acudió. Lo puedes a la misma Palas preguntar:
aunque furiosa está, no esto furiosa negará.

Pues a mí en la focaica tierra el claro Coroneo
⁵⁷⁰—cosas conocidas digo— me engendró, y había sido yo una regia virgen
y por ricos pretendientes —no me desprecia— era pretendida.

Mi hermosura me dañó: pues, cuando por los litorales con lentos
pasos, como suelo, paseaba por encima de la arena,
me vio y se encendió del piélagos el dios, y como suplicando
⁵⁷⁵con blandas palabras tiempos inanes consumió,
la fuerza dispone y me persigue; huyo y denso dejo
el litoral, y en la mullida arena me fatigo en vano.

Después a dioses y hombres llamo, y no alcanza la voz
mía a mortal alguno: se conmovió por una virgen la virgen
⁵⁸⁰y auxilio me ofreció. Tendía los brazos al cielo:
mis brazos empezaron de leves plumas a negrecer;
por rechazar de mis hombros esa veste pugnaba, mas ella
pluma era y en mi piel raíces había hecho hondas;
golpes de duelo dar en mis desnudos pechos intentaba con mis palmas,
⁵⁸⁵pero ni ya palmas ni pechos desnudos llevaba;
corría, y no como antes mis pies retenía la arena,
sino que de lo alto de la tierra me elevaba; luego, llevada por las auras
avanzo y dada soy, inculpada, de acompañante, a Minerva.

¿De qué, aun así, esto me sirve, si, hecha ave por un siniestro
⁵⁹⁰crimen, Nictímene nos sucedió en el honor nuestro?

¿O acaso la que cosa es por toda Lesbos conocidísima,
no oída por ti ha sido, de que profanó el dormitorio patrio
Nictímene? Ave ella, ciertamente, pero sabedora de su culpa,
de la vista y la luz huye, y en las tinieblas su pudor

⁵⁹⁵esconde y, a una, expulsada es del éter todo.”

Apolo y Coronis (II)

A quien tal decía: “Para tu mal”, dice el cuervo,
“las disuasiones estas sean, suplico yo: nos el vano agüero despreciamos”,
y no suelta emprendido el camino y a su dueño, que yaciendo
ella con un joven hemonio había visto, a Coronis, narra.

⁶⁰⁰La láurea se resbaló, oído el crimen, al amante,
y al par su expresión, del dios, y su plectro y su color,
se desprendió, y según su ánimo hervía de henchida ira,
sus armas acostumbradas coge y, doblado por sus cuernos, el arco
tiende, y aquellos, tantas veces con su pecho unidos,

⁶⁰⁵con una inevitada flecha atravesó, sus pechos.

Golpeada dio un gemido, y al ser sacado de su cuerpo el hierro
sus cándidos miembros regó de crúor carmesí,
y dijo: “Pude mis castigos a ti, Febo, haber cumplido,
pero haber parido antes. Dos ahora moriremos en una.”

⁶¹⁰Hasta aquí, y al par su vida con su sangre vertió.

A su cuerpo, inane de aliento, un frío letal siguió.

Le pesa, ay, tarde de su castigo cruel al amante,
y a sí mismo, porque oyera, porque así ardiera se odia;
odia al ave por la cual el crimen y la causa de su dolor

⁶¹⁵a saber obligado fue, y no menos su arco y su mano odia,

y, con su mano, temerarios dardos, las saetas,
y a la abatida conforta, y con tardía ayuda por vencer esos hados
pugna, y médicas ejerce inanemente sus artes.

Lo cual, después de que en vano intentarse, y la hoguera aprestarse

⁶²⁰sintió, y que arderían en los supremos fuegos sus miembros,

entonces en verdad gemidos –puesto que no las celestes caras
bañarse pueden en lágrimas–, de su alto corazón acudidos,
emitió, no de otro modo que cuando, viéndolo la novilla,
de su lactante becerrito, balanceado desde la diestra oreja,

⁶²⁵las sienes cóncavas destrozó el mazo con un claro golpe.
Aun así, cuando ingratos sobre sus pechos derramó los olores
y le dio abrazos, y con lo injustamente justo cumplió,
no soportó Febo que a las cenizas mismas cayeran
sus simientes, sino a su nacido de las llamas y del útero de su madre
⁶³⁰arrebató, y del geminado Quirón lo llevó a la caverna,
y al que esperaba para sí los premios de su no falsa lengua,
entre las aves blancas vetó asentarse, al cuervo.

Ocíroo

El mediofiera, entre tanto, de su ahijado de divina stirpe
alegre estaba y, mezclado a su carga, se gozaba del honor.
⁶³⁵He aquí que llega, protegiendo sus hombros con sus rútilos cabellos,
la hija del Centauro, a la que un día la ninfa Cariclo,
en las riberas de una corriente arrebatadora por haberla parido, llamó
Ocíroo; no ella con haber aprendido las artes paternas
se contentó: de los hados los arcanos cantaba.
⁶⁴⁰Así pues, cuando los vaticinos furores concibió en su mente,
y se enardeció del dios que encerrado en su pecho tenía,
miró al pequeño y: “Para todo el orbe saludador,
crece, niño”, dijo, “a ti los mortales cuerpos muchas veces
se deberán; los alientos arrancados para ti devolver
⁶⁴⁵lícito será, y habiendo esto osado tú una sola vez, por la indignación de los dioses,
poder concederlo de nuevo tu llama atávica te prohibirá,
y, de dios, cuerpo exangüe te volverás, y dios
quien poco antes cuerpo eras, y dos veces tus hados renovarás.
Tú también, querido padre, ahora inmortal, y para que
⁶⁵⁰por las edades todas permanezcas, según la ley de tu nacimiento creado,
poder morir desearás entonces, cuando seas torturado por la sangre
de una siniestra serpiente, a través de tus heridos miembros recibida,
y a ti, de eterno, sufridor de la muerte las divinidades
te harán, y las trípticas diosas tus hilos desatarán.”

⁶⁵⁵Restaba a los hados algo: suspira desde sus hondos
pechos y lágrimas por sus mejillas resbalan brotadas,
y así: “Se me anticipan”, dijo, “a mí mis hados y se me impide
más decir, y de la voz mía se antecierra el uso.

No hubieran sido estas artes tan valiosas que del numen la ira
⁶⁶⁰me contrajeran: preferiría desconocer lo futuro.

Ya a mí sustraérseme la faz humana parece,
ya por alimento la hierba me place, ya de correr por los anchos llanos
el ímpetu tengo: en yegua y a mí emparentados cuerpos me vuelvo.
¿Toda, aun así, por qué? El padre es mío en verdad biforme.”

⁶⁶⁵A la que tal decía la parte fuele extrema de su queja
entendida poco, y confusas sus palabras fueron.

Pronto ni palabras siquiera, ni de yegua, el sonido aquel parece,
sino del que imitara a una yegua, y en pequeño tiempo ciertos
relinchos emitió, y sus brazos movió a las hierbas.

⁶⁷⁰Entonces sus dedos se unen y quintuples enlaza sus uñas,
de perpetuo cuerno, un leve casco, crece también de su cara
y su cuello el espacio, la parte máxima de su largo manto
cola se hace, y según vagos los cabellos por su cuello yacían,
en diestras crines acaban, y al par renovada fue

⁶⁷⁵su voz y su faz: nombre también esos prodigios le dieron.

Mercurio y Bato

Lloraba, y la ayuda tuya en vano de Fíliras el héroe,
Délfico, demandaba. Pues ni rescindir las órdenes
del gran Júpiter podías ni, si rescindir las pudieras,
entonces allí estabas: la Élide y los mesenios campos honrabas.

⁶⁸⁰Aquel era el tiempo en el que a ti una pastoril piel
te cubrió y carga fue un báculo silvestre de tu siniestra,
de la otra, dispar de sus septenas cañas, la flauta;
y mientras el amor es tu cuidado, mientras a ti tu flauta te calma,
incustodiadas se recuerdan tus reses que en los campos

⁶⁸⁵se adentraron de Pilos. Las ve de la Atlántide Maya
el nacido, y con el arte suya en las espesuras las oculta sustraídas.
Sintiera este hurto nadie, salvo, conocido en aquel
campo, un anciano: Bato la vecindad toda le llamaban.
Él los sotos y los herbosos pastos del rico Neleo
⁶⁹⁰y las greyes de sus nobles yeguas como custodio guardaba.
De él temió, y con blanda mano lo apartó, y a él:
“Quien quiera que eres, huésped”, dice, “si acaso las manadas
buscara estas alguien, haberlas visto niega, y por que no con gracia ninguna
tu acción se recompense: toma de premios esta nítida vaca”,
⁶⁹⁵y la dio. Aceptada, las voces estas devolvió: “Huésped,
seguro vayas. La piedra esta antes tus hurtos dirá”,
y una piedra mostró. Simula de Júpiter el nacido que se marcha.
Luego vuelve, y tornada al par con su voz su figura:
“Campesino, si has visto por esta linde”, le dijo, “pasar
⁷⁰⁰algunas reses, préstame ayuda, y al hurto sus silencios quita.
Junto a su toro al par se te dará una hembra.”
Pero el más anciano, después de que se hubo el salario duplicado: “Bajo esos
montes”, dice, “estarán”, y estaban bajo los montes esos.
Rió el Atlantíada y: “¿A mí a mí mismo, pérfido, delatas?
⁷⁰⁵¿A mí a mí mismo delatas?”, dice, y sus perjuros pechos torna
en un duro sílice, que ahora también se dice delator,
y, en la que nada mereció, una vieja infamia hay, en esa roca.

Áglauro, Mercurio y Herse

Desde aquí se había elevado en sus parejas alas el Portador del caduceo
y volando los muniquios campos y la tierra grata
⁷¹⁰a Minerva abajo contemplaba, y los arbustos del culto Liceo.
En aquel día, por azar, unas castas de costumbre muchachas,
la cabeza puesta bajo ellos, hacia los festivos recintos de Palas
puros sacrificios portaban en coronados canastos.
De ahí al volver ellas, el dios las ve alado y su camino

⁷¹⁵no hace recto, sino que en el orbe lo curva mismo.
Como volador el rapacísimo milano, al ver unas entrañas,
mientras teme y densos rodean los sacrificios los ministros
dobla en espiral, y no más lejos osa partir,
y la esperanza suya ávido circunvuela moviendo las alas,
⁷²⁰así sobre los acteos recintos ávido el Cilenio
inclina su curso y las mismas auras cercena.
Cuanto más espléndido que las demás estrellas fulge
el Lucero, y cuanto que el Lucero la áurea Febe,
tanto que las vírgenes más prestante todas Herse
⁷²⁵iba, y era el decor de la pompa y de las acompañantes suyas.
Quedó pasmado de su hermosura de Júpiter el nacido y, en el éter suspendido,
no de otro modo ardió que cuando la baleárica honda
el plomo lanza: vuela éste y se encandece en su ida
y, los que no tenía, fuegos bajo las nubes encuentra.
⁷³⁰Torna su camino y el cielo abandonado acude a lo terreno
y no se disfraza: tanta es su confianza en su hermosura.
La cual aunque la justa es, con su cuidado aun así la ayuda:
y se aquieta los cabellos, y la clámide para que cuelgue aptamente
coloca, de modo que la orla y todo parezca su oro,
⁷³⁵que bruñida en su diestra, la que los sueños trae y veta,
su vara esté, que brillen sus talaus en sus tersas plantas.
Una parte secreta de la casa, de marfil y tortuga ornados,
tres tálamos tenía, de los que tú, Pándrosos, el diestro,
Áglauros el izquierdo, el central poseía Herse.
⁷⁴⁰La que tenía el izquierdo, al venir él, la primera notó
a Mercurio y el nombre del dios averiguar osó
y la causa de su venida. A la cual así respondió: “El Atlantíada
y de Pléyone el nieto yo soy, el que por las auras las ordenadas
palabras de mi padre porto, padre es para mí Júpiter mismo.
⁷⁴⁵Y no fingiré las causas: basta que tú fiel a tu hermana
ser quieras y de la prole mía tía materna llamarte:

Herse la causa de mi ruta; que favorezcas, te rogamos, al amante.”
Lo contempló a él con los ojos mismos con los que escondidos poco antes
viera Áglauros los secretos de la flava Minerva,
⁷⁵⁰y a cambio de su ministerio para sí de gran peso un oro
postula: entre tanto de sus techos a retirarse le obliga.
Torna a ella la diosa guerrera de su torva mirada el orbe,
y de lo hondo trajo unos suspiros, con tan gran movimiento,
que al par su pecho y, puesta en su pecho fuerte,
⁷⁵⁵la égida sacudiera. Recuerda que ella sus arcanos con profana
mano descubrió, entonces, cuando sin madre creada,
del Lemnícola la estirpe contra los dados pactos vio,
y que grata al dios iba a ser ya, y grata a su hermana,
y rica al coger, que avara había demandado, el oro.

La Envidia

⁷⁶⁰En seguida de la Envidia, sucios de negra podre,
a los techos acude: la casa está de ella en unos hondos valles
apartada, de sol privada, no transitable para ningún viento,
triste y llenísima de indolente frío, y cual
de fuego carezca siempre, en calina siempre abunde.
⁷⁶⁵Aquí cuando llegó, de la batalla la temible heroína,
se apostó ante la casa —puesto que acceder a esos techos
lícito no le es— y los postes con el extremo de su cúspide sacude.
Golpeadas se abrieron las puertas: ve dentro, comiendo
viborinas carnes, alimentos de los vicios suyos,
⁷⁷⁰a la Envidia, y vista los ojos volvió; mas ella
se levanta de la tierra, despaciosa, y de las semicomidas serpientes
deja los cuerpos, y con paso avanza inerte,
y cuando a la diosa vio, por su forma y sus armas hermosa,
gimió hondo, y semblante para esos hondos suspiros puso.
⁷⁷⁵La palidez en su rostro se asienta, delgadez en todo el cuerpo,
a ninguna parte recta su mirada, lívidos están de orín sus dientes,

sus pechos de hiel verdecen, su lengua está inundada de veneno.

Risa no tiene, salvo la que movieron vistos los dolores,
y no disfruta de sueño, despierta por las vigilativas angustias,

⁷⁸⁰sino que ve los ingratos –y se consume al verlos–

éxitos de los hombres, y corroe y corróese a una,
y su suplicio el suyo es. Aun así, aunque la odiaba a ella,
con tales palabras se le dirigió brevemente la Tritonia:

“Infecta de la podre tuya de las nacidas de Cécrope a una:

⁷⁸⁵así menester es. Áglauros ella es.” No más diciendo

huye, y la tierra repele apoyando su asta.

Ella, a la diosa que huía con su oblicua luz contemplando,
unos murmullos pequeños dio y de lo que bien saldría a Minerva

se dolió, y su báculo toma, al que entero ligaduras

⁷⁹⁰de espinas ceñían, y cubierta de nubes negras

por donde quiera que pasa, postra florecientes los campos

y quema las hierbas y lo alto de las amapolas rae

y con el aflato suyo pueblos y ciudades y casas

mancilla, y por fin de la Tritónide contempla el recinto,

⁷⁹⁵de talentos y de recursos y de festiva paz verdeciente,

y apenas contiene las lágrimas porque nada lacrimoso divisa.

Áglauro

Pero después de que en los tálamos penetró de la nacida de Cécrope,

lo ordenado hace y su pecho con una mano de orín teñida

toca y de arponadas zarzas su tórax llena,

⁸⁰⁰y le insufla un dañino jugo, y como la pez por sus huesos

disipa y por mitad esparce de su pulmón un veneno,

y para que de su mal las causas por un espacio más ancho no vaguen,

a su germana ante sus ojos, y de su hermana el afortunado

matrimonio, y al dios bajo su bella imagen, pone,

⁸⁰⁵y todo grande lo hace; con lo cual excitada, por un dolor

oculto la Cecrópide es mordida, y ansiosa de noche,

ansiosa a la luz gime, y en una lenta podre, tristísima,
se disuelve, como el hielo herido por un incierto sol,
y por los bienes no más lenemente se abrasa de la feliz Herse,
⁸¹⁰que cuando a las espinosas hierbas fuego se les abaja,
las cuales, como no dan llamas, sí con suave tibieza se creman.
Muchas veces morir quiso, para algo tal no ver,
muchas veces, como un crimen, narrarlo a su rígido padre.
Por fin en el umbral opuesto al que llegaba se sentó,
⁸¹⁵para excluirlo, al dios; a quien, mientras blandimientos y súplicas
y palabras le lanzaba suavísimas: “Cesa”, le dijo.
“De aquí yo no me he de mover sino cuando te haya rechazado.”
“Estemos”, dice el veloz Cilenio, “en el pacto este.”
Y con su celeste vara las puertas abrió, mas a ella,
⁸²⁰cuando levantar intentaba las partes que al sentarse
dobla, no pueden, por una indolente pesadez, moverse.
Ella pugna ciertamente por elevarse, recto el tronco,
pero de las rodillas la juntura rigente está y un frío por sus uñas
se desliza y palidecen, perdida la sangre, sus venas,
⁸²⁵y como anchamente suele, incurable, malo un cáncer,
serpear, y a las ilesas añadir las viciadas partes,
así un letal invierno poco a poco a su pecho llega
y las vitales vías y los respiraderos cierra,
y ni intentó hablar ni si intentado lo hubiera
⁸³⁰de voz tenía camino; una roca ya sus cuellos poseía
y su cara se había endurecido y estatua exangüe sentada estaba,
y no su piedra blanca era: su mente la había inficionado a ella.

Júpiter y Europa

Cuando estos castigos de sus palabras y de su mente profana
cobró el Atlantíada, dichas por Palas esas tierras
⁸³⁵abandona, e ingresa en el éter sacudiendo sus alas.
Lo llama aparte a él su genitor y la causa sin confesar de su amor:

“Fiel ministro”, dice, “de las órdenes, mi nacido, mías,
rechaza la demora y raudo con tu acostumbrada carrera descende,
y la tierra que a tu madre por la parte siniestra
⁸⁴⁰mira –sus nativos Sidónide por nombre le dicen–,
a ella acude, y el que, lejos, de montana grama apacentarse,
ganado real, ves, a los litorales torna.”

Dijo, y expulsados al instante del monte los novillos,
a los litorales ordenados acuden, donde la hija del gran rey
⁸⁴⁵jugar, de las vírgenes tirias acompañada, solía.

No bien se avienen ni en una sola sede moran
la majestad y el amor: del cetro la gravedad abandonada
aquel padre y regidor de los dioses, cuya diestra de los trisulcos
fuegos armada está, quien con un ademán sacude el orbe,
⁸⁵⁰se viste de la faz de un toro y mezclado con los novillos
muge, y entre las tiernas hierbas hermoso deambula.

Cierto que su color el de la nieve es, que ni las plantas
de duro pie han hollado ni ha disuelto el acuático austro.

En su cuello toros sobresalen, por sus brazos las papadas penden;
⁸⁵⁵sus cuernos pequeños, ciertamente, pero cuales contender
podrías que hechos a mano, y más perlúcidos que pura una gema.

Ninguna amenaza en su frente, ni formidable su luz:

paz su rostro tiene. Se admira de Agenor la nacida
porque tan hermoso, porque combate ninguno amenace,
⁸⁶⁰pero aunque tuvo miedo de tocarlo, manso, a lo primero,
pronto se acerca y flores a su cándida boca le extiende.

Se goza el amante, y mientras llegue el esperado placer,
besos da a sus manos; apenas ya, apenas el resto difiere,
y ahora al lado juega y salta en la verde hierba,

⁸⁶⁵ahora su costado níveo en las bermejas arenas depone.

Y poco a poco, el miedo quitado, ora sus pechos le presta
para que con su virgínea mano lo palme, ora los cuernos, para que guirnaldas
los impidan nuevas. Se atrevió también la regia virgen,

ignorante de a quién montaba, en la espalda sentarse del toro:
⁸⁷⁰cuando el dios, de la tierra y del seco litoral, insensiblemente,
las falsas plantas de sus pies a lo primero pone en las ondas;
de allí se va más lejos, y por las superficies de mitad del ponto
se lleva su botín. Se asusta ella y, arrancada a su litoral abandonado,
vuelve a él sus ojos, y con la diestra un cuerno tiene, la otra al dorso
⁸⁷⁵impuesta está; trémulas ondulan con la brisa sus ropas.

Libro tercero

Cadmo

Y ya el dios, dejada del falaz toro la imagen,
él se había confesado, y los dicteos campos tenía;
cuando su padre, de ello ignorante, a Cadmo perquirir a la raptada
impera, y de castigo, si no la encontrara, añade
⁵el exilio, por tal hecho él piadoso, y execrable él por el mismo.
Todo el orbe lustrado (¿pues quién sorprender pueda
los hurtos de Júpiter?), prófugo, su patria y la ira de su padre
evita el Agenórída, y de Febo los oráculos suplicante
consulta, y cuál sea la tierra que ha de habitar requiere:
¹⁰“Una res”, Febo dice, “a tu encuentro saldrá en unos solitarios campos,
sin haber sufrido ningún yugo, y de curvo arado inmune.
Con ella de guía coge las rutas y, en la hierba que descansa,
unas murallas ponte a fundar y beocias las llama.”
No bien Cadmo había descendido de la castalia caverna,
¹⁵incustodiada, lentamente ve ir a una novilla,
sin que ningún signo de servidumbre en su cerviz llevara.
La sigue, y, marcado, lee las huellas de su paso,
y al autor de su ruta, a Febo, taciturno, adora.
Ya los vados del Cefiso, y de Pánope había evadido los campos:
²⁰la res se detuvo y levantando, especiosa con sus cuernos altos,

al cielo su frente, con mugidos impulsó las auras,
y así, volviéndose a mirar a los acompañantes que sus espaldas seguían,
se postró, y su costado abajó en la tierna hierba.

Cadmo da las gracias y a esa peregrina tierra besos

²⁵une, y desconocidos montes y campos saluda.

Sus sacrificios a Júpiter a hacer iba: manda ir a unos ministros
y buscar, las que libaran, de las vivas fontanas ondas.

Una espesura vieja se alzaba, por ninguna segur violada,
y una gruta en el medio, de varas y mimbre densa,

³⁰efectuando, humilde en sus ensambladuras de piedra, un arco,

fecunda en fértiles aguas; donde, escondida en su caverna,
una serpiente de Marte había, por sus crestas insigne y su oro:
de fuego rielan sus ojos, su cuerpo henchido todo de veneno,
y tres rielan sus lenguas, en tríplice orden se alzan sus dientes.

³⁵Esta floresta, después de que los marchados del pueblo tirio
con infausto paso tocaron, y, bajada a las ondas,

la urna hizo un sonido, la cabeza sacó de su larga caverna
la azulada serpiente y horrendos silbidos lanzó.

Se derramaron las urnas de sus manos, y la sangre abandonó

⁴⁰su cuerpo y un súbito temblor ocupa atónitos sus miembros.

Ella, escamosos, en volubles nexos sus orbes

tuerce, y de un salto se curva en inmensos arcos,

y en más de media parte erguida hacia las leves auras

bajo sí contempla todo el bosque y de tan grande cuerpo es, cuanto,

⁴⁵si toda la contemplas, la que separa a las gemelas Osas.

Y no hay demora, a los fenicios, ya si para ella las armas preparaban

ya si la huida, ya si el mismo temor les prohibía ambas cosas,

ocupa: a éstos de un mordisco, de largos abrazos a aquéllos,

a éstos mata con el aflato de su funesto —de su podre— veneno.

⁵⁰Había hecho exiguas ya el sol, altísimo, las sombras:

qué demora sea la de sus compañeros asombra de Agenor al nacido,

y rastrea a los hombres. Su cobertor, desgarrado de un león,

el pellejo era, su arma una láncea de esplendente hierro,
y una jabalina, y, más prestante que arma alguna, su ánimo.

⁵⁵Cuando al bosque entró y matados sus cuerpos vio
y vencedor sobre ellos, de espacioso cuerpo, al enemigo,
sus tristes heridas lamiendo con sanguínea lengua:

“O el vengador, fidelísimos cuerpos, de vuestra muerte,
o su compañero”, dice, “seré.” Así dijo, y con la diestra una molar
⁶⁰levantó y, grande, con gran conato se la mandó.

De ella con el empuje, aunque, arduas con sus torres excelsas,
murallas movido se habrían, la serpiente sin herida quedó,
de una loriga al modo por sus escamas defendida, y de su negro
pellejo con la dureza, vigorosos, con la piel repelió los golpes.

⁶⁵Mas no con la dureza misma la jabalina también venció,
la cual, en mitad de la curvatura de su flexible espina clavada,
se irguió y todo descendió en sus ijares su hierro.

Ella, del dolor feroz, la cabeza para sus espaldas retorció
y sus heridas miró y el clavado astil mordió,

⁷⁰y éste, cuando con fuerza mucha lo hubo inclinado a parte toda,
apenas de su espalda lo arrebató; el hierro, aun así, en sus huesos quedó prendido.

Entonces, en verdad, después de que a sus acostumbradas iras se allegó
un motivo reciente, se hincharon sus gargantas de sus llenas venas,
y una espuma blanquecina circunfluye por sus pestíferas comisuras,

⁷⁵y la tierra suena raída por sus escamas, y el hálito que sale
negro de su boca estigia, corrompidas, infecta las auras.

Ella, ora en espiras que un inmenso orbe hacen
se ciñe, a las veces, que una larga viga más recta se yergue,
con una embestida ahora vasta, cual concitado por las lluvias un caudal,

⁸⁰muévase, y, a ella opuestas, arrasa con su pecho las espesuras.

Se retira el Agenórída un poco, y con el despojo del león
sostiene sus incursos y su acosante boca retarda,
su cúspide tendiéndole delante; se enfurece ella e inanes heridas
da al duro hierro y clava en la punta los dientes.

⁸⁵Y ya de su venenífero paladar sangre a manar
había empezado, y con su aspersion había bañado, verdes, las hierbas.
Pero leve la herida era, porque que ella a sí se retraía del golpe
y sus heridos cuellos daba atrás, y que tajo asestara
retirándose impedía, y no más lejos ir permitía,
⁹⁰hasta que el Agenórída, puesto el hierro en la garganta,
sin dejar de seguirla la empujó, mientras, yendo ella hacia atrás, una encina
le cerró el paso, y clavada quedó al par, con el madero, su cerviz.
Del peso de la serpiente curvóse el árbol, y por la parte
inferior al ser flagelada de la cola, su madera gimió.

⁹⁵Mientras el espacio el vencedor considera de su vencido enemigo,
una voz de repente oída fue, y no estaba reconocer de dónde
al alcance, pero oída fue: “¿Por qué, de Agenor el nacido, la perecida
serpiente miras? También tú mirado serás como serpiente.”

Él, largo tiempo asustado, al par con la mente el color
¹⁰⁰había perdido, y de gélido terror sus cabellos se arreciaron:
he aquí que de este varón la bienhechora, deslizándose por las superiores auras,
Palas llega, y removida ordena someter a la tierra
los viborinos dientes, incrementos del pueblo futuro.

Obedece, y cuando un surco hubo abierto, hundido el arado
¹⁰⁵esparce en la tierra, mortales simientes, los ordenados dientes.
Después —que la fe cosa mayor— los terrones empezaron a moverse,
y primera de los surcos el filo apareció de un asta,
las coberturas luego de sus cabezas, cabeceando con su pintado cono,
luego los hombros y el pecho y cargados los brazos de armas

¹¹⁰sobresalen, y crece un sembrado, escudado, de varones:
así, cuando se retiran los tapices de los festivos teatros,
surgir las estatuas suelen, y primero mostrar los rostros,
lo demás poco a poco, y en plácido tenor sacadas,
enteras quedan a la vista, y en el inferior margen sus pies ponen.

¹¹⁵Aterrado por este enemigo nuevo, Cadmo a empuñar las armas se preparaba:
“No empuña”, de este pueblo, al que la tierra había creado, uno

exclama, “y no en civiles guerras te mezcla.”

Y así, de sus terrígenas hermanos a uno, de cerca,
con su rígida espada hiere; por una jabalina cae, de lejos, él mismo.

¹²⁰Este también que a la muerte le diera, no más largo que aquél
vive, y expira las auras que ora recibiera,
y con ejemplo parejo se enfurece toda la multitud, y por su propio
Marte caen por sus mutuas heridas los súbitos hermanos.

Y ya, con tal espacio de breve vida la agraciada juventud,
¹²⁵a su sanguínea madre golpes de duelo daba en su tibio pecho,
cinco los sobrevivientes: de los cuales fue uno Equión.

Él sus armas arrojó al suelo por consejo de la Tritónide,
y de fraterna paz palabra pidió y dio.

Éstos de su obra por acompañantes tuvo el sidonio huésped,
¹³⁰cuando puso, ordenado por las venturas de Febo, la ciudad.

Ya se alzaba Tebas; pudieras ya, Cadmo, parecer
en tu exilio feliz: suegros a ti Marte y Venus
te habían tocado; aquí añade la alcurnia de esposa tan grande,
tantas hijas e hijos y, prendas queridas, tus nietos,
¹³⁵éstos también, ya jóvenes; pero claro es que su último día
siempre de aguardar el hombre ha, y decirse dichoso
antes de su óbito nadie, y de sus supremos funerales, debe.

Diana y Acteón

La primera tu nieto, entre tantas cosas para ti, Cadmo, propicias,
causa fue de luto, y unos ajenos cuernos a su frente
¹⁴⁰añadidos; y vosotras, canes saciadas de una sangre dueña vuestra.
Mas, bien si buscas, de la fortuna un crimen en ello,
no una abominación hallarás, pues, ¿qué abominación un error tenía?

El monte estaba infecto de la matanza de variadas fieras,
y, ya el día mediado, de las cosas había contraído las sombras,
¹⁴⁵y el sol por igual de sus metas distaba ambas,
cuando el joven, por desviadas guaridas a los que vagaban,

a los partícipes de sus trabajos, con plácida boca llama, el hiantio:

“Los linos chorrean, compañeros, y el hierro, de crúor de fieras,
y fortuna el día tuvo bastante. La siguiente Aurora

¹⁵⁰cuando, transportada por sus zafranadas ruedas, la luz reitere,
el propuesto trabajo retomaremos; ahora Febo de ambas
tierras lo mismo dista, y hiende con sus vapores los campos.

Detened el trabajo presente y nudosos levantad los linos.”

Las órdenes los hombres hacen e interrumpen su labor.

¹⁵⁵Un valle había, de píceas y agudo ciprés denso,
por nombre Gargafie, a la ceñida Diana consagrado,
del cual en su extremo receso hay una caverna boscosa,
por arte ninguna labrada: había imitado al arte
con el ingenio la naturaleza suyo, pues, con pómez viva

¹⁶⁰y leves tobas, un nativo arco había trazado.

Un manantial suena a diestra, por su tenue onda perlúcido,
y por una margen de grama estaba él en sus anchurosas aberturas ceñido.

Aquí la diosa de las espesuras, de la caza cansada, solía
sus virgíneos miembros con líquido rocío regar.

¹⁶⁵El cual después que alcanzó, de sus ninfas entregó a una,
la armera, su jabalina y su aljaba y sus arcos destensados.

Otra ofreció al depuesto manto sus brazos.

Las ligaduras dos de sus pies quitan; pues más docta que ellas
la isménide Crócale, esparcidos por el cuello sus cabellos,

¹⁷⁰los traba en un nudo, aunque los había ella sueltos.

Recogen licor Néfele y Híale y Ránide,

y Psécade, y Fíale, y lo vierten en sus capaces urnas.

Y mientras allí se lava la Titania en su acostumbrada linfa,
he aquí que el nieto de Cadmo, diferida parte de sus labores,

¹⁷⁵por un bosque desconocido con no certeros pasos errante,
llega a esa floresta: así a él sus hados lo llevaban.

El cual, una vez entró, rorantes de sus manantiales, en esas cavernas,
como ellas estaban, desnudas sus pechos las ninfas se golpearon

al verle un hombre, y con súbitos aullidos todo
180llenaron el bosque, y a su alrededor derramadas a Diana
con los cuerpos cubrieron suyos; aun así, más alta que ellas
la propia diosa es, y hasta el cuello sobresale a todas.
El color que, teñidas del contrario sol por el golpe,
el de las nubes ser suele, o de la purpúrea aurora,
185tal fue en el rostro, vista sin vestido, de Diana.
La cual, aunque de las compañeras por la multitud rodeada suyas,
a un lado oblicuo aun así se estuvo y su cara atrás
dobló y, aunque quisiera prontas haber tenido sus saetas,
las que tuvo, así cogió aguas y el rostro viril
190regó con ellas, y asperjando sus cabellos con vengadoras ondas,
añadió estas, del desastre futuro prenunciadoras, palabras:
“Ahora para ti, que me has visto dejado mi atuendo, que narres
—si pudieras narrar— lícito es.” Y sin más amenazar,
da a su asperjada cabeza del vivaz ciervo los cuernos,
195da espacio a su cuello y lo alto aguza de sus orejas,
y con pies sus manos, con largas patas muta
sus brazos, y vela de maculado vellón su cuerpo;
añadido también el pavor le fue. Huye de Autónoe el héroe,
y de sí, tan raudo, en la carrera se sorprende misma.
200Pero cuando sus rasgos y sus cuernos vio en la onda:
“Triste de mí”, a decir iba: voz ninguna le siguió.
Gimió hondo: su voz aquélla fue, y lágrimas por una cara
no suya fluyeron; su mente solamente prístina permaneció.
¿Qué haría? ¿Volvería, pues, a su casa y a sus reales techos,
205o se escondería en los bosques? El temor esto, el pudor le impide aquello.
Mientras duda, lo vieron los canes, y el primero Melampo
e Icnóbates el sagaz con su ladrido señales dieron:
gnosio Icnóbates, de la espartana gente Melampo.
Después se lanzan los otros, que la arrebatadora brisa más rápido,
210Pánfago y Dorceo y Oríbaso, árcades todos,

y Nebrófono el vigoroso y el atroz, con Lélape, Terón,
y por sus pies Ptérelas, y por sus narices útil Agre,
e Hileo el feroz, recién golpeado por un jabalí,
y de un lobo concebida Nape, y de ganados perseguidora
²¹⁵Pémenis, y de sus nacidos escoltada Harpía dos,
y atados llevando sus ijares el siconio Ladón,
y Dromas y Cánaque y Esticte y Tigre y Alce,
y de níveos Leucón, y de vellos Ásbolo negros,
y el muy vigoroso Lacón, y en la carrera fuerte Aelo,
²²⁰y Too y veloz, con su chipriota hermano, Licisca,
y en su negra frente distinguido en su mitad con un blanco,
Hárpalo, y Melaneo, e hirsuta de cuerpo Lacne,
y de padre dicteo pero de madre lacónide nacidos
Labro y Agriodunte, y de aguda voz Hiláctor,
²²⁵y cuantos referir largo es: esa multitud, con deseo de presa,
por acantilados y peñas y de acceso carentes rocas,
y por donde quiera que es difícil, o por donde no hay ruta alguna, le persiguen.
Él huye por los lugares que él había muchas veces perseguido,
ay, de los servidores huye él suyos. Gritar ansiaba:
²³⁰“¡Acteón yo soy, al dueño conoced vuestro!”
Palabras a su ánimo faltan: resuena de ladridos el éter.
Las primeras heridas Melanquetes en su espalda hizo,
las próximas Teródamas, Oresítropo prendióse en su antebrazo:
más tarde había salido, pero por los atajos del monte
²³⁵anticipada la ruta fue; a ellos, que a su dueño retenían,
la restante multitud se une y acumula en su cuerpo sus dientes.
Ya lugares para las heridas faltan; gime él, y un sonido,
aunque no de un hombre, cual no, aun así, emitir pueda
un ciervo, tiene, y de afligidas quejas llena los cerros conocidos,
²⁴⁰y con las rodillas inclinadas, suplicante, semejante al que ruega,
alrededor lleva, tácito, como brazos, su rostro.
Mas sus compañeros la rabiosa columna con sus acostumbrados apremios,

ignorantes, instigan, y con los ojos a Acteón buscan,
y, como ausente, a porfía a Acteón llaman
²⁴⁵—a su nombre la cabeza él vuelve— y de que no esté se quejan
y de que no coja, perezoso, el espectáculo de la ofrecida presa.
Querría no estar, ciertamente, pero está, y querría ver,
no también sentir, de los perros suyos los fieros hechos.
Por todos lados le rodean, y hundidos en su cuerpo los hocicos
²⁵⁰despedazan a su dueño bajo la imagen de un falso ciervo,
y no, sino terminada por las muchas heridas su vida,
la ira se cuenta saciada, ceñida de aljaba, de Diana.

Júpiter, Sémele y Baco

El rumor en ambiguo está: a algunos más violenta de lo justo
les pareció la diosa, otros la alaban y digna de su severa
²⁵⁵virginidad la llaman; las partes encuentran cada una sus causas.
Sola de Júpiter la esposa no tanto de si lo culpa o lo aprueba
diserta, cuanto del desastre de la casa nacida de Agenor
se goza, y, de su tiria rival recabado, transfiere
de su stirpe a los socios su odio: sobreviene, he aquí, que a la previa,
²⁶⁰una causa reciente, y se duele de que grávida de la simiente del del gran
Júpiter esté Sémele. Entonces su lengua en disputas desata:
“¿He conseguido qué, pues, tantas veces con las disputas?”, dijo.
“A ella misma de buscar yo he; a ella, si máxima Juno
ritualmente me llamo, la perderé, si a mí con mi diestra, de gemas guarnecidos,
²⁶⁵los cetros sostener me honra, si soy reina, y de Júpiter
la hermana y la esposa —cierto la hermana—. Mas, pienso yo, ‘con el hurto se ha
contentado ella, y del tálamo breve es la injuria nuestro’:
ha concebido, esto faltaba, y manifiestos los crímenes lleva
en su útero pleno, y madre, lo que apenas a mí me ha tocado, del único
²⁷⁰Júpiter quiere hacerse: tanta es su confianza en su hermosura.
Que la engañe a ella haré, y no soy Saturnia, si no,
por el Júpiter suyo sumergida, penetra en las estigias ondas.”

Se levanta tras esto de su solio y en una fulva nube recóndita
al umbral acude de Sémele y no las nubes antes eliminó
²⁷⁵de simularse una vieja y de ponerse a las sienes canas
y surcarse la piel de arrugas y curvados con tembloroso
paso sus miembros llevar; su voz también la hizo de vieja,
y la propia era Béroe, de Sémele la epidauria nodriza.
Así pues, cuando buscada conversación y mucho tiempo hablando
²⁸⁰al nombre vinieron de Júpiter, suspira y: “Pido
Júpiter que sea”, dice, “temo, aun así, todo: muchos
en nombre de los divinos en tálamos entraron pudorosos.
Y no, aun así, que sea Júpiter bastante es; dé una prenda de su amor,
si sólo el verdadero éste es, y tan grande y cual por la alta
²⁸⁵Juno es recibido, tan grande y tal, pedirásle,
te dé a ti sus abrazos, y sus insignias antes coja.”

Con tales palabras a la ignorante Cadmeida Juno
había formado: le ruega ella a Júpiter, sin nombre, un regalo.
A la cual el dios: “Elige”, le dice, “ningún rechazo sufrirás,
²⁹⁰y para que más lo creas, del estigio torrente también cómplices
han de ser los númenes: el temor y el dios él de los dioses es.”
Alegre con su mal y demasiado pudiendo y próxima a morir de su amante
por la complacencia, Sémele: “Cual la Saturnia”, dijo,
“te suele abrazar, de Venus cuando al pacto entráis,
²⁹⁵date a mí tal.” Quiso el dios la boca de quien hablaba
tapar: había salido ya su voz apresurada bajo las auras.
Gimió hondo, y puesto que ni ella no haber deseado, ni él
no haber jurado puede, así pues, afligidísimo, al alto
éter ascendió y con su rostro obedientes a las nubes
³⁰⁰arrastró, a las que borrascas, y mezclados relámpagos con vientos
añadió y truenos y el inevitable rayo.
Con todo, hasta donde puede, fuerzas a sí quitarse intenta
y no con el fuego que al centímano había derribado, a Tifeo,
ahora ármase con ése: demasiada fiereza en él hay.

³⁰⁵Hay otro más leve rayo, al que la diestra de los Cíclopes
de violencia y de llama menos, menos añadió de ira:
armas segundas los llaman los altísimos; los empuña a ellos y en la casa
entra Agenórea. El cuerpo mortal los tumultos
no soportó etéreos, y con los dones conyugales ardió.
³¹⁰Inacabado todavía el pequeño, del vientre de su genetriz
es arrebatado y, tierno, si de creer digno es, cóselo dentro
de su paterno muslo y los maternos tiempos completa.
Furtivamente a él en sus primeras cunas Ino, su tía materna,
lo cría, después, dado a ellas, las ninfas Niseidas en las cavernas
³¹⁵lo ocultaron suyas y de leche alimentos le dieron.

Tiresias

Y mientras estas cosas por las tierras, según fatal ley, pasan,
y seguros del dos veces nacido están los paños de cuña, de Baco,
por azar que Júpiter, recuerdan, disipado él por el néctar, sus cuidados
había apartado graves, y con la desocupada Juno agitaba
³²⁰remisos juegos, y: “Mayor el vuestro en efecto es,
que el que toca a los varones”, dijo, “el placer.”
Ella lo niega; les pareció bien cuál fuera la sentencia preguntar
del docto Tiresias: Venus para él era, una y otra, conocida,
pues de unas grandes serpientes, uniéndose en la verde
³²⁵espesura, sus dos cuerpos a golpe de su báculo había violentado,
y, de varón, cosa admirable, hecho hembra, siete
otoños pasó; al octavo de nuevo las mismas
vio y: “Es si tanta la potencia de vuestra llaga”,
dijo, “que de su autor la suerte en lo contrario mude:
³³⁰ahora también os heriré.” Golpeadas las culebras mismas,
su forma anterior regresa y nativa vuelve su imagen.
El árbitro este, pues, tomado sobre la lid jocosa,
las palabras de Júpiter afirma; más gravemente la Saturnia de lo justo,
y no en razón de la materia, cuéntase que se dolió,

³³⁵y de su juez con una eterna noche dañó las luces.

Mas el padre omnipotente —puesto que no es lícito vanos a ningún dios los hechos hacer de un dios—, por la luz arrebatada, saber el futuro le dio y un castigo alivió con un honor.

Narciso y Eco

Él, por las aonias ciudades, por su fama celebradísimo,
³⁴⁰irreprochables daba al pueblo que las pedía sus respuestas.
La primera, de su voz, por su cumplimiento ratificada, hizo la comprobación
la azul Liríope, a la que un día en su corriente curva
estrechó, y encerrada el Cefiso en sus ondas
fuerza le hizo. Expulsó de su útero pleno bellísima
³⁴⁵un pequeño la ninfa, ya entonces que podría ser amado,
y Narciso lo llama, del cual consultado si habría
los tiempos largos de ver de una madura senectud,
el fatídico vate: “Si a sí no se conociera”, dijo.
Vana largo tiempo parecióle la voz del augur: el resultado a ella,
³⁵⁰y la realidad, la hace buena, y de su muerte el género, y la novedad de su furor.
Pues a su tercer quinquenio un año el Cefisio
había añadido y pudiera un muchacho como un joven parecer.
Muchos jóvenes a él, muchas muchachas lo desearon.
Pero —hubo en su tierna hermosura tan dura soberbia—
³⁵⁵ninguno a él, de los jóvenes, ninguna lo conmovió, de las muchachas.
Lo contempla a él, cuando temblorosos azuzaba a las redes a unos ciervos,
la vocal nifa, la que ni a callar ante quien habla,
ni primero ella a hablar había aprendido, la resonante Eco.
Un cuerpo todavía Eco, no voz era, y aun así, un uso,
³⁶⁰gárrula, no distinto de su boca que ahora tiene tenía:
que devolver, de las muchas, las palabras postreras pudiese.
Había hecho esto Juno, porque, cuando sorprender pudiese
bajo el Júpiter suyo muchas veces a ninfas en el monte yaciendo,
ella a la diosa, prudente, con un largo discurso retenía

³⁶⁵mientras huyeran las ninfas. Después de que esto la Saturnia sintió:

“De esa”, dice, “lengua, por la que he sido burlada, una potestad pequeña a ti se te dará y de la voz brevísimo uso.”

Y con la realidad las amenazas confirma; aun así ella, en el final del hablar, gemina las voces y las oídas palabras reporta.

³⁷⁰Así pues, cuando a Narciso, que por desviados campos vagaba, vio y se encendió, sigue sus huellas furtivamente,

y mientras más le sigue, con una llama más cercana se enciende,

no de otro modo que cuando, untados en lo alto de las teas,

a ellos acercadas, arrebatan los vivaces azufres las llamas.

³⁷⁵Oh cuántas veces quiso con blandas palabras acercársele

y dirigirle tiernas súplicas. Su naturaleza en contra pugna,

y no permite que empiece; pero, lo que permite, ella dispuesta está

a esperar sonidos a los que sus palabras remita.

Por azar el muchacho, del grupo fiel de sus compañeros apartado

³⁸⁰había dicho: “¿Alguien hay?”, y “hay”, había respondido Eco.

Él quédase suspendido y cuando su penetrante vista a todas partes dirige,

con voz grande: “Ven”, clama; llama ella a aquel que llama.

Vuelve la vista y, de nuevo, nadie al venir: “¿Por qué”, dice,

“me huyes?”, y tantas, cuantas dijo, palabras recibe.

³⁸⁵Persiste y, engañado de la alterna voz por la imagen:

“Aquí unámonos”, dice, y ella, que con más gusto nunca

respondería a ningún sonido: “Unámonos”, respondió Eco,

y las palabras secunda ella suyas, y saliendo del bosque

caminaba para echar sus brazos al esperado cuello.

Él huye, y al huir: “¡Tus manos de mis abrazos quita!

Antes”, dice, “pereceré, de que tú dispongas de nos.”

Repite ella nada sino: “tú dispongas de nos.”

Despreciada se esconde en las espesuras, y pudibunda con frondas su cara protege, y solas desde aquello vive en las cavernas.

³⁹⁵Pero, aun así, prendido tiene el amor, y crece por el dolor del rechazo,

y atenúan, vigilantes, su cuerpo desgraciado las ansias,

y contrae su piel la delgadez y al aire el jugo
todo de su cuerpo se marcha; voz tan solo y huesos restan:
la voz queda, los huesos cuentan que de la piedra cogieron la figura.

⁴⁰⁰Desde entonces se esconde en las espesuras y por nadie en el monte es vista,
por todos oída es: el sonido es el que vive en ella.

Así a ésta, así a las otras, ninfas en las ondas o en los montes
originadas, había burlado él, así las uniones antes masculinas.

De ahí las manos uno, desdeñado, al éter levantando:

⁴⁰⁵“Que así aunque ame él, así no posea lo que ha amado.”

Había dicho. Asintió a esas súplicas la Ramnusia, justas.

Un manantial había impoluto, de nítidas ondas argénteo,
que ni los pastores ni sus cabritas pastadas en el monte
habían tocado, u otro ganado, que ningún ave

⁴¹⁰ni fiera había turbado ni caída de su árbol una rama;

grama había alrededor, a la que el próximo humor alimentaba,

y una espesura que no había de tolerar que este lugar se templara por sol alguno.

Aquí el muchacho, del esfuerzo de cazar cansado y del calor,
se postró, por la belleza del lugar y por el manantial llevado,

⁴¹⁵y mientras su sed sedar desea, sed otra le creció,

y mientras bebe, al verla, arrebatado por la imagen de su hermosura,
una esperanza sin cuerpo ama: cuerpo cree ser lo que onda es.

Quédase suspendido él de sí mismo y, inmóvil con el rostro mismo,
queda prendido, como de pario mármol formada una estatua.

⁴²⁰Contempla, en el suelo echado, una geminada –sus luces– estrella,

y dignos de Baco, dignos también de Apolo unos cabellos,

y unas impúberas mejillas, y el marfileño cuello, y el decor

de la boca y en el níveo candor mezclado un rubor,

y todas las cosas admira por las que es admirable él.

⁴²⁵A sí se desea, imprudente, y el que aprueba, él mismo apruébase,

y mientras busca búscase, y al par enciende y arde.

Cuántas veces, inútiles, dio besos al falaz manantial.

En mitad de ellas visto, cuántas veces sus brazos que coger intentaban

su cuello sumergió en las aguas, y no se atrapó en ellas.
430Qué vea no sabe, pero lo que ve, se abrasa en ello,
y a sus ojos el mismo error que los engaña los incita.
Crédulo, ¿por qué en vano unas apariencias fugaces coger intentas?
Lo que buscas está en ninguna parte, lo que amas, vuélvete: lo pierdes.
Ésa que ves, de una reverberada imagen la sombra es:
435nada tiene ella de sí. Contigo llega y se queda,
contigo se retirará, si tú retirarte puedes.
No a él de Ceres, no a él cuidado de descanso
abstraerlo de ahí puede, sino que en la opaca hierba derramado
contempla con no colmada luz la mendaz forma
440y por los ojos muere él suyos, y un poco alzándose,
a las circunstantes espesuras tendiendo sus brazos:
“¿Es que alguien, *io* espesuras, más cruelmente”, dijo, “ha amado?
Pues lo sabéis, y para muchos guaridas oportunas fuisteis.
¿Es que a alguien, cuando de la vida vuestra tantos siglos pasan,
445que así se consumiera, recordáis, en el largo tiempo?
Me place, y lo veo, pero lo que veo y me place,
no, aun así, hallo: tan gran error tiene al amante.
Y por que más yo duela, no a nosotros un mar separa ingente,
ni una ruta, ni montañas, ni murallas de cerradas puertas.
450Exigua nos prohíbe un agua. Desea él tenido ser,
pues cuantas veces, fluentes, hemos acercado besos a las linfas,
él tantas veces hacia mí, vuelta hacia arriba, se afana con su boca.
Que puede tocarse creerías: mínimo es lo que a los amantes obsta.
Quien quiera que eres, aquí sal, ¿por qué, muchacho único, me engañas,
455o a dónde, buscado, marchas? Ciertamente ni una figura ni una edad
es la mía de la que huyas, y me amaron a mí también ninfas.
Una esperanza no sé cuál con rostro prometes amigo,
y cuando yo he acercado a ti los brazos, los acercas de grado,
cuando he reído sonríes; lágrimas también a menudo he notado
460yo al llorar tuyas; asintiendo también señas remites

y, cuanto por el movimiento de tu hermosa boca sospecho,
palabras contestas que a los oídos no llegan nuestros...
Éste yo soy. Lo he sentido, y no me engaña a mí imagen mía:
me abraso en amor de mí, llamas nuevo y llamas llevo.
⁴⁶⁵¿Qué he de hacer? ¿Sea yo rogado o ruegue? ¿Qué desde ahora rogaré?
Lo que deseo conmigo está: pobre a mí mi provisión me hace.
Oh, ojalá de nuestro cuerpo separarme yo pudiera,
voto en un amante nuevo: quisiera que lo que amamos estuviera ausente...
Y ya el dolor de fuerzas me priva y no tiempos a la vida
⁴⁷⁰mía largos restan, y en lo primero me extingo de mi tiempo,
y no para mí la muerte grave es, que he de dejar con la muerte los dolores.
Éste, el que es querido, quisiera más duradero fuese.
Ahora dos, concordés, en un aliento moriremos solo.”

Dijo, y al rostro mismo regresó, mal sano,
⁴⁷⁵y con lágrimas turbó las aguas, y oscura, movido
el lago, le devolvió su figura, la cual como viese marcharse:
“¿A dónde rehúyes? Quédate y no a mí, cruel, tu amante,
me abandona”, clamó. “Pueda yo, lo que tocar no es,
contemplar, y a mi desgraciado furor dar alimento.”
⁴⁸⁰Y mientras se duele, la ropa se sacó arriba desde la orilla
y con marmóreas palmas se sacudió su desnudo pecho.
Su pecho sacó, sacudido, de rosa un rubor,
no de otro modo que las frutas suelen, que, cándidas en parte,
en parte rojean, o como suele la uva en los varios racimos
⁴⁸⁵llevar purpúreo, todavía no madura, un color.
Lo cual una vez contempló, transparente de nuevo, en la onda,
no lo soportó más allá, sino como consumirse, flavas,
con un fuego leve las ceras, y las matutinas escarchas,
el sol al templarlas, suelen, así, atenuado por el amor,
⁴⁹⁰se diluye y poco a poco cárpese por su tapado fuego,
y ni ya su color es el de, mezclado al rubor, candor,
ni su vigor y sus fuerzas, y lo que ahora poco visto complacía,

ni tampoco su cuerpo queda, un día el que amara Eco.
 La cual, aun así, cuando lo vio, aunque airada y memoriosa,
⁴⁹⁵hondo se dolió, y cuantas veces el muchacho desgraciado: “*Abay*”,
 había dicho, ella con resonantes voces iteraba, “*abay*.”
 Y cuando con las manos se había sacudido él los brazos suyos,
 ella también devolvía ese sonido, de golpe de duelo, mismo.
 La última voz fue ésta del que se contemplaba en la acostumbrada onda:
⁵⁰⁰“Ay, en vano querido muchacho”, y tantas otras palabras
 remitió el lugar, y díchose adiós, “adiós” dice también Eco.
 Él su cabeza cansada en la verde hierba abajó,
 sus luces la muerte cerró, que admiraban de su dueño la figura.
 Entonces también, a sí, después que fue en la inferna sede recibido,
⁵⁰⁵en la estigia agua se contemplaba. En duelo se golpearon sus hermanas
 las Náyades, y a su hermano depositaron sus cortados cabellos,
 en duelo se golpearon las Dríades: sus golpes asuena Eco.
 Y ya la pira y las agitadas antorchas y el féretro preparaban:
 en ninguna parte el cuerpo estaba; zafranada, en vez de cuerpo, una flor
⁵¹⁰encuentran, a la que hojas en su mitad ceñían blancas.

Penteo y Baco (I)

Conocida la cosa, una merecida fama al adivino por las acaidas
 ciudades aportó, y el nombre era del augur ingente;
 le desdeñó el Equiónida, aun así, a él, de todos el único,
 despreciador de los altísimos, Penteo, y de las présagas palabras
⁵¹⁵se ríe del viejo y sus tinieblas y la calamidad de su luz arrancada
 le imputa. Él, moviendo sus blanqueantes sienes de canas:
 “Qué feliz serías si tú también de la luz esta
 huérfano”, dice, “quedaras, y los báquicos sacrificios no vieras.
 Pues un día llegará, que no lejos auguro que está,
⁵²⁰en el que nuevo aquí venga, prole de Sémele, Líber,
 al cual, si no de sus templos hubieres dignado con el honor,
 por mil lugares destrozado te esparcirás y de sangre las espesuras

mancharás, y a la madre tuya, y de tu madre a las hermanas.

Ocurrirá, puesto que no dignarás al numen con su honor,
⁵²⁵y de que yo, en estas tinieblas, demasiado he visto te quejarás.”

Al que tal decía empuja de Equión el nacido;

a sus palabras la confirmación sigue, y las respuestas del adivino suceden.

Líber llega, y con festivos alaridos rugen los campos:

la multitud se lanza y, mezcladas con los hombres madres y nueras,

⁵³⁰pueblo y próceres a los desconocidos sacrificios vanse.

“¿Qué furor, hijos de la serpiente, prole de Mavorte, las mentes

ha suspendido vuestras?”, Penteo dice; “¿los bronces tanto,

con bronces percutidos, pueden, y de combado cuerno la tibia

y los mágicos engaños, que a quienes no la bélica espada,

⁵³⁵no la tuba aterrara, no de empuñadas armas las columnas,

voces femeninas y movida una insania del vino

y obscenos rebaños e inanes tímpanos venzan?

¿A vosotros, ancianos, he de admirar, quienes, por largas superficies viajando

en esta sede vuestra Tiro, en ésta vuestros prófugos penates pusisteis,

⁵⁴⁰ahora permitís que sin Marte se os cautive? ¿O a vosotros, más áspera edad,

oh, jóvenes, y más cercana a la mía, a los que armas sostener,

no tirsos, y de gálea cubriros, no de fronda, decoroso era?

Tened, os ruego, presente, de qué stirpe fuisteis creados

y ánimos cobrad de aquella, que a muchos perdió ella sola,

⁵⁴⁵la serpiente. Por sus manantiales ella y su lago

perció: mas vosotros por la fama venced vuestra.

Ella dio a la muerte a valientes; vosotros rechazad a unos débiles

y el honor retened patrio. Si los hados vedaban

que se alce largo tiempo Tebas, ojalá que máquinas y hombres

⁵⁵⁰sus murallas derruyeran, y hierro y fuego sonaran.

Seríamos desgraciados sin crimen y nuestra suerte de lamentar,

no de esconder habríamos, y nuestras lágrimas de pudor carecerían;

mas ahora Tebas es cautivada por un muchacho inerme,

al que ni las guerras agradan ni las armas ni el uso de caballos,

⁵⁵⁵sino empapado de mirra el pelo y las muelles coronas
y la púrpura y entretejido en las pintas ropas el oro,
al cual, ciertamente, yo ahora mismo –vosotros sólo apartaos– obligaré
a que supuesto a su padre, e inventados sus sacrificios, confiese.
¿Es que bastante valor Acrisio tiene para desdeñar el vano
⁵⁶⁰numen, y las argólicas puertas, al venir, cerrarle,
y a Penteo aterrorizará, con toda Tebas, ese extranjero?
Id rápidos –a sus sirvientes esto impera–, id y a su jefe
atraed aquí atado. De mis órdenes la demora lenta se aparte.”

A él su abuelo, a él Atamante, a él la restante multitud de los suyos
⁵⁶⁵lo corren con sus razones y en vano por contenerlo se esfuerzan;
más áspera con la advertencia es, y se excita retenida
y crece su rabia, y las moderaciones mismas perjudiciales eran:
así yo al torrente, por donde nada se le oponía al él pasar,
más dulcemente y con módico estrépito bajar he visto;
⁵⁷⁰mas, por donde quiera que un tronco o en contra erigidas rocas lo sujetaban,
espúmeo e hirviente y por el impedimento más salvaje iba.

He aquí que cruentos vuelven y, Baco dónde estuviera,
a su señor, que preguntaba, que a Baco habían visto negaron.
“A éste”, dijeron, “aun así, su compañero y servidor de sus sacrificios
⁵⁷⁵capturamos”, y entregan, las manos tras la espalda atadas,
los sacrificios del dios a uno, del tirreno pueblo, que había seguido.

Lo contempla a él Penteo, con ojos que la ira estremecedores
hiciera, y aunque de los castigos apenas los tiempos difiere:
“Oh, quien has de morir y que con la muerte tuya has de dar enseñanza a otros”,
⁵⁸⁰dice, “revela tu nombre y el nombre de tus padres
y tu patria, y, de costumbre nueva, por qué estos sacrificios frecuentas.”

Los navegantes tirrenos

Él, de miedo vacío: “El nombre mío”, dijo, “Acetes,
mi patria Meonia es, de la humilde plebe mis padres.
No a mí, que duros novillos cultivaran, mi padre campos,

⁵⁸⁵o lanadas greyes, no manadas algunas me dejó;
pobre también él fue y con lino solía y anzuelos
engañar, y con cálamo coger, saltarines peces.
Esta arte suya su hacienda era; al transmitirme su arte:
“Recibe, las que tengo, de mi esfuerzo sucesor y heredero”,
⁵⁹⁰dijo, “estas riquezas”, y al morir a mí nada él me dejó
salvo aguas: sólo esto puedo denominar paterno.
Pronto yo, para no en las peñas quedarme siempre mismas,
aprendí además el gobernalle de la quilla, por mi diestra moderado,
a guiar, y de la Cabra Olenia la estrella pluvial,
⁵⁹⁵y Taígete y las Híadas y en mis ojos la Ursa anoté,
y de los vientos las casas, y los puertos para las popas aptos.
Por azar yendo a Delos, de la quía tierra a las orillas
me acoplo, y me acerco a los litorales con diestros remos,
y doy unos leves saltos y me meto en la húmeda arena:
⁶⁰⁰la noche cuando consumida fue –la Aurora a rojecer a lo primero
empezaba–, me levanto, y linfas que traigan recientes
encomiendo, y les muestro la ruta que lleve a esas ondas;
yo, qué el aura a mí prometa, desde un túmulo alto
exploro, y a los compañeros llamo y regreso a la quilla.
⁶⁰⁵“Aquí estamos”, dice de los socios el primero, Ofeltes,
y, según cree que botín en el desierto campo hallado ha,
de virgínea hermosura a un muchacho conduce por los litorales.
Él, de vino puro y sueño pesado, titubar parece,
y apenas seguirle; miro su ornato, su faz y su paso:
⁶¹⁰nada allí que creerse pudiera mortal veía.
Lo sentí y lo dije a mis socios: “Qué numen en este
cuerpo hay, dudo; pero en el cuerpo este una divinidad hay.
Quien quiera que eres, oh, sénos propicio, y nuestros afanes asiste;
a estos también des tu venia.” “Por nosotros deja de suplicar”,
⁶¹⁵Dictis dice, que él no otro en ascender a lo alto
de las antenas más raudo, y estrechando la escota descender;

esto Libis, esto el flavo, de la proa tutela, Melanto,
esto aprueba Alcimedonte y quien descanso y ritmo
con su voz daba a los remos, de los ánimos estímulo, Epopeo,
⁶²⁰esto todos los otros: de botín tan ciego el deseo es.
“No, aun así, que este pino se viole con su sagrado peso
toleraré”, dije; “la parte mía aquí la mayor es del derecho”,
y en la entrada me opongo a ellos. Se enfurece el más audaz de todo
el grupo, Licabas, que expulsado de su toscana ciudad,
⁶²⁵exilio como castigo por un siniestro asesinato cumplía.
Él a mí, mientras resisto, con su juvenil puño la garganta
me rompió, y golpeado me habría mandado a las superficies si no
me hubiera yo quedado, aunque amente, en una cuerda retenido.
La impía multitud aprueba el hecho; entonces por fin Baco,
⁶³⁰pues Baco fuera, cual si por el clamor disipado
sea el sopor, y del vino vuelvan a su pecho sus sentidos,
“¿Qué hacéis? ¿Cuál este clamor?”, dice. “Por qué medio, decid,
aquí he arribado? ¿A dónde a llevarme os disponéis?”
“Deja tu miedo”, Proreo, “y qué puertos alcanzar,
⁶³⁵di, quieres”, dijo, “en la tierra pedida se te dejará.”
“A Naxos”, dice Líber, “los cursos volved vuestros.
Aquella la casa mía es, para vosotros será hospitalaria tierra.”
Por el mar, falaces, y por todos los númenes juran
que así sería, y a mí me ordenan a la pinta quilla dar velas.
⁶⁴⁰Diestra Naxos estaba: por la diestra a mí, que linos daba:
“¿Qué haces, oh demente? ¿Qué furor hay en ti” dice, “Acetes?”
Por sí cada uno teme: “A la izquierda ve.” La mayor parte
con un gesto me indica, parte qué quiere en el oído me susurra.
Quedéme suspendido y: “Coja alguno los gobernalles”, dije,
⁶⁴⁵y del ministerio de la impiedad y del de mi arte me privé.
Me increpan todos, y todo murmura el grupo,
de los cuales Etalión: “Así es que toda en ti solo
nuestra salvación depositada está”, dice, y sube y él mismo la obra

cumple mía y Naxos abandonada, marcha a lo opuesto.

⁶⁵⁰Entonces el dios, burlándose, como si ahora al fin el engaño sintiera, desde la popa combada el ponto explora, y al que llora semejante: “No estos litorales, marineros”, “a mí me prometisteis”, dice, “no esta tierra por mí rogada ha sido” ¿Por qué hecho he merecido este castigo? ¿Cuál la gloria vuestra es, ⁶⁵⁵si a un muchacho unos jóvenes, si muchos engañáis a uno?”

Hacia tiempo lloraba yo: de las lágrimas nuestras ese puñado impío se ríe y empuja las superficies con apresurados remos.

Por él mismo a ti ahora –y no más presente que él hay un dios– te juro, que tan verdaderas cosas yo a ti te refiero ⁶⁶⁰como mayores que de la verdad la fe: se quedó quieta en la superficie la popa no de otro modo que si su seco astillero la retuviera.

Ellos, asombrándose, de los remos en el golpe persisten y las velas bajan, y con geminada ayuda correr intentan.

Impiden hiedras los remos y con su nexo recurvo

⁶⁶⁵serpean y con grávidos corimbos separan las velas.

Él, de racimadas uvas su frente circundado, agita su velada asta de pampíneas frondas; del cual alrededor, tigres y apariencias inanes de linceas, y de pintas panteras yacen los fieros cuerpos.

⁶⁷⁰Fuera saltaron los hombres, bien si esto la insania hizo o si el temor, y el primero Medón a negrecer empezó por el cuerpo y en una prominente curvatura de su espina a doblarse empieza. A éste Licabas: “¿En qué portentos”, dijo,

“te tornas?”, y anchas las comisuras y encorvada del que hablaba

⁶⁷⁵la nariz era y escama su piel endurecida sacaba.

Mas Libis, que se resistían, mientras quiere revolver los remos, a un espacio breve atrás saltar sus manos vio, y que ellas ya no eran manos, que ya aletas podían llamarse.

Otro, a las enroscadas cuerdas deseando echar los brazos,

⁶⁸⁰brazos no tenía y, recurvado, con un trunco cuerpo

a las olas saltó: falcada en lo postrero su cola es,
cuales de la demediada luna se curvan los cuernos.
Por todos lados dan saltos y con su mucha aspersion todo rocían
y emergen otra vez y regresan bajo las superficies de nuevo
⁶⁸⁵y de un coro en la apariencia juegan y retozones lanzan
sus cuerpos y el recibido mar por sus anchas narinas exhalan.
De hace poco veinte –pues tantos la balsa aquella llevaba–
quedaba solo yo: pávido y helado, temblándome
el cuerpo, y apenas en mí, me afirma el dios, “Sacude”, diciendo,
⁶⁹⁰“de tu corazón el miedo y Día alcanza.” Arribado a ella
accedí a sus sacrificios y los báqueos sacrificios frecuente.”

Penteo y Baco (II)

“Hemos prestado a tus largos”, Penteo, “rodeos oídos”
dice, “para que mi ira con la demora fuerzas soltar pudiera.
De cabeza, servidores, llevaos a éste, y tras ser torturados con siniestros
⁶⁹⁵tormentos sus miembros, bajadlos a estigia noche.”
En seguida, arrastrado el tirreno Acetes, en sólidos
techos es encerrado; y mientras los crueles instrumentos
de la ordenada muerte y hierro y fuegos se preparan,
por sí mismas se abrieron las puertas y deslizáronse de sus brazos,
⁷⁰⁰por sí mismas, fama es, sin que nadie las soltara, sus cadenas.

Persiste el Equiónida y no ya ordena ir, sino que él mismo
camina adonde, elegido para hacerse los sacrificios, el Citerón
con cantos y clara de las bacantes la voz sonaba.
Como brama áspero el caballo cuando, bélico, con su bronce canoro,
⁷⁰⁵señales dio el trompeta, y de la batalla cobra el amor,
a Penteo así, herido por los largos aullidos, el éter
conmueve, y oído el clamor de nuevo se encandeció su ira.

Del monte casi en la mitad hay, con espesuras los extremos ciñendo,
puro de árboles, visible de todas partes, un llano:
⁷¹⁰Aquí a él, que con ojos profanos contemplaba los sacrificios,

la primera vio, la primera arrojóse con insana carrera,
la primera al Penteo suyo violentó arrojándole su tirso
su madre y: “Oh, gemelas hermanas”, clamó, “acudid.
Ese jabalí que en nuestros campos vaga, inmenso,
⁷¹⁵ese jabalí yo de herir he.” Se lanza toda contra uno solo
la multitud enfurecida, todas se unen y tembloroso le persiguen,
ya tembloroso, ya palabras menos violentas diciendo,
ya a sí condenándose, ya que él había pecado confesando.
Herido él, aun así: “Préstame ayuda, tía”, dijo,
⁷²⁰“Autónoe. Muevan tus ánimos de Acteón las sombras.”
Ella qué Acteón no sabe y la diestra del que suplicaba
arrancó, de Ino lacerada fue la otra por el rapto.
No tiene, infeliz, qué brazos a su madre tender,
sino trucas mostrando las heridas de los arrebatados miembros:
⁷²⁵“Contémplame, madre”, dice. A aquello que vio aulló Ágave
y su cuello agitó y movió por los aires su melena,
y arrancándole la cabeza, a ella abrazada con dedos cruentos
clama: “*Io*, compañeras, esta obra la victoria nuestra es.”
No más rápido unas frondas, por el frío del otoño tocadas,
⁷³⁰y ya mal sujetas, las arrebatada de su alto árbol el viento,
que fueron los miembros del hombre por manos nefandas despedazados.
Con tales ejemplos advertidas los nuevos sacrificios frecuentan
e inciensos dan y honran las Isménides las santas aras.

Libro cuarto

Las hijas de Minias (I)

Mas no Alcítoe la Mineia estima que las orgias
deban acogerse del dios, sino que todavía, temeraria, que Baco
progenie sea de Júpiter niega y socias a sus hermanas
de su impiedad tiene. La fiesta celebrar el sacerdote

⁵—y, descargadas de los trabajos suyos, a las sirvientas y sus dueñas
sus pechos con piel cubrirse, sus cintas para el pelo desatarse,
guirnaldas en su melena, en sus manos poner frondosos tirsos—
había ordenado, y que salvaje sería del dios ofendido la ira
vaticinado había: obedecen madres y nueras

¹⁰y sus telas y cestos y los no hechos pesos de hilo guardan,
e inciensos dan, y a Baco llaman, y a Bromio, y a Lico,
y al hijo del fuego y al engendrado dos veces y al único bimadre;
se añade a éstos Niseo, e intonsurado Tioneo
y, con Leneo, el natal plantador de la uva

¹⁵y Nictelio y padre Eleleo y Iaco y Euhan
y cuantos además, numerosos, por los griegos pueblos
nombres, Líber, tienes; pues tuya la inagotable juventud es,
tú muchacho eterno, tú el más hermoso en el alto cielo
contemplado eres; cuando sin cuernos estás, virgínea

²⁰la cabeza tuya es; el Oriente por ti fue vencido, hasta allí,
donde la decolor India se ciñe del extremo Ganges.

A Penteo tú, venerando, y a Licurgo, el de hacha de doble ala,
sacrílegos, inmolas, y los cuerpos de los tirrenos mandas
al mar, tú, insignes por sus pintos frenos, de tus biyugues

²⁵lince los cuellos oprimes. Las Bacas y los Sátiros te siguen,
y el viejo que con la caña, ebrio, sus titubantes miembros
sostiene, y no fuertemente se sujeta a su encorvado burrito.

Por donde quiera que entras, un clamor juvenil y, a una,
femeninas voces y tímpanos pulsados por palmas,

³⁰y cóncavos bronce suenan, y de largo taladro el boj.

“Plácido y suave”, ruegan las Isménides, “vengas”,
y los ordenados sacrificios honran; solas las Mineides, dentro,
turbando las fiestas con intempestiva Minerva,
o sacan lanas o las hebras con el pulgar viran

³⁵o prendidas están de la tela, y a sus sirvientas con labores urgen;
de las cuales una, haciendo bajar el hilo con su ligero pulgar:

“Mientras cesan otras e inventados sacrificios frecuentan,
nosotras también a quienes Palas, mejor diosa, detiene”, dice,
“la útil obra de las manos con varia conversación aliviemos
⁴⁰y por turnos algo, que los tiempos largos parecer
no permita, en medio contemos para nuestros vacíos oídos.”
Lo dicho aprueban y la primera le mandan narrar sus hermanas.
Ella qué, de entre muchas cosas, cuente –pues muchísimas conocía–
considera, y en duda está de si de ti, babilonia, narrar,
⁴⁵Dércetis, quien los Palestinos creen que, tornada su figura,
con escamas que cubrían sus miembros removi6 los pantanos,
o más bien de cómo la hija de aqu6lla, asumiendo alas,
sus extremos años en las altas torres pasara,
o acaso cómo una náyade con su canto y sus demasiado poderosas hierbas
⁵⁰tornara unos juveniles cuerpos en t6citos peces
hasta que lo mismo padeci6 ella, o, acaso, el que frutos blancos llevaba,
cómo ahora negros los lleva por contacto de la sangre, ese árbol:
esto elige; 6sta, puesto que una vulgar f6bula no es,
de tales modos comenz6, mientras la lana sus hilos seguía:

Píramo y Tisbe

⁵⁵“Píramo y Tisbe, de los jóvenes el más bello el uno,
la otra, de las que el Oriente tuvo, preferida entre las muchachas,
contiguas tuvieron sus casas, donde se dice que
con cerámicos muros ciñ6 Semíramis su alta ciudad.
El conocimiento y los primeros pasos la vecindad los hizo,
⁶⁰con el tiempo creció el amor; y sus teas también, según derecho, se hubieran unido
pero lo vetaron sus padres; lo que no pudieron vetar:
por igual ardían, cautivas sus mentes, ambos.
C6mplice alguno no hay; por gesto y señales hablan,
y mientras más se tapa, tapado más bulle el fuego.
⁶⁵Hendida estaba por una tenue rendija, que ella había producido en otro tiempo,
cuando se hacía, la pared común de una y otra casa.

Tal defecto, por nadie a través de siglos largos notado
—¿qué no siente el amor?—, los primeros lo visteis los amantes
y de la voz lo hicisteis camino, y seguras por él

⁷⁰en murmullo mínimo vuestras ternuras atravesar solían.

Muchas veces, cuando estaban apostados de aquí Tisbe, Píramo de allí,
y por turnos fuera buscado el anhélito de la boca:

“Envidiosa”, decían, “pared, ¿por qué a los amantes te opones?

¿Cuánto era que permitieses que con todo el cuerpo nos uniéramos,

⁷⁵o esto si demasiado es, siquier que, para que besos nos diéramos, te abrieras?

Y no somos ingratos: que a ti nosotros debemos confesamos,

el que dado fue el tránsito a nuestras palabras hasta los oídos amigos.

Tales cosas desde su opuesta sede en vano diciendo,
al anochecer dijeron “adiós” y a la parte suya dieron

⁸⁰unos besos cada uno que no arribarían en contra.

La siguiente Aurora había retirado los nocturnos fuegos,

y el sol las pruinosas hierbas con sus rayos había secado.

Junto al acostumbrado lugar se unieron. Entonces con un murmullo pequeño,
de muchas cosas antes quejándose, establecen que en la noche silente

⁸⁵burlar a los guardas y de sus puertas fuera salir intenten,

y que cuando de la casa hayan salido, de la ciudad también los techos abandonen,

y para que no hayan de vagar recorriendo un ancho campo,

que se reúnan junto al crematorio de Nino y se escondan bajo la sombra

del árbol: un árbol allí, fecundísimo de níveas frutas,

⁹⁰un arduo moral, había, colindante a una helada fontana.

Los acuerdos aprueban; y la luz, que tarde les pareció marcharse,

se precipita a las aguas, y de las aguas mismas sale la noche.

Astuta, por las tinieblas, girando el gozne, Tisbe
sale y burla a los suyos y, cubierto su rostro,

⁹⁵llega al túmulo, y bajo el árbol dicho se sienta.

Audaz la hacía el amor. He aquí que llega una leona,

de la reciente matanza de unas reses manchadas sus espumantes comisuras,

que iba a deshacerse de su sed en la onda del vecino hontanar;

a ella, de lejos, a los rayos de la luna, la babilonia Tisbe
¹⁰⁰la ve, y con tímido pie huye a una oscura caverna
y mientras huye, de su espalda resbalados, sus velos abandona.
Cuando la leona salvaje su sed con mucha onda contuvo,
mientras vuelve a las espesuras, encontrados por azar sin ella misma,
con su boca cruenta desgarró los tenues atuendos.

¹⁰⁵Él, que más tarde había salido, huellas vio en el alto
polvo ciertas de fiera y en todo su rostro palideció
Priamo; pero cuando la prenda también, de sangre teñida,
encontró: “Una misma noche a los dos”, dice, “amantes perderá,
de quienes ella fue la más digna de una larga vida;

¹¹⁰mi vida dañina es. Yo, triste de ti, te he perdido,
que a lugares llenos de miedo hice que de noche vinieras
y no el primero aquí llegué. ¡Destrozad mi cuerpo
y mis malditas entrañas devorad con fiero mordisco,
oh, cuantos leones habitáis bajo esta peña!

¹¹⁵Pero de un cobarde es pedir la muerte.” Los velos de Tisbe
recoge, y del pactado árbol a la sombra consigo los lleva,
y cuando dio lágrimas, dio besos a la conocida prenda:

“Recibe ahora” dice “también de nuestra sangre el sorbo”,
y, del que estaba ceñido, se hundió en los costados su hierro,

¹²⁰y sin demora, muriendo, de su hirviente herida lo sacó,
y quedó tendido de espalda al suelo: su crúor fulgura alto,
no de otro modo que cuando un caño de plomo defectuoso
se hiende, y por el tenue, estridente taladro, largas
aguas lanza y con sus golpes los aires rompe.

¹²⁵Las crías del árbol, por la aspersion de la sangría, en negra
faz se tornan, y humedecida de sangre su raíz,
de un purpúreo color tiñe las colgantes moras.

He aquí que, su miedo aún no dejado, por no burlar a su amante,
ella vuelve, y al joven con sus ojos y ánimo busca,

¹³⁰y por narrarle qué grandes peligros ha evitado está ansiosa;

y aunque el lugar reconoce, y en el visto árbol su forma,
igualmente la hace dudar del fruto el color: fija se queda en sí él es.
Mientras duda, unos trémulos miembros ve palpar
en el cruento suelo y atrás su pie lleva, y una cara que el boj
¹³⁵más pálida portando se estremece, de la superficie en el modo,
que tiembla cuando lo más alto de ella una exigua aura toca.
Pero después de que, demorada, los amores reconoció suyos,
sacude con sonoro golpe, indignos, sus brazos
y desgarrándose el cabello y abrazando el cuerpo amado
¹⁴⁰sus heridas colmó de lágrimas, y con su llanto el crúor
mezcló, y en su helado rostro besos prendiendo:
“Píramo”, clamó, “¿qué azar a ti de mí te ha arrancado?
Píramo, responde. La Tisbe tuya a ti, queridísimo,
te nombra; escucha, y tu rostro yacente levanta.”
¹⁴⁵Al nombre de Tisbe sus ojos, ya por la muerte pesados,
Píramo irguió, y vista ella los volvió a velar.

La cual, después de que la prenda suya reconoció y vació
de su espada vio el marfil: “Tu propia a ti mano”, dice, “y el amor,
te ha perdido, desdichado. Hay también en mí, fuerte para solo
¹⁵⁰esto, una mano, hay también amor: dará él para las heridas fuerzas.
Seguiré al extinguido, y de la muerte tuya tristísima se me dirá
causa y compañera, y quien de mí con la muerte sola
serme arrancado, ay, podías, habrías podido ni con la muerte serme arrancado.
Esto, aun así, con las palabras de ambos sed rogados,
¹⁵⁵oh, muy tristes padres mío y de él,
que a los que un seguro amor, a los que la hora postrera unió,
de depositarles en un túmulo mismo no os enojéis;
mas tú, árbol que con tus ramas el lamentable cuerpo
ahora cubres de uno solo –pronto has de cubrir de dos–,
¹⁶⁰las señales mantén de la sangría, y endrinas, y para los lutos aptas,
siempre ten tus crías, testimonios del gemelo crúor”,
dijo, y ajustada la punta bajo lo hondo de su pecho

se postró sobre el hierro que todavía de la sangría estaba tibio.
Sus votos, aun así, conmovieron a los dioses, conmovieron a los padres,
¹⁶⁵pues el color en el fruto es, cuando ya ha madurado, negro,
y lo que a sus piras resta descansa en una sola urna.”

Los amores del Sol. Marte y Venus. Leucótoe. Clítie

Había cesado, e intermedio hubo un breve tiempo, y empezó
a hablar Leucónoe; su voz contuvieron las hermanas.

“A éste también, que templa todas las cosas con su sidérea luz,
¹⁷⁰cautivó el amor, al Sol: del Sol contaremos los amores.

El primero que el adulterio de Venus con Marte vio
se cree este dios; ve este dios todas las cosas el primero.

Hondo se dolió del hecho y al marido, descendencia de Juno,
los hurtos de su lecho y del hurto el lugar mostró; mas a aquél,

¹⁷⁵su razón y la obra que su fabril diestra sostenía,
se le cayeron: al punto gráciles de bronce unas cadenas,
y redes y lazos que las luces burlar pudieran

lima –no aquella obra vencerían las más tenues
hebras, no la que cuelga de la más alta viga telaraña–

¹⁸⁰y que a los ligeros tactos pequeños movimientos obedezcan
consigue, y el lecho circundando las coloca con arte.

Cuando llegaron a este lecho, al mismo, su esposa y el adúltero,
con el arte del marido y las ataduras preparadas de novedosa manera,
en mitad de sus abrazos ambos sorprendidos quedan.

¹⁸⁵El Lemnio al punto sus puertas marfileñas abrió
y admitió a los dioses; ellos yacían enlazados
indecentemente, y algunos de entre los dioses no tristes desea
así hacerse indecente... Los altísimos rieron y largo tiempo
ésta fue conocidísima hablilla en todo el cielo.

¹⁹⁰“Lleva a cabo la Citereia, de la de delación, un castigo vengador,
y, por turnos, a aquél que hirió sus escondidos amores
hiere con amor semejante. ¿De qué ahora, de Hiperión el nacido,

tu hermosura y tu color a tí, y tus radiadas luces te sirven?
Así es que tú, quien con tus fuegos todas las tierras abrasas,
¹⁹⁵abrásaste con un fuego nuevo, y quien todas las cosas divisar debes,
a Leucótoe contemplas y clavas en una doncella sola,
los que al cosmos debes, ojos: ya te levantas más tempranamente
del auroral cielo, ya más tarde caes a las ondas,
y por tu demora en contemplarla alargas las invernales horas;
²⁰⁰desfalleces a las veces, y el mal de tu mente a tus luces
pasa, y, oscuro, los mortales pechos aterras,
y no porque a ti de la luna la imagen más cercana a las tierras
se haya opuesto palideces: hace tal color el amor este.
Quieres a ésta sola, y no a ti Clímene, y Rodas,
²⁰⁵ni te retiene la genetriz, bellísima, de la Eea Circe,
y la que tus concúbitos, Clitie, aunque despreciada
buscaba, y que en el mismo tiempo aquel una grave herida
tenía: Leucótoe, de muchas, los olvidos hizo,
a la cual, del pueblo aromático, en parto dio a luz,
²¹⁰hermosísima, Eurínome; pero después de que la hija creció,
cuanto la madre a todas, tanto a la madre la hija vencía.
Rigió las aquemenias ciudades su padre Órcamo y él
el séptimo desde su primitivo origen, desde Belo, se numera.
Bajo el eje Vespertino están los pastos de los caballos del Sol:
²¹⁵ambrosia en vez de hierba tienen; ella sus cansados miembros
de los diurnos menesteres nutre y los repara para su labor.
Y mientras los cuadrípedes allí celestes pastos arrancan
y la noche su turno cumple, en los tálamos el dios penetra amados,
tornado en la faz de Eurínome, la genetriz, y entre
²²⁰una docena de sirvientas, a Leucótoe, a las luces, divisa,
que ligeras hebras sacaba, girando el huso.
Así pues, cuando cual una madre hubo dado besos a su querida hija:
“Un asunto”, dice “arcano es: sirvientas, retiraos, y no
arrebatad el arbitrio a una madre de cosas secretas hablar.”

²²⁵Habían obedecido, y el dios, el tálamo sin testigo dejado:
“Aquel yo soy”, dijo, “que mido el largo año,
todas las cosas quien veo, por quien ve todo la tierra,
del cosmos el ojo: a mí, créeme, complaces.” Se asusta ella y del miedo
la rueca y el huso cayeron de sus dedos remisos.

²³⁰El propio temor decor le fue, y no más largamente él demorándose
a su verdadero aspecto regresó y a su acostumbrado nitor;
mas la virgen, aunque aterrada por la inesperada visión,
vencida por el nitor del dios, dejando su lamento, su fuerza sufrió.

“Se enojó Clitie, pues tampoco moderado había sido
²³⁵en ella del Sol el amor, y acuciada de la rival por la ira,
divulga el adulterio y a la difamada ante su padre
acusa; él, feroz e implacable, a la que suplicaba
y tendía las manos a las luces del Sol y que: “Él
fuerza me hizo contra mi voluntad”, decía, la sepultó, sanguinario,
²⁴⁰bajo alta tierra y un túmulo encima añade de pesada arena.

Lo disipa con sus rayos de Hiperión el nacido y camino
te da a ti por donde puedas sacar tu sepultado rostro;
y tú ya no podías, matada tu cabeza por el peso de la tierra,
ninfa, levantarla, y cuerpo exangüe yacías:

²⁴⁵nada que aquello más doliente se cuenta que el moderador de los voladores
caballos, después de los fuegos de Faetonte, había visto.

Él ciertamente los gélidos miembros intenta, si pueda,
de sus radios con las fuerzas, retornar al vivo calor;
pero, puesto que a tan grandes intentos el hado se opone,

²⁵⁰con néctar aromado asperjó su cuerpo y el lugar,
y de muchas cosas antes lamentándose: “Tocarás, aun así, el éter”, dijo.

En seguida, imbuido del celeste néctar el cuerpo
se licueció y la tierra humedeció con su aroma,
y una vara a través de los terrones, insensiblemente, con raíces en ella hechas,
²⁵⁵de incienso, se irguió, y el túmulo con su punta rompió.

Mas a Clitie, aunque el amor excusar su dolor,

y su delación el dolor podía, no más veces el autor de la luz
acudió y de Venus la moderación a sí mismo se hizo en ella.
Se consumió desde de aquello, demencialmente de sus amores haciendo uso,
²⁶⁰sin soportar ella a las ninfas, y bajo Júpiter noche y día
se sentó en el suelo desnuda, desnudos, despeinada, sus cabellos,
y durante nueve luces sin probar agua ni alimento,
con mero rocío y las lágrimas suyas sus ayunos cebó
y no se movió del suelo; sólo contemplaba del dios
²⁶⁵el rostro al pasar y los semblantes suyos giraba a él.
Sus miembros, cuentan, se prendieron al suelo, y una lívida palidez
vertió parte de su color a las exangües hierbas;
tiene en parte un rubor, y su cara una flor muy semejante a la violeta cubre.
Ella, aunque por una raíz está retenida, al Sol
²⁷⁰se vuelve suyo y mutada conserva su amor.”

Las hijas de Minias (II)

Había dicho, y el hecho admirable había cautivado los oídos.
Parte que ocurrir pudiera niegan, parte, que todo los verdaderos
dioses pueden, recuerdan: pero no también Baco entre ellos.

Se reclama a Alcítoe, después de que callaron sus hermanas.
²⁷⁵La cual, por el radio haciendo correr las hebras de la tela puesta:
“Por divulgados callo”, dijo, “del pastor Dafnis del
Ida los amores, a quien su ninfa por la ira de su rival
confirió a una roca: tan gran dolor abrasa a los amantes;
y no hablo de cómo en otro tiempo, innovada la ley de la naturaleza,
²⁸⁰ambiguo fuera, ora hombre, ora mujer Sitón.
A ti también, ahora acero, en otro tiempo fidelísimo al pequeño
Júpiter, Celmis, y a los Curetes, engendrados por larga lluvia,
y a Croco, en pequeñas flores, con Esmílace, tornado:
a todos dejo de lado, y vuestros ánimos con una dulce novedad retendré.

Sálmacis y Hermafrodito

²⁸⁵De dónde que infame sea, por qué con sus poco fuertes ondas
Sálmacis enerva y ablanda los miembros por ella tocados,
aprended. La causa se ignora; el poder es conocidísimo del manantial.
A un niño, de Mercurio y la divina Citereide nacido,
las náyades nutrieron bajo las cavernas del Ida,
²⁹⁰del cual era la faz en la que su madre y padre
conocerse pudieran; su nombre también trajo de ellos.
Él, en cuanto los tres quinquenios hizo, los montes
abandonó patrios y, el Ida, su nodriza, dejado atrás,
de errar por desconocidos lugares, de desconocidas corrientes
²⁹⁵ver, gozaba, su interés aminorando la fatiga.
Él incluso a las licias ciudades, y a Licia cercanos, los carios
llega: ve aquí un pantano, de una linfa diáfana
hasta el profundo suelo. No allí caña palustre,
ni estériles ovas, ni de aguda cúspide juncos:
³⁰⁰perspicuo licor es; lo último, aun así, del pantano, de vivo
césped se ciñe, y de siempre verdeantes hierbas.
Una ninfa lo honra, pero ni para las cacerías apta ni que los arcos
doblar suela ni que competir en la carrera,
y única de las náyades no conocida para la veloz Diana. ³⁰⁵
³⁰⁵A menudo a ella, fama es, le dijeron sus hermanas:
“Sálmacis, o la jabalina o las pintas aljabas coge,
y con duras cacerías tus ocios mezcla.”
Ni la jabalina coge ni las pintas ella aljabas,
ni con duras cacerías sus ocios mezcla,
³¹⁰sino ora en la fontana suya sus hermosos miembros lava,
a menudo con peine del Citoro alisa sus cabellos
y qué le sienta bien consulta a las ondas que contempla,
ahora, circundando su cuerpo de un muy diáfano atuendo,
bien en las mullidas hojas, bien en las mullidas se postra hierbas,
³¹⁵a menudo coge flores. Y entonces también por azar las cogía
cuando al muchacho vio, y visto deseó tenerlo.

Aun así, no antes se acercó, aunque tenía prisa por acercarse,
de que se hubo compuesto, de que alrededor se contempló los atuendos,
y fingió su rostro, y mereció el hermosa parecer.

³²⁰Entonces, así empezando a hablar: “Muchacho, oh, dignísimo de que se crea
que eres un dios, o si tú dios eres, puedes ser Cupido,
o si eres mortal, quienes te engendraron dichosos,
y tu hermano feliz, y afortunada seguro
si alguna tú hermana tienes, y la que te dio sus pechos, tu nodriza;
³²⁵pero mucho más que todos, y mucho más dichosa aquélla,
si alguna tú prometida tienes, si a alguna dignarás con tu antorcha,
ésta tú, si es que alguna tienes, sea furtivo mi placer,
o si ninguna tienes, yo lo sea, y en el tálamo mismo entremos.”

La náyade después de esto calló; del muchacho un rubor la cara señaló
³³⁰—pues no sabe qué el amor—, pero también enrojecer para su decor era.
Ese color el de los suspendidos frutos de un soleado árbol,
o el del marfil teñido es, o, en su candor, cuando en vano
resuenan los bronces auxiliares, el de la rojeciente luna.

A la ninfa, que reclamaba sin fin de hermana, al menos,
³³⁵besos, y ya las manos a su cuello de marfil le echaba:

“¿Cesas, o huyo, y contigo”, dice él, “esto dejo?”

Sálmacis se atemorizó y: “Los lugares estos a ti libres te entrego,
huésped”, dice, y simula marcharse su paso tornando;
entonces también, mirando atrás, y recóndita ella de arbustos en una espesura,

³⁴⁰se ocultó y en doblando la rodilla se abajó. Mas él,

claro está, como inobservado y en las vacías hierbas,

aquí va y allá y acullá, y en las retozonas ondas

las solas plantas de sus pies y hasta el tobillo baña;

sin demora, por la templanza de las blandas aguas cautivado,

³⁴⁵sus suaves vestimentas de su tierno cuerpo desprende.

Entonces en verdad complació él, y de su desnuda figura por el deseo

Sálmacis se abrasó; flagran también los ojos de la ninfa

no de otro modo que cuando nitidísimo en el puro orbe

en la opuesta imagen de un espejo se refleja Febo;
³⁵⁰y apenas la demora soporta, apenas ya sus goces difiere,
ya desea abrazarle, ya a sí misma mal se contiene, amente.
Él, veloz, con huecas palmas palmeándose su cuerpo
abajo salta, y a las linfas alternos brazos llevando
en las líquidas aguas se trasluce, como si alguien unas marfileñas
³⁵⁵estatuas cubra, o cándidos lirios, con un claro vidrio.
“Hemos vencido y mío es” exclama la náyade, y toda
ropa lejos lanzando, en mitad se mete de las ondas
y al que lucha retiene y disputados besos le arranca
y le sujeta las manos y su involuntario pecho toca,
³⁶⁰y ahora por aquí del joven alrededor, ahora se derrama por allá;
finalmente, debatiéndose él en contra y desasirse queriendo,
lo abraza como una serpiente, a la que sostiene la regia ave y
elevada la arrebató: colgando, la cabeza ella y los pies
le enlaza y con la cola le abraza las expandidas alas;
³⁶⁵o como suelen las hiedras entretejer los largos troncos
y como bajo las superficies el pulpo su apresado enemigo
contiene, de toda parte enviándole sus flagelos.
Persiste el Atlantiada y sus esperados goces a la ninfa
deniega; ella aprieta, y acoplada con el cuerpo todo,
³⁷⁰tal como estaba prendida: “Aunque luches, malvado”, dijo,
“no, aun así, escaparás. Así, dioses, lo ordenéis, y a él
ningún día de mí, ni a mí separe de él.”
Los votos tuvieron sus dioses, pues, mezclados, de los dos
los cuerpos se unieron y una faz se introduce en ellos
³⁷⁵única; como si alguien, que juntos conduce en una corteza unas ramas,
al crecer, juntarse ellas, y al par desarrollarse contempla,
así, cuando en un abrazo tenaz se unieron sus miembros,
ni dos son, sino su forma doble, ni que mujer decirse
ni que muchacho, pueda, y ni lo uno y lo otro, y también lo uno y lo otro, parece.
³⁸⁰Así pues, cuando a él las fluentes ondas, adonde hombre había descendido,

ve que semihombre lo habían hecho, y que se ablandaron en ellas
sus miembros, sus manos tendiendo, pero ya no con voz viril,
el Hermafrodito dice: “Al nacido dad vuestro de regalos,
padre y también genetriz, que de ambos el nombre tiene,
³⁸⁵que quien quiera que a estas fontanas hombre llegara, salga de ahí
semihombre y súbitamente se ablande, tocadas, en las aguas.”
Conmovidos ambos padres, de su nacido biforme válidas las palabras
hicieron y con una incierta droga la fontana tiñeron.”

Las hijas de Minias (III)

El fin era de sus palabras, y todavía de Minias la prole
³⁹⁰apresura la tarea y desprecia al dios y su fiesta profana,
cuando unos tímpanos súbitamente, no visibles, con ronc
sonidos en contra rugen, y la flauta de combado cuerno,
y tintineantes bronces suenan; aroman las mirras y los azafranes
y, cosa que el crédito mayor, empezaron a verdecer las telas
³⁹⁵y, de hiedra en la faz, a cubrirse de frondas la veste suspendida;
parte acaba en vides, y los que poco antes hilos fueron,
en sarmiento se mutan; de la hebra un pámpano sale;
la púrpura su fulgor acomoda a las pintas uvas.
Y ya el día pasado había y el tiempo llegaba
⁴⁰⁰al que tú ni tinieblas, ni le pudieras decir luz,
sino con la luz, aun así, los confines de la dudosa noche:
los techos de repente ser sacudidos, y las grasas lámparas arder
parecen, y con rútilos fuegos resplandecer las mansiones,
y falsos espectros de salvajes fieras aullar:
⁴⁰⁵y ya hace tiempo se esconden por las humeantes estancias las hermanas
y por diversos lugares los fuegos y las luces evitan,
y mientras buscan las tinieblas, una membrana por sus pequeñas articulaciones
se extiende e incluye sus brazos en una tenue ala;
y, de qué en razón hayan perdido su vieja figura,
⁴¹⁰saber no permiten las tinieblas. No a ellas pluma las elevaba,

a sí se sostenían, aun así, con perlúcidas alas,
y al intentar hablar, mínima y según su cuerpo una voz
emiten, y realizan sus leves lamentos con un estridor,
y los techos, no las espesuras frecuentan, y la luz odiando,
⁴¹⁵de noche vuelan y de la avanzada tarde tienen el nombre.

Atamante e Ino

Entonces en verdad por toda Tebas de Baco memorable
el numen era y las grandes fuerzas del nuevo dios
su tía materna narra por todas partes, y de tantas hermanas, ajena
ella sola al dolor era: salvo al que le hicieron sus hermanas.
⁴²⁰Reparó en ella –que por sus nacidos y el tálamo de Atamante tenía
subidos los ánimos, y por su prohijado numen– Juno,
y no lo soportó, y para sí: “¿Ha podido de una rival el nacido
tornar a los meonios marineros y en el piélago sumergirlos,
y, para que sean destrozadas, a su madre dar de su hijo las entrañas,
⁴²⁵y a las triples Mineides cubrir con nuevas alas?
¿Nada habrá podido Juno, sino no vengados llorar sus dolores?
¿Y esto para mí bastante es? ¿Esta sola la potencia nuestra es?
Él mismo enseña qué haga yo –lícito es también del enemigo aprender–,
y qué el furor pueda, de Penteo con el asesinato bastante
⁴³⁰y de más ha mostrado: ¿por qué no aguijonearle y que vaya
por los consanguíneos ejemplos con sus propios furores Ino?

Hay una vía declive, nublada por el funesto tejo:
lleva, a través de mudos silencios, a las infernas sedes;
la Estige nieblas exhala, inerte, y las sombras recientes
⁴³⁵descienden allí y espectros que han cumplido con sus sepulcros:
la palidez y el invierno poseen ampliamente esos lugares espinosos y, nuevos,
por dónde sea el camino, los manes ignoran, el que lleva a la estigia
ciudad, dónde esté la fiera regia del negro Dis.
Mil entradas la capaz ciudad, y abiertas por todos lados sus puertas
⁴⁴⁰tiene, y como los mares de toda la tierra los ríos,

así todas las almas el lugar acoge este, y no para pueblo
alguno exiguo es, o que una multitud ingresa, siente.
Vagan exangües, sin cuerpo y sin huesos, las sombras,
y una parte el foro frecuentan, parte los techos del más bajo tirano,
⁴⁴⁵una parte algunas artes, imitaciones de su antigua vida,
ejercen, a otra parte una condena coerce.

Soporta ir allí, su sede celeste dejada
—tanto a sus odios y a su ira daba—, la Saturnia Juno;
adonde una vez que entró y por su sagrado cuerpo oprimido
⁴⁵⁰gimió el umbral, sus tres caras Cérbero sacó
y tres ladridos a la vez dio; ella a las Hermanas,
de la Noche engendradas, llama, grave e implacable numen:
de la cárcel ante las puertas cerradas con acero estaban sentadas,
y de sus cabellos peinaban negras serpientes.

⁴⁵⁵A la cual una vez reconocieron entre las sombras de la calina,
se pusieron de pie las diosas; Sede Maldita se llama:
sus entrañas ofrecía Títio para ser desgarradas, y sobre nueve
yugadas se extendía; por ti, Tántalo, ningunas
aguas pueden aprehenderse, y el que asoma huye, ese árbol;
⁴⁶⁰o buscas o empujas la que ha de retornar, Sísifo, roca;
se gira Ixión y a sí mismo se persigue y huye,
y las que preparar la muerte de sus primos osaron,
asiduas ondas, que perderán, vuelven a buscar, las Bélides.

A los cuales todos después de que con una mirada torva la Saturnia
⁴⁶⁵vio y antes de todos a Ixión, de vuelta desde aquél
a Sísifo mirando: “¿Por qué éste, de sus hermanos”, dice,
“perpetuos sufre castigos? A Atamante, el soberbio,
una regia rica le tiene, quien a mí, con su esposa, siempre
me ha despreciado”, y expone las causas de su odio y su camino
⁴⁷⁰y qué quiera: lo que querría era que la regia de Cadmo
no siguiera en pie y que a la fechoría arrastraran, a Atamante, unos furores.
Gobierno, promesas, súplicas confunde en uno,

y solivianta a las diosas: así, esto Juno habiendo dicho,
Tisífone, con sus canos cabellos, como estaba, turbados,
⁴⁷⁵los movió y rechazó de su cara las culebras que la estorbaban
y así: “no de largos rodeos menester es”, dijo;
“hecho considera cuanto ordenas; el inamable reino
abandona y vuélvete de un cielo mejor a las auras.”
Alegre regresa Juno, a la cual, en el cielo a entrar disponiéndose,
⁴⁸⁰con roradas aguas lustró la Taumantíade Iris.

Y sin demora Tisífone, la importuna, humedecida de sangre
toma una antorcha, y de fluido crúor rojeciente
se pone el manto, y con una torcida sierpe se enciñe,
y sale de la casa. El Luto la acompaña a su paso
⁴⁸⁵y el Pavor y el Terror y con tembloroso rostro la Insania.
En el umbral se había apostado: las jambas que temblaron se cuenta
del Eolio, y una palidez inficionó las puertas de arce,
y el Sol del lugar huye. Ante esos prodigios, aterrada la esposa,
aterrado quedó Atamante, y de su techo a salir se aprestaban:
⁴⁹⁰se opuso la infausta Erinis y la entrada sitió,
y sus brazos distendiendo, uncidos de viperinos nudos,
su cabellera sacudió: movidas sonaron las culebras,
y parte yacen por sus hombros, parte, alrededor de sus pechos resbaladas,
silbidos dan y suero vomitan y sus lenguas vibran.
⁴⁹⁵De ahí dos serpientes sajó, de en medio de sus cabellos,
y con su calamitosa mano, las que había arrebatado, les arrojó; mas ellas
de Ino los senos, y de Atamante, recorren
y les insuflan graves alientos, y heridas a sus miembros
ningunas hacen: su mente es la que los siniestros golpes siente.
⁵⁰⁰Había traído consigo también portentos de fluente veneno,
de la boca de Cérbero espumas, y jugos de Equidna,
y desvaríos erráticos, y de la ciega mente olvidos,
y crimen y lágrimas y rabia y de la sangría el amor,
todo molido a la vez, lo cual, con sangre mezclado reciente,

⁵⁰⁵había cocido en un bronce cavo, revuelto con verde cicuta;
y mientras espantados están ellos, vierte este veneno de furia
en el pecho de ambos y sus entrañas más íntimas turba.
Entonces, una antorcha agitando por el mismo orbe muchas veces,
alcanza con los fuegos, velozmente movidos, los fuegos.

⁵¹⁰Así, vencedora, y de lo ordenado dueña, a los inanes
reinos vuelve del gran Dis y se descíñe de la serpiente que cogiera.

En seguida el Eólida furibundo en mitad de su corte
clama: “*Io*, compañeros, las redes tended en estos bosques.
Aquí ahora con su gemela prole visto he a una leona”,
⁵¹⁵y, como de una fiera, sigue las huellas de su esposa, amente,
y del seno de su madre, riendo y sus pequeños brazos tendiéndole,
a Learco arrebatada, y dos y tres veces por las auras
al modo lo rueda de una honda, y en una rígida roca su boca,
que aún no hablaba, despedaza feroz; entonces, en fin, excitada la madre,
⁵²⁰—si el dolor esto hizo, o del veneno esparcido causa—,
aúlla, y con los cabellos sueltos huye mal sana,
y a ti llevándote, pequeño, en sus desnudos brazos, Melicertes:
“*Evohé, Baco*”, grita: de Baco bajo el nombre Juno
rio y: “Estos servicios te preste a tí”, dijo, “tu prohijado.”

⁵²⁵Suspendida hay sobre las superficies un risco; su parte inferior socavada está
por los oleajes y a las ondas que cubre defiende de las lluvias,
la superior rígida está y su frente a la abierta superficie extiende;
se apodera de él —fuerzas la insania le daba— Ino
y a sí misma sobre el ponto, sin que ningún temor la retarde,
⁵³⁰se lanza y a su carga; golpeada la onda se encandeció.

Mas Venus, de los sufrimientos compadecida de su nieta, que no los merecía,
así al tío suyo enterneció: “Oh, numen de las aguas,
ante quien cedió, siguiente al del cielo, Neptuno, el poder,
grandes cosas, ciertamente, reclamo, pero tú compadécete de los míos,
⁵³⁵que lanzados ves en el Jonio inmenso,
y a los dioses añádelos tuyos. Alguna también yo estima en el ponto tengo,

si es cierto que un día, en medio del profundo, compacta
espuma fui y mi griego nombre queda de ella.”

Asiente a la que ruega Neptuno y arrebató de ellos

⁵⁴⁰lo que mortal fue, y una majestad verenda

les impuso y su nombre al mismo tiempo que su aspecto les innovó,
y con Leucotea, su madre, al dios Palemón llamó.

Las compañeras de Ino

Sus sidonias compañeras, cuanto pudieron siguiendo
las señales de sus pies, en lo primero de la roca vieron, las más recientes,

⁵⁴⁵y sin duda de su muerte cercioradas, a la Cadmeida casa

con sus palmas hicieron duelo, rasgándose, con la ropa, sus cabellos,

y como poco justa y demasiado con su rival cruel

achares hicieron a la diosa; estos reproches Juno

no soportó y: “Os haré a vosotras mismas máximos”, dijo,

⁵⁵⁰“exponentes de la crueldad mía”; el hecho a los dichos siguió.

Pues la que principalmente había sido devota: “Seguiré”, dice,

“a los estrechos a la reina” y un salto al ir a dar, moverse

a parte alguna no pudo y al risco fija quedó adherida;

otra, mientras con el acostumbrado golpe intenta herir

⁵⁵⁵sus pechos, sintió que los que lo intentaban quedaron rígidos, sus brazos;

aquella que las manos por azar había tendido del mar a las ondas,

en piedra vuelta, las manos a las mismas ondas alarga;

de una, cuando arrebatava y rasgaba de su cabeza su pelo,

endurecidos súbitamente los dedos en el pelo vieras:

⁵⁶⁰en el gesto en que cada una sorprendida fue, se queda en él.

Parte aves se hicieron; las que ahora también en la garganta aquella

las superficies cortan con lo extremo de sus alas, las Isménides.

Cadmo y Harmonía

Desconoce el Agenórída que su nacida y su pequeño nieto

de la superficie son dioses; por el luto y la sucesión de sus males

⁵⁶⁵vencido, y por los ostentos que numerosos había visto, sale,
 su fundador, de la ciudad suya, como si la fortuna de esos lugares,
 no la suya lo empujara, y por su largo vagar llevado,
 alcanza las ilíricas fronteras con su prófuga esposa.
 Y ya de males y de años cargados, mientras los primeros hados
⁵⁷⁰coligen de su casa, y repasan en su conversación sus sufrimientos:
 “¿Y si sagrada aquella serpiente atravesada por mi cúspide”,
 Cadmo dice, “fuera, entonces, cuando de Sidón saliendo
 sus vipéreos dientes esparcí por la tierra, novedosas simientes?
 A la cual, si el celo de los dioses con tan certera ira vindica,
⁵⁷⁵yo mismo, lo suplico, como serpiente sobre mi largo vientre me extienda”,
 dijo, y como serpiente sobre su largo vientre se tiende
 y a su endurecida piel que escamas le crecen siente
 y que su negro cuerpo se variega con azules gotas
 y sobre su pecho cae de bruces, y reunidas en una sola,
⁵⁸⁰poco a poco se atenúan en una redondeada punta sus piernas.
 Los brazos ya le restan: los que le restan, los brazos tiende
 y con lágrimas por su todavía humana cara manando:
 “Acércate, oh, esposa, acércate, tristísima”, dijo,
 “y mientras algo queda de mí, me toca, y mi mano
⁵⁸⁵coge, mientras mano es, mientras no todo lo ocupa la serpiente.”
 Él sin duda quiere más decir, pero su lengua de repente
 en partes se hendió dos, y no las palabras al que habla
 abastan, y cuantas veces se dispone a decir lamentos
 silba: esa voz a él su naturaleza le ha dejado.
⁵⁹⁰Sus desnudos pechos con la mano hiriendo exclama la esposa:
 “Cadmo, espera, desdichado, y despójate de estos prodigios.
 Cadmo, ¿Qué esto, dónde tu pie, dónde están tus brazos y manos
 y tu color y tu faz y, mientras hablo, todo? ¿Por qué no
 a mí también, celestes, en la misma sierpe me tornáis?”
⁵⁹⁵Había dicho, él de su esposa lamía la cara,
 y a sus senos queridos, como si los reconociera, iba,

y le daba abrazos y su acostumbrado cuello buscaba.
Todo el que está presente —estaban presentes los cortesanos— se aterra; mas ella
los lúbricos cuellos acaricia del crestado reptil
⁶⁰⁰y súbitamente dos son y, junta su espiral, serpean,
hasta que de un vecino bosque a las guaridas llegaron.
Ahora también, ni huyen del hombre ni de herida le hieren,
y qué antes habían sido recuerdan, plácidos, los reptiles.

Perseo y Atlas

Pero aun así a ambos consuelos grandes de su tornada
⁶⁰⁵figura su nieto les había dado, a quien, por él debelada, honraba
la India, a quien celebraba la Acaya en los templos a él puestos.
Sólo el Abantiada, de su mismo origen creado,
Acrisio, queda, que de las murallas lo aleje de la ciudad
de Argos y contra el dios lleve las armas; y su stirpe
⁶¹⁰no cree que sea de dioses; pues tampoco de Júpiter ser creía
a Perseo, a quien Dánae había concebido de pluvial oro.
Pronto, aun así, a Acrisio —tan grande es la presencia de la verdad—
tanto haber ultrajado al dios como no haber reconocido a su nieto
le pesa: impuesto ya en el cielo está el uno, mas el otro,
⁶¹⁵devolviendo el despojo memorable del vipéreo portentoso,
el aire tierno rasgaba con sus estridentes alas,
y cuando sobre las líbicas arenas, vencedor, estaba suspendido,
de la cabeza de la Górgona unas gotas cayeron cruentas,
que, por ella recogidas, la tierra animó en forma de variegadas serpientes,
⁶²⁰de ahí que concurrida ella está, e infesta esa tierra de culebras.

Desde ahí, a través del infinito por vientos discordes llevado,
ahora aquí ahora allí, al ejemplo de la nube acuosa
se mueve, y de la alta superficie retiradas largamente
contempla las tierras y todo sobrevuela el orbe.
⁶²⁵Tres veces las heladas Ursas, tres veces del cangrejo los brazos ve,
muchas veces para los ocasos, muchas veces es arrebatado a los ortos,

y ya cayendo el día, temiendo confiarse a la noche,
 se posó, reinos de Atlas, en el Vespertino círculo,
 y un exiguo descanso busca mientras el Lucero los fuegos
⁶³⁰convoque de la Aurora, y la Aurora los carros diurnos.
 Aquí, de los hombres a todos con su ingente cuerpo superando,
 el Japetiónica Atlas estuvo: la última de las tierras
 bajo el rey este, y el ponto estaba, que a los jadeantes caballos
 del Sol sus superficies somete y acoge sus fatigados ejes.
⁶³⁵Mil greyes para él y otras tantas vacadas por sus hierbas
 erraban y su tierra vecindad ninguna oprimía;
 las arbóreas frondas, que de su oro radiante brillaban,
 de oro sus ramas, de oro sus frutos, cubrían.
 “Huésped”, le dice Perseo a él, “si a ti la gloria te conmueve
⁶⁴⁰de un linaje grande, del linaje mío Júpiter el autor;
 o si eres admirador de las gestas, admirarás las de nos;
 hospedaje y descanso busco.” Memorioso él de la vetusta
 ventura era —Temis esta ventura le había dado, la Parnasia—:
 “Un tiempo, Atlas, vendrá en el que será expoliado de su oro el árbol
⁶⁴⁵tuyo, y del botín el título este de Júpiter un nacido tendrá.”
 Esto temiendo, con sólidos montes sus pomares había cerrado
 Atlas, y a un vasto reptil los había dado a guardar,
 y alejaba de sus fronteras a los extraños todos.
 A éste también: “Márchate fuera, no sea que lejos la gloria de las gestas
⁶⁵⁰que finges”, dijo, “lejos de ti Júpiter quede”,
 y fuerza a sus amenazas añade, y con sus manos expulsar intenta
 al que tardaba y al que con las plácidas mezclaba fuertes palabras.
 En fuerzas inferior —pues quién parejo sería de Atlas
 a las fuerzas—: “Mas, puesto que poco para ti la estima nuestra vale,
⁶⁵⁵coge este regalo”, dice, y de la izquierda parte, él mismo
 de espalda vuelto, de Medusa la macilenta cara le sacó.
 Cuan grande él era, un monte se hizo Atlas: pues la barba y la melena
 a ser bosques pasan, cimas son sus hombros y brazos,

lo que cabeza antes fue, es en lo alto del monte cima,
⁶⁶⁰los huesos piedra se hacen; entonces, alto, hacia partes todas
creció al infinito, así los dioses lo establecisteis, y todo
–con tantas estrellas– el cielo, descansó en él.

Perseo y Andrómeda

Había encerrado el Hipótada en su eterna cárcel a los vientos
e, invitador a los quehaceres, clarísimo en el alto cielo,
⁶⁶⁵el Lucero había surgido: con sus alas retomadas ata él
por ambas partes sus pies y de su arma arponada se ciñe
y el fluente aire, movidos sus talares, hiende.

Gentes innumerables alrededor y debajo había dejado:
de los etíopes los pueblos y los campos cefeos divisa.

⁶⁷⁰Allí, sin ella merecerlo, expiar los castigos de la lengua
de su madre a Andrómeda, injusto, había ordenado Amón;
a la cual, una vez que a unos duros arrecifes atados sus brazos
la vio el Abantiada –si no porque una leve brisa le había movido
los cabellos, y de tibio llanto manaban sus luces,

⁶⁷⁵de mármol una obra la habría considerado–, contrae sin él saber unos fuegos
y se queda suspendido y, arrebatado por la imagen de la vista hermosura,
casi de agitar se olvidó en el aire sus plumas.

Cuando estuvo de pie: “Oh”, dijo, “mujer no digna, de estas cadenas,
sino de esas con las que entre sí se unen los deseosos amantes,

⁶⁸⁰revélame, que te lo pregunto, el nombre de tu tierra y el tuyo
y por qué ataduras llevas.” Primero calla ella y no se atreve
a dirigirse a un hombre, una virgen, y con sus manos su modesto
rostro habría tapado si no atada hubiera estado;
sus luces, lo que pudo, de lágrimas llenó brotadas.

⁶⁸⁵Al que más veces la instaba, para que delitos suyos confesar
no pareciera que ella no quería, el nombre de su tierra y el suyo,
y cuánta fuera la arrogancia de la materna hermosura
revela, y todavía no recordadas todas las cosas, la onda

resonó, y llegando un monstruo por el inmenso ponto
⁶⁹⁰se eleva sobre él y ancha superficie bajo su pecho ocupa.

Grita la virgen: su genitor lúgubre, y a la vez
su madre está allí, ambos desgraciados, pero más justamente ella,
y no consigo auxilio sino, dignos del momento, sus llantos
y golpes de pecho llevan y en el cuerpo atado están prendidos,
⁶⁹⁵cuando así el huésped dice: “De lágrimas largos tiempos
quedar a vosotros podrían; para ayuda prestarle breve la hora es.
A ella yo, si la pidiera, Perseo, de Júpiter nacido y de aquella
a la que encerrada llenó Júpiter con fecundo oro,
de la Górgona de cabellos de serpiente, Perseo, el vencedor, y el que sus alas
⁷⁰⁰batiendo osa ir a través de las etéreas auras,
sería preferido a todos ciertamente como yerno; añadir a tan grandes
dotes también el mérito, favorézcانme sólo los dioses, intento:
que mía sea salvada por mi virtud, con vosotros acuerdo.”
Aceptan su ley –pues quién lo dudaría– y suplican
⁷⁰⁵y prometen encima un reino como dote los padres.

He aquí que igual que una nave con su antepuesto espolón lanzada
surca las aguas, de los jóvenes por los sudorosos brazos movida:
así la fiera, dividiendo las ondas al empuje de su pecho,
tanto distaba de los riscos cuanto una baleárica honda,
⁷¹⁰girado el plomo, puede atravesar de medio cielo,
cuando súbitamente el joven, con sus pies la tierra repelida,
arduo hacia las nubes salió: cuando de la superficie en lo alto
la sombra del varón avistada fue, en la avistada sombra la fiera se ensaña,
y como de Júpiter el ave, cuando en el vacío campo vio,
⁷¹⁵ofreciendo a Febo sus lívidas espaldas, un reptil,
se apodera de él vuelto, y para que no retuerza su salvaje boca,
en sus escamosas cervices clava sus ávidas uñas,
así, en rápido vuelo lanzándose en picado por el vacío,
las espaldas de la fiera oprime, y de ella, bramante, en su diestro ijar
⁷²⁰el Ináquida su hierro hasta su curvo arpón hundió.

Por su herida grave dañada, ora sublime a las auras
se levanta, ora se somete a las aguas, ora al modo de un feroz jabalí
se revuelve, al que el tropel de los perros alrededor sonando aterra.
Él los ávidos mordiscos con sus veloces alas rehúye
⁷²⁵y por donde acceso le da, ahora sus espaldas, de cóncavas conchas por encima
sembradas,
ahora de sus lomos las costillas, ahora por donde su tenuísima cola
acaba en pez, con su espada en forma de hoz, hierde.
El monstruo, con bermellón sangre mezclados, oleajes
de su boca vomita; se mojaron, pesadas por la aspersión, sus plumas,
⁷³⁰y no en sus embebidos talaes más allá Perseo osando
confiar, divisó un risco que con lo alto de su vértice
de las quietas aguas emerge: se cubre con el mar movido.
Apoyado en él y de la peña sosteniendo las crestas primeras con su izquierda,
tres veces, cuatro veces pasó por sus ijares, una y otra vez buscados, su hierro.
⁷³⁵Los litorales el aplauso y el clamor llenaron, y las superiores
moradas de los dioses: gozan y a su yerno saludan
y auxilio de su casa y su salvador le confiesan
Casíope y Cefeo, el padre; liberada de sus cadenas
avanza la virgen, precio y causa de su trabajo.
⁷⁴⁰Él sus manos vencedoras agua cogiendo lustra,
y con la dura arena para no dañar la serpentífera cabeza,
mulle la tierra con hojas y, nacidas bajo la superficie, unas ramas
tiende, y les impone de la Forcínide Medusa la cabeza.
La rama reciente, todavía viva, con su bebedora médula
⁷⁴⁵fuerza arrebató del portento y al tacto se endureció de él
y percibió un nuevo rigor en sus ramas y fronda.
Mas del piélago las ninfas ese hecho admirable ensayan
en muchas ramas, y de que lo mismo acontezca gozan,
y las simientes de aquéllas iteran lanzadas por las ondas:
⁷⁵⁰ahora también en los corales la misma naturaleza permaneció,
que dureza obtengan del aire que tocan, y lo que

mimbre en la superficie era, se haga, sobre la superficie, roca.

Para dioses tres él otros tantos fuegos de césped pone;
el izquierdo para Mercurio, el diestro para ti, belicosa virgen,
⁷⁵⁵el ara de Júpiter la central es; se inmola una vaca a Minerva,
al de pies alados un novillo, un toro a ti, supremo de los dioses.
En seguida a Andrómeda, sin dote, y las recompensas de tan gran
proeza arrebatada: sus teas Himeneo y Amor
delante agitan, de largos aromas se sacian los fuegos
⁷⁶⁰y guirnaldas penden de los techos, y por todos lados liras
y tibia y cantos, del ánimo alegre felices
argumentos, suenan; desatracadas sus puertas los áureos
atrios todos quedan abiertos, y con bello aparato instruidos
los cefenios próceres entran en los convites del rey.

⁷⁶⁵Después de que, acabados los banquetes, con el regalo de un generoso baco
expandieron sus ánimos, por el cultivo y el hábito de esos lugares
pregunta el Abantiada; al que preguntaba en seguida el único
[narra el Lincida las costumbres y los hábitos de sus hombres];
el cual, una vez lo hubo instruido: “Ahora, oh valerosísimo”, dijo,
⁷⁷⁰“di, te lo suplico, Perseo, con cuánta virtud y por qué
artes arrebataste la cabeza crinada de dragones.”

Perseo y Medusa

Narra el Agenórída que bajo el helado Atlas yacente
hay un lugar, seguro por la defensa de su sólida mole;
que de él en la avenida habitaron las gemelas hermanas
⁷⁷⁵Fórcides, que compartían de una sola luz el uso;
que de éste él, con habilidosa astucia, furtivamente, mientras se lo traspasan,
se apoderó, poniendo debajo su mano; y que a través de unas roquedas lejos
escondidas, y desviadas, y erizadas de espesuras fragosas
alcanzó de las Górgonas las casas, y que por todos lados, a través de los campos
⁷⁸⁰y a través de las rutas, vio espectros de hombres y de fieras
que, de su antiguo ser, en pedernal convertidos fueron al ver a la Medusa.

Que él, aun así, de la horrenda Medusa la figura había contemplado
en el bronce repercutido del escudo que su izquierda llevaba,
y mientras un grave sueño a sus culebras y a ella misma ocupaba
⁷⁸⁵le arrancó la cabeza de su cuello, y que, por sus plumas fugaz,
Pégaso, y su hermano, de la sangre de su madre nacidos fueron.

Añadió también de su largo recorrido los no falsos peligros,
qué estrechos, que tierras bajo sí había visto desde el alto,
y qué estrellas había tocado agitando sus alas;
⁷⁹⁰antes de lo deseado calló, aun así; toma la palabra uno
del número de los próceres preguntando por qué ella sola de sus hermanas
llevaba entremezcladas alternas sierpes con sus cabellos.

El huésped dice: “Puesto que saber deseas cosas dignas de relato,
recibe de lo preguntado la causa. Clarísima por su hermosura
⁷⁹⁵y de muchos pretendientes fue la esperanza envidiada
ella, y en todo su ser más atractiva ninguna parte que sus cabellos
era: he encontrado quien haberlos visto refiera.

A ella del piélago el regidor, que en el templo la pervirtió de Minerva,
se dice: tornóse ella, y su casto rostro con la égida,
⁸⁰⁰la nacida de Júpiter, se tapó, y para que no esto impune quedara,
su pelo de Górgona mutó en indecentes hidras.

Ahora también, cuando atónitos de espanto aterra a sus enemigos,
en su pecho adverso, las que hizo, sostiene a esas serpientes.

Libro quinto

Perseo y Fineo

Y mientras estas cosas, de los cefenos en medio del grupo, de Dánae
el héroe conmemora, de una bronca multitud los reales
atrios se llenan, y el que unas conyugales
fiestas cante no es su clamor, sino el que anuncie fieras armas,
⁵y en repentinos tumultos los convites tornados,

asemejarlos a un estrecho podrías, al que, quieto, la salvaje
rabia de los vientos removiendo sus ondas exaspera.

Primero entre ellos, Fineo, de esa guerra el temerario autor,
agitando un astil de fresno con cúspide de bronce:

¹⁰“Heme aquí”, dice, “heme aquí de mi esposa antes de tiempo arrebatada vengador;
y ni de mí a ti tus plumas, ni en falso oro tornado

Júpiter te arrebatará.” A él, que intentaba disparar, Cefeo:

“¿Qué haces?”, exclama, “¿Qué cabeza a ti, germano,

enloquecido, te mueve a este delito? ¿No es por unos tan grandes méritos que esta
gracia

¹⁵se devuelve? ¿Con esta dote la vida de la rescatada pagas?

La cual a ti, no Perseo, la verdad si buscas, te quita,
sino de las Nereidas el grave numen, sino el cornado Amón,
sino el monstruo del ponto que de las entrañas venía
a saciarse mías; en ese tiempo a ti arrebatada te fue,

²⁰en el que a morir iba, a no ser que, cruel, esto precisamente
exijas, que muera, y que tú con el luto te consueles nuestro.

Claro que no bastante es que, tú mirando, haya sido desatada,
y que ninguna ayuda tú, su tío o su prometido, le prestaste:

¿encima, de que por un otro haya sido salvada te dolerás,

²⁵y sus premios le arrebatará? Ellos si a ti grandes te parecen,
de aquellos escollos donde fijos estaban los hubieses buscado.

Ahora deja que quien la buscó, por quien no es huérfana esta vejez,
se lleve lo que por sus méritos y con la voz se ha pactado, y que él
no a ti, sino a una cierta muerte antepuesto fue, entiende”

³⁰Él nada repuso, sino que tanto a él como a Perseo con rostro
alternativo mirando, si acuda a éste ignora o a aquél,
y demorándose brevemente, blandida con las fuerzas su asta
cuantas la ira le daba, inútilmente, a Perseo le manda.

Cuando quedó de pie ella en el diván, de los cobertores entonces por fin Perseo

³⁵saltó y, esa arma devolviéndole, feroz, su enemigo
pecho le hubiera roto si no tras los altares Fineo

se hubiese ido, y, cosa indigna, a un maldito le fue de provecho un ara.

En la frente, aun así, de Reto, no defraudada su cúspide se clavó,

el cual, después que cayó y el hierro de su hueso fue arrancado,

⁴⁰convulsiona, y asperja de sangre las puestas mesas.

Entonces en verdad arde la masa en indómitas iras

y sus dardos allí concentran, y hay quienes que Cefeo dicen,

con su yerno, debe morir; pero del umbral de su morada

había salido Cefeo, poniendo por testigos el derecho, la lealtad,

⁴⁵y del hospedaje a los dioses, de que aquello con su prohibición se promovía.

La bélica Palas asiste y protege con su égida a su hermano

y le da ánimos. Había un indo, Atis, a quien de la corriente del Ganges

una nacida, Limnee, bajo sus vítreas ondas había parido

según se cree, egregio por su hermosura, que con su rico atavío

⁵⁰él acrecía, todavía íntegro en sus dos veces octavos años,

vistiendo clámide tiria, que una orla recorría

áurea; ornaban gargantillas de oro su cuello

y, rezumantes de mirra, un curvado pasador sus cabellos;

él ciertamente, lanzándoles la jabalina, cosas, aun distantes,

⁵⁵en atravesar docto era, pero en tender más docto los arcos.

Entonces también a él, que con flexible mano doblaba los cuernos, Perseo

con un palo que en medio puesto del ara humeaba

lo derribó, y entre sus quebrados huesos confundió su cara.

A él, cuando su alabado rostro agitando en la sangre

⁶⁰el asirio lo vio Licabante, unidísimo a él

y su compañero y de su verdadero amor no disimulador,

después que al que exhalaba la vida bajo su amarga herida

lloró, a Atis, esos arcos que él había tensado

arrebató y: “Conmigo sean tus combates”, dijo,

⁶⁵“y no largo te alegrarás del hado de un muchacho, por el que más

deshonra que gloria tienes.” Esto todo todavía no

había dicho: rieló de su nervio un penetrante dardo,

y, evitado, aun así, de su ondulado vestido quedó colgando.

Torna contra él su arpón, contemplado en la muerte de Medusa,
⁷⁰el Acrisioniada, y lo entra en su pecho; mas él,
ya muriendo, con ojos que nadaban bajo una noche negra
alrededor buscó a Atis, y se inclinó hacia él,
y se llevó a los manes los consuelos de su unida muerte.

He aquí que el sienita Forbas, nacido de Metión,
⁷⁵y el libio Anfimedonte, ávidos de acometer la lucha,
con la sangre con la que ampliamente la tierra humedecida se templaba
habían caído resbalando; al levantarse se lo impide una espada,
del uno en su costado, de Forbas en la garganta traspasada.

Mas no al Actórida Érito, cuya arma una ancha
⁸⁰segur bifronte era, Perseo busca acercándole su espada, sino que, con altos
relieves protuberante y por el peso de su mucha masa
ingente, con las dos manos levanta una cratera,
y se la estrella al hombre; vomita él rútilo crúor,
y hacia atrás cayendo la tierra con su moribunda cabeza golpea.

⁸⁵Después a Polidegmon, de la sangre de Semíramis nacido,
y al caucasio Ábaris y al Esperquionida Liceto
e intonso de pelo a Hélice, y a Flegias y a Clito
abate y los erigidos montones de murientes pisa.

Y Fineo, no osando correr cuerpo a cuerpo hacia su enemigo,
⁹⁰blande una jabalina: a ella su vagar hizo caer en Ida,
que no participaba, en vano, en esa guerra, y ninguna de las dos armas seguía.

Él, vigilando con ojos torvos al inclemente Fineo:

“Visto que sin duda a los partidos”, dice, “se me arrastra, recibe Fineo
el enemigo que tú has hecho y paga con esta herida la herida.”

⁹⁵Y ya cuando iba a devolver, sacado de su herida, el dardo,
sobre sus miembros cayó desplomado, de sangre faltos.

También entonces, después del rey cefeno el primero Hodita
por la espada yace de Clímeno; a Protoénor lo abate Hipseo,
a Hipseo el Lincida. Estuvo también el muy anciano entre ellos

¹⁰⁰Ematión, de lo justo amante y temeroso de los dioses,

el cual, puesto que le prohíben sus años combatir, hablando
lucha, y avanza, y las criminales armas maldice;
a él Cromis, abrazado con temblorosas palmas a los altares,
le tajó con la espada la cabeza, la cual hacia delante cayó al ara,
¹⁰⁵y allí con su casi exánime lengua palabras execratorias
dejó salir y en medio de los fuegos expiró su aliento.

Después de eso los gemelos hermanos Broteas y Amón, con los cestos
invictos –si vencerse pudieran con los cestos las espadas–,
de Fineo por mano cayeron, y de Ceres el sacerdote
¹¹⁰Ámpico, velado en sus sienes por la blanquecinta cinta.

Tú también Lampétida, que no debiste ser tomado para estos servicios,
sino quien, de la paz obra, la cítara al par de la voz movías,
encargado habías sido de celebrar los manjares y la fiesta cantando;
al cual, lejos retirado y el plectro no belicoso sosteniendo,
¹¹⁵Pétalo, burlándose: “A los estigios manes cántales”, dijo,
“el resto”, y en la izquierda sien su punta le clavó;
cayó, y con dedos moribundos él vuelve a tocar
los hilos de la lira y por acaso fue triste canción, la suya.

Y no deja que éste impunemente haya caído, feroz, Licormas,
¹²⁰y arrebatando del diestro poste el robusto cerrojo
contra los huesos de la mitad de su cerviz lo estrelló, mas él
se postró en tierra, de un novillo inmolado a la manera.

Arrancar intentaba también del poste izquierdo el roble
el cinifio Pélates: intentándolo, su derecha atravesada fue
¹²⁵por la cúspide del marmárida Córigo y con el leño se quedó prendido;
allí sujeto su costado vació Abante, y no se derrumbó él,
sino que del poste que le retenía, muriendo, su mano colgaba.

Tendido está también Melaneo, de los cuarteles de Perseo seguidor,
y riquísimo en campo nasamoníaco Dórilas,

¹³⁰el rico en campo Dórilas, que él no había poseído otro
más extensión, o los mismos elevaba montones de incienso.

En su ingle, oblicuamente, un disparado hierro se le quedó apostado:

mortífero ese lugar; al cual, después que de su herida el autor,
estertorando su aliento y volviendo sus luces, le vio,
¹³⁵el bactrio Halcioneo: “Eso que oprimes”, dice, “ten,
de tantos campos, de tierra” y su cuerpo exangüe abandonó.
Blande contra éste su astil, de la caliente herida arrebatada,
vengador, el Abantíada; la cual, en mitad de la nariz recibida
por su nuca atravesó y por ambas partes sobresale;
¹⁴⁰y mientras a su mano la fortuna favorece, a Clitio y Clanis,
en una madre engendrados sola, con una opuesta herida derribó,
pues a través de los dos muslos de Clitio, blandido con su grave
brazo, un fresno hizo pasar; una jabalina Clanis con la boca mordió.
Cayó también Celadón el mendesio, cayó Astreo,
¹⁴⁵de madre palestina, de dudoso padre creado,
y Etión, sagaz en otro tiempo para el porvenir ver,
entonces engañado por un ave falsa, y Toactes, del rey
el armero, e infame por haber asesinado a su genitor Agirtes.
Más, aun así, que lo concluido queda; y puesto que de todos el deseo
¹⁵⁰el de a uno solo aplastar es, conjuradas de todas partes pugnan
tropas por la causa que el mérito y la palabra dada impugna;
por esta parte el suegro, en vano piadoso, y la nueva esposa
con su genetriz apoyan, y con sus alaridos los atrios llenan,
pero el sonido de las armas los supera, y los gemidos de los que están cayendo,
¹⁵⁵y una vez manchados de ella, con mucha sangre Belona
sus penates anega, y renovados combates mezcla.

Rodean a uno solo Fineo y los mil que siguen
a Fineo: los dardos vuelan, que el invernal granizo más numerosos,
cerca de ambos costados y cerca de su luz y sus orejas.

¹⁶⁰Acopla él sus hombros a las rocas de una gran columna,
y seguras las espaldas teniendo y a las adversas tropas vuelto,
resiste a los que le acosan: le acosaba por la parte siniestra
el caonio Molpeo, por la diestra el nabateo Equemon.

Como una tigresa al oír en los extremos de un valle los mugidos

¹⁶⁵de dos manadas, aguijoneada por el hambre,
no sabe a cuál de ambos mejor lanzarse y por lanzarse arde a ambos,
así dudoso Perseo de si a diestra o a izquierda irse,
a Molpeo con una herida atravesando la pierna aparta,
y contento con su huida quedó, puesto que no le da tiempo Etemon,
¹⁷⁰sino que enloquecido está; y, ansiando hacerle heridas en lo alto de su cuello,
con no circunspectas fuerzas lanzando la espada
la rompió, y en la externa parte de la columna golpeada
la lámina saltó despedida y de su dueño en la garganta se clavó.
No, aun así, para la muerte causas bastante vigorosas aquella
¹⁷⁵llaga le dio; tembloroso, y sus inertes brazos en vano
tendiendo, Perseo lo perforó con su cilénida alfanje.

Pero cuando su virtud a la multitud sucumbir vio:
“Auxilio”, Perseo dijo, “puesto que así lo forzáis
vosotros mismos, del enemigo buscaré: los rostros volved vuestros,
¹⁸⁰si algún amigo hay presente” y de la Górgona sacó la cara.
“Busca a otro a quien impresionen tus oráculos”, dijo
Téscelo, y cuando con su mano una jabalina fatal se preparaba
a mandar, en ese gesto quedó, estatua de mármol.
Próximo a él Ámplice, plenísimo de su magno ánimo,
¹⁸⁵el pecho del Lincida busca: y en el buscarle
su derecha se arreció y no más acá se movió ni más allá.
Mas Nileo, el que engendrado del séptuple Nilo
se había mentido y en su escudo incluso sus corrientes siete,
en plata en parte, en parte había cincelado en oro:
¹⁹⁰“Contempla”, dice, “Perseo, los primordios de nuestra familia:
grandes consuelos te llevarás a las tácitas sombras de la muerte
por tan gran hombre al haber caído”; la parte última de su voz
en mitad de su sonido quedó suprimida y, entreabierta, querer
su boca hablar creerías, y no es ella transitable a las palabras.
¹⁹⁵Les increpa a ellos Érice y: “Por falta de ánimo, no por sus fuerzas
de Górgona”, dice, “estáis paralizados; atacadle conmigo

y postrad en tierra a ese joven que mágicas armas mueve.”

A atacarle iba: retuvo sus plantas la tierra
e inmovilizado sílice permaneció su armada imagen.

²⁰⁰Ellos, aun así, por cuanto habían merecido los castigos tuvieron, pero uno solo
el soldado era de Perseo: por él mientras lucha, Aconteo,
la Górgona contemplando, en una surgida roca se consolidó;
a él, creyendo Astíages que todavía vivía, con su larga
espada lo hiere: resonó con tintineos agudos la espada.

²⁰⁵Mientras queda suspendido Astíages la naturaleza contrajo misma
y en su marmórea cara permanece su rostro de asombro.

Larga demora es los nombres de la mitad de esa muchedumbre de varones
decir: dos veces cien cuerpos restaban al combate,
la Górgona al ver, dos veces cien cuerpos se arreciaron.

²¹⁰Se arrepiente entonces al cabo Fineo de su injusta guerra,
pero ¿qué puede hacer? Los simulacros ve en diversas posturas,
y reconoce a los suyos, y por su nombre cada uno llamado,
le reclama ayuda y, creyéndolo poco, los cuerpos a sí próximos
toca: mármol eran; se aparta y así suplicante

²¹⁵sus confesas manos y oblicuos sus brazos tendiéndole:

“Vences”, dice, “Perseo. Aparta tus prodigios, y el petrificador
rostro quita de quien quiera que ella sea, tu Medusa:

quítalo. No a nos el odio y del poder el deseo
nos ha impulsado a esta guerra; por una esposa movimos las armas.

²²⁰La causa fue tuya por sus méritos mejor, por su tiempo la nuestra:
no haber cedido me pesa: nada, oh valerosísimo, excepto
este aliento concédeme; tuyo lo demás sea.”

Al que tal decía y no a él, a quien con su voz rogaba,

a mirar se atrevía: “Lo que yo”, dice, “temerosísimo Fineo,

²²⁵sí puedo otorgarte y un gran regalo es para un hombre inerte,

deja tu miedo, te otorgaré: ningún hierro te hará violencia;

pero además te daré un recordatorio que permanecerá por los siglos,

y en la casa del suegro siempre se te contemplará, del nuestro,

para que se solace mi esposa de su prometido con la imagen.”

²³⁰Dijo y a la parte trasladó a la Forcínide a aquella
a la que Fineo con su temblorosa cara se había vuelto.
Entonces también, al que intentaba sus luces tornar, el cuello
se arreció, y, en roca, de sus ojos el humor se endureció,
pero aun así su cara temerosa y su rostro, en mármol suplicante,
²³⁵y sus sumisas manos y su faz culpable permaneció.

Otras hazañas de Perseo

Vencedor el Abantiada en las murallas patrias con su esposa
entra y de un padre defensor y vengador, que no lo merecía,
ataca a Preto: pues puesto en fuga su hermano mediante las armas,
Preto se había apoderado de los acrisiónes recintos.

²⁴⁰Pero ni con la ayuda de las armas ni con el que mal había capturado, el recinto,
las torvas luces superó del prodigio portador de culebras.

A ti, aun así, oh de la pequeña Serifos regidor, Polidectes,
ni de este joven la virtud, a través de tantas pruebas contemplada,
ni sus desgracias te habían ablandado, sino que un inexorable odio,
²⁴⁵duro de ti, ejerces y un final en tu injusta ira no hay.

Detractas incluso su gloria y fingida de Medusa
arguyes que es la muerte. “Te daremos a ti prendas de la verdad.
Salvad vuestras luces”, Perseo dice, y la cara del rey
con la cara de Medusa pedernal sin sangre hizo.

Pégaso

²⁵⁰Hasta aquí a su hermano, nacido del oro, como acompañante
la Tritonia se ofreció; después, circundada de una cóncava nube, Serifon
abandonó, a diestra Citnos y Gíaros dejados,
y por donde sobre el ponto el camino parecía el más breve, a Tebas
y el virgíneo Helicón acude; monte que, cuando alcanzó,
²⁵⁵en él se apostó y así se dirigió a sus doctas hermanas:

“La fama de un nuevo manantial ha arribado hasta nuestros oídos,

el que la dura pezuña del alado hijo de Medusa ha quebrado.

Él la causa de mi camino: he querido el admirable hecho contemplar; lo vi a él de la materna sangre nacer.”

²⁶⁰Toma la palabra Urania: “Cualquiera que es la causa para ti de ver estas casas, divina, al ánimo gratísima nuestro eres.

Verdadera, aun así, la noticia es: es Pégaso el origen de este manantial”, y a los licores sagrados condujo a Palas.

Quien admirando mucho tiempo, hechas a golpes de pie, las ondas,

²⁶⁵de espesuras antiguas las florestas alrededor contempló,

y las cavernas y las hierbas adornadas por innumerables flores,

y felices llama al par por su estudio y su lugar

a las Memnónides; a ella así se dirigió una de las hermanas:

Pireneo

“Oh tú, que si tu valentía a obras mayores no te llevara

²⁷⁰al partido vendrías, Tritonia, de nuestro coro,

verdades dices y con mérito apruebas nuestras artes y lugar,

y una grata suerte, con que seguras sólo estemos, tenemos.

Pero –hasta tal punto vedado está al crimen nada– todo aterra estas virgíneas mentes, y siniestro ante mi cara Piréneo

²⁷⁵ronda y todavía en toda mi mente no me he recobrado.

La Dáulide y los campos foceos con su tracio soldado

había hecho cautivos ese feroz, y unos injustos reinos retenía.

A nuestros templos nos dirigíamos parnasios: nos vio cuando marchábamos,

y nuestros númenes venerando con falaz rostro:

²⁸⁰“Memnónides”, pues nos había reconocido, “deteneos”, dijo,

“y no dudéis, os suplico, bajo el techo mío esta grave estrella y esta lluvia”

–lluvia había– “en evitar: entraron en menores cabañas

a menudo los altísimos.” Por sus palabras y por el tiempo movidas,

asentimos a aquel hombre y hasta lo primero entramos de su morada.

²⁸⁵Habían cesado las lluvias, y vencido por los aquilones el austro,

las hoscas nubes huían del nuevamente purgado cielo.

Nuestra intención marchar fue: cerró sus techos Piréneo
y una fuerza prepara que nosotras rehuimos tomando nuestras alas.
Él, al perseguidor semejante, se apostó arduo en su fortaleza
²⁹⁰y: “Por donde el camino es vuestro, será también el mío”, dijo, “el mismo”,
y se lanza fuera de sí desde el culmen de la más alta torre
y cae de rostro y estallados los huesos de su cara
bate una tierra, muriendo, de su maldita sangre teñida.”

Las Piérides (I)

La Musa decía: unas plumas sonaron por las auras
²⁹⁵y la voz de los que saludan llegaba de las ramas altas.
Levanta la mirada y busca de dónde unas lenguas que tan claro
hablan suenen, y un humano cree la hija de Júpiter que ha hablado.
Un ave era, y en número de nueve, de sus hados quejándose,
se habían establecido sobre las ramas, imitándolo todo, unas picazas.
³⁰⁰A la admirada diosa, así le comenzó la diosa: “Hace poco también éstas
acrecieron de los voladores la multitud, vencidas en un certamen.
Píeros las engendró, rico en peleos campos,
y la peonia Evipe su madre fue: ella a la poderosa
Lucina nueve veces, nueve veces al ir a parir, invocó.
³⁰⁵Henchidas estaban de su número esta multitud de estúpidas hermanas
y a través de tantas hemonias, a través de tantas acaidas ciudades,
aquí llegan, y con tal voz entablan los combates:
“Cesad al indocto pueblo con esa vana dulzura
de engañar. Con nosotras, si alguna es la confianza vuestra,
³¹⁰Tespíades, contended, diosas. Ni en voz ni en arte
seremos vencidas, y otras tantas somos. O retiraos vencidas
del manantial de Medusa y de la hiantea Aganipe,
o nosotras de los ematios llanos hasta donde los peonios
nivosos nos retiraremos. Diriman las contiendas las ninfas.”
³¹⁵Vergonzoso ciertamente contender era, pero ceder pareció
más vergonzoso. Las elegidas juran por sus corrientes, las ninfas,

y, hechos de viva roca, ocuparon sus asientos.

Metamorfosis de dioses

Entonces, sin sorteo, la que primera declaró que ellas competirían,
las guerras canta de los altísimos, y en un falso honor a los Gigantes

³²⁰pone y atenúa los hechos de los grandes dioses;

que salido de la más honda sede de la tierra Tifeo

a los celestes causó miedo, y que todos dieron

la espalda para la huida, hasta que, cansados, la egipcia tierra

los acogió, y en siete puertos dividido el Nilo.

³²⁵Que allí también el nacido de la Tierra, Tifeo, llegó, narra,

y que los altísimos se escondieron en mentidas figuras.

“Y conductor de rebaño”, dijo, “se vuelve Júpiter, de donde con recurvos
cuernos ahora todavía se representa al libio Amón;

el Delio en un cuervo está, la prole de Sémele en un macho cabrío,

³³⁰en una gata la hermana de Febo, la Saturnia en una nivea vaca,

en un pez se esconde Venus, el Cilenio de un ibis en las alas.”

El rapto de Prosérpina

Hasta aquí al son de la cítara había movido su habladora boca:
se nos demanda a las Aónides... Pero quizás ocios no tengas,

ni para prestar a nuestros cantos oídos estés desocupada.”

³³⁵“No lo duda, y vuestra canción a mí refiere por su orden”,

Palas dice, y del bosque se sienta en la leve sombra.

La Musa relata: “Dimos la suma del certamen a una sola;

se levanta y, con hiedra recogidos sus sueltos cabellos,

Calíope antes templa, quejumbrosas, con el pulgar las cuerdas

³⁴⁰y estas canciones somete a los percutidos nervios:

“La primera Ceres el terrón dividió con el corvo arado,

la primera dio granos y alimentos suaves a las tierras,

la primera dio sus leyes; de Ceres son todas las cosas regalo,

a ella de cantar yo he; ojalá tan sólo decir pudiera

³⁴⁵canciones dignas de la diosa. Ciertamente la diosa de canción digna es.

Vasta, sobre unos miembros de Gigantes echada fue una isla,
la Trinácride, y, sometido a sus grandes moles, empuja
a quien osó las etéreas sedes esperar, a Tifeo.

Se afana él ciertamente, y pugna por volver a levantarse muchas veces,

³⁵⁰pero su diestra mano está sujeta al ausonio Peloro,
la izquierda, Paquino, a ti, y del Lilibeo sus piernas son presa,
su cabeza hunde el Etna, bajo el cual, de espaldas, arenas
escupe, y llama, feroz, vomita de su boca Tifeo.

Muchas veces por rechazar lucha los pesos de la tierra

³⁵⁵y las ciudades y los grandes montes rodar de su cuerpo:
entonces tiembla la tierra y el rey teme mismo de los silentes
que se abra el suelo y que por una ancha hendidura se destape,
y que entrometido el día, a las temblorosas sombras aterre.

Este desastre temiendo, de su tenebrosa sede el tirano

³⁶⁰había salido, y en su carro de negros caballos llevado
rodeaba cauto de la sícula tierra los cimientos.

Después que explorado bastante hubo que lugar ninguno vacilaba,

y dejado su miedo, lo ve a él la Ericina en su vagar,
en el monte suyo sentada, y a su nacido abrazando volador:

³⁶⁵“Armas y manos mías, mi nacido, mi poder”, dijo,
“ésos con los que superas a todos, coge tus dardos, Cupido,
y al pecho del dios rápidas tensa tus saetas
al que cedió la fortuna lo postrero del triple reino.

Tú a los altísimos y al mismo Júpiter domas, tú a los númenes del ponto,

³⁷⁰por ti vencidos, y al mismo que rige los númenes del ponto.

¿Los Tártaros a qué esperan? ¿Por qué no el de tu madre y tu imperio
extiendes? Se trata de la parte tercera del mundo,

y, aun así, en el cielo —cuál ya el sufrimiento nuestro es—

se nos desprecia y conmigo las fuerzas se disminuyen del Amor.

³⁷⁵¿A Palas no ves y a la lanceadora Diana

apartarse de mí? De Ceres también la hija, virgen,

si lo toleramos, será, pues las esperanzas persigue mismas.

Mas tú, por nuestro socio reino, si alguna estima es ésta,

une a esa diosa con su tío”, dijo Venus; él su aljaba

³⁸⁰desata y según el arbitrio su madre de mil saetas

una separó, pero que la cual, ni más aguda ninguna,

ni menos fallida es, ni que más oiga al arco,

y oponiéndole la rodilla curvó el flexible cuerno

y hasta el corazón con su arponada caña atravesó a Dis.

³⁸⁵“No lejos de las heneas murallas un lago hay, de alta

—por nombre Pergo— agua: no que él más numerosas el Caístro

las canciones de los cisnes en el deslizarse escucha de sus olas.

Una espesura corona sus aguas ciñéndole todo costado y con sus

frondas, como por un velo, de Febo rechaza las heridas;

³⁹⁰fríos dan sus ramas, flores de Tiro su humus húmedo:

perpetua primavera es. En la cual floresta, mientras Prosérpina

juega y violas o cándidos lirios corta,

y mientras con afán de niña canastos y su seno

llena y a sus iguales lucha por superar recogiendo,

³⁹⁵casi a la vez que vista fue, amada y raptada por Dis,

hasta tal punto fue presuroso el amor. La diosa, aterrada, con afligida

boca a su madre y a sus acompañantes, pero a su madre más veces,

clama, y como desde su superior orilla el vestido había desgarrado,

las colectadas flores de su túnica aflojada cayeron,

⁴⁰⁰y —tanta simplicidad a sus pueriles años acompañaba—

esta pérdida también movió su virginal dolor.

Su raptor lleva los carros y por su nombre a cada uno llamando

exhorta a sus caballos, de los cuales, por su cuello y crines

sacude de oscura herrumbre teñidas las riendas,

⁴⁰⁵y por los lagos altos, y por los pantanos que huelen a azufre

vase de los Palicos, hirvientes en la rota tierra,

y por donde los baquíadas, la raza nacida en Corinto, la de dos mares,

entre desiguales puertos pusieron sus murallas.

Hay, intermedio de Cíane y de Aretusa de Pisa,
⁴¹⁰que une entre sus estrechos cuernos el incluido en él, un mar:
aquí estuvo, de cuyo nombre también el pantano se denomina,
entre las sicélicas ninfas celebradísima, Cíane;
la cual, de su abismo en medio hasta la mitad se alzó del vientre,
y reconoció a la diosa, y: “No iréis más lejos”, dice;
⁴¹⁵“no puedes de la involuntaria Ceres yerno ser: pedida,
no raptada debió ser, y si comparar con las grandes
las pequeñas cosas para mí lícito es, también a mí me eligió Anapis;
implorada, aun así, y no como ésta, aterrada, me puse yo el velo.”
Dijo, y hacia partes opuestas sus brazos tendiendo,
⁴²⁰se les opone. No más allá contuvo el Saturnio su ira,
y a sus terribles caballos incitando en lo profundo del abismo,
blandido con su vigoroso brazo el cetro real
ocultó; la herida tierra camino hacia los Tártaros hizo
y los inclinados carros en mitad de la cratera recibió.
⁴²⁵“Mas Cíane, por la raptada diosa y las despreciadas leyes
del manantial suyo afligida, una inconsolable herida
en su mente callada lleva y en lágrimas se consume toda
y de las que había sido su gran numen poco antes, en esas
aguas se extenua: ablandarse sus miembros hubieras visto,
⁴³⁰sus huesos poder doblarse, sus uñas deponer su rigidez;
y lo primero de ella toda, cuanto era tenue, se licuece:
sus azules cabellos y sus dedos y sus piernas y pies,
pues breve el tránsito es hacia las heladas ondas
de los reducidos miembros; después de esto los hombros y piel y costado
⁴³⁵y los pechos se vuelven, desvanecidos, en tenues riachos;
finalmente en vez de viva sangre por sus viciadas venas
linfa pasa, y resta nada que aprehender puedas.

Mientras tanto asustada en vano su madre a su hija
por todas las tierras, todo busca el profundo:
⁴⁴⁰a ella la Aurora al llegar, con sus húmedos cabellos,

descansando no la vio, no el Héspero; ella para sus dos
manos unos llameantes pinos ha encendido del Etna,
y por las escarchadas tinieblas los lleva incesante;
de nuevo, cuando el nutricio día había embotado las estrellas, a su nacida
⁴⁴⁵desde el ocaso del sol buscaba hasta sus nacimientos.

Agotada de su labor sed había concebido, y su boca ningunos
manantiales habían lavado, cuando cubierta de paja vio
por azar una cabaña y sus pequeñas puertas pulsó; mas entonces
sale una anciana y a la divina ve, y a quien linfa pedía,
⁴⁵⁰algo dulce le dio que había cubierto antes con tostada polenta.

Mientras bebe ella lo dado, un chico de boca dura y atrevido
se detuvo ante la diosa y se rió y ávida la llamó.

Se ofendió ella, y con la todavía no bebida parte, al que hablaba,
con la polenta mezclada con su líquido regó la divina.

⁴⁵⁵Absorbió su cara las manchas y los brazos que ahora poco llevara
los lleva de piernas, una cola se añadió a sus mutados miembros
y en una breve forma, para que no sea su capacidad grande de dañar,
se contrae, y que una pequeña lagartija menor su medida es.

De la asombrada y llorosa y a tocar aquellos prodigios dispuesta
⁴⁶⁰anciana huye, y del escondite gusta, y adecuado a su color
el nombre tiene, constelado su cuerpo de variegadas gotas.

A través de qué tierras la diosa, y qué ondas errara,
de decir larga la demora es: en su búsqueda le faltó orbe.

A Sicania vuelve, y mientras todo lustra en su caminar
⁴⁶⁵llegó también hasta Cíane. Ella, de no mutada haber sido,
todo se lo habría narrado, pero boca y lengua al querer
decir no ayudaban, ni con que hablara tenía.

Señales, aun así, manifiestas dio, y, conocido para su madre,
en ese lugar en que por azar se le había desprendido, en el abismo sagrado,
⁴⁷⁰de Perséfone el ceñidor encima mostró de las ondas.

El cual una vez reconoció, como si entonces al fin raptada
la hubiera sabido, sus no ornados cabellos se desgarró la divina,

y una y otra vez golpeó con sus palmas sus pechos.
No sabe todavía dónde está; a las tierras, aun así, increpa todas
⁴⁷⁵e ingratas las llama y no del regalo de sus frutos dignas,
a Trinacria ante las otras, en la que las huellas de su pérdida
ha hallado. Así pues allí con salvaje mano los arados que vuelven
los terrones quebró, y a una semejante muerte, llena de ira,
a los colonos y a los agrícolas bueyes entregó, y a los campos ordenó
⁴⁸⁰que defraudaran su depósito y fallidas las simientes hizo.
La fertilidad de esta tierra, divulgada por el ancho orbe,
falsa yace: mueren los sembrados en sus primeras hierbas
y ya el sol excesivo, excesiva ya la lluvia los arrebató,
y las estrellas y vientos las dañan y ávidas aves
⁴⁸⁵las simientes arrasadas recogen; la cizaña y los tréboles fatigan
las cosechas de trigo, y la inexpugnable grama.
Entonces su cabeza la Alfeia sacó de las olas ondas
y su rorante pelo de su frente apartó a sus orejas,
y dice: “Oh de la virgen buscada por todo el orbe
⁴⁹⁰y de los granos genetriz, tus inmensos trabajos detén,
y no tengas ira, violenta, contra una tierra a ti fiel.
La tierra nada ha merecido y se abrió involuntaria a esa rapiña.
Y no soy por mi patria suplicante: aquí como huésped he venido.
Pisa mi patria es y de la Élide traemos los orígenes,
⁴⁹⁵la Sicania como extranjera honro, pero más grata que cualquier
suelo esta para mí tierra es: estos penates ahora, Aretusa,
esta sede tengo; la cual tú, suavísima, salva.
Mudado de lugar por qué me he, y por las ondas de tanta superficie
sea transportada a Ortigia, llegará para esas narraciones mías
⁵⁰⁰una hora tempestiva, cuando tú de tu inquietud aliviado te hayas
y semblante mejor tengas. A mí la transitable tierra
me ofrece camino, y por debajo de profundas cavernas arrastrada,
aquí la cabeza saco y unas desacostumbradas estrellas diviso.
Así es que, mientras por el estigio abismo bajo las tierras me deslizo,

⁵⁰⁵vista fue con los ojos nuestros allí tu Prosérpina:
ella ciertamente triste, y no todavía sin terror su rostro,
pero reina, aun así, pero la más grande del opaco mundo,
pero aun así la poderosa matrona del tirano infernal.”

La madre a las oídas voces quedó suspendida y cual de piedra
⁵¹⁰y como atónita largo tiempo pareció, y, cuando por el dolor
grave su grave ausencia sacudida fue, con sus carros sale
hacia las auras etéreas. Allí, nublado todo su rostro,
ante Júpiter con los cabellos sueltos se detuvo enojada,
y: “Por mi sangre he venido suplicante a ti, Júpiter”, dice,
⁵¹⁵“y por la tuya: si ninguna es la estima de una madre,
su nacida a un padre mueva, y no sea tu inquietud, suplicamos,
más vil por ella porque de nuestro parto fue dada a luz.
He aquí que buscada largo tiempo al fin yo a mi nacida he encontrado,
si encontrar llamas a perder más ciertamente, o si
⁵²⁰a saber dónde está encontrar llamas. Que raptada fue, lo llevaremos,
en tanto la devuelva a ella, puesto que no de un saqueador marido
la hija digna tuya es, si ya mi hija no es.”

Júpiter tomó la palabra: “Común es prenda y carga
esta hija para mí contigo; pero si sólo sus nombres verdaderos
⁵²⁵a las cosas de dar gustamos, no este hecho una injuria,
pero es amor; y no será para nosotros el yerno ese una vergüenza,
si tú sólo, divina, quisieras. Aunque faltara lo demás, cuánto es
ser de Júpiter el hermano. Qué decir de que no lo demás falta
y no cede sino en su suerte a mí. Pero si tan grande tu deseo
⁵³⁰de su separación es, volverá a subir Prosérpina al cielo,
con una ley, aun así, cierta: si ningunos alimentos ha tocado allí
con su boca, pues así de las Parcas en el pacto precavido se ha.”

Había dicho, mas para Ceres lo cierto es sacar a su nacida.
No así los hados lo permiten, porque de sus ayunos la virgen
⁵³⁵se había liberado y mientras ingenua vaga entre los cultivados huertos,
carmesí una fruta arrancó de un árbol curvado de ellos,

y cogiendo siete granos de su pálida corteza
los apretó en su boca; y solo de todos aquello
Ascálafo vio, a quien un día se dice que Orfne,
⁵⁴⁰entre las Avernales ninfas no la más desconocida,
del Aqueronte suyo parió en sus espesuras negras;
lo vio y, con su delación, del regreso, cruel, la privó.
Gimió hondo la reina del Erebo, y al testigo una profana
ave hizo, y asperjada su cabeza con linfa del Flegetonte
⁵⁴⁵en pico y plumas y grandes ojos la convirtió.
Él, de sí privado, de fulvas alas se viste
y en cabeza crece y se encorva a largas uñas,
y apenas mueve esas plumas nacidas por sus inertes brazos
y un feo pájaro se vuelve, nuncio del venidero luto,
⁵⁵⁰el indolente búho, siniestro presagio para los mortales.
“Éste, aun así, por su delación un castigo, y por su lengua, parecer
que mereció puede: a vosotras, Aqueloides, ¿de dónde que
pluma y pies de aves, cuando de virgen cara lleváis?
¿Acaso porque cuando recogía Prosérpina primaverales flores,
⁵⁵⁵de sus acompañantes en el número, doctas Sirenas, estabais?
A la cual, después que en vano la buscasteis en todo el orbe,
a continuación, para que sintieran las superficies vuestra inquietud,
poder sobre los oleajes con los remos de vuestras alas sentaros
deseasteis, y propicios dioses tuvisteis, y las extremidades
⁵⁶⁰visteis vuestras dorarse con súbitas plumas.
Aun así, para que aquel cantar, para serenar oídos nacido,
y tan grande dote de vuestra boca no perdiera del todo su uso de la lengua,
los virgíneos rostros y la voz humana permaneció.

Mas, en medio del hermano suyo y de su afligida hermana,
⁵⁶⁵Júpiter por igual divide el rodar del año:
ahora la diosa, numen común de los dos reinos,
con su madre está los mismos, los mismos meses con su esposo;
se torna al instante la faz, tanto de su mente como de su cara,

pues la que hace poco podía a un Dis incluso afligida parecer,
⁵⁷⁰alegre de la diosa la frente es, como un sol que cubierto de acuosas
nubes antes estuvo, de esas vencidas nubes sale.

Aretusa

Demanda la nutricia Ceres, tranquila por su nacida recuperada,
cuál la causa de tu huida, por qué seas, Aretusa, un sagrado manantial.

Callaron las ondas, de cuyo alto manantial la diosa levantó

⁵⁷⁵su cabeza y sus verdes cabellos con la mano secando
del caudal Eleo narró los viejos amores.

“Parte yo de las ninfas que hay en la Acaide”, dijo,

“una fui: y no que yo con más celo otra los sotos
repasaba ni ponía con más celo otra las mallas.

⁵⁸⁰Pero aunque de mi hermosura nunca yo fama busqué,
aunque fuerte era, de hermosa nombre tenía,

y no mi faz a mí, demasiado alabada, me agradaba,
y de la que otras gozar suelen, yo, rústica, de la dote

de mi cuerpo me sonrojaba y un delito el gustar consideraba.

⁵⁸⁵Cansada regresaba, recuerdo, de la estinfálide espesura.

Hacía calor y la fatiga duplicaba el gran calor.

Encuentro sin un remolino unas aguas, sin un murmullo pasando,
perspicuas hasta su suelo, a través de las que computable, a lo hondo,
cada guijarro era: cuales tú apenas que pasaban creerías.

⁵⁹⁰Canos sauces daban, y nutrido el álamo por su onda,
espontáneamente nacidas sombras a sus riberas inclinadas.

Me acerqué y primero del pie las plantas mojé,

hasta la corva luego, y no con ello contenta, me descíño

y mis suaves vestiduras impongo a un sauce curvo

⁵⁹⁵y desnuda me sumerjo en las aguas. Las cuales, mientras las hiero y traigo,
de mil modos deslizándome y mis extendidos brazos lanzo,

no sé qué murmullo sentí en mitad del abismo

y aterrada me puse de pie en la más cercana margen del manantial.

“¿A dónde te apresuras, Aretusa?” el Alfeo desde sus ondas,
600“¿A dónde te apresuras?”, de nuevo con su ronca boca me había dicho.

Tal como estaba huyo sin mis vestidos: la otra ribera
los vestidos míos tenía. Tanto más me acosa y arde,
y porque desnuda estaba le parecí más dispuesta para él.

Así yo corría, así a mí el fiero aquel me apremiaba
605como huir al azor, su pluma temblorosa, las palomas,
como suele el azor urgir a las trémulas palomas.

Hasta cerca de Orcómeno y de Psófide y del Cilene
y los menalios senos y el helado Erimanto y la Élide
correr aguanté, y no que yo más veloz él.

610Pero tolerar más tiempo las carreras yo, en fuerzas desigual,
no podía; capaz de soportar era él un largo esfuerzo.

Aun así, también por llanos, por montes cubiertos de árbol,
por rocas incluso y peñas, y por donde camino alguno había, corrí.

El sol estaba a la espalda. Vi preceder, larga,

615ante mis pies su sombra si no es que mi temor aquello veía,
pero con seguridad el sonido de sus pies me aterraba y el ingente
anhélito de su boca soplaba mis cintas del pelo.

Fatigada por el esfuerzo de la huida: “Ayúdame: préndese”, digo,
“a la armera, Diana, tuya, a la que muchas veces diste

620a llevar tus arcos y medidas en tu aljaba las flechas.”

Conmovida la diosa fue, y de entre las espesas nubes cogiendo una,
de mí encima la echó: lustra a la que por tal calina estaba cubierta
el caudal y en su ignorancia alrededor de la hueca nube busca,
dos veces el lugar en donde la diosa me había tapado sin él saberlo rodea

625y dos veces: “*Io Aretusa, io Aretusa.*”, me llamó.

¿Cuánto ánimo entonces el mío, triste de mí, fue? ¿No el que una cordera puede tener
que a los lobos oye alrededor de los establos altos bramando,
o el de la liebre que en la zarza escondida las hostiles bocas
divisa de los perros y no se atreve a dar a su cuerpo ningún movimiento?

630No, aun así, se marchó, y puesto que huellas no divisa

más lejos ningunas de pie, vigila la nube y su lugar.
Se apodera de los asediados miembros míos un sudor frío
y azules caen gotas de todo mi cuerpo,
y por donde quiera que el pie movía mana un lago, y de mis cabellos
⁶³⁵rocío cae y más rápido que ahora los hechos a ti recuento
en licores me muto. Pero entonces reconoce sus amadas
aguas el caudal, y depuesto el rostro que había tomado de hombre
se torna en sus propias ondas para unirse a mí.
La Delia quebró la tierra, y en ciegas cavernas yo sumergida,
⁶⁴⁰soy transportada a Ortigia, la cual a mí, por el cognomen de la divina
mía grata, hacia las superiores auras la primera me sacó.”

Triptólemo

Hasta aquí Aretusa; dos gemelas sierpes la diosa fértil
a sus carros acercó y con los frenos sujetó sus bocas,
y por medio del cielo y de la tierra, por los aires se hizo llevar,
⁶⁴⁵y su ligero carro hacia la ciudad tritónida envió
y a Triptólemo en parte a la ruda tierra unas semillas por ella dadas
le ordenó esparcir, en parte en la tierra tras tiempos largos de nuevo cultivada.
Ya sobre Europa sublime el joven y de Asia
la tierra se había hecho llevar: a las escíticas costas regresa.
⁶⁵⁰El rey allí Linco era; del rey alcanza él los penates.
De dónde venía y la causa de su camino y su nombre preguntado,
y su patria: “Patria es para mí la clara”, dijo, “Atenas,
Triptólemo mi nombre; he venido, ni en una popa a través de las ondas,
ni a pie por las tierras: se abrió para mí, transitable, el éter.
⁶⁵⁵Dones llevo de Ceres que esparcidos por los anchos campos
fructíferos sembrados y alimentos suaves devuelvan.”
El bárbaro se enojó, y para que el autor de tan gran regalo
él mismo pudiera ser, en hospitalidad lo recibió y del sueño presa
lo atacó a hierro: cuando intentaba atravesarle el pecho
⁶⁶⁰un linco Ceres lo hizo, y de nuevo por los aires ordenó

al mopsopio joven que condujera su sagrada yunta.”

Las Piérides (II)

Había finalizado sus doctos cantos de nosotras la mayor;
mas las ninfas, que habían vencido las diosas que el Helicón honran
con concorde voz dijeron: como insultos las vencidas
⁶⁶⁵lanzaran: “Puesto que”, dijo, “por el certamen a vosotras
una humillación haber merecido poco es, y maldiciones a vuestra culpa
añadís, y no es la paciencia libre para nosotras,
pasaremos a los castigos y adonde la ira nos llama iremos.”
Ríen las Emátides y desprecian las amenazadoras palabras,
⁶⁷⁰y al intentar a nuestros ojos con gran clamor tender
sus contumaces manos, plumas salir por las uñas
contemplaron suyas, cubrirse sus brazos de plumón,
y la una con un rígido pico endurecerse la cara
de la otra ve, y unos pájaros nuevos acceder a las espesuras,
⁶⁷⁵y mientras quieren darse golpes de pecho, por sus movidos brazos suspendidas
en el aire quedaron, de los bosques insultos, la picazas.
Ahora también en estos alados su locuacidad primitiva ha permanecido
y su ronca garrulidad y el afán desmedido de hablar.

Libro sexto

Aracne

Había prestado a relatos tales la Tritonia oídos,
y las canciones de las Aónides y su justa ira había aprobado.
Entonces, entre sí: “Alabar poco es: seamos alabadas también nos misma
y los númenes nuestros que sean despreciados sin castigo no permitamos.”
⁵Y de la meonia Aracne a los hados su ánimo dirige,
la cual, que a ella no cedía en sus alabanzas en el arte de hacer la lana,
había oído. No ella por su lugar ni por el origen de su familia

ilustre, sino por su arte fue; el padre suyo, el colofonio Idmón,
con focaico múrice teñía las bebedoras lanas;

¹⁰había muerto su madre, pero también ella de la plebe, a su marido
igual, había sido; aun así ella por las lidias ciudades
se había buscado con su ejercicio un nombre memorable, aunque
surgida de una casa pequeña, y en la pequeña habitaba Hipepa.

De ella la obra admirable para contemplar, a menudo

¹⁵abandonaron las ninfas los viñedos de su Timolo,
abandonaron las ninfas Pactólides sus propias aguas.

Y no hechos sólo los vestidos contemplar agradaba;

entonces también, mientras se hacían: tanto decor acompañaba a su arte,
bien si la ruda lana aglomeraba en los primeros círculos

²⁰o ya si con los dedos hacía subir la obra y, buscados largo trecho,

unos vellones ablandaba que igualaban a las nubes,

o si con ligero pulgar giraba el pulido huso,

o si cosía a aguja; la sabrías por Palas instruida,

lo cual, aun así, ella niega, y de tan gran maestra ofendida:

²⁵“Compita”, dice, “conmigo: nada hay que yo vencida rehúse”

Palas una vieja simula, y falsas canas en las sienes

se añade y unos infirmes miembros con un bastón también sostiene.

Entonces así comenzó a hablar: “No todas las cosas la más avanzada edad
que debemos huir tiene; viene la experiencia de los tardíos años.

³⁰El consejo no desprecia mío. Tú la fama has de buscar

máxima de hacer entre los mortales lana;

cede ante la diosa y perdón por tus palabras, temeraria,

con suplicante voz ruega; su perdón dará ella a quien lo ruega.”

La contempla a ella, y con torvo semblante los emprendidos hilos deja

³⁵y apenas su mano conteniendo y confesando en tal semblante su ira

con tales palabras replicó a la oscura Palas:

“De tu razón privada y por tu larga vejez vienes acabada,

y demasiado largo tiempo haber vivido te hace mal. Las oiga,

si tú una nuera tienes, si tienes tú una hija, esas palabras.

⁴⁰Consejo bastante tengo en mí yo, y advirtiéndome
útil haberme sido no creas: la misma es la opinión nuestra.
¿Por qué no ella misma viene? ¿Por qué estos certámenes evita?”
Entonces la diosa: “Ha venido”, dice, y de su figura se despojó de vieja
y a Palas exhibió. Reverencian sus númenes las ninfas

⁴⁵y las migdónides nueras; sola quedó no aterrada esta virgen,
pero aun así se sonrojó y, súbito, su involuntaria cara
señaló un rubor, y de nuevo se desvaneció, como suele el aire
purpúreo hacerse en cuanto la Aurora se mueve,
y breve tiempo después encandecerse, del sol al nacimiento.

⁵⁰Persiste en su empresa y de una estúpida palma por el deseo
a sus propios hados se lanza, pues tampoco de Júpiter la nacida rehúsa
ni le advierte más allá ni ya los certámenes difiere.

Sin demora se colocan en opuestas partes ambas
y con grácil urdimbre tensan parejas telas:

⁵⁵la tela al yugo unido se ha, la caña divide la urdimbre,
se insertan en mitad de la trama los radios agudos,
la cual los dedos desenredan y, entre las urdimbres metida,
los entallados dientes la nivelan del peine al golpear.

Ambas se apresuran y, ceñidos al pecho sus vestidos,

⁶⁰sus brazos doctos mueven mientras el celo engaña a la fatiga.

Por allí, esa púrpura que sintió al caldero tirió
se teje, y también tenues sombras de pequeño matiz,
cual suele el Arco, los soles por la lluvia al ser atravesados,
manchar con su ingente curvatura el largo cielo,

⁶⁵en el cual, diversos aunque brillen mil colores,
su tránsito mismo, aun así, a los ojos que lo contemplan engaña:

hasta tal punto los que se tocan lo mismo son, sin embargo los últimos distan.

Por allí también dúctil en los hilos se entremete el oro,
y un viejo argumento a las telas se lleva.

⁷⁰Palas la peña de Marte en el cecropio recinto
pinta, y la antigua lid sobre el nombre de esa tierra.

Una docena de celestiales, con Júpiter en medio, en sus sedes altas
con augusta gravedad están sentados; su faz a cada uno
de los dioses lo inscribe: la de Júpiter es una regia imagen;
⁷⁵apostado hace que el dios del piélago esté, y que con su largo
tridente hiera unas ásperas rocas y que de la mitad de la herida de la roca
brote un estrecho, prenda con la que pueda reclamar la ciudad;
mas a sí misma se da el escudo, se da de aguda cúspide el astil,
se da la gálea para su cabeza, se defiende con la égida el pecho,
⁸⁰y, golpeada de su cúspide, simula que la tierra
produce, con sus bayas, la cría de la caneciente oliva,
y que lo admiran los dioses; de su obra la Victoria es el fin.
Aun así, para que con ejemplos entienda la émula de su gloria
qué premio ha de esperar por una osadía tan de una furia,
⁸⁵por sus cuatro partes certámenes cuatro añade,
claros por el color suyo, por sus breves figurillas distinguidas.
A la tracia Ródope contiene el ángulo uno, y a su Hemo,
ahora helados montes, mortales cuerpos un día,
que los nombres de los supremos dioses a sí mismos se atribuyeron.
⁹⁰La otra parte tiene el hado lamentable de la pigmea
madre; a ella Juno, vencida en certamen, le mandó
ser grulla y a los pueblos suyos declarar la guerra.
Pintó también a Antígona, la que osó contender un día
con la consorte del gran Júpiter, a la cual la regia Juno
⁹⁵en ave convirtió, y no le fue de provecho Ilión a ella,
o Laomedonte su padre, para que, cándida con sus adoptadas alas,
no a sí misma se aplauda ella, con su crepitante pico, la cigüeña.
El que queda único, a Cíniras tiene ese ángulo, huérfano,
y él, los peldaños del templo —de las nacidas suyas los miembros—
¹⁰⁰abrazando y en esta roca yacente, llorar parece.
Rodea las extremas orillas con olivos de la paz
—esta la medida justa es— y de la obra suya hace con su árbol el término.
La Meónide a la engañada representa por la imagen de un toro,

a Europa. Verdadero el toro, los estrechos verdaderos creerías.

¹⁰⁵Ella misma parecía las tierras abandonadas contemplar
y a sus acompañantes clamar y el contacto temer
del agua que hacia ella saltaba y sus temerosas plantas querer retornar.
Hizo también que Asterie por un águila luchadora fuera sostenida,
hizo que de un cisne Leda se acostara bajo las alas.

¹¹⁰Añadió cómo de un sátiro escondido en la imagen, a la bella
Nictéide Júpiter llenara de un gemelo parto,
Anfitrión fuera cuando a ti, Tirintia, te cautivó,
cómo áureo a Dánae, a la Esópide engañara siendo fuego,
a Mnemósine pastor, a la Deoide variegada serpiente.

¹¹⁵A ti también, mutado, Neptuno, en torvo novillo,
en la virgen eolia te puso; tú pareciendo Enipeo
engendras a los Aloidas, carnero a la Bisáltide engañas,
y la flava de cabellos, de los frutos la suavísima madre,
te sintió caballo, te sintió volador la de melena de culebras,
¹²⁰madre del caballo volador, te sintió delfín Melanto.

A todos estos la faz suya y la faz de sus lugares
devolvió. Está allí, agreste en su imagen Febo,
y cómo ora de azor alas, ora lomos de león
llevara, cómo de pastor a la Macareide Ise burlara,
¹²⁵cómo Líber a Erígone con falsa uva engañara,
cómo Saturno de caballo al geminado Quirón creó.
La última parte de la tela, circundada por un tenue limbo,
con néxiles hiedras contiene flores entretejidas.

No en ésta Palas, no en esta obra la Envidia
¹³⁰podría cebarse: se dolió de su éxito la flava guerrera
y rompió las pintadas –celestiales delitos– vestes,
y tal como el radio del citoriaco monte sostenía,
tres, cuatro veces la frente golpeó de la Idmonia Aracne.
No lo soportó la infeliz y con un lazo, ardida, se ligó
¹³⁵su garganta: a la que así colgaba, Palas compadecida la alivió

y así: “Vive pues, pero cuelga, aun así, malvada” dijo,
“y esta ley misma de tu castigo, para que no estés libre de inquietud en el futuro,
declarada para tu descendencia y tus tardíos nietos sea.”

Después de eso, cuando se marchaba, con jugos de la hierba de Hécate
¹⁴⁰la asperjó: y al instante, por la triste droga tocados,
se derramaron sus pelos, con los cuales también su nariz y sus orejas,
y se hace su cabeza mínima; en todo su cuerpo también pequeña es,
en su costado sus descarnados dedos, en vez de piernas se adhieren,
el resto el vientre lo ocupa, del cual, aun así, ella remite
¹⁴⁵una urdimbre y sus antiguas telas trabaja, la araña.

Níobe

La Lidia entera brama y de Frigia por las fortalezas la noticia
del hecho va, y el gran orbe con esos discursos ocupa.
Antes Níobe de sus tálamos la había conocido a ella,
por el tiempo en que, de virgen, Meonia y el Sípilo habitaba;
¹⁵⁰y no, aun así, advertida quedó con el castigo de su paisana Aracne
de ceder ante los celestiales y de palabras menores usar.
Muchas cosas le daban arrestos; pero ni de su esposo las artes
ni la familia de ambos y de su gran reino el poderío
así la placían –aunque ello todo le pluguiera–
¹⁵⁵como su progenie; y la más feliz de las madres
dicha hubiera sido Níobe, si no a sí misma se lo hubiera parecido.
Pues la simiente de Tiresias, del porvenir présaga, Manto,
por mitad de las calles, excitada por una divina fuerza,
había vaticinado: “Isménides, marchad incesantes
¹⁶⁰y dad a Latona y a los dos hijos de Latona
con su plegaria inciensos píos, y con laurel enlzaos el pelo.
Por la boca mía Latona lo ordena.” Se obedece, y todas
las tebaides con las ordenadas frondas sus sienas ornan
e inciensos dan a los santos –y palabras suplicantes– fuegos.
¹⁶⁵He aquí que viene rodeadísima Níobe de la multitud de sus acompañantes,

por sus vestidos frigios de oro entretejido vistosa
 y, cuanto su ira permite, hermosa; y, moviendo con su agraciada
 cabeza sueltos por ambos hombros sus cabellos,
 se detuvo, y cuando sus ojos soberbios alrededor hubo llevado, alta:
¹⁷⁰“¿Qué furor, unos oídos dioses”, dijo, “anteponer
 a los vistos, o por qué se honra a Latona por las aras,
 cuando el numen todavía mío sin incienso está? Tántalo el autor mío,
 único al que fue permitido de los altísimos tocar las mesas;
 de las Pléyades hermana es la genetriz mía; el máximo Atlas
¹⁷⁵es mi abuelo, el que lleva sobre su cuello el etéreo eje;
 Júpiter mi otro abuelo; como suegro también me glorío de él.
 A mí los pueblos me temen de Frigia; debajo de mí, su dueña,
 el real de Cadmo está, y reunidas por las liras de mi esposo,
 estas murallas con sus pueblos por mí y mi marido son regidas.
¹⁸⁰A cualquier parte de mi casa al volver mis ojos
 inmensas riquezas vense; adviene a esto mismo,
 digna de una diosa, mi faz; aquí mis nacidas pon, siete,
 y otros tantos jóvenes, y pronto yernos y nueras.
 Preguntad ahora qué causa tenga nuestra soberbia,
¹⁸⁵a la simiente de no sé qué Ceo atreveos, a la Titánide
 Latona, a preferir a mí, a la cual la máxima tierra un día
 una exigua sede cuando iba a parir le negó.
 Ni en el cielo ni en el suelo ni en las aguas la diosa vuestra recibida fue:
 una desterrada era del cosmos hasta que compadecida de su vagar:
¹⁹⁰“Huésped tú por las tierras vas errante: yo”, dijo Delos,
 “en las ondas” y un inestable lugar le dio. Ella de dos
 se hizo madre: del útero nuestro la parte esta es la séptima.
 Soy feliz –pues quién niegue esto– y feliz permaneceré
 –esto también quién lo dude–: segura a mí mi abundancia me hizo.
¹⁹⁵Mayor soy que a quien pueda la Fortuna dañar,
 y mucho aunque me arrebatara, que mucho a mí más me quedará.
 Han excedido al miedo ya mis bienes: fingid que quitarse

algo a este pueblo de los nacidos míos pudiera:
no, aun así, al número de dos me reduciría expoliada,
²⁰⁰de Latona la multitud, la cual, cuánto dista de una huérfana.
Dejad † de prisa estos sacrificios † y el laurel de los cabellos
quitaos.” Se lo quitan y los sacrificios inconclusos abandonan,
y, lo que lícito es, con tácito murmullo veneran su numen.

Indignése la diosa y en el sumo vértice del Cinto
²⁰⁵con tales palabras a su gemela prole habló:
“Heme yo, vuestra madre, de vosotros ardida, mis criaturas,
y que si no a Juno a ninguna cedería de las diosas,
si una diosa soy se duda y, a través de todos los siglos adoradas,
se me aparta, oh mis nacidos, si vosotros no me socorréis, de mis aras.
²¹⁰Y no el dolor este solo: a su siniestra acción insultos
la Tantálide ha añadido y a vosotros posponer a los nacidos
suyos se ha atrevido y a mí –lo cual en ella recaiga– huérfana
me ha dicho y ha exhibido la lengua, maldita, paterna.”

Añadido súplicas habría la Latona a estos relatos:
²¹⁵“Deja”, Febo dice. “Del castigo dilación una larga queja es.”

Dijo lo mismo Febe, y en rápida caída por el aire
alcanzaron, cubiertos por unas nubes, de Cadmo el recinto.
Plana había, y a lo ancho abriéndose cerca de las murallas, una llanura,
por asiduos caballos batida, donde una multitud de ruedas
²²⁰y dura pezuña había mullido los terrones a ellos sometidos.

Una parte allí de los siete engendrados de Anfión en fuertes
caballos montan y, rojecientes de tirio jugo,
sus lomos hunden y de oro pesadas moderan sus riendas.

De los cuales Ismeno, que para la madre suya el fardo un día
²²⁵primero había sido, mientras dobla en un certero círculo
de su cuadrípede el curso y su espumante boca somete:

“¡Ay de mí!”, clama, y en mitad del pecho clavadas
unas flechas lleva y los frenos su mano moribunda soltando,
hacia el costado poco a poco él se derrama desde el diestro ijar.

²³⁰Próximo a él, tras oír un sonido de aljaba a través del vacío,
los frenos soltaba Sípilo, igual que cuando barruntando lluvias
al ver una nube huye, y dejándolas colgar por todas partes su gobernador,
los linos arría para que ni una leve aura efluya:

los frenos, aun así, soltando, no evitable, una flecha

²³⁵lo alcanza y en lo alto de su nuca temblorosa una saeta
se queda clavada y sobresalía desnudo de su garganta el hierro;
él, como estaba, inclinado hacia adelante, por la cruz liberada y crines
se rueda, y con su cálida sangre la tierra mancha.

Fédimo, el infeliz, y del nombre de su abuelo el heredero,

²⁴⁰Tántalo, una vez que fin pusieron al acostumbrado trabajo,
habían pasado a la obra juvenil de la nítida palestra.

Y ya habían confrontado, luchando en estrecho nudo,
pecho con pecho, cuando disparada por el tenso nervio
como estaban, unidos, atravesó a uno y otro una saeta.

²⁴⁵Gimieron a la vez, a la vez encorvados por el dolor
sus miembros en el suelo pusieron, a la vez sus supremas luces
giraron, yacentes, su aliento a la vez exhalaron.

Los contempla Alfénor y su desgarrado pecho golpeando
a ellos vuela para con sus abrazos aliviar sus helados miembros,

²⁵⁰y en el piadoso servicio cae; pues el Delio a él

lo íntimo de su torso rompió con un mortífero hierro.

El cual, una vez que sacado fue, parte fue del pulmón en sus arpones
extraída y con su aliento su crúor se difundió a las auras.

Mas no al intonso Damasicton una simple herida

²⁵⁵infligió: herido había sido por donde el muslo a serlo empieza, y por donde
su blanda articulación hace la nervosa corva,

y mientras con la mano intenta sacar la fúnebre flecha
otra saeta a través de la garganta hasta las plumas le entró.

Expulsó a ésta la sangre, que proyectándose a lo alto

²⁶⁰riela y, largamente por ella horadada el aura, saltando sube.

El último Ilioneo, rezando, unos brazos que no le habían

de aprovechar había elevado y: “Dioses oh, en común, todos”,
había dicho, sin él saber que no todos debían ser rogados,
“guardadme.” Conmovido se había, cuando ya revocable la flecha
²⁶⁵no era, el señor del arco; de una mínima herida aun así muere él,
no profundamente perforado su corazón por la saeta.

La noticia de ese mal y de su pueblo el dolor y las lágrimas
de los suyos a la madre de tan súbita ruina cercioraron,
admirada de que hubieran podido, y enconada de que se hubieran
²⁷⁰a ello atrevido los altísimos, de que tan gran poder tuvieran;
pues el padre, Anfión, su hierro a través del pecho empujando
había puesto fin, muriendo, juntamente con la luz, a su dolor.
Ay, cuánto esta Níobe de la Níobe distaba aquella
que ahora poco a su pueblo había apartado de las Latoas aras
²⁷⁵y por mitad de su ciudad había llevado sus pasos, alta la cabeza,
malquerida para los suyos, mas ahora digna de compasión incluso para su oponente.
Sobre sus cuerpos helados se postra y sin orden ninguno
besos dispensa, los supremos, por sus nacidos todos,
desde los cuales al cielo sus lívidos brazos levantando:
²⁸⁰“Cébate, cruel, de nuestro dolor, Latona,
cébate”, dice, “y sacia tu pecho de mi luto
y tu corazón fiero sacia”, dijo. “Mediante funerales siete
a mí me llevan: exulta, y, vencedora enemiga, triunfa.
¿Pero por qué vencedora? A mí desgraciada más me quedan
²⁸⁵que a ti feliz; después de tantos funerales también venzo.”

Había dicho, y sonó desde su tensado arco un nervio,
el cual, excepto a Níobe sola, aterró a todos.
Ella en su mal es audaz. Apostadas estaban con sus ropas negras
ante los lechos de sus hermanos, suelto el pelo, sus hermanas,
²⁹⁰de las cuales una, sacándose unas flechas clavadas en su vientre,
impuesto sobre su hermano, moribunda, el rostro, languidece;
la segunda, consolar a su desgraciada madre intentando
calló súbitamente y doblegada por una herida ciega quedó

[y su boca no cerró sino después que su espíritu se fuera].
²⁹⁵Ésta en vano huyendo se desploma, aquélla sobre su hermana
muere; se esconde ésta, aquélla temblar habrías visto.
Y seis dadas ya a la muerte y diversas heridas padeciendo
la última restaba; a la cual con todo su cuerpo su madre,
con todo su vestido cubriendo: “Ésta sola y la más pequeña deja;
³⁰⁰de muchas la más pequeña te pido”, clamaba, “y ella sola”,
y mientras suplicaba la que rogaba muere. Huérfana se sentó,
entre sus exánimes nacidos y nacidas y marido,
y rigente quedó por sus males; cabellos mueve la brisa ningunos,
en su rostro el color es sin sangre, sus luces en sus afligidas
³⁰⁵mejillas están inmóviles, nada hay en su imagen vivo.
Su propia lengua también interiormente con su duro paladar
unida se congela y las venas desisten de poder moverse;
ni doblarse su cuello, ni sus brazos hacer movimientos,
ni su pie andar puede; por dentro también de sus entrañas roca es.
³¹⁰Llora aun así y circundada por un torbellino de vigoroso viento
hasta su patria es arrebatada; allí, fija a la cima de un monte
se licuece y lágrimas todavía ahora sus mármoles manan.

Los paisanos licios

Entonces verdaderamente todos la manifiesta ira de su numen,
mujer y hombre, temen, y con el culto más afanosamente todos
³¹⁵los grandes númenes veneran de la divina madre de los gemelos;
y, como se suele, según el hecho más reciente los anteriores se vuelven a narrar.
De los cuales uno dice: “De la Licia fértil también por los campos
no impunemente a la diosa los viejos colonos despreciaron.
Cosa oscura ciertamente es por la falta de nobleza de sus hombres,
³²⁰admirable, aun así. Vi en persona el pantano y su lugar,
por el prodigio conocido; pues ya mayor de edad
e incapaz de soportar el viaje, a mí mi genitor traer unos escogidos
bueyes me había encargado de allí, y del pueblo aquel al irme

él mismo un guía me había dado, con el cual, mientras esos pastos lustro,
³²⁵he aquí que del lago en medio, negro del rescoldo de sus sacrificios
un ara vieja se alzaba, de trémulas cañas rodeada.
Se detuvo y con pávido murmullo: “Propicio a mí seas”, dijo
el guía mío, y con semejante murmullo: “Propicio a mí”, yo dije.
Si de las Náyades o de Fauno fuera, aun así, el ara, le preguntaba,
³³⁰o si de un indígena dios, cuando tal cosa me refirió mi huésped:
“No en este ara, oh joven, un montano numen hay;
aquella suya la llama a quien un día la regia esposa
el orbe le vetó, a quien apenas la errática Delos,
suplicante, la acogió cuando, leve isla, nadaba;
³³⁵allí recostándose, junto con el árbol de Palas, en una palmera,
dio a luz a sus gemelos –contra la voluntad de la madrastra– Latona.
De allí también que huyó de Juno la recién parida se refiere
y que en su seno llevó, dos númenes, a sus nacidos.
Y ya cuando un sol grave quemaba los campos en los confines
³⁴⁰de Licia, la autora de la Quimera, la diosa, de su larga fatiga cansada
y desecada del calor estelar, sed contrajo,
y sus pechos lactantes los habían agotado ávidos sus hijos.
Por azar en un lago de mediana agua reparó, en unos profundos
valles; unos paisanos allí leñosos mimbres
³⁴⁵recogían, y con ellos juncos y, grata a los pantanos, ova.
Se acercó, y bajando la rodilla la Titania en la tierra
la apoyó para sacar helados licores que bebiera.
La rústica multitud lo impide; la diosa así se dirigió a los que la impedían:
“¿Por qué prohibís las aguas? Un uso compartido el de las aguas es
³⁵⁰y ni el sol privado la naturaleza, ni el aire hizo,
ni las tenues ondas: a públicos beneficios he venido;
los cuales, aun así, que me deis, suplicante os pido. No yo nuestros
cuerpos a lavar aquí y cansados miembros me disponía,
sino a aliviar la sed. Carece la boca de quien os habla de humedad
³⁵⁵y la garganta seca tengo y apenas hay camino de la voz en ellas.

Un sorbo de agua para mí néctar será y la vida confesaré
que he recibido a la vez: la vida me daríais en el agua.
Éstos también os conmuevan, los que en nuestro seno sus brazos
pequeños tienden”, y por acaso tendían los brazos sus nacidos.
³⁶⁰¿A quién no las tiernas palabras de la diosa hubieran podido conmover?
Ellos, aun así, a quien rogaba persisten en prohibirlas, y amenazas,
si no lejos se retira, e insultos encima añaden.
Y no bastante es; los propios incluso lagos con pies
y mano enturbiaron y desde el profundo abismo el blando
³⁶⁵lirio aquí y allá con saltos malignos removieron.
Difirió la ira la sed, y no, pues, ya, la hija de Ceo
suplica a unos indignos, ni decir sostiene por más tiempo
palabras menores la diosa, y levantando a las estrellas sus palmas:
“Eternamente en el pantano”, dijo, “este viváis.”
³⁷⁰Sucedan los deseos de la diosa: gustan de estar bajo las ondas
y ora todo su cuerpo sumergir en la cóncava laguna,
ahora sacar la cabeza, ora por lo alto del abismo nadar,
a menudo sobre la ribera del pantano sentarse, a menudo
a los helados lagos volver a brincar; pero ahora también sus torpes
³⁷⁵lenguas en disputas ejercitan y haciendo a un lado el pudor,
aunque estén bajo agua, bajo agua maldecir intentan.
Su voz también ya ronca es y sus inflados cuellos hinchan
y sus propios voceríos les dilatan las anchas comisuras.
Sus espaldas la cabeza tocan, los cuellos sustraídos parecen,
³⁸⁰su espinazo verdea, su vientre, la parte más grande del cuerpo, blanquea,
y en el limoso abismo saltan, nuevas, las ranas.”

Marsias

Así, cuando no sé quién hubo referido de los hombres
del pueblo licio la destrucción, del sátiro se acuerda el otro,
al cual el Lato, con su Tritoníaca caña vencíendole,
³⁸⁵le deparó un castigo. “¿Por qué a mí de mí me arrancas?”, dice;

“ay, me pesa, ay, no vale”, clamaba, “la tibia tanto.”

Al que clamaba la piel le fue arrancada de lo sumo de sus miembros,
y nada sino herida él era; crúor de todas partes mana,
y destapados se ven sus nervios y trémulas sin ninguna
³⁹⁰piel rielan sus venas; sus palpitantes vísceras podrías
enumerar, y diáfanas en su pecho las fibras.

A él los campestres faunos, de las espesuras númenes,
y sus sátiros hermanos, y su entonces también querido Olimpo,
y las ninfas le lloraron, y quien quiera que en los montes aquellos
³⁹⁵lanados rebaños y ganados astados apacentaba.

Fértil se humedeció, y humedecida la tierra caducas
lágrimas concibió, y con sus venas más profundas las embebió;
las cuales, cuando las hizo agua, a las vacías auras las emitió.

Desde entonces el que busca rápido por sus riberas inclinadas la superficie
⁴⁰⁰por Marsias su nombre tiene, de Frigia el más límpido caudal.

Pélope

Con tales relatos al instante vuelve a lo presente
la gente y al extinguido Anfión, con su estirpe, hace duelo.

La madre en inquina cae: a ella entonces también se dice que una persona
le lloró, Pélope, y en su hombro, después que las ropas
⁴⁰⁵se quitó del pecho, el marfil mostró, en el siniestro.

De concorde color este hombro en el momento de su nacimiento que el diestro,
y corpóreo, había sido; por las manos paternas luego cortados
sus miembros, cuentan que los unieron los dioses, y aunque los otros encontraron,
el lugar que está intermedio entre la garganta y la parte superior del brazo
⁴¹⁰faltaba: impuesto le fue en uso de la parte

que no comparecía ese marfil, y por el hecho ese Pélope quedó entero.

Tereo, Progne y Filomela

Los vecinos aristócratas se reúnen y las ciudades próximas
rogaron a sus reyes que fueran a los consuelos,

y Argos y Esparta y la Pelópide Micenas
⁴¹⁵y todavía no para la torva Diana Calidón odiosa
y Orcómenos la feraz y noble por su bronce Corinto
y Mesene la feroz y Patras y la humilde Cleonas,
y la Nelea Pilos y todavía no piteia Trecén
y las ciudades otras que por el Istmo están encerradas, el de dos mares,
⁴²⁰y las que fuera situadas por el Istmo son contempladas, el de dos mares.
Creerlo quién podría, sola tú no cumpliste, Atenas.
Se opuso a ese deber la guerra, y transportadas por el ponto
bárbaras columnas aterraban los mopsopios muros.

El tracio Tereo a ellas con sus auxiliares armas
⁴²⁵las había dispersado y un claro nombre por vencer tenía;
al cual consigo Pandión, en riquezas y hombres poderoso,
y que su linaje traía desde acaso el gran Gradivo,
con la boda de su Progne, unió. No la prónuba Juno,
no Himeneo asiste, no la Gracia a aquel lecho.
⁴³⁰Las Euménides sostuvieron esas antorchas, de un funeral robadas,
las Euménides tendieron el diván y sobre su techo se recostó,
profano, un búho, y del tálamo en el culmen se sentó.

Con esta ave unieronse Progne y Tereo, padres
con esa ave hechos fueron; les agradeció, claro está, a ellos
⁴³⁵la Tracia, y a los dioses mismos ellos las gracias dieron, y a ese día
en el que dada fue de Pandión la nacida al preclaro tirano,
y en el que había nacido Itis, festivo ordenaron que se dijera.

—hasta tal punto se oculta el provecho—. Ya los tiempos del repetido
año el Titán a través de cinco otoños había conducido,

⁴⁴⁰cuando, enterneciendo a su marido Progne: “Si estima”, dijo,
“alguna la mía es, o a mí a ver envíame a mi hermana
o que mi hermana aquí venga. Que ha de volver en tiempo pequeño
prometerás a tu suegro. De un gran regalo a mí, en la traza,
a mi germana el haber visto me darás.” Ordena él las quillas

⁴⁴⁵a los estrechos bajar y a vela y remo en los puertos

cecropios entra y del Pireo los litorales toca.

En cuanto de su suegro estuvo en presencia, la derecha a la diestra se une, y con ese fausto presagio se acomete la conversación.

Había empezado, de su llegada el motivo, los encargos a referir

⁴⁵⁰de su esposa, y rápidos retornos de la enviada a prometer:

he aquí que llega, en gran aparato rica, Filomela,

más rica en hermosura, cuales oír solemos

que las náyades y las dríades por mitad avanzan de las espesuras

si sólo les des a ellas adornos y semejantes aparatos.

⁴⁵⁵No de otro modo se abrasó, contemplada la virgen, Tereo,

que si uno bajo las canas espigas fuego ponga,

o si frondas, y puestas en los heniles, crema hierbas.

Digna ciertamente su hermosura, pero también a él su innata lujuria

lo estimula, e inclinada la raza de las regiones aquellas

⁴⁶⁰a Venus es; flagra por el vicio de su raza y el suyo propio.

El impulso es de él el celo de su cortejo corromper

y de su nodriza la fidelidad, y no poco con ingentes a ella misma

dádivas inquietarla y todo su reino dilapidar,

o raptarla y con salvaje guerra raptada defenderla,

⁴⁶⁵y nada hay que, cautivado por ese desenfrenado amor,

no osara, y no abarca las llamas su pecho en él encerradas.

Y ya las demoras mal lleva y con deseosa boca se vuelve

a los encargos de Progne y hace sus votos bajo ella.

Elocuente lo hacía el amor, y cuantas veces rogaba

⁴⁷⁰más allá de lo justo, que Progne así lo quería decía.

Añadió también lágrimas, como si las hubiese encargado también a ellas.

Ay, altísimos, cuánto los mortales pechos de ciega

noche tienen. Por la propia instrucción de la maldad a Tereo

piadoso se le cree y gloria de su crimen obtiene.

⁴⁷⁵Y qué decir de que lo mismo Filomela ansía, y que de su padre los hombros

con sus brazos, tierna, sosteniendo, que pueda ir a ver a su hermana,

y que por la suya, y contra su salud, pide ella.

La contempla a ella Tereo y de antemano la toca al mirarla
y su boca y su cuello y sus circundados brazos divisando,
⁴⁸⁰todo por estímulos y antorchas y cebo de su furor
toma, y cuantas veces se abraza ella a su padre
ser su padre quisiera, pues no menos impío sería.

Vence al genitor la súplica de ambas: se goza y le da
ella al padre las gracias, y que ha salido bien para las dos
⁴⁸⁵esto cree la infeliz, que será lúgubre para las dos.

Ya labor exigua a Febo restaba, y sus caballos
pulsaban con sus pies el espacio del declinante Olimpo.

Regios manjares en las mesas y Baco en oro
se pone; después al plácido sueño se dan sus cuerpos.

⁴⁹⁰Mas el rey odrisio, aunque se retiró, en ella
arde, y recordando su faz y movimientos y manos
cuales las quiere imagina las cosas que todavía no ha visto y los fuegos
suyos él mismo nutre, mientras esa inquietud le aleja el sopor.

La luz llega, y de su yerno la diestra estrechando que marchaba,

⁴⁹⁵Pandión a su compañera con lágrimas le encomienda brotadas:

“A ella yo, querido yerno, porque una piadosa causa me obliga
y lo quisieron ambas, lo quisiste tú también, Tereo,

te doy a ti, y por tu lealtad y tu pecho a mí emparentado suplicante,

y por los altísimos, te ruego que con amor de padre la guardes,

⁵⁰⁰y que a mí, angustiado, este alivio dulce de mi vejez

cuanto antes –cualquiera será para mí una demora larga–, me devuelvas.

Tú también cuanto antes –bastante es que lejos esté tu hermana–,

si piedad alguna tienes, a mí, Filomela, vuelve.”

Le encargaba, y al par daba besos a la nacida suya

⁵⁰⁵y lágrimas suaves entre los encargos caían;

y de fe como prenda las diestras de cada uno demandó

y entre sí dadas las unió, y que a su nacida y nieto

ausentes por él con memorativa boca saluden, pide;

y el supremo adiós, llena de sollozos la boca,

⁵¹⁰apenas dijo, y temió los presagios de su mente.

Una vez que impuesta fue Filomela sobre la pintada quilla
y removido el estrecho a remos, y la tierra despedida fue:

“Hemos vencido”, clama, “conmigo mis votos vienen”,

y exulta y apenas en su ánimo sus gozos difiere

⁵¹⁵el bárbaro, y a ningún lugar la vista separa de ella,

no de otro modo que cuando con sus pies corvos, predador,

depositó en su nido alto una liebre, de Júpiter el ave:

ninguna huida hay para el cautivo; contempla su premio el raptor.

Y ya el camino concluido, y ya a sus litorales de las fatigadas

⁵²⁰popas habían salido, cuando el rey, de Pandión a la nacida

a unos establos altos arrastra, oscuros de sus espesuras vetustas,

y allí, palideciente y temblorosa y todo temiendo

y ya con lágrimas dónde esté su germana preguntando,

la encerró y confesando la abominación, y virgen ella y una sola,

⁵²⁵por la fuerza la somete, en vano llamando unas veces a su padre,

otras a la hermana suya, a los grandes divinos sobre todas las cosas.

Ella tiembla, como una cordera asustada que, herida, de la boca

de un cano lobo se ha sacudido, y todavía a sí misma a salvo no se cree,

o como una paloma, humedecidas de su propia sangre sus plumas,

⁵³⁰se horroriza todavía y tiene miedo de esas ávidas uñas con las que la cogieron.

Luego, cuando en sí volvió, desgarrando sus sueltos cabellos,

a la que una muerte plañe semejante, heridos a su golpe sus brazos,

tendiéndole las palmas: “Oh por tus siniestros hechos bárbaro,

oh cruel”, dijo, “ni a ti los encargos de un padre

⁵³⁵con sus lágrimas piadosas te han conmovido, ni tu cuidado de mi hermana,

ni mi virginidad, ni las matrimoniales leyes.

Todo lo has turbado: rival yo hecha he sido de mi hermana,

tú, doble esposo. Como enemigo yo hubiera debido tal castigo.

¿Por qué no el aliento este, para que ninguna fechoría a ti, perjuro, te reste,

⁵⁴⁰me arrebatas? Y ojalá lo hubieras hecho antes de estos execrables

concúbitos. Vacías hubiese tenido de crimen yo mis sombras.

Si, aun así, esto los altísimos contemplan, si los númenes de los divinos
son algo, si no se perdieron todas las cosas conmigo,
alguna vez tus castigos me pagarás. Yo misma el pudor
⁵⁴⁵rechazando tus hechos diré, si ocasión tengo
de llegar a gentes; si en estas espesuras encerrada me quedo
llenaré estas espesuras y a estas piedras, testigos, conmoveré.
Oirá esto el éter y si dios alguno en él hay.”

Con tales cosas después que la ira del fiero tirano conmovida,
⁵⁵⁰y, no menor que ella, su miedo fue, por ambos motivos acuciado,
de la que estaba ceñido, de su vaina libera la espada,
y arrebatándola por el pelo y doblados tras su espalda los brazos,
a padecer cadenas la obligó; su garganta Filomela aprestaba,
y esperanza de su muerte al ver la espada había concebido.
⁵⁵⁵Él, ésa que estaba indignada y por su nombre al padre sin cesar llamaba
y luchaba por hablar, cogiéndosela con una tenazas, su lengua,
se la arrancó con su espada fiera. La raíz riela última de su lengua.
Ésta en sí, yace, y a la tierra negra, temblando, murmura,
y, como saltar suele la cola de una mutilada culebra,
⁵⁶⁰palpita, y muriendo de su dueña las plantas busca.
Después también de esta fechoría –apenas me atrevería a creerlo– se cuenta
que a menudo por su lujuria volvió a buscar el lacerado cuerpo.

Es capaz, después de tales hechos, de volver a Progne,
la cual al ver al esposo por su germana pregunta, mas él
⁵⁶⁵da unos gemidos fingidos y unos inventados funerales narra
y sus lágrimas hicieron el crédito. Sus vestimentas Progne
destrozó desde sus hombros, de oro ancho fulgentes,
y se cubre de negros vestidos y un inane sepulcro
instruyó y a unos falsos manes expiaciones ofreció,
⁵⁷⁰y plañe los hados de una hermana que no así de plañirse había.

Su doble senario de signos el dios había revistado, pasado un año.
¿Qué hacía Filomela? La huida una custodia le cierra,
construidos se erigen en sólida roca los muros de los establos,

su boca muda carece de delator del hecho. Grande es del dolor
⁵⁷⁵el ingenio, y acude la astucia a las desgraciadas situaciones.

Una urdimbre suspende, experta, del bárbaro telar,
y unas purpúreas notas entretejió en los hilos blancos,
indicio de la abominación, y concluido se lo entregó a una,
y que lo lleve a su dueña con el gesto le ruega. Ella lo rogado
⁵⁸⁰llevó hasta Progne: no sabe qué entregue en ello.

Desplegó las ropas la matrona del salvaje tirano
y de la fortuna suya la canción deplorable lee,
y, milagro que pudiera, calla. El dolor su boca reprimió,
y palabras bastante indignadas a la lengua que las buscaba
⁵⁸⁵faltaron, y no a llorar tiempo entrega, sino que lo piadoso y lo impío
a fundir se lanza y del castigo en la imagen toda está.

El tiempo era en que los sacrificios trienales suelen de Baco
celebrar las sitonias nuevas: la noche es cómplice de los sacrificios,
de noche suena el Ródope con los tintineos del bronce agudo,
⁵⁹⁰de noche de su casa salió la reina y para los ritos
del dios se equipa y coge de furia unas armas.

Con vid la cabeza se cubre, de su costado siniestro vellones
de ciervo penden, en su hombro una leve asta descansa.
Precipitándose por las espesuras, de la multitud acompañada de las suyas,
⁵⁹⁵terrible Progne, y por las furias agitada del dolor,
Baco, las tuyas simula. Llega a los establos inaccesibles al fin
y aúlla y el *euhoé* hace sonar, y las puertas destroza
y a su germana rapta, y a la raptada de las enseñas de Baco
inviste, y su rostro con frondas de hiedra le esconde,
⁶⁰⁰y arrastrándola atónita hasta dentro de sus murallas la conduce.

Cuando sintió que había tocado la casa nefanda Filomela
se horrorizó la infeliz y en todo palideció el rostro.
Alcanzando un lugar Progne, de los sacrificios las prendas le quita
y la cara descubre avergonzada de su desgraciada hermana
⁶⁰⁵y estrecharla intenta; pero no levantar en contra

soporta ella sus ojos, rival a sí misma viéndose de su hermana,
y bajado a tierra el rostro, al querer ella jurar
y por testigos poner a los dioses de que por la fuerza a ella la deshonra aquella
inferida fue, por voz su mano estuvo. Arde y la ira suya
⁶¹⁰no abarca la propia Progne, y el llanto de su hermana
conteniendo: “No se ha con lágrimas esto”, dice, “de tratar,
sino con hierro, sino si algo tienes que vencer al hierro
pueda. Para toda abominación yo, germana, me he preparado:
o yo, cuando con antorchas estos reales techos creme
⁶¹⁵a su artífice echaré, a Tereo, en medio de las llamas,
o su lengua o sus ojos y los miembros que a ti el pudor
te arrebataron a hierro le arrancaré, o por heridas mil
su culpable aliento le expulsaré. Para cualquier cosa grande me he preparado;
qué sea, todavía dudo.” Mientras concluye tales cosas Progne
⁶²⁰a su madre venía Itis. De qué era capaz por él
advertida fue, y con ojos mirándolo inclementes: “Ah, cuán
eres parecido a tu padre”, dijo y no más hablando
la triste fechoría prepara y se consume en callada ira.
Cuando aun así se le acercó su nacido y a su madre su saludo
⁶²⁵ofreció y con sus pequeños brazos se acercó a su cuello,
y mezclados con ternuras de niño su boca le unió,
conmovida ciertamente fue su genetriz, y quebrantada se detuvo su ira,
y sus involuntarios ojos se humedecieron de lágrimas obligadas.
Pero una vez que por su excesiva piedad su mente vacilar
⁶³⁰sintió, desde él otra vez al rostro se tornó de su hermana,
y por turno mirando a ambos: “¿Por qué me hace llegar”, dice,
“el uno sus ternuras y calla la otra, arrancada su lengua?
A la que llama él madre ¿por qué no llama aquella hermana?
Con qué marido te hayas casado, vélo, de Pandión la nacida.
⁶³⁵Le desmereces: la abominación es piedad en tu esposo Tereo.”
No hay demora, coge a Itis, igual que del Ganges una tigresa
la cría lactante de una cierva por las espesuras opacas,

y cuando de la casa alta una parte alcanzaron remota
a él, tendiéndole sus manos y ya sus hados viendo
⁶⁴⁰y “madre, madre” clamando y su cuello buscando,
a espada hiera Progne, por donde al costado el pecho se une,
y no el rostro torna; bastante a él para sus hados incluso una
herida era: la garganta a hierro Filomela le tajó,
y vivos aún y de aliento algo reteniendo sus miembros
⁶⁴⁵le despedazan. Una parte de ahí bulle en los cavos calderos,
parte en asadores chirrían. Manan los penetrales de sueros.

Con estas mesas acoge la esposa al ignorante Tereo,
y un sacrificio al uso de su patria mintiendo, al que solo
lícito sea asistir al marido, a cortesanos y sirvientes retira.
⁶⁵⁰Él mismo, sentado en su solio ancestral Tereo alto,
se ceba y en su vientre sus entrañas acumula y
—tanta la noche de su ánimo es—: “A Itis aquí traedme”, dijo.
Disimular no puede sus crueles goces Progne,
y ya deseosa de erigirse en mensajera de su propia calamidad:
⁶⁵⁵“Dentro tienes a quien reclamas”, dice. Alrededor mira él
y dónde esté pregunta: mientras lo busca y de nuevo lo llama,
como ella estaba, asperjados de su sangría de furia sus cabellos
se abalanzó y de Itis la cabeza cruenta Filomela
le lanzó a la cara de su padre y en ningún momento más quiso
⁶⁶⁰poder hablar y con las merecidas palabras testimoniar sus gozos.
El tracio con un ingente alarido las mesas repelió
y a las vipéreas hermanas mueve del estigio valle,
y ora, si pudiera, por sacar abriéndose el pecho los siniestros
manjares de allí, y sus engullidas entrañas, arde,
⁶⁶⁵ya llora, y a sí mismo se llama pira desgraciada de su nacido,
ahora persigue con el desnudo hierro a las engendradas de Pandión.
Los cuerpos de las Cecrópides con alas volar pensarías:
volaban con alas, de las cuales acude la una a las espesuras,
la otra en los techos se mete, y no todavía de su pecho se han desprendido

⁶⁷⁰las marcas de la matanza, y sellada con sangre su pluma está.
Él por el dolor suyo y de castigo por el ansia veloz,
se torna en pájaro, al que se alzan en su coronilla crestas.
Le sobresale, inmodico, en vez de su larga cúspide un pico.
Su nombre abubilla de ave, su porte armado parece.

Bóreas y Oritía

⁶⁷⁵Este dolor antes de su día y de los extremos tiempos de una larga
vejez a las tartáreas sombras a Pandión envió.
Los cetros del lugar, y del estado el gobierno toma Erecteo,
si por su justicia en duda, o más poderoso por sus vigorosas armas.
Cuatro muchachos él, ciertamente, y otras tantas había creado
⁶⁸⁰de suerte femenina, pero era por la belleza de dos de ellas.
De las cuales el Eólida Céfalo contigo como esposa, feliz,
Procris, fue; a Bóreas Tereo y sus tracios daño hacían,
y de su elegida mucho tiempo careció el dios, de Oritía,
mientras le ruega, y de plegarias prefiere que de las fuerzas servirse.
⁶⁸⁵Mas cuando con ternuras no se hace nada, hórrido de ira,
cual la acostumbrada es en él y demasiado familiar en ese viento:
“Y con razón”, dijo, “pues ¿por qué mis armas he abandonado,
la fiereza y las fuerzas e ira y arrestos amenazantes,
y he empleado súplicas, de las cuales a mí me desmerece el uso?
⁶⁹⁰Apta a mí la fuerza es: por la fuerza las tristes nubes expulso,
por la fuerza los estrechos sacudo y nudosos robles vuelco
y endurezco las nieves y las tierras con granizo bato.
El mismo, yo, cuando a mis hermanos en el cielo abierto encuentro
—pues mi llanura él es— con tanto ahínco lucho
⁶⁹⁵que en medio de nuestros ataques resuene el éter
y salten despedidos de las cóncavas nubes fuegos.
El mismo, yo, cuando entro a las convexas perforaciones de la tierra
y he puesto, feroz, mi espalda bajo las profundas cavernas
angustio a los manes, y con mis temblores a todo el orbe.

⁷⁰⁰Con esta ayuda debiera mis tálamos haber buscado, y suegro
no he debido rogar que él fuera mío, sino hacerlo, a Erecteo.”

Estas cosas Bóreas, o que éstas no inferiores diciendo,
sacudió sus alas, con cuyas sacudidas toda
aventada fue la tierra, y el ancho mar estremeció,
⁷⁰⁵y su polvorienta capa llevando por las altas cimas
barre la tierra y, pávida de miedo, por una calina cubierto,
a Oritía amando, en sus fulvas alas la estrecha.
Mientras vuela ardieron agitados más fuertemente sus fuegos,
y no antes las riendas reprimió de su aérea carrera
⁷¹⁰que de los Cícones alcanzó los pueblos y sus murallas el raptor.
Allí del helado tirano esposa la Actea,
y también genetriz hecha fue, y partos gemelos dio a luz,
que el resto de la madre, las alas del genitor tuvieran.
No, aun así, éstas al par, recuerdan, con el cuerpo nacidas fueron,
⁷¹⁵y mientras barba faltaba bajo sus rútilos cabellos
implumes Calais el niño y Zetes fueron.
Luego, al par las alas empezaron, al modo de las aves,
a ceñirles ambos costados, al par a dorarse sus mejillas.
Así pues, cuando cedió el tiempo infantil a su juventud,
⁷²⁰los vellones con los minias, de nítido vello radiantes,
por un mar no conocido con la primera quilla buscaron.

Libro séptimo

Medea y Jasón

Y ya el estrecho los Minias con la Pagasea popa cortaban
y bajo una perpetua noche llevando su desvalida vejez
a Fineo visto habían, y los jóvenes de Aquilón creados
las virginales aves de la boca del desgraciado viejo habían ahuyentado,
⁵y tras muchas peripecias bajo el claro Jasón finalmente

habían alcanzado, robadoras, del limoso Fasis las ondas.

Y mientras acuden al rey y de Frixo los vellones le demandan

† y la condición es dada a su números, † horrenda, de grandes trabajos,
concibe entre tanto la Eetíade unos vigorosos fuegos,

¹⁰y tras combatirlos mucho tiempo, después que con la razón su furor
vencer no pudo: “En vano, Medea, resistes.

No sé qué dios se opone”, dice, “y milagro si no esto es,
o algo ciertamente semejante a esto, a lo que amar se llama.

Pues, ¿por qué las órdenes de mi padre demasiado a mí duras me parecen?

¹⁵Son también duras demasiado. ¿Por qué a quien ahora poco recién he visto
de que muera tengo miedo? ¿Cuál la causa de tan gran temor?

Sacude de tu virgíneo pecho las concebidas llamas,
si puedes, infeliz. Si pudiera más sana estaría.

Pero me arrastra, involuntaria, una nueva fuerza, y una cosa deseo,

²⁰la mente de otra me persuade. Veo lo mejor y lo apruebo,

lo peor sigo. ¿Por qué en un huésped, regia virgen,
te abrasas y tálamos de un extraño mundo concibes?

Esta tierra también puede lo que ames darte. Viva o él
muera, en los dioses está. Viva, aun así, y esto suplicarse

²⁵incluso sin amor lícito es, pues ¿qué ha cometido Jasón?

¿A quién sino a un cruel no conmueva de Jasón la edad

y su estirpe y su virtud? ¿A quién no, aunque lo demás falte,

su rostro conmover puede? Ciertamente mi pecho ha conmovido.

Mas si ayuda no le presto la boca de los toros a él le soplará,

³⁰y correrá contra su propio sembrado –los enemigos por la tierra
creados–, o al ávido dragón será entregado como fiera presa.

Esto yo, si lo tolero, entonces yo de una tigresa nacida,

entonces que hierro y peñas llevo en el corazón confesaré.

¿Por qué no también lo miro morir y mis ojos al verlo

³⁵contamino? ¿Por qué no los toros instigo contra él,

y a los hijos de la tierra fieros, y al insomne dragón?

Los dioses mejor lo quieran. Aunque no esto he de rogar,

sino de hacer yo. ¿Y traicionaré yo los reinos de mi padre
y por la ayuda nuestra no sé qué recién llegado se salvará,
⁴⁰para que, por mí salvado, sin mí dé sus lienzos a los vientos
y el marido sea de otra, para el castigo Medea quede?
Si hacer esto, o a otra puede anteponernos a nos,
muera el ingrato. Pero no tal el rostro en él,
no tal la nobleza de su ánimo es, tal la gracia de su hermosura,
⁴⁵que tema su engaño, y del mérito nuestro los olvidos.
Y dará antes su fe y obligaré a que en esos pactos testigos
sean los dioses ¿Qué segura temes? Cíñete y toda
demora desecha: a ti él siempre se deberá, Jasón,
a ti con antorcha solemne se unirá y por las pelasgas
⁵⁰ciudades como su salvadora te celebrará la multitud de las madres.
¿Así pues yo a mi germana y hermano, y padre y dioses
y mi natal suelo, por los vientos llevada, he de dejar?
Naturalmente mi padre cruel, naturalmente es la mía una bárbara tierra,
mi hermano todavía un bebé. Están conmigo los votos de mi hermana,
⁵⁵el más grande dios dentro de mí está. No grandes cosas atrás dejaré,
grandes cosas seguiré: el título de haber salvado la juventud aquea
y el conocimiento de un lugar mejor y fortalezas cuya fama
aquí incluso florece, y el cultivo y artes de esos lugares,
y aquél que yo con las cosas que todo posee el orbe,
⁶⁰el Esónida, mutar querría, con el cual, como esposo, feliz
y querida a los dioses se me diga y con mi cabeza las estrellas toque.
¿Y qué decir de no sé qué montes que se dice que en medio
de las ondas atacan, y, de las naves enemiga, Caribdis,
que ahora sorbe el estrecho, ahora lo devuelve, y, ceñida de salvajes
⁶⁵perros, de una Escila rapaz, que en el profundo siciliano ladra?
Naturalmente reteniendo lo que amo y a su regazo en Jasón sujeta
por estrechos largos iré. Nada a él abrazada temeré
o si de algo tengo miedo, tendré miedo de mi esposo solo.
¿Acaso matrimonio lo crees y unos especiosos nombres a la culpa,

⁷⁰Medea, tuya, impones? Es más, mira a qué gran
impiedad avanzas, y mientras lícito es, huye del crimen.”

Dijo y ante sus ojos lo recto y la piedad y pudor
se erigían, y con la vencida daba ya la espalda Cupido.

Marchaba junto a unas antiguas aras, de Hécate la Perseide,
⁷⁵las cuales un bosque sombrío y una secreta espesura cubría,
y ya fuerte era, y rechazado se resedaba su ardor,
cuando ve al Esónida, y la extinguida llama reluce.

Enrojecieron sus mejillas y en todo se recandeció su rostro
y como suele con los vientos alimentos cobrar y, la que

⁸⁰pequeña bajo el acumulado rescoldo se escondía, la brasa,
crecer, y hasta sus viejas fuerzas, agitada, resurgir,
así ya lene su amor, ya cual languidecer creerías,

cuando vio al joven, con la hermosura de él presente, se enardeció
y, por acaso, de lo acostumbrado más hermoso de Esón el nacido

⁸⁵en aquella luz estaba: podrías perdonar a la enamorada.

Lo mira, y en su rostro, como entonces al fin visto,
sus luces fijas mantiene, y no que ella un mortal
rostro ve, demente, cree, ni se desvía de él.

Cuando empero empezó a hablar y la diestra le prende

⁹⁰el huésped y auxilio con sumisa voz le rogó

y le prometió su lecho, con lágrimas dice ella desbordadas:

“Qué haré, veo, y no a mí la ignorancia de la verdad
me engañará, sino el amor. Salvado serás por regalo de nos:

salvado lo prometido me darás.” Por los misterios de la triforme

⁹⁵diosa, él, y el numen que estuviera en aquella floresta,

y por el padre de su suegro futuro, que divisa todas las cosas,

y los eventos suyos y tan grandes peligros jura.

Creído recibe en seguida unas encantadas hierbas

y aprende su uso y alegre a sus techos se retiró.

¹⁰⁰La posterior Aurora había despedido a las estrellas rielantes.

Se reúnen los pueblos en el sagrado campo de Marte

y se instalan en sus cimas. En medio el rey mismo se aposenta
del grupo, en púrpura, y por su cetro marfileño insigne.
He aquí que por sus aceradas narinas vulcano soplan
¹⁰⁵los toros de pies de bronce, y tocadas por sus vapores las hierbas
arden, y como suelen llenas resonar las chimeneas,
o cuando en un horno de tierra los sílices sueltos
conciben fuego con la aspersión en ellos de límpidas aguas,
sus pechos así, por dentro revolviendo las encerradas llamas,
¹¹⁰y su garganta quemada, suenan. Aun así, de ellos, el nacido de Esón
al encuentro va. Volvieron bravíos a la cara del que llegaba
sus terribles rostros y sus cuernos, prefijados con hierro,
y el polvoriento suelo con su pie bipartido pulsaron
y de humeantes mugidos el lugar llenaron.
¹¹⁵Rígidos de miedo quedaron los Minias; se acerca él y no lo que ellos
exhalan siente –tanto las drogas pueden–,
y sus colgantes papadas acaricia con audaz diestra,
y abajo puestos del yugo el peso grave les obliga del arado
a llevar, y el desacostumbrado campo a hierro hender.
¹²⁰Se admiran los colcos, los Minias con sus clamores le acrecen
y suman arrestos. De su gálea de bronce entonces toma
los vipéreos dientes y en los arados campos los esparce.
Esas semillas ablanda la tierra, de un vigoroso veneno antes teñida,
y crecen y se hacen los sembrados dientes nuevos cuerpos
¹²⁵y como su aspecto humano toma en el materno vientre
y en sus proporciones dentro se compone el bebé,
y no, sino maduro, sale a las comunes auras,
así, cuando en las entrañas de la grávida tierra su imagen
completada fue de hombre, en ese campo preñado surge,
¹³⁰y lo que más milagroso es, al par dadas a la luz, sacude sus armas.
A los cuales cuando vieron, para blandir preparados sus astas
de puntiaguda cúspide contra la cabeza del hemonio joven,
bajaron de miedo su rostro y su ánimo los pelasgos.

Ella también se aterró, la que seguro lo había hecho a él,
¹³⁵y cuando que acudían vio al joven tantos enemigos, uno él,
palideció y súbitamente sin sangre, fría, sentada estaba,
y para que no poco puedan las gramas por ella dadas, una canción
auxiliar canta y sus secretas artes invoca.

Él, un pesado sílice lanzando en medio de los enemigos
¹⁴⁰un Marte de sí despedido vuelve contra ellos.

Los hijos de la tierra perecen por mutuas heridas, los hermanos,
y en civil columna caen. Le felicitan los aqueos
y al vencedor sostienen y en ávidos abrazos lo estrechan.

Tú también al vencedor abrazar, bárbara, quisieras.

¹⁴⁵Pero a ti, para que no lo hicieras, te contuvo el temor de tu fama:
se opuso a tu intento el pudor; mas abrazado lo hubieras.

Lo que se puede, con afecto tácito te alegras y das
a tus canciones las gracias y a los dioses autores de ellos.

Al siempre vigilante dragón queda con hierbas dormir,
¹⁵⁰el que con su cresta y lenguas tres insigne, y con sus corvos
dientes horrendo, el guardián era del árbol áureo.

A él, después que lo asperjó con grama de leteo jugo
y las palabras tres veces dijo hacedoras de los plácidos sueños,
las que el mar turbado, las que los lanzados ríos asientan:

¹⁵⁵cuando el sueño a unos desconocidos ojos llegó, y del oro
el héroe Esonio se apodera, y del despojo, orgulloso,
a la autora del regalo consigo –despojos segundos– portando,
vencedor tocó con su esposa de Iolco los puertos.

Medea y Esón

Las hemonias madres por sus hijos recobrados, dones,
¹⁶⁰y los padres de avanzada edad, ofrecen, y amontonados en la llama
inciensos licuecen, y cubiertos sus cuernos de oro
una víctima los votos hace, pero falta entre los agradecidos Esón
ya más cercano a la muerte y cansado en sus seniles años,

cuando así el Esónida: “Oh a quien deber mi salvación
165confieso, esposa, aunque a mí todas las cosas me has dado
y ha excedido a lo creíble la suma de los méritos tuyos,
sí, aun así, esto pueden –pues qué no tus canciones pueden–,
quítame de mis años, y los quitados añade a mi padre”,
y no contuvo las lágrimas: conmovióse ella de la piedad del que rogaba
170y a su desemejante ánimo acudió el Eetes que ella abandonó.
Y no, aun así, afectos tales confesando: “¿Qué abominación”,
dice, “ha salido de la boca tuya, esposo? ¿Así, que yo puedo
a alguien, crees, transcribir un espacio de tu vida?
Ni permita esto Hécate ni tú pides algo justo, pero que esto
175que pides mayor, probaré a darte un regalo, Jasón.
Con el arte mía la larga edad de mi suegro intentaremos,
no con los años tuyos, renovar, sólo con que la divina triforme
me ayude y presente consienta estos ingentes atrevimientos.
Tres noches faltaban para que sus cuernos todos se unieran
180y efectuaran su círculo: después de que llenísima fulgió
y con su sólida imagen las tierras miró la luna,
sale de los techos, de ropas desceñidas vestida,
desnuda de pie, desnudos sus cabellos por los hombros derramados,
y lleva errantes por los mudos silencios de la media noche
185no acompañada sus pasos. A hombres y pájaros y fieras
había relajado una alta quietud. Sin ningún murmullo serpea ella:
a la que está dormida semejante, sin ningún murmullo, la serpiente.
Inmóviles callan las frondas, calla el húmedo aire.
Las estrellas solas rielan, a las cuales sus brazos tendiendo
tres veces se torna, tres veces con aguas cogidas de la corriente
190el pelo se roró y en ternas de aullidos su boca
libera, y en la dura tierra puesta de hinojos:
“Noche”, dice, “a los arcanos fidelísima, y los que áureos
sucedéis, con la luna, a los diurnos, astros,
y tú tricéfala Hécate, que cómplice de nuestras empresas

¹⁹⁵y fautora vienes, y cantos y artes de los magos,
y la que a los magos, Tierra, de potentes hierbas equipas,
y auras y vientos y montes y caudales y lagos
y dioses todos de los bosques, y dioses todos de la noche, asistid,
con cuya ayuda cuando lo quise ante sus asombradas riberas los caudales
²⁰⁰a los manantiales retornaron suyos; y agitados calmo,
y quietos agito con mi canto los estrechos; las nubes expulso
y las nubes congreco, los vientos ahuyento y llamo,
vipéreas fauces rompo con mis palabras y canción,
y vivas rocas y convulsos robles de su tierra,
²⁰⁵y espesuras nuevo y mando temblar los montes
y mugir el suelo y a los manes salir de sus sepulcros.

A ti también, Luna, te arrastro, aunque de Témesa los bronce
las fatigas tuyas minoren, el carro también con la canción nuestra
palidece de mi abuelo, palidece la Aurora con nuestros venenos.

²¹⁰Vosotros para mí de los toros las llamas embotasteis, y con el corvo
arado su cuello ignorante de carga hundisteis,
vosotros a los nacidos de serpiente contra sí fieras guerras disteis,
y al centinela rudo de sueño dormisteis, y el oro,
a su defensor engañando, mandasteis a las griegas ciudades.

²¹⁵Ahora menester es de jugos, por los cuales renovada la senectud,
a la flor vuelva y sus primeros años recolecte,
y los daréis, pues ni rielaron las estrellas en vano
ni en vano por el cuello de voladores dragones tirado
mi carro aquí está.” Estaba allí, descendido del éter, su carro.

²²⁰Al cual una vez hubo ascendido y los enfrenados cuellos de los dragones
acarició y con sus manos sacudió las leves riendas,
sublime es arrebatada y sometido el tesalio Tempe
abajo mira y a arcillosas regiones acopla sus sierpes:
y las que el Osa ofrece, las hierbas que el alto Pelión,
²²⁵y el Otris y el Pindo, y que el Pindo mayor el Olimpo,
observa, y las que complacen, parte de raíz saca,

parte abate con la curvatura de su hoz de bronce.
Muchas también le pluguieron, gramas de las riberas del Apídano,
muchas también del Anfriso, y no eras tú inmune, Enipeo,
²³⁰y no dejó el Peneo, no dejaron del Esperquío las ondas
de contribuir algo, y los juncosos litorales del Bebe.
Cogió también de la eubea Antédona vivaz grama,
todavía no vulgar por el cuerpo mutado de Glauco.
Y ya el noveno día con su carro y alas de dragones,
²³⁵y la novena noche todos los campos lustrar la habían visto,
cuando regresó, y no habían sido tocados sino del olor los dragones,
y aun así de su añosa vejez la piel dejaron.

Se detuvo al llegar más acá del umbral y las puertas,
y sólo del cielo se cubre, y rehúye los masculinos
²⁴⁰contactos, e instituye unas aras de césped, en número de dos,
la más diestra de Hécate, mas por la izquierda parte de Juventa.
Éstas cuando de verbenas y de espesura agreste hubo ceñido,
no lejos sacando tierra de dos hoyos,
sus sacrificios hace, y cuchillos a unas gargantas de vellón negro
²⁴⁵lanza, y las anchurosas fosas inunda de sangre.
Entonces, encima vertiendo unas vasijas de transparente vino,
y otras vasijas vertiendo de tibia leche,
palabras a la vez derrama y los terrenos númenes aplaca
y de las sombras ruega, con su raptada esposa, al rey,
²⁵⁰que no se apresuren esos miembros a defraudar de su aliento senil.
A los cuales, cuando los hubo aplacado con sus plegarias y un murmullo largo,
que el cuerpo agotado de Esón fuera sacado a las auras
ordenó, y a él, relajado por su canción en plenos sueños,
a un muerto semejante, lo extendió en un lecho de hierbas.
²⁵⁵De allí lejos al Esónida, lejos de allí ordena marchar a los sirvientes,
y les advierte que de los arcanos quiten sus ojos profanos.
Se dispersan, así ordenados. Suelos Medea sus cabellos,
de las bacantes al rito, las flagrantes aras circunda

y antorchas de múltiples hendiduras en la fosa de sangre negra
²⁶⁰tiñe, y manchadas las enciende en las gemelas aras,
y tres veces al anciano con llama, tres veces con agua, tres veces con azufre lustra.

Mientras tanto una vigorosa droga en un dispuesto caldero
hierve, y bulle, y de espumas henchidas blanquea.

Allí las raíces en el valle hemonio cortadas

²⁶⁵y las semillas y flores y jugos negros cuece.

Añade piedras en el extremo Oriente buscadas,

y, que el mar refluyente del Océano lavó, arenas.

Añade también, recogidas en una trasnochadora luna, escarchas,

y de un búho infame, junto a sus mismas carnes, las alas,

²⁷⁰y del que solía en hombre mutar sus rostros ferinos,

de un ambiguo lobo, las entrañas; y no faltó a esas cosas

la escamosa membrana de una cinifia, tenue, fétida hidra,

y de un vivaz ciervo el hígado, a los cuales encima añade

la boca y cabeza de una corneja que nueve generaciones había pasado.

²⁷⁵Después que con éstas y mil otras cosas sin nombre

un propósito instruyó la bárbara más grande que lo mortal,

con una rama, árida desde hacía mucho tiempo, de clemente olivo

todo lo confundió y con lo de más arriba mezcló lo más profundo.

He aquí que el viejo palo que daba vueltas en el caliente caldero

²⁸⁰se hace verde a lo primero, y en no largo tiempo de frondas

se viste, y súbitamente de grávidas olivas se carga;

mas por donde quiera que del cavo caldero espumas lanzó

el fuego y a la tierra gotas cayeron calientes,

retoña la tierra y flores y mullidas pajas surgen.

²⁸⁵Lo cual una vez que vio, empuñando Medea la espada

abre la garganta del anciano, y el viejo crúor dejando

salir, rellena con sus jugos; los cuales, después que los embebió Esón

o por la boca acogidos o por la herida, la barba y los cabellos,

la canicie depuesta, un negro color arrebataron,

²⁹⁰expulsada huye la delgadez, se van la palidez y la decrepitud

y con añadido cuerpo se suplen las cavas arrugas
y sus miembros exuberan: Esón se asombra y en otro tiempo,
antes cuatro decenas de años, que tal era él, recuerda.

Había visto desde lo alto las maravillas de tan gran portento
²⁹⁵Líber y advertido de que sus jóvenes años a las nodrizas suyas
podían devolverse, toma este regalo de la Cólquide.

Medea y Pelias

Y para que no sus engaños cesen, un odio contra su esposo falso
la Fasiade simula, y de Pelias a los umbrales suplicante
huye, y a ella, puesto que abrumado él por la vejez está,
³⁰⁰la reciben sus nacidas; a las cuales la astuta cólquide, en un tiempo
pequeño, de una amistad mendaz con la imagen, atrapa,
y mientras relata entre los máximos de sus méritos haber quitado
a Esón la decrepitud y en esta parte se demora,
la esperanza ha introducido entre las vírgenes de Pelias creadas
³⁰⁵de que por arte pareja rejuvenecer podría el padre suyo,
y esto buscan, y un precio le ordenan que sin límite pacte.
Ella por breve espacio calla y dudar parece
y suspende los ánimos, fingiendo gravedad, de las que le rogaban.
Luego, cuando su propuesta hace: “Para que sea la fe más grande
³¹⁰del regalo este”, dice, “el que mayor en edad es,
el jefe de la grey entre las ovejas vuestras, cordero con mi droga se hará.”

En seguida, agotado por sus incontables años un lanado
traen, curvado su cuerno alrededor de sus cavas sienas;
del cual, cuando con su cuchillo hemonio su marchita garganta
³¹⁵perforó y de su exigua sangre manchó el hierro,
los miembros a la vez de la res y unos vigorosos jugos la envenenadora
sumerge en un caldero cavo: disminuye esto las articulaciones de su cuerpo,
sus cuernos se esfuman y no menos, con sus cuernos, sus años,
y tierno se oye un balido en medio del caldero,
³²⁰y sin demora, a las que del balido se asombran, les salta un cordero

y retoza en su huida y unas ubres lecheras quiere.

Pasmáronse las engendradas de Pelias, y después que las promesas exhibían su fe, entonces en verdad más encarecidamente la instan.

Tres veces los yugos Febo a sus caballos, en la ibérica corriente sumergidos,
³²⁵había quitado, y en la cuarta noche radiantes rielaban las estrellas, cuando a un arrebatador fuego la falaz Eetíade impone puro líquido y sin fuerzas unas hierbas.

Y ya a la muerte parecido el sueño, relajado su cuerpo, del rey, y con el rey suyo de sus centinelas, se había apoderado,

³³⁰al cual los habían entregado sus cantos y la potencia de su mágica lengua; habían entrado al serles ordenado, junto con la cólquide, en los umbrales sus nacidas y rodeaban el lecho: “¿Por qué ahora dudáis, inertes? Empuñad”, dice, “las espadas y el viejo crúor sacadle, que yo rellene las vacías venas con juvenil sangre.

³³⁵En las manos vuestras la vida está y la edad de vuestro padre.

Si piedad alguna hay y no unas esperanzas tenéis vanas, servicio prestad a vuestro padre y con las armas la vejez sacadle y su pus extraedle aunando vuestro hierro.”

Con tales apremios, según cada una de piadosa es, la impía primera es,
³⁴⁰y para no ser abominable, hace una abominación. Aun así, los golpes suyos ninguna contemplar puede y sus ojos vuelven y ciegas heridas dan, vueltas de espalda, con sus salvajes diestras.

Él, crúor manando, sobre su codo, aun así, levanta el cuerpo, y semidesgarrado del lecho intenta levantarse, y en medio

³⁴⁵de tantas espadas sus palidecientes brazos tendiendo:

“¿Qué hacéis, mis nacidas? ¿Quién para los hados de un padre os arma?”, dice. Cayeron en ellas arrestos y manos.

Al que más iba a decir, junto con sus palabras la garganta la cólquide le cortó, y despedazado lo sumergió en las calientes aguas,

³⁵⁰que si con sus aladas serpientes no se hubiese ido a las auras, no exenta hubiera quedado de castigo:

Huida de Medea

huye alta sobre el Pelión

sombrío, del Filireo los techos, y sobre el Otris,
y por el suceso del viejo Cerambo esos lugares conocidos:
él, con ayuda de las ninfas sostenido en el aire con alas,
³⁵⁵cuando la pesada tierra fuera enterrada por el ponto que la inundaba,
huyó, él no enterrado, de las ondas de Deucalión.

La eolia Pítane por la parte izquierda deja,
y hechos de piedra los simulacros de un largo dragón,
y del Ida el bosque, en el que los hurtos de su nacido, un novillo,
³⁶⁰ocultó Líber bajo la imagen de un falso ciervo,
y en donde el padre de Córito enterrado en un poco de arena fue,
y los campos que Mera con su nuevo ladrido aterrorizó,
y de Eurípilo la ciudad, en donde las madres de Cos cuernos
llevaron, entonces, cuando se alejaba de Hércules la tropa,
³⁶⁵y la Rodas de Febo, y de Iálisho los Telquines,
cuyos ojos, que con su misma visión arruinaban todas las cosas,
Júpiter lleno de odio a las ondas de su hermano sometió.
Atravesó también las murallas cartegas de la antigua Cea,
en donde su padre Alciramante se habría de asombrar de que pudiera
³⁷⁰nacer plácida, del cuerpo de su hija, un paloma.

Desde ahí el lago de Hirie la ve, y de Cigno el Tempe,
que un súbito cisne frecuentó: pues Filio allí,
por mandato del muchacho, unas aves y un fiero león
había entregado domados; a un toro también vencer siéndole ordenado
³⁷⁵lo había vencido, y enconado por su amor tantas veces despreciado,
al que esos premios supremos demandaba del toro, le negaba.

Él indignado: “Desearás dármele”, dijo y de su alta
roca saltó. Todos que había caído muerto creían:
hecho cisne con unas níveas alas se suspendía en el aire.

³⁸⁰Mas su genetriz Hirie, de su salvación ignorante, llorando
se delicueció y un pantano de su nombre se hizo.

Junta yace a ello Pleurón, en la cual con trepidantes alas
la Ofiade huyó, Combe, de las heridas de sus nacidos.

De ahí de Calaura los campos la Letoide contempla,
³⁸⁵de ese rey, vuelto ave junto con su esposa, cómplices.

Diestra Cilene está, en la cual con su madre Menefron
de acostarse había, al modo de las salvajes fieras.

Al Cefiso lejos de aquí, que lloraba los hados de su nieto,
vuelve su mirada, en una henchida foca por Apolo convertido,
³⁹⁰y de Eumelo a la casa, haciendo duelo en el aire de su nacido.

Finalmente con sus vipéreas plumas la Éfira Pirénide,
alcanza: aquí los antiguos divulgaron que en la edad primera
mortales cuerpos de unos pluviales hongos habían nacido.

Medea y Teseo

Pero después que con los colcos venenos ardió la recién casada
³⁹⁵y flagrante la casa del rey vieron los mares ambos,
con la sangre de sus nacidos se inunda su impía espada
y vengándose a sí misma mal la madre, de las armas de Jasón huyó.

De aquí, por los dragones arrebatada del Titán, entra
en los recintos de Palas, los que a ti, justísima Fene,
⁴⁰⁰y a ti, anciano Périfas, al par os vieron volando,
y apoyada en unas nuevas alas a la nieta de Polipemon.
La acoge a ella Egeo, sólo por este hecho condenable,
y no bastante la hospitalidad es, del tálamo también con la alianza a él la une.

Y ya estaba allí Teseo, prole ignorada para su padre,
⁴⁰⁵y, por la virtud suya, el de dos mares había pacificado, el Istmo.

De él para la perdición mezcla Medea el que un día
había traído consigo de las escíticas orillas, ese acónito.
Aquel recuerdan que de los dientes de la equidnea perra
surgido fue: una gruta hay, por su tenebrosa abertura ciega,
⁴¹⁰hay un camino declinante, por el cual el tirintio héroe
al que se resistía y contra el día y sus rayos rielantes

sesgaba sus ojos, con cadenas unidas a acero,
a Cérbero, arrastró, el cual, su rabiosa ira concitada,
llenó al par con sus ternas de ladridos las auras
⁴¹⁵y asperjó los verdes campos de sus espumas blanqueantes.
Que éstas se solidificaron creen, y que obteniendo alimentos de su feraz
y fecundo suelo, las fuerzas cobraron de hacer daño;
a los cuales, puesto que nacen vivaces en los duros escollos,
los rústicos acónitos los llaman; éstos por astucia de su esposa
⁴²⁰su propio padre, Egeo, a su nacido extendió como a enemigo.
Había cogido con ignorante diestra Teseo las dadas copas,
cuando su padre en el puño de marfil de su espada conoció
las señales de su familia y la fechoría sacudió de su boca.
Escapó ella de la muerte con unas nubes mediante sus canciones movidas.

⁴²⁵Mas su genitor, aunque se alegra de su salvo nacido,
atónito aun así está de que una ingente abominación, por tan poca
distancia, cometerse pudo: templa con fuegos las aras
y de presentes a los dioses colma y hieren las segures
los cuellos torosos de bovinos, atados sus cuernos con cintas.

⁴³⁰Ninguno entre los Erectidas se dice que más celebrado que aquel
día lució; preparan convites los padres
y el medio pueblo, y canciones –el vino su ingenio
haciendo– no dejan de cantar: “De ti, máximo Teseo,
se ha admirado Maratón por la sangre del creteo toro,
⁴³⁵y que, a salvo del cerdo, ara su Cromión el colono,
regalo y obra tuya es; la tierra epidauria por ti
vio, portadora de la maza, sucumbir de Vulcano a la prole,
vio también al inclemente Procrustes la cefisiade orilla;
de Cerción la muerte vio la Cereal Eleusis.

⁴⁴⁰Cayó aquel Sinis, que de sus grandes fuerzas mal se sirvió,
el que podía curvar los troncos, y bajaba desde lo alto
a la tierra los que a lo ancho habían de esparcir cuerpos: unos pinos.
Segura hasta Alcátoc, lelegeias murallas, una senda,

una vez terminó con Escirón, se abre, y dispersos la tierra
445]les niega una sede, una sede le niega a sus huesos de ladrón la onda,
los cuales, agitados mucho tiempo, se dice que los endureció su vejez
en escollos; de escollos el nombre de Escirón está prendido.
Si tus glorias y los años tuyos contar quisiéramos,
tus hechos someterían a tus años. Por ti, valerosísimo, estos votos
450públicos asumimos, de Baco por ti tomamos estos sorbos.”
Resuena, del asentimiento del pueblo y las súplicas de los fautores,
el real, y lugar triste alguno en toda la ciudad no hay.

Minos y Céfalo (I)

Aun así –hasta tal punto ningún placer es limpio
e inquietud alguna en las alegrías interviene–, Egeo
455unos goces no percibió íntegros por su nacido recobrado:
guerras prepara Minos, el cual, aunque en soldado, aunque
por su armada es fuerte, aun así por su paterna ira es firmísimo
y del asesinato de Androgeo se venga con justas armas.
Antes, con todo, para la guerra busca fuerzas amigas
460y con la que poderoso es considerado, con su voladora armada, los estrechos
recorre.
Por aquí a Anafe se adhiere y los reinos de Astipalea
–con promesas a Anafe, los reinos de Astipalea con la guerra–,
por aquí la humilde Míconos, y los arcillosos campos de Cimolos,
y floreciente de tomillo a Citnos, y la plana Serifos,
465y la marmórea Paros, y a la que impía traicionó Arne,
† Siton † : recibido el oro, que avara había demandado,
mutada fue en un ave que ahora también ama el oro,
negra de pies, de negras plumas velada, la corneja.
Mas no Olíaros y Dídime y Tenos y Andros
470y Gíaros y de su nítida oliva feraz Peparetos
a las naves ayudaron de Gnosos. De allí por su costado siniestro
a Enopia Minos acude, de los Eácidas los reinos:

Enopia los antiguos la llamaron, pero el propio
Éaco Egina, de su genetriz con el nombre, le llamó.

⁴⁷⁵La multitud se lanza y de tanta fama a un hombre conocer
ansía; al encuentro corren de él Telamón y menor
que Telamón Peleo y, la prole tercera, Foco;
el mismo también sale, tardo por la pesadez senil,
Éaco, y cuál sea de su venida la causa pregunta.

⁴⁸⁰Al serle recordado de su padre el luto suspira y a él
palabras le refiere tales el regidor de los cien pueblos:

“Que estas armas favorezcas te pido, por mi nacido tomadas, y de esta piadosa
milicia parte seas: para su túmulo consuelos demando.”

A él el Asopíada: “Pides cosa inútil”, dijo, “y que la ciudad
⁴⁸⁵no ha de hacer mía; pues no más unida ninguna
tierra a los cecrópides que ésta está: tales las alianzas nuestras.”
Triste se va y: “Se mantendrán para ti tus pactos a alto precio”,
dijo, y más útil una guerra amenazar piensa que es,
que hacerla, y sus fuerzas allí previamente consumir.

⁴⁹⁰La armada lictia desde los enopios muros todavía
contemplarse podía, cuando a plena vela lanzada
una ática popa llega y en esos puertos amigos entra,
la cual a Céfalo, y de la patria a la vez unos encargos, llevaba.
Los Eácidas jóvenes, después de largo tiempo visto,
⁴⁹⁵reconocieron, aun así, a Céfalo y sus diestras le dieron
y de su padre a la casa lo condujeron. Digno de ver el héroe,
y de su vieja hermosura reteniendo todavía ahora las prendas
avanza, y una rama sosteniendo de su paisana oliva
a su diestra y su siniestra a dos de edad menor,
⁵⁰⁰él el mayor, tiene, a Clito y Butes, por Palante creados.

Después que sus encuentros primeros sus palabras propias llevaron,
del Cecrópida los encargos Céfalo cumple y le ruega
auxilio y el pacto le recuerda y las leyes de sus padres
y que el dominio se pretende de toda la Acaya añade.

⁵⁰⁵Así, cuando la encargada causa su elocuencia hubo alentado,
Éaco, en el puño de su cetro su mano siniestra apoyando:
“Auxilio no pedid, sino tomadlo”, dijo, “oh Atenas,
y sin dudar las fuerzas que esta isla tiene, vuestras
decidlas, y todo lo que de las cosas mías el estado es.
⁵¹⁰Reciedumbre no falta: me sobra a mí soldado y hueste.
Gracias a los dioses, feliz e inexcusable tiempo este.”
“Mejor que así sea”, Céfaló: “Que crezca tu urbe en ciudadanos
te deseo”, dice. “Llegando yo, ciertamente, ahora poco, gozos sentí
cuando una tan bella, tan semejante en edad, esta juventud
⁵¹⁵a mi encuentro avanzaba; muchos, aun así, entre ellos echo de menos,
a los que un día vi en vuestra ciudad anteriormente al ser recibido.”

La peste de Egina

Éaco gimió hondo y con triste voz así hablando:
“A un luctuoso principio una mejor fortuna ha seguido.
Ésta ojalá pudiera a vosotros recordaros sin aquél.
⁵²⁰Por su orden ahora lo recordaré y para no con un largo rodeo deteneros:
huesos y cenizas yacen los que con memorativa mente echas de menos,
y cuánta parte, ellos, del estado mío, perecieron.
Una siniestra peste por la ira injusta de Juno sobre estos pueblos
cayó, al odiar ella, dichas por su rival, estas tierras.
⁵²⁵Mientras pareció mortal la desgracia y de tan gran calamidad
se escondía la causa dañina, combatióse con el arte médica;
la perdición superaba al remedio, que vencido yacía.
Al principio el cielo una espesa bruma sobre las tierras
puso y unos perezosos ardores encerró entre esas nubes,
⁵³⁰y mientras cuatro veces juntando sus cuernos completó su círculo
la Luna, cuatro veces su pleno círculo, atenuándose, destejió,
con mortíferos ardores soplaron los calientes austros.
Consta que también hasta los manantiales el daño llegó, y los lagos,
y muchos miles de serpientes por los incultivados campos

⁵³⁵vagaron y con sus venenos los ríos profanaron.

En el estrago de los perros primero, y de las aves y ovejas y bueyes
y entre las fieras, de la súbita enfermedad se captó la potencia.

De que caigan el infeliz labrador se maravilla, vigorosos,
entre la labor, los toros, y en mitad se tumben del surco.

⁵⁴⁰De las lanadas greyes, balidos dando dolientes,
por sí mismas las lanas caen y sus cuerpos se consumen.

El acre caballo un día y de gran fama en el polvo,
desmerece de sus palmas, y de sus viejos honores olvidado
junto al pesebre gime a punto de morir de enfermedad inerte;

⁵⁴⁵no el jabalí de su ira se acuerda, no de confiar en su carrera
la cierva, ni contra los fuertes ganados de correr los osos.

Todo el languor lo posee y en las espesuras y campos y caminos
cuerpos feos yacen y vician con sus olores las auras.

Maravillas diré: no los perros y las ávidas aves,

⁵⁵⁰no los canos lobos a ellos los tocaron; caídos se licuecen
y con su aflato dañan y llevan sus contagios a lo ancho.

“Llega a los pobres colonos con daño más grave
la peste y en las murallas señorea de la gran ciudad.

Las vísceras se queman a lo primero, y de la llama escondida

⁵⁵⁵indicio el rubor es y el producido anhélito.

Áspera la lengua se hincha, y por esos tibios vientos árida
la boca se abre, y auras graves se reciben por la comisura.

No la cama, no ropas soportarse algunas pueden,
sino en la dura tierra ponen sus torsos, y no se vuelve

⁵⁶⁰el cuerpo de la tierra helado, sino la tierra de ese cuerpo hierve,
y moderador no hay, y entre los mismos que la medican salvaje
irrumpe la calamidad, y en contra están de sus autores sus artes.

Cuanto más cercano alguien está y sirve más fielmente a un enfermo,
al partido de la muerte más pronto llega, y cuando de salvación

⁵⁶⁵la esperanza se ha ido y el fin ven en el funeral de la enfermedad,
ceden a sus ánimos y ninguna por qué sea útil su preocupación es,

pues útil nada es. Por todos lados, dejado el pudor,
a los manantiales y ríos y pozos espaciosos se aferran
y no la sed es extinguida antes que su vida al beber;
⁵⁷⁰de ahí, pesados, muchos no pueden levantarse y dentro de las mismas
aguas mueren; alguno aun así toma también de ellas.

Y, tan grande es para los desgraciados el hastío del odiado lecho,
de él saltan, o si les prohíben sostenerse sus fuerzas,
sus cuerpos ruedan a tierra y huye de los penates
⁵⁷⁵cada uno suyos, y a cada uno su casa funesta le parece,
y puesto que la causa está oculta, su lugar pequeño está bajo acusación.
Medio muertos errar por las calles, mientras estar de pie podían,
los vieras, llorando a otros y en tierra yacentes
y sus agotadas luces volviendo en su supremo movimiento,
⁵⁸⁰y sus miembros a las estrellas tienden del suspendido cielo,
por aquí y allá, donde la muerte los sorprendiera, expirando.

Cuánto yo entonces ánimo tuve, o cuánto debí de tener,
que la vida odiara y deseara parte ser de los míos.
Adonde quiera que la mirada de mis ojos se volvía, por allí
⁵⁸⁵gente había tendida, como cuando las pútridas frutas
caen al moverse sus ramas y al agitarse su encina las bellotas.
Unos templos ves enfrente, sublimes con sus peldaños largos
—Júpiter los tiene—: ¿quién no a los altares esos
defraudados inciensos dio? ¿Cuántas veces por un cónyuge su cónyuge,
⁵⁹⁰por su nacido el genitor, mientras palabras suplicantes dice,
en esas no exorables aras su vida terminó,
y en su mano del incienso parte, no consumida, encontrada fue?
¿Llevados cuántas veces a los templos, mientras los votos el sacerdote
concibe y derrama puro entre sus cuernos vino,
⁵⁹⁵de una no esperada herida cayeron los toros?
Yo mismo, sus sacrificios a Júpiter por mí, mi patria y mis tres
nacidos cuando hacía, mugidos siniestros la víctima
dejó escapar, y, súbitamente derrumbándose sin golpes algunos,

de su exigua sangre tiñó, puestos bajo ella, los cuchillos.

⁶⁰⁰Sus entrañas también enfermas las señas de la verdad y las advertencias de los dioses

habían perdido: tristes penetran hasta las vísceras las enfermedades.

Delante de los sagrados postes vi arrojados cadáveres,
delante de las mismas –para que la muerte trajera más inquina– aras.

Parte su aliento con el lazo cierran y de la muerte el temor

⁶⁰⁵con la muerte ahuyentan y voluntariamente llaman a unos hados que se acercan.

Los cuerpos enviados a la muerte en ningún funeral, como de costumbre,
se llevan, pues tampoco abarcaban los funerales las puertas;

o no sepultados pesan sobre las tierras o son dados a las altas
piras, no dotados. Y ya reverencia ninguna hay

⁶¹⁰y acerca de las piras pelean y en ajenos fuegos arden.

Quienes les lloren no hay, y no lloradas vagan

de los nacidos y hombres las ánimas, y de jóvenes y viejos,

y ni lugar para los túmulos, ni bastante árbol hay para los fuegos.

Atónito por tan gran torbellino de desgraciadas cosas:

⁶¹⁵“Júpiter, oh”, dije, “si que tú, relatos no falsos

cuentan, a los abrazos de Egina, la Esópide, fuiste,

ni tú, gran padre, nuestro padre te avergüenzas de ser,

o a mí devuelve a los míos, o a mí también guárdame en el sepulcro.”

Él una señal con el relámpago dio, y el trueno siguiente.

⁶²⁰“Los acojo y sean éstos, te ruego, felices signos

de la mente tuya”, dije; “el presagio que me das tomo por prenda.”

Por acaso había allí junto, de anchurosas ramas ralísima,

consagrada a Júpiter, una encina de simiente de Dodona.

Aquí nos unas recolectoras observamos, en fila larga,

⁶²⁵una gran carga en su exigua boca, unas hormigas, llevando,

que por la rugosa corteza preservaban su calle.

Mientras su número admiro: “Otros tantos, padre óptimo”, dije,

“tú a mí dame, y estas vacías murallas suple.”

Se estremeció y, sus ramas moviéndose sin brisa, un sonido

⁶³⁰la alta encina dio: de pavoroso temor el cuerpo mío
se estremeció y erizado tenía el pelo; aun así, besó a la tierra
y a los robles di, y que yo tenía esperanzas no confesaba;
tenía esperanzas, aun así, y con mi ánimo mis votos alentaba.
La noche llega y, hostigados por las inquietudes, de los cuerpos el sueño
⁶³⁵se apodera: ante mis ojos la misma encina a mí que estaba,
y que prometía lo mismo, y los mismos animales en las ramas
suyas llevaba, me pareció, y que parejamente temblaba con aquel movimiento,
y que la recolectora fila esparcía en sus subyacentes campos;
que crece de súbito, y mayor y mayor parece,
⁶⁴⁰y se levanta en la tierra y en un recto tronco se asienta
y su delgadez y su número de pies y negro color
depone y que la humana forma a su miembros introduce.

El sueño se va. Condeno despierto mis propias visiones y me lamento
de que en los altísimos de ayuda no haya nada; mas en las estancias un ingente
⁶⁴⁵murmullo había y voces de hombres oír me parecía,
ya para mí desacostumbradas. Mientras sospecho que ellas también del sueño
son, viene Telamón presto y, abriéndose las puertas:

“Que la esperanza y la fe, padre”, dijo, “cosas mayores verás.
Sal.” Salgo y, cuales en la imagen del sueño

⁶⁵⁰me pareció haber visto unos hombres, por su orden tales
los contemplo y reconozco: se acercan y a su rey saludan.
Mis votos a Júpiter cumplo y a estos pueblos recientes la ciudad
reparto y, vacíos de sus primitivos cultivadores, los campos,
y mirmidones los llamo, y de su origen sus nombres no privo.
⁶⁵⁵Sus cuerpos has visto; sus costumbres, las que antes tenían,
ahora también tienen: parca su raza es y sufridora de fatigas
y de su ganancia tenaz y que lo ganado conserve.

Éstos a ti a tus guerras, parejos en años y ánimos, te seguirán,
tan pronto como el que a ti felizmente te ha traído, el euro”

⁶⁶⁰—pues el euro le había traído— “háysese mutado en austros.”

Céfalo (II)

Con tales y otros discursos ellos llenaron
el largo día: de la luz la parte última a la mesa,
fue dada, la noche a los sueños. Su resplandor el áureo Sol había levantado;
soplaba todavía el euro y unas velas que habían de regresar retenía.

⁶⁶⁵A Céfalo los engendrados de Palante, cuya edad mayor era,
al rey, Céfalo junto a los creados de Palante,
acuden, pero todavía al rey un sopor alto retenía.

Los recibe un Eácida a ellos en la entrada, Foco,
pues Telamón y su hermano los hombres para la guerra elegían.

⁶⁷⁰Foco a un más interior espacio y a unos bellos recesos
a los Cecrópidas conduce, con los que a la vez él se sienta.

Observa que el Eólida, de un desconocido árbol hecha,
lleva en la mano una jabalina, de la cual fuera áurea la cúspide.
Pocas cosas antes en las intermedias conversaciones habiendo dicho:

⁶⁷⁵“Soy a los bosques aficionado”, dice, “y a la matanza de fieras.

De qué espesura, aun así, tengas ese astil cortado
hace tiempo que dudo. Ciertamente si de fresno fuera
de bermejo color sería; si cornejo, nudo en medio tendría.

De dónde sea lo ignoro, pero no más hermosa que ella

⁶⁸⁰han visto los ojos nuestros un arma arrojadiza.”

Toma la palabra de los acteos hermanos el otro, y: “Un uso
mayor que su hermosura admirarás”, dijo, “en él.

Alcanza cuanto busca y la fortuna, cuando es lanzado,
a él no le rige, y vuelve volando, sin que nadie lo traiga, cruento.”

⁶⁸⁵Entonces verdaderamente el joven Nereio todo pregunta,
por qué le fue y de dónde dado, quien de tan gran regalo el autor.

Céfalo (III) y Procris

Lo que pide él relata, pero lo que narrar pudor le da,
por qué merced lo obtuvo, guarda silencio, y tocado del dolor
de su esposa perdida, así, con lágrimas brotadas, habla:

⁶⁹⁰“Ésta, nacido de una diosa —¿quién podría creerlo?—
esta arma llorar me hace y lo hará por mucho tiempo, si vivir a nos
los hados por mucho tiempo dieran: ella a mí, con mi esposa querida,
me perdió: de éste regalo ojalá hubiera carecido siempre.

Procris era, si acaso más ha arribado a los oídos tuyos
⁶⁹⁵Oritía, hermana de la raptada Oritía.

Si la hermosura y el carácter quisieras comparar de las dos,
más digna ella de ser raptada. Su padre a ella a mí la unió, Erecteo,
a ella a mí la unió el amor: feliz se me decía y era.

No así a los dioses les pareció, o ahora también quizás yo lo sería.

⁷⁰⁰El segundo mes pasaba, después de los sacrificios conyugales,
cuando a mí, que a los cornados ciervos tendía redes,
desde el vértice supremo del siempre floreciente Himeto,
ocre por la mañana, me ve la Aurora, ahuyentadas las tinieblas,
y contra mi voluntad me rapta. Lícito me sea la verdad referir,
⁷⁰⁵con la venia de la diosa: aunque sea por su cara de rosa digna de admirar,
aunque tenga los de la luz, tenga los confines de la noche,
aunque de nectáreas aguas se alimente, yo a Procris amaba.

En mi pecho Procris estaba, Procris siempre en mi boca.

De los sacramentos del diván y de las uniones nuevas y tálamos recientes

⁷¹⁰y primeros pactos le contaba de mi abandonado lecho.

Conmovióse la diosa y: “Detén, ingrato, tus lamentos.

A Procris ten”, dijo, “que si la mía providente mente es,
no haberla tenido querrás.” Y a mí a ella, llena de ira, me remitió.

Mientras vuelvo y conmigo las advertencias de la diosa repaso,

⁷¹⁵a existir el miedo empezó de que las leyes conyugales mi esposa
no bien hubiera guardado. Su hermosura y su edad me ordenaban
creer en su adulterio. Me prohibían creerlo sus costumbres.

Pero aun así yo había estado ausente, pero también ésta era, de donde volvía,
de ese crimen ejemplo, pero todo tememos los enamorados.

⁷²⁰Indagar por lo que me duela decido, y con regalos su púdica
fidelidad inquietar. Alienta este temor la Aurora

y transmuta –me parece haberlo sentido– mi figura.
A la Paladia Atenas llevo no reconocible
y entro en mi casa: de culpa la casa misma carecía
⁷²⁵y castas señales daba y por su dueño raptado estaba angustiada:
apenas acceso, por mil engaños, a la Erécide fue logrado.
Cuando la vi me quedé suspendido y casi abandoné las premeditadas
tentaciones a su fidelidad. Mal, para no confesarle la verdad,
me contuve, mal para –como oportuno era– besos no ofrecerle.
⁷³⁰Triste estaba, pero ninguna aun así más hermosa que ella
triste haber puede, y por la nostalgia se dolía
de su esposo arrebatado. Tú colige cuál en ella,
Foco, la gracia sería, a quien así el dolor mismo la agraciaba.
Para qué referir cuántas veces las tentaciones nuestras su púdico
⁷³⁵carácter rechazara, cuántas veces: “Yo”, había dicho, “para uno solo
me reservo. Donde quiera que esté, para uno solo mis goces reservo.”
¿Para quién en su sano juicio bastante esta comprobación de su fidelidad
grande no sería? No me quedé contento y contra mis propias heridas
pugno, mientras diciéndole que fortunas le daría yo por una noche,
⁷⁴⁰y los regalos aumentando, al fin a dudar la obligué.
Grito yo, en mala hora farsante: “Delante tienes en mala hora fingido a un adúltero:
tu verdadero esposo era yo: conmigo, perjura, como testigo has sido cogida”;
ella nada; en su callado pudor únicamente vencida,
de esos insidiosos umbrales, y con ellos de su esposo en mala hora, huye,
⁷⁴⁵y ofendida del mío, por todo el género llena de odio de los hombres,
por los montes erraba a los afanes dedicada de Diana.
Entonces a mí, abandonado, más violento un fuego hasta los huesos
me llega. Rogaba su perdón y haber pecado confesaba
y que hubiera podido, dados esos regalos, sucumbir a semejante
⁷⁵⁰culpa yo también, si regalos tan grandes se me dieran.
A mí, que tales cosas confesaba, su herido pudor antes vengando,
regresa ella, y dulces en concordia pasó los años.
Me da a mí además, como si consigo pequeños dones

me hubiese dado, un perro de regalo, el cual, cuando se lo entregara a ella

⁷⁵⁵su Cintia: “Corriendo superará”, había dicho, “a todos.”

Me da a la vez también la jabalina que nos, como ves, tenemos.

El perro de caza y la fiera

¿De este regalo otro cuál sea la fortuna, quieres saber?

Escucha cosa admirable. Por la novedad te conmoverás del hecho.

Canciones el Láida no comprendidas por los talentos
⁷⁶⁰de sus predecesores había resuelto, y despeñada yacía,
olvidada de los ambages suyos, la vate oscura.

[Claro es que la nutricia Temis no tales cosas deja sin venganza.]

En seguida a la aonia Tebas se envía una segunda
peste, y por la destrucción de sus ganados muchos payeses,
⁷⁶⁵y la suya propia, tuvieron miedo de la fiera. La juventud vecina
acudimos, y los anchos campos en ojeo ceñimos.

Ella, por su ligero salto veloz, superaba las redes
y lo alto de los linos traspasaba de las puestas redes.
Su cópula se quita a los perros, de los que ella, que la perseguían,
⁷⁷⁰huye, y su contacto no más lenta que un ave burla.

Se me demanda a mí por consenso grande a mi Lelaps:
de mi regalo, éste el nombre; ya hace tiempo que de sus ataduras lucha
por despojarse él mismo, y con el cuello, al ellas retenerlo, las tensa.

No bien soltado fue, y ya no podíamos dónde estaba
⁷⁷⁵saber. De sus pies las huellas el polvo caliente tenía,
él de nuestros ojos se había arrancado: no más rápida que él
una asta, ni sacudidas de la arremolinada honda las balas,
ni el cálamo leve sale de un arco de Gortina.

De mitad de una colina el pico emerge sobre los campos a ella sometidos.

⁷⁸⁰Me alzo a él y percibo el espectáculo de una novedosa carrera
en la que ora ser cogida, ora sustraerse de la misma
herida la fiera parece, y no por una senda recta, astuta,
y a un espacio huye, sino que burla la boca de su perseguidor

y vuelve en redondo, para que no mantenga su ímpetu su enemigo.

⁷⁸⁵La acosa éste, y la sigue pareja y, semejante al que la tuviera,
no la tiene y vanos repite en el aire sus mordiscos.

A la ayuda me volvía yo de mi jabalina, la cual, mientras la derecha mía
la balancea, mientras los dedos en sus correas aplicar intento,
mis luces giré, y, revocadas de nuevo, al mismo sitio

⁷⁹⁰las había devuelto: en medio –asombroso– del llano dos mármoles
contemplo. Huir éste, aquél ladrar creerías.

Claro es que invictos ambos en la disputa de esa carrera
que quedaran un dios quiso, si algún dios les asistió a ellos.”

Muerte de Procris

Hasta aquí, y calló: “¿Y en la jabalina propia, qué crimen hay?”,

⁷⁹⁵Foco dice. Y de la jabalina así los crímenes recontó él:

“Nuestros goces el principio son, Foco, de nuestro dolor:
ellos antes te contaré. Agrada, oh, acordarse de ese feliz
tiempo, Eácida, en el que durante los primeros años, como es rito,
con mi cónyuge era feliz, feliz era ella con su marido.

⁸⁰⁰Una mutua inquietud a los dos y un amor común nos tenía,
y ni de Júpiter ella a mi amor los tálamos preferiría,
ni a mí que me atrapara, no si Venus misma viniera,
alguna había. Iguales abrasaban llamas nuestros pechos.

Con el sol apenas con sus radios primeros hiriendo las cumbres

⁸⁰⁵de caza a las espesuras juvenilmente ir yo solía,
ni conmigo sirvientes ni caballos ni de narinas acres
ir perros, ni los linos nudosos seguirme solían:

seguro estaba con la jabalina. Pero cuando saciado de matanza
de fieras mi derecha se había, regresaba yo al frío y las sombras,

⁸¹⁰y, la que de los helados valles salía, aura.

Esa aura buscaba lene en medio yo del calor,
esa aura ansiaba, descanso era ella para la fatiga.

“Aura”, pues, recuerdo, “vengas tú”, cantar solía,

“y a mí me confortes y entres en los senos, gratísima, nuestros
⁸¹⁵y, como haces, volver a aliviar quieras, con los que ardemos, estos calores.”

Quizás añadiera –así a mí mis hados me arrastraban–
ternuras más, y: “Tú para mí gran placer”,
decir habría solido, “tú me repones y alientas,
tú haces que las espesuras, que ame estos lugares solos:
⁸²⁰el aliento este tuyo siempre sea buscado por mi boca.”

A estas voces ambiguas engañado oído prestó
no sé quién, y el nombre del aura, tan a menudo invocado,
ser cree de una ninfa, a una ninfa cree que yo amo.

Al instante, de ese crimen fingido temerario delator,
⁸²⁵a Procris acude y con su lengua refiere los oídos susurros.

Crédula cosa el amor es. Por el súbito dolor desvanecida,
según a mí se narra, cayó, y tras largo tiempo
reponiéndose, desgraciada ella, ella de un hado inicuo se dijo
y de mi fidelidad se lamentó, y por un crimen incitada vano,
⁸³⁰de lo que nada es tuvo miedo, tuvo miedo sin cuerpo de un nombre,
y se duele la infeliz como de una rival verdadera.

Muchas veces aun así duda y espera, desgraciadísima, engañarse
y de la delación la veracidad niega y, si no los viera ella misma,
de condenar no ha los delitos de su marido.

⁸³⁵Las siguientes luces habían ahuyentado de la Aurora a la noche.
Salgo y a las espesuras acudo, y vencedor por las hierbas:
“Aura, ven”, dije, “y nuestra fatiga remedia”,
y súbitamente unos gemidos entre mis palabras me pareció,
no sé cuáles, haber oído: “Ven”, aun así, “la mejor”, mientras yo decía,
⁸⁴⁰una fronda caduca un leve crujido de nuevo al hacer,
consideré que era una fiera y mi dardo volátil le lancé.

Procris era, y en medio sosteniendo de su pecho su herida:
“¡Ay de mí!”, clama. La voz cuando fue conocida de mi fiel
cónyuge a su voz en picado y amente corrí.

⁸⁴⁵Medio muerta y sus asperjadas ropas ensuciando la sangre,

y sus regalos, triste de mí, de la herida sacando
la encuentro, y su cuerpo, que el mío para mí más querido, con codos
blandos levanto y desgarrándome desde el pecho la ropa
sus heridas salvajes ligo e intento inhibir el crúor,
⁸⁵⁰y que no a mí, por la muerte suya abominable, me abandone, le imploro.
De fuerzas ella carente y ya moribunda se obligó
a estas pocas palabras decir: “Por los pactos de nuestro lecho
y por los dioses suplicante te imploro, por los altísimos y los míos,
por lo que quiera que he merecido de ti bien y por el que permanece
⁸⁵⁵ahora también, cuando muero, causa para mí de muerte, mi amor,
en los tálamos nuestros que Aura entre no tolere como esposa”,
dijo, y el error entonces por fin que había de un nombre
sentí y le mostré. ¿Pero qué mostrarlo ayudaba?
Se resbala y sus pocas fuerzas huyen con su sangre,
⁸⁶⁰y mientras algo mirar puede, a mí me mira y en mí
su infeliz aliento, y en mi boca, exhala.
Pero, por su semblante mejor, morir tranquila parece.”

Céfalo (IV)

A quienes lloraban estas cosas, llorando el héroe, recordaba, y he aquí
que Éaco entra con su doble prole y el nuevo
⁸⁶⁵ejército; el cual recibe Céfalo, junto con sus fuertes armas.

Libro octavo

Céfalo (V)

Ya el nítido día cuando hubo descubierto el Lucero, y ahuyentado
de la noche los tiempos, cae el Euro y las húmedas nubes
se levantan: dan curso, plácidos, a los que regresan los Austros,
a los Eácidas y a Céfalo, por los cuales, felizmente llevados,
⁵antes de lo esperado los puertos buscados tuvieron.

Escila y Minos

Entre tanto Minos los lelegeos litorales devasta
y pone a prueba las fuerzas de su mavorte en la ciudad
de Alcátoo, que Niso tiene, el cual, entre sus honoradas canas,
en medio de su cabeza, un solo cabello, esplendente de púrpura,
¹⁰tenía prendido: garante de su gran reino.

Los sextos cuernos resurgían de la naciente luna
y en suspenso estaba aún la fortuna de la guerra y largo tiempo
entre uno y otro vuela con dudosas alas la Victoria.
Una regia torre había adosada a sus vocales murallas,
¹⁵en las cuales su áurea lira se dice que la prole
de Leto depuso: a su roca el sonido de ella quedó prendido.
Muchas veces allí solió ascender la hija de Niso,
y alcanzar con una exigua piedrecita esas resonantes rocas,
entonces, cuando paz hubiera; en la guerra también muchas veces solía
²⁰contemplar desde ella las disputas del riguroso Marte;
y ya por la demora de la guerra de los próceres también los nombres conocía
y sus armas y caballos y hábitos y sus cidóneas aljabas.
Conocía antes que los otros la faz del jefe hijo de Europa,
más aún de lo que conocer bastante es. Con ella de juez, Minos,
²⁵si su cabeza había escondido en su crestado yelmo de plumas,
en gálea hermoso era, o si había cogido, por su bronce
fulgente, su escudo, su escudo haber cogido le agraciaba.
Había blandido tensando los brazos sus astiles flexibles,
alababa la virgen, unida con sus fuerzas, su arte.
³⁰Imponiéndoles un cálamo había curvado los abiertos arcos:
que así Febo, juraba, se apostaba cuando cogía sus saetas.
Pero cuando su faz desnudaba quitándose el bronce,
y purpúreo montaba las espaldas de su blanco caballo, insignes
por sus pintas gualdrapas, y sus espumantes bocas regía,
³⁵apenas suya, apenas dueña de su sana mente la virgen
Niseide era: feliz la jabalina que tocara él,

y los que con su mano estrechaba felices a esos frenos llamaba.
El impulso es de ella, lícito sea sólo, llevar por la fila
enemiga sus virgíneos pasos, es el impulso de ella
⁴⁰de las torres desde lo más alto hacia los gnósios cuarteles lanzar
su cuerpo, o las broncíneas puertas al enemigo abrir
o cualquier otra cosa que Minos quiera. Y cuando estaba sentada
las blancas tiendas contemplando del dicteo rey:
“Si me alegre”, dice, “o me duela de que se haga esta lacrimosa guerra
⁴⁵en duda está. Me duele porque Minos enemigo de quien le ama es.
Pero si estas guerras no fueran, nunca yo conocido le habría.
De ser yo, aun así, aceptada como rehén, podría él deponer
la guerra: a mí de compañera, a mí de prenda de paz me tendría.
Si la que a ti te parió tal fue, el más bello
⁵⁰de los reyes, cual eres tú, con motivo el dios ardió en ella.
Oh, yo, tres veces feliz si con alas bajando por las auras
pudiera en los cuarteles detenerme del gnósíaco rey
y confesándome ser yo, y las llamas mías, con qué dote, le preguntara,
querría que fuera comprada, sólo con que los patrios recintos no me demandara,
⁵⁵pues perezcan mejor mis esperados lechos, a que sea
por la traición poderosa. Aunque muchas veces la clemencia
de su vencedor plácido útil hizo el ser vencidos para muchos.
Justas hace ciertamente por su nacido extinguido estas guerras
y por su causa prevalece, y por las armas que su causa sostienen,
⁶⁰y, creo, seremos vencidos. ¿Qué salida, pues, queda a la ciudad?
¿Por qué su mavorte estas murallas mías a él le ha de abrir,
y no nuestro amor? Mejor sin matanza y demora,
y sin el coste podría vencer de su crúor.
No temeré realmente que alguien tu pecho, Minos,
⁶⁵hiera, en su imprudencia, ¿pues quién tan duro que a ti
a dirigir se atreva, si no es sin saberlo, una despiadada asta?
Estas empresas placen y consta mi decisión de entregar conmigo
como dote a la patria y un fin imponer a la guerra.

Empero querer poco es. Los accesos una custodia los guarda
70y los cerrojos de las puertas mi genitor los tiene: a él yo, solo,
infeliz de mí, temo, solo él mis deseos demora.

Los dioses hicieran que sin padre yo fuera. Para sí mismo cada uno en efecto
es el dios: las perezosas súplicas la Fortuna rechaza.

Otra ya hace tiempo, inflamada por un deseo tan grande,
75en destruir se gozaría cuanto se opusiera a su amor.

¿Y por qué alguna sería que yo más valiente? A ir por entre fuegos
y espadas me atrevería, y no en esto, aun así, de fuegos algunos
o de espadas menester es: menester es para mí del cabello paterno.
Él para mí es que el oro más precioso, esa púrpura
80dichosa a mí me ha de hacer, y de mi deseo dueña.”

A la que tal decía, máxima nodriza de las ansias,
la noche, le sobrevino, y con las tinieblas su audacia creció.
El primer descanso había llegado, en el cual, de sus ansias diurnas cansados,
los pechos el sueño tiene: en los tálamos paternos taciturna
85entra y —ay, mala acción—, su nacida al padre suyo
del cabello de sus hados despoja, y de esa presa nefanda apoderada,
lleva consigo el despojo de su abominación y saliendo de su puerta,
por mitad de los enemigos —en su mérito confianza tan grande tiene—
llega hasta el rey, al que así se dirigió, asustado:

90“Me persuadió el amor de la acción: prole yo, regia, de Niso,
Escila, a ti te entrego los de mi patria y mis penates.

Premios ningunos pido salvo a ti. Coge, prenda de mi amor,
el purpúreo cabello, y no que yo ahora te entrego un cabello,
sino de mi padre la cabeza a ti, cree”, y su criminal diestra

95los regalos extendió. Mínos lo extendido rehúye,
y turbado por la imagen de este nuevo hecho responde:

“Que los dioses te sustraigan, oh infamia de nuestro siglo,
del orbe suyo, y la tierra a ti y el ponto se nieguen.

De seguro yo no sufriré que a Creta, de Júpiter la cuna,
100que mi mundo es, tan gran monstruo le toque.”

Dijo y, cuando sus leyes a los cautivos enemigos, justísimo autor de ellas, hubo impuesto, que las amarras de su armada soltadas fueran ordenó, y las broncíneas popas empujadas a remo.

Escila, después que al estrecho bajadas nadar las quillas,

¹⁰⁵y que no le aprestaba ese general los premios a ella de su crimen, vio, consumidas las súplicas, a una violenta ira pasó

y tendiendo sus manos, furibunda, esparcidos sus cabellos:

“¿A dónde huyes”, exclama, “a la autora de estos méritos abandonando, oh, antepuesto a la patria mía, antepuesto a mi padre?”

¹¹⁰¿A dónde huyes, despiadado, cuya victoria nuestro crimen y también mérito es? ¿Ni a ti los dados regalos ni a ti nuestro amor te ha conmovido, ni que mi esperanza toda en solo tú reunida está? ¿Pues a dónde, abandonada, me volvería?

¿A la patria? Vencida yace. Pero supón que me quedo:

¹¹⁵por la traición mía cerrado se me ha a mí. ¿De mi padre a la cara, el cual a ti te doné? Los ciudadanos odian a quien lo merece, los vecinos del ejemplo tienen miedo: expósita soy, huérfana de tierras, de modo que a nos Creta sola se abriera.

En ella también, si nos prohíbes, y a nos, ingrato, abandonas,

¹²⁰no la genetriz Europa tuya es, sino la inhóspita Sirte

y de Armenia una tigresa y por el austro agitada Caribdis,

ni de Júpiter tú nacido, ni tu madre por la imagen de un toro arrastrada fue: de tu generación falsa es esa fábula; verdadero

y fiero, y no cautivado por el amor de novilla alguna,

¹²⁵el que te engendró un toro fue. ¡Exige los castigos,

Niso padre!, ¡gozaos de los males, recién traicionadas murallas,

nuestros! Pues lo confieso, lo he merecido y soy digna de morir.

Pero que aun así alguno de éstos a los que impía herí

me extinga. ¿Por qué, quien venciste por el crimen nuestro,

¹³⁰persigues ese crimen? Abominación éste para mi patria y mi padre,

servicio para ti sea. De ti en verdad como esposo digna es

la que adúltera en el leño engañó al torvo toro

y ese discorde feto en el útero llevó. ¿Es que a los oídos tuyos no llegan mis palabras? ¿Acaso inanes palabras
¹³⁵los vientos llevan, y los mismos, ingrato, tus quillas?
Ya, ya no es admirable que Pasífae un toro
haya antepuesto a ti: tú más fiereza tenías.
Pobre de mí, apresurarse ordena y convulsa por los remos
la onda suena; y conmigo a la vez, ah, mi tierra se le aleja.
¹⁴⁰Nada haces, oh, en vano olvidado de los méritos nuestros:
te seguiré, involuntario, y a tu popa abrazada recurva
por los estrechos largos me haré llevar.” Apenas lo dijera, adentro saltó de las ondas
y alcanza las naves, haciéndole el deseo las fuerzas,
y de la gnosíaca quilla prendida queda, compañera odiosa.
¹⁴⁵A la cual su padre cuando la vio, pues ya estaba suspendido en el aura
y recién convertido se había, de fulvas alas, en el águila marina,
a ella iba para, prendida, con su pico lacerarla corvo.
Ella de miedo la popa soltó, y el aura leve al ella caer,
que la sostuvo –para que no tocara los mares– parecía.
¹⁵⁰Su pluma fue: por esas plumas en ave mutada se la llama
ciris y de su tonsurado cabello ha este nombre tomado.
Sus votos a Júpiter Minos –los cuerpos de toros cien–
cumplió cuando, saliendo de sus naves, la curétide tierra
tocó, y con los despojos a ella fijados decorado fue su real.

El laberinto, el Minotauro y Ariadna

¹⁵⁵Había crecido el oprobio de su generación, y vergonzoso se manifestaba
de esa madre el adulterio por la novedad del monstruo biforme.
Decide Minos este pudor de su tálamo suprimir
y en una múltiple casa y ciegos techos encerrarle.
Dédalo, por su talento del fabril arte celebradísimo,
¹⁶⁰pone la obra, y conturba las señales y a las luces con el torcido
rodeo de sus variadas vías conduce a error.
No de otro modo que el frigio Meandro en las límpidas ondas

juega y con su ambiguo caer refluye y fluye
y corriendo a su encuentro mira las ondas que han de venir
¹⁶⁵y ahora hacia sus manantiales, ahora hacia el mar abierto vuelto,
sus inciertas aguas fatiga: así Dédalo llena,
innumerables de error, sus vías, y apenas él regresar
al umbral pudo: tanta es la falacia de ese techo.
En el cual, después que la geminada figura de toro y joven
¹⁷⁰encerró y al monstruo, con actea sangre dos veces pastado,
el tercer sorteo lo dominó, repetido a los novenos años,
y cuando con ayuda virgínea fue encontrada, no reiterada
por ninguno de los anteriores, esa puerta difícil con el hilo recogido,
al punto el Egida, raptada la Minoide, a Día
¹⁷⁵velas dio, y a la acompañante suya, cruel, en aquel
litoral abandonó. A ella, abandonada y de muchas cosas lamentándose,
sus abrazos y su ayuda Líber le ofreció, y para que por una perenne
estrella clara fuera, cogida de su frente su corona,
la envió al cielo. Vuela ella por las tenues auras
¹⁸⁰y mientras vuela sus gemas se tornan en nítidos fuegos
y se detienen en un lugar –el aspecto permaneciendo de corona–,
que medio del que se apoya en su rodilla está, y del que la sierpe tiene.

Dédalo e Ícaro

Dédalo entre tanto, por Creta y su largo exilio
lleno de odio, y tocado por el amor de su lugar natal,
¹⁸⁵encerrado estaba en el piélago. “Aunque tierras”, dice, “y ondas
me oponga, mas el cielo ciertamente se abre; iremos por allá.
Todo que posea, no posee el aire Minos.”
Dijo y su ánimo remite a unas ignotas artes
y la naturaleza innova. Pues pone en orden unas plumas,
¹⁹⁰por la menor empezadas, a una larga una más breve siguiendo,
de modo que en pendiente que habían crecido pienses: así la rústica fístula
un día paulatinamente surge, con sus dispares avenas.

Luego con lino las de en medio, con ceras aliga las de más abajo,
y así, compuestas en una pequeña curvatura, las dobla
¹⁹⁵para que a verdaderas aves imite. El niño Ícaro a una
estaba, e ignorando que trataban sus propios peligros,
ora con cara brillante, las que la vagarosa aura había movido,
intentaba apoderarse de esas plumas, ora la flava cera con el pulgar
mullía, y con el juego suyo la admirable obra
²⁰⁰de su padre impedía. Después que la mano última a su empresa
impuesto se hubo, su artesano balanceó en sus gemelas alas
su propio cuerpo, y en el aura por él movida quedó suspendido.
Instruye también a su nacido y: “Por la mitad de la senda que corras,
Ícaro”, dice, “te advierto, para que no, si más abatido irás,
²⁰⁵la onda grave tus plumas, si más elevado, el fuego las abrase.
Entre lo uno y lo otro vuela, y que no mires el Boyero
o la Ursa te mando, y la empuñada de Orión espada.
Conmigo de guía coge el camino.” Al par los preceptos del volar
le entrega y desconocidas para sus hombros le acomoda las alas.
²¹⁰Entre esta obra y los consejos, su mejillas se mojaron de anciano,
y sus manos paternas le temblaron. Dio unos besos al nacido suyo
que de nuevo no había de repetir, y con sus alas elevado
delante vuela y por su acompañante teme, como la pájara que desde el alto,
a su tierna prole ha empujado a los aires, del nido,
²¹⁵y les exhorta a seguirla e instruye en las dañinas artes.
También mueve él las suyas, y las alas de su nacido se vuelve para mirar.
A ellos alguno, mientras intenta capturar con su trémula caña unos peces,
o un pastor con su cayado, o en su esteva apoyado un arador,
los vio y quedó suspendido, y los que el éter coger podían
²²⁰creyó que eran dioses. Y ya la junonia Samos
por la izquierda parte –habían sido Delos y Paros abandonadas–,
diestra Lebinto estaba, y fecunda en miel Calimna,
cuando el niño empezó a gozar de una audaz voladura
y abandonó a su guía y por el deseo de cielo arrastrado

²²⁵más alto hizo su camino: del robador sol la vecindad
mulló—de las plumas sujeción— las perfumadas ceras.
Se habían deshecho esas ceras. Desnudos agita el los brazos,
y de remeros carente, no percibe auras algunas
y su boca, el paterno nombre gritando, azul
²³⁰la recoge un agua que el nombre saca de él.
Mas el padre infeliz, y no ya padre: “¡Ícaro!”, dijo,
“¡Ícaro!”, dijo, “¿Dónde estás? ¿Por qué región a ti he de buscarte?
¡Ícaro!”, decía. Las plumas divisó en las ondas,
y maldijo sus propias artes, y su cuerpo en un sepulcro
²³⁵encerró, también tierra por el nombre dicha del sepultado.

Perdiz

A él, mientras en el túmulo ponía el cuerpo de su pobre nacido,
gárrula desde una limosa encina lo contempló una perdiz
y aplaudió con sus alas y atestiguados su gozos por su canto fueron,
única entonces esa ave y no vista en los anteriores años,
²⁴⁰y, recién convertida en ave, largo crimen para ti, Dédalo, fue.
Pues a éste le había entregado —de sus hados ella ignorante—, para que él le enseñara,
al engendrado suyo su germana: sus cumpleaños pasados
una docena de veces un chico, de ánimo para los preceptos capaz.
Él incluso, las espinas que en medio de un pez se señalan,
²⁴⁵las sacó para ejemplo y en un hierro agudo talló
unos perpetuos dientes y de la sierra encontró el uso.
El primero él también dos brazos de hierro con un solo nudo
vinculó para que, por un igual espacio distantes ellos,
una parte quedara parada, la parte otra trazara un círculo.
²⁵⁰Dédalo lo envidió, y del sagrado recinto de Minerva
de cabeza lo envió, resbalado mintiéndole; mas a él,
la que alienta los ingenios, lo acogió Palas y ave
lo devolvió, y por mitad lo veló del aire de plumas,
pero el vigor de su ingenio, un día veloz, a sus alas

²⁵⁵y a sus pies se marchó. El nombre, el que también antes, permaneció.
No, aun así, esta ave alto su cuerpo levanta
ni hace en las ramas y la alta copa sus nidos.
Cerca de la tierra revolotea y pone en los setos sus huevos,
y, memoriosa de su antigua caída, tiene miedo a las alturas.

Meleagro y el jabalí de Calidón

²⁶⁰Y ya fatigado la tierra del Etna había recibido
a Dédalo, y, al coger las armas a favor de un suplicante, Cócalo
por compasivo era tenido; ya Atenas de pagar
había cesado, por la gloria de Teseo, su lamentable tributo:
los templos se coronan, a la guerreadora Minerva
²⁶⁵con Júpiter invocan, y los dioses otros, a los que con la sangre prometida
y sus presentes dándoles y sus acervos de incienso, honoran.
Había esparcido la errante fama por las argólicas ciudades el nombre
de Teseo, y los pueblos que la rica Acaya cogía,
de él la ayuda habían implorado en sus grandes peligros,
²⁷⁰de él la ayuda Calidón —aunque a Meleagro tuviera—
con angustiado ruego, suplicante, había pedido. La causa de la petición
un cerdo era, sirviente y defensor de la hostil Diana.
Pues cuentan que Eneo, de un año de prosperidad pleno,
las primicias de los frutos a Ceres, sus vinos a Lieo,
²⁷⁵los Paladios licores a la flava Minerva había ofrendado.
Empezando por los campestres, a todos los altísimos arribó
su ambicionado honor. Solas sin incienso dejadas,
preteridas, que cesaron cuentan de la Latoide las aras.
Toca también la ira a los dioses: “Mas no impunemente lo llevaremos,
²⁸⁰y, la que no honorada, no también se nos dirá no vengada”,
dice, y, despreciada, por los campos Olenios mandó
un vengador jabalí, cuanto mayores toros la herbosa
Epiros no tiene, pero los tienen los sículos campos menores.
De sangre y fuego rielan sus ojos, rígida está su erizada cerviz,

²⁸⁵también sus cerdas semejantes a rígidos astiles se erizan,
[y se yerguen como una empalizada, como altos astiles, sus cerdas].
Hirviente, junto con su bronco rugido, por sus anchas espaldillas
la espuma le fluye, sus dientes se igualan a los dientes indos,
un rayo de su boca viene, las frondas con sus aflatos arden.
²⁹⁰Él, ora los crecientes sembrados pisotea, aún en hierba,
ahora los maduros votos siega de un colono que habrá de llorarlos,
y a Ceres en espigas la intercepta, la era en vano,
y en vano aguardan los hórreos las prometidas mieses.
Postradas yacen grávidas junto con su largo sarmiento las crías
²⁹⁵y la baya con las ramas de la siempre frondosa oliva.
Se encarniza también en los rebaños: no a ellas el pastor o el perro,
no a las vacadas, bravos, las pueden defender los toros.
Se dispersan los pueblos y no sino en las murallas de la ciudad
estar creen a salvo, hasta que Meleagro y un solo
³⁰⁰selecto puñado de jóvenes se unieron en su deseo de alabanza:
los Tindárides gemelos, digno de ver en las cestas el uno,
el otro a caballo, y de la primera nave el constructor, Jasón,
y con Pirítoo –feliz concordia– Teseo,
y los dos Testíadas y, prole de Alfareo, Linceo,
³⁰⁵y el veloz Idas y ya no mujer Ceneo
y Leucipo el feroz y por su jabalina insigne Acasto
e Hipótoo y Dríade y, descendido de Amíntor, Fénix
y los Actóridas parejos, y enviado desde la Élida Fileo.
Tampoco Telamón faltaba y el creador del magno Aquiles
³¹⁰y con el Feretíada y el hianteo Iolao
el diligente Euritión y en la carrera invicto Equión
y el naricio Lélex y Panopeo e Hileo y el feroz
Hípaso y en sus primeros años todavía Néstor
y a los que Hipocoonte mandó desde la antigua Amiclas
³¹⁵y de Penélope el suegro con el parrasio Anceo
y Ampícida el sagaz y todavía de su esposa a salvo

el Eclida, y, gracia del bosque liceo, la Tegeea.

Un bruñido alfiler a ella le mordía lo alto del vestido,

su pelo iba sencillo, recogido en un nudo solo;

³²⁰de su hombro colgando izquierdo resonaba la marfileña
guardesa de sus flechas, el arco también su izquierda lo tenía.

Tal era por su arreglo su belleza, que decirla verdaderamente
virgínea en un jovencito, juvenil en una virgen, pudieras.

A ella al par que la vio, al par el calidonio héroe

³²⁵la eligió, renuente el dios, y unas llamas escondidas

apuró y: “Oh feliz él si a alguno dignara”, dice,

“esta mujer por esposo”, y no más permite el tiempo y el pudor
decir: la mayor obra del gran certamen urge.

Un bosque concurrido de troncos, que ninguna edad había tumbado,

³³⁰empieza desde un plano e inclinados contempla unos campos;

al cual después que llegaron esos varones, parte las redes tienden,

sus ligaduras parte quitan a los perros, parte impresas siguen

las señales de los pies y desean hallar su propio peligro.

Un cóncavo valle había, en el que dejarse caer unos arroyos

³³⁵solían, de pluvial agua. Posee lo hondo de la laguna

el flexible sauce y ovas livianas y juncos palustres

y mimbres y bajo la larga enea pequeñas cañas.

De aquí el jabalí lanzándose violento en mitad de sus enemigos

sale, como de las sacudidas nubes expelidos los fuegos.

³⁴⁰Se postra por su carrera el bosque y un estruendo propulsada

la espesura hace: gritan los jóvenes y preparadas en su fuerte

diestra tienen las armas vibrantes con su ancho hierro.

Él se lanza y esparce los perros según cada uno a él, enloquecido,

se le opone, y con su oblicuo golpe, ladrando, los disipa.

³⁴⁵La cúspide blandida en primer lugar por el brazo de Equión
vana fue y en un tronco hizo una leve herida de arce.

La próxima, si de las demasiadas fuerzas de su lanzador uso

no hubiera ella hecho, en la espalda buscada pareció que iba a clavarse.

Más lejos va. El autor del arma el pagaseo Jasón.

³⁵⁰“Febo”, dice el Ampícida, “si a ti te honré y te honró
dame, el que es buscado, con certera arma alcanzar.”

En lo que pudo a estas súplicas el dios asintió; golpeado por él fue,
pero sin herida, el jabalí. Su hierro Diana de la jabalina
en vuelo había arrebatado. Leño sin punta llegó.

³⁵⁵La ira del fiero se excitó y no que el rayo más lene ardió.

Riela de sus ojos, espira también por su pecho llama
y como vuela la mole disparada por el tensado nervio
cuando busca o las murallas o llenas de soldado las torres,
contra los jóvenes con su certera así embestida el hiriente cerdo

³⁶⁰váse y a Hipalmo y Pelagón que los diestros flancos
guadaban postra: sus compañeros arrebataron a los caídos.

Mas no de sus mortíferos golpes escapó Enésimo,
de Hipocoonte simiente. Temblando y sus espaldas aprestando
a volver, segada su corva, le abandonaron sus nervios.

³⁶⁵Quizás también el Pilio anteriormente a los troyanos tiempos
hubiera desaparecido, pero tomando impulso de su lanza puesta en el suelo
saltó, de un árbol que se erguía próximo, a sus ramas,
y abajo miró, seguro en ese lugar, del que había huido, al enemigo.

Con sus dientes aquel feroz, en un tronco de encina estregados,
³⁷⁰se cierce para la destrucción y confiando en sus recientes armas
del Euritida magno el muslo apuró con su pico corvo.

Mas los gemelos hermanos, todavía no celestes estrellas,
ambos conspicuos, en caballos que la nieve más cándidos
ambos eran portados, ambos, blandiéndolas por las auras
³⁷⁵de sus astas batían las guijas con trémulo movimiento.

Heridas hubieran hecho, de no ser porque el cerdoso animal entre unas opacas
espesuras se hubiese ido, ni para las jabalinas ni para el caballo lugares transitables.

Lo persigue Telamón e incauto en su afán por ir,
de bruces por una raíz de un árbol cayó retenido.

³⁸⁰Mientras lo levanta a éste Peleo una rápida saeta la Tegeea

impuso a su nervio y la expelió de su curvado arco.
Fijada bajo la oreja del fiero desgarró la caña lo alto
de su cuerpo y de sangre enrojeció exigua sus cerdas,
y no, aun así, ella más contenta del éxito de su golpe
³⁸⁵que Meleagro estaba: el primero se cree que lo vio,
y el primero que a sus compañeros visto mostró el crúor
y que: “Merecido”, dijo, “llevarás de tu virtud el honor.”
Enrojecieron los varones y a sí mismos se exhortan y añaden
con clamor ánimos y lanzan sin orden sus armas:
³⁹⁰su multitud perjudica a los lanzamientos y los impactos que busca impide.
He aquí que enfurecido, contra sus hados el Arcadio, el de hacha bifronte:
“Aprended, frente a las femeninas, cuánto las armas viriles aventajan,
oh jóvenes, y a la obra mía ceded”, dijo.
“Aunque la propia Latonia a él con sus armas lo proteja,
³⁹⁵contra la voluntad, aun así, de Diana lo destruirá mi diestra.”
Tales cosas con grandilocuente boca, henchido, había recordado
y su bicéfala segur levantando con ambas manos
se había erguido en sus dedos, suspendido sobre el principio de sus articulaciones:
se apodera del que tal osaba y por donde es la ruta vecina a la muerte,
⁴⁰⁰a lo alto de las ingles el fiero le enderezó sus gemelos dientes.
Cae Anceo y hacinadas con mucha sangre
sus vísceras resbalándose fluyen. Humedecida la tierra de crúor queda.
Iba contra el adverso enemigo la prole de Ixión,
Pirítoo, con su vigorosa diestra batiendo unos venablos;
⁴⁰⁵al cual: “Lejos”, el Egida, “oh que yo para mí más querido”, dice,
“parte del alma mía, detente. Pueden fuera de alcance estar
los fuertes. A Anceo le dañó su temeraria virtud”,
dijo, y de broncínea cúspide blandió un pesado cornejo;
el cual, bien balanceado y que de su voto apoderado se habría,
⁴¹⁰se lo impidió, de su árbol de encina frondosa, una rama.
Envío también el Esónida una jabalina que el acaso, desde él,
volvió hacia el hado de un perro ladrador que lo desmerecía, y a través

de sus ijares disparada, en la tierra, a través de los ijares, clavada quedó.

Mas la mano del Enida varía y enviándole dos,

⁴¹⁵el asta primera en la tierra, en mitad de la espalda se irguió la otra,
y sin demora, mientras se encarniza, mientras su cuerpo hace girar en círculo
y rugiente espuma con nueva sangre derrama,
de la herida el autor acude y a su enemigo irrita a la ira
y unos espléndidos venablos esconde en sus adversas espaldillas.

⁴²⁰Sus gozos atestiguan los socios con el clamor favorable
y la vencedora diestra buscan a su diestra juntar,
y el inabarcable fiero, en mucha tierra tendido,
admirados contemplan y todavía tocarlo seguro
no creen que sea, pero las armas tuyas aun así cada cual ensangrienta.

⁴²⁵Él, con su pie impuesto, la cabeza mortífera pisa
y así: “Toma el botín, Nonacria, de mi jurisdicción”,
dijo, “y que en parte vaya mi gloria contigo.”

En seguida los despojos, las erizadas espaldas de rigurosas
cerdas, le da e insigne por sus grandes dientes su rostro.

⁴³⁰Para ella alegría es, con el regalo, del regalo su autor.
Lo envidiaron los otros y en todo el grupo había un murmullo.
De los cuales, tendiendo sus brazos con su ingente voz:

“Déjalo, va, y no interceptes, mujer, los títulos nuestros”,
los Testiadas claman, “y no a ti la confianza de tu hermosura

⁴³⁵te engañe, no esté lejos de ti, cautivado de amor,
su autor”, y a ella arrebatan el regalo, la jurisdicción del regalo a él.

No lo soportó, y rechinando de henchida ira el Mavortio:

“Aprended, robadores del ajeno honor”, dijo,
los hechos de las amenazas cuanto distan”, y apuró con nefando

⁴⁴⁰hierro el pecho de Plexipo, que nada tal temía.

A Tóxeo, sobre qué hacer en duda, y al par queriendo
vengar a su hermano y los fraternos hados temiendo,
no sufre que dude mucho tiempo, y cálido del anterior
asesinato recalienta de consorte sangre su arma.

Altea y Meleagro

⁴⁴⁵Sus dones al dios en los templos por su hijo vencedor llevaba,
cuando ve Altea que extinguidos sus hermanos de vuelta traen.
La cual, golpe de duelo dándose, de afligidos gritos la ciudad
llena y con las vestiduras de oro mutó unas negras.
Mas una vez que hubo el autor de la muerte a la luz salido, desaparece todo
⁴⁵⁰el luto, y de las lágrimas éste se vuelve al amor del castigo.

Un tronco había, el cual, cuando –su parto ya dado a luz– estaba acostada
la Testiade, en llamas pusieron las triples hermanas,
y sus hebras fatales, apretándolas con el pulgar, hilando:
“Los tiempos”, dijeron, “mismos al leño y a ti,
⁴⁵⁵oh, ora nacido, damos.” La cual canción dicha después que
se retiraron las diosas, la flagrante rama la madre
del fuego retiró y la asperjó con fluidas aguas.

Ella largo tiempo había estado en los penetrales escondida más profundos
y, preservada, joven, había preservado tus años.

⁴⁶⁰La sacó a ella la genetriz, y teas y virutas que se dispongan
impera, y dispuestas enemigos fuegos les acerca.

Entonces, intentando cuatro veces a las llamas imponer la rama,
su empresa cuatro veces contuvo. Lucha la madre y la hermana,
y diversos tiran dos nombres de un solo pecho.

⁴⁶⁵Muchas veces del miedo de su crimen futuro palidecía su rostro,
muchas veces, hirviente, a sus ojos daba la ira su propio rubor,
y ora semejante al que amenaza no sé qué cosa cruel
su rostro era, ora al que compadecerse creer podrías;

y cuando las lágrimas de su ánimo había secado su fiero ardor,
⁴⁷⁰se encontraban lágrimas aun así, y como la quilla,
a la que el viento y, al viento contrario, arrastra el bullir del mar,
una fuerza gemela siente y obedece sin tino a las dos cosas,
la Testiade no de otra forma por dudosos afectos va errante
y por turnos depone y depuesta resucita su ira.

⁴⁷⁵Empieza a ser aun así mejor germana que madre
y como sus consanguíneas sombras con sangre aplaque,
por su impiedad pía es; pues después que el calamitoso fuego
convaleció: “La pira esta creme mis entrañas”, dijo,
y como en su mano ominosa el leño fatal tenía,
⁴⁸⁰ante esas sepulcrales aras infeliz se apostó
y: “Diosas triples de los castigos”, dice, “a estos sacrificios
de furia, Euménides, los rostros volved vuestros.
Tomo venganza y hago una abominación. La muerte con la muerte de expiar se ha,
a un crimen de añadirse un crimen ha, a los funerales un funeral.
⁴⁸⁵Coacervados, perezca esta casa impía mediante lutos.
¿Acaso feliz Eneo de su nacido vencedor disfrutará,
y Testio huérfano estará? Mejor plañiréis ambos.
Vosotros ora, fraternos manes y ánimas recientes,
el servicio sentid mío y a lo grande preparados,
⁴⁹⁰aceptad estos sacrificios de ultratumba, las malas prendas del útero nuestro.
¡Ay de mí! ¿A dónde me arrebató? Hermanos, perdonad a una madre.
Desertan de la empresa mis manos. Que ha merecido él, confesamos,
por qué muera. De su muerte a mí no place la autora.
¿Así que impunemente lo llevará y vivo y vencedor y por su mismo
⁴⁹⁵éxito henchido el reino de Calidón tendrá,
vosotros, ceniza exigua y heladas sombras yaceréis?
No yo ciertamente lo sufriré. Perezca el criminal y él
la esperanza de un padre y el reino arrastre y de la patria la ruina.
¿La mente dónde materna está? ¿Dónde están las pías leyes de los padres
⁵⁰⁰y los que sostuve una decena de meses, afanes?
Oh, ojalá en los primeros fuegos hubieras ardido aún bebé
y tal yo sufrido hubiera. Viviste por regalo nuestro,
ahora por el mérito morirás tuyo. Coge los premios de lo hecho,
y dos veces dado, primero por el parto y luego por el tronco arrebatado,
⁵⁰⁵devuelve tu aliento, o a mí me añade a los fraternos sepulcros.
Y lo deseo y no puedo. ¿Qué haga yo? Ora las heridas de mis hermanos

ante los ojos tengo y de tan gran sangría la imagen,
ahora mi ánimo la piedad y los maternos nombres quiebran.
Pobre de mí. Mal venceréis, pero venced, hermanos,
⁵¹⁰en tanto que, la que os los habré de dar, a esos consuelos y a vosotros
yo misma siga.” Dijo y con una diestra, vuelta ella de espaldas, temblorosa,
el fúnebre tizón arrojó en medio de los fuegos.

O dio o pareció que un gemido aquel tronco
había dado, y arrebatado por esos involuntarios fuegos ardió.

⁵¹⁵Inconsciente y ausente, Meleagro por la llama aquella
se quema y por ciegos fuegos tostarse sus entrañas
siente y grandes dolores supera por su virtud.

Aun así, que por una cobarde muerte él caiga y sin sangre
le aflige, y las de Anceo felices heridas dice

⁵²⁰y a su padre de edad avanzada y hermanos y pías hermanas
con un gemido, y a la compañera de su lecho llama con boca postrera;
quizás también a su madre. Crecen el fuego y el dolor,
y languidecen otra vez. Al mismo tiempo se extinguió uno y otro
y hacia las leves auras marchó poco a poco su espíritu,

⁵²⁵poco a poco la brasa cubriendo, cana, la ceniza.

Las hermanas de Meleagro

La alta Calidón yace. Plañen jóvenes y viejos,
y el vulgo y los nobles gimen, y rasgándose los cabellos
golpes de duelo se dan las madres Calídonides Eveninas.

De polvo su canicie el genitor y su rostro senil

⁵³⁰mancha, por el suelo derramado, y su espaciosa edad increpa,
pues, en cuanto a la madre, la mano para ella cómplice del siniestro hecho
le exigió los castigos, pasando por sus entrañas el hierro.

No a mí si cien bocas un dios, sonando con sus lenguas,
y un ingenio capaz y todo el Helicón me hubiera dado,

⁵³⁵los tristes votos conseguiría de sus pobres hermanas.

Olvidadas de su decor sus lívidos pechos tunden,

y mientras le queda cuerpo, su cuerpo reaniman y animan,
besos le dan a él, dispuesto dan besos al lecho.
Después de ceniza, sus cenizas apuradas a su pecho aprietan
⁵⁴⁰y derramadas yacen junto al túmulo, y a sus nombres
inscritos en la roca abrazadas, lágrimas sobre sus nombres derraman.
A las cuales finalmente la Latonia, del desastre de la Pataonia
casa saciada, excepto a Gorge y a la nuera
de la noble Alcmena, nacidas en su cuerpo plumas,
⁵⁴⁵las aligera, y largas por sus brazos les extiende unas alas
y córneas sus bocas hace y tornadas por el aire las manda.

Teseo y Aqueloo (I)

Entre tanto Teseo, su parte de la obra común
tras cumplir, a los erecteos recintos iba de la Tritónide.
Le cerró el camino y le causó demoras el Aqueloo al marchar,
⁵⁵⁰de lluvia henchido: “Acércate a los techos”, le dice, “míos, ilustre
Cecrópida, y no te encomiendes a las robadoras ondas.
Llevar troncos sólidos y oblicuas rocas hacer rodar
con su gran murmullo suelen. He visto, lindando a su ribera,
con sus greyes establos altos ser arrastrados, y ni fuertes allí
⁵⁵⁵les sirvió ser a las vacadas ni a los caballos veloces.
Muchos también este torrente, las nieves desde el monte liberadas,
muchos cuerpos juveniles en su arremolinado abismo sumergió.
Más seguro es el descanso, mientras sus caudales corran por su acostumbrada
linde, mientras tenues acoja su seno las ondas.
⁵⁶⁰Asintió el Egida y: “Haré uso, Aqueloo, de la casa
y del consejo tuyo”, respondió; y uso de ambos hizo.
De pómez multicava y no lisas tobas a unos atrios
construidos entra: la tierra estaba húmeda de blando musgo,
las alturas artesonaban, con alterno múrice, conchas.
⁵⁶⁵Y ya dos partes de la luz Hiperión habiendo medido,
se recostaron en unos divanes Teseo y sus compañeros de fatigas,

por ésta el Ixiónida, por aquella parte el héroe
treceno, Lélex, de raras canas ya asperjadas sus sienas,
y a los otros que con parejo honor había dignado
⁵⁷⁰el caudal de los acarnanes, contentísimo de huésped tanto.
En seguida unas ninfas desnudas de plantas instruyeron
con manjares acercadas las mesas, y el festín retirado,
en gema pusieron vino puro.

Las Equínades; Perimele

Entonces el más grande héroe
las superficies mirando a sus ojos sometidas: “Qué lugar”, dijo,
⁵⁷⁵“aquél”, y con el dedo lo muestra, “y la isla nombre cuál
lleva aquella, enséñanos; aunque no una parece.”
El caudal a esto: “No es”, dice, “lo que divisáis una cosa:
cinco tierras yacen. El espacio las distancias burla.
Y por que menos el hecho te admire, despreciada, de Diana,
⁵⁸⁰unas náyades ellas habían sido, las cuales, una decena de novillos
habiendo sacrificado y del campo a los dioses a los sacrificios habiendo invitado,
olvidadas de nos, sus festivos coros hicieron.
Me entumecí de ira y cuan grande flujo cuando máximo alguna vez,
tan grande era, y al par por mis ánimos y ondas inabarcable,
⁵⁸⁵de las espesuras, espesuras, y de los campos, campos arrancaba,
y con su lugar a las ninfas, acordadas entonces al fin de nos,
a los mares arramblé. El flujo nuestro y del mar
esa tierra distrajo continua, y sus partes desligó
en otras tantas cuantas Equínades divisas en medio de las ondas.
⁵⁹⁰Como aun así tú mismo ves, lejos, ay, lejos una isla
se apartó, grata a mí. Perimele el navegante la llama.
A ella yo su virgíneo nombre, mi elegida, le quité,
lo cual su padre Hipodamante amargamente sufrió y al profundo
arrojó desde una peña el cuerpo de su hija, que iba a morir.
⁵⁹⁵La recogí, y mientras nadaba sosteniéndola: “Oh, agraciado con los reinos

próximos del cosmos, los de la vagabunda onda”, dije, “portador del tridente,
[en quien acabamos, al que sagrados corremos los caudales,
ven aquí y oye plácido, Neptuno, a quien te suplica.

A ésta yo, a la que porto, he hecho daño. Si tierno y justo,

⁶⁰⁰si padre Hipodamante, o si menos impío fuera,

^{600a}debió de ella compadecerse, perdonarnos a nos:

^{600b}a quien un día la tierra se cerró por la fiera paterna]

préstale ayuda, y a ella, ahogada, te lo ruego, por la fiera paterna,

dale, Neptuno, un lugar; o que sea el lugar ella, lícito será:

[así también la estrecharé.” Movié la cabeza el marino rey

y sacudió con sus asentimientos todas las ondas.

⁶⁰⁵Sintió temor la ninfa: nadaba aun así; yo mismo el pecho

de ella, que nadaba, rozaba, latiendo en tembloroso movimiento.

Y mientras lo toco, todo endurecerse sentí

su cuerpo, y que en las tierras que lo cubrían se escondía su torso.

Mientras hablo rodeó sus miembros una nueva tierra, nadando ellos,

⁶¹⁰y, pesada, dentro creció una isla de su mutado cuerpo.”

Filemon y Baucis

El caudal tras esto calló; el hecho admirable a todos
había conmovido: se burla de los que lo creen, y cual de los dioses
despreciador era y de mente feroz, de Ixión el nacido:

“Mentiras cuentas y demasiado crees, Aqueloo, poderosos,

⁶¹⁵que son los dioses”, dijo, “si dan y quitan las figuras.”

Quedaron suspendidos todos y tales dichos no aprobaron,

y antes que todos Lélex, de ánimo maduro y de edad,

así dice: “Inmenso es, y límite el poderío del cielo

no tiene, y cuanto los altísimos quisieron realizado fue.

⁶²⁰Y para que menos lo dudes, a un tilo contigua una encina

en las colinas frías hay, circundada por un intermedio muro.

Yo mismo el lugar vi, pues a mí a los pelopeos campos

Piteo me envió, un día reinados por su padre.

No lejos de aquí un pantano hay, tierra habitable en otro tiempo,
⁶²⁵ahora, concurridas de mergos y fochas palustres, ondas.
Júpiter acá, en aspecto mortal, y con su padre
vino el Atlantiada, el portador del caduceo, dejadas sus alas.
A mil casas acudieron, lugar y descanso pidiendo,
mil casas cerraron sus trancas; aun así una los recibió,
⁶³⁰pequeña, ciertamente, de varas y caña palustre cubierta,
pero la piadosa anciana Baucis y de pareja edad Filemon
en ella se unieron en sus años juveniles, en aquella
cabaña envejecieron y su pobreza confesando
la hicieron leve, y no con inicua mente llevándola.
⁶³⁵No hace al caso que señores allí o fámulos busques:
toda la casa dos son, los mismos obedecen y mandan.
Así pues, cuando los celestiales esos pequeños penates tocaron
y bajando la cabeza entraron en esos humildes postes,
sus cuerpos el anciano, poniéndoles un asiento, les mandó aliviar,
⁶⁴⁰al cual sobrepuso un tejido rudo, diligente, Baucis
y en el fogón la tibia ceniza retiró y los fuegos
suscita de la víspera y con hojas y corteza seca
lo nutre y las llamas con su aliento senil alarga
y muy astilladas antorchas y ramajos áridos del techo
⁶⁴⁵bajó y los desmenuzó y acercó a un pequeño caldero
y, la que su esposo había recogido del bien regado huerto,
troncha a esa hortaliza sus hojas; con una horquilla iza ella, de dos cuernos,
unas sucias espaldas de cerdo que colgaban de una negra viga,
y reservado largo tiempo saja de su cuero una parte
⁶⁵⁰exigua, y sajada la doma en las hirvientes ondas.
Mientras tanto las intermedias horas burlan con sus conversaciones
y que sea sentida la demora prohíben. Había un seno allí
de haya, por un clavo suspendido de su dura asa.
Él de tibias aguas se llena y unos miembros que entibiar
⁶⁵⁵acoge. En el medio un diván de mullidas ovas

ha sido impuesto, en un lecho de armazón y pies de sauce.

^{655a} Y sacuden ese diván de muelles ovas de río,

^{656a} sobre el impuesto lecho de armazón y pies de sauce;

con unas ropas lo velan que no, sino en tiempos de fiesta,

a tender acostumbraban, pero también ella vil y vieja

ropa era, que a un lecho de sauce no ofendería:

⁶⁶⁰se recostaron los dioses. La mesa, remangada y temblorosa

la anciana, la pone, pero de la mesa era el pie tercero dispar:

una teja par lo hizo; la cual, después que a él sometida su inclinación

sostuvo, igualada, unas mentas verdeantes la limpiaron.

Se pone aquí, bicolor, la baya de la pura Minerva

⁶⁶⁵y, guardados en el líquido poso, unos cornejos de otoño,

y endibia y rábano y masa de leche cuajada

y huevos levemente revueltos en no acre rescoldo,

todo en lozas; después de esto, cincelada en la misma plata,

se coloca una cratera, y, fabricadas de haya,

⁶⁷⁰unas copas, por donde cóncavas son, de flavas ceras untadas.

Pequeña la demora es, y las viandas los fogones remitieron calientes,

y, no de larga vejez, de vuelta se llevan los vinos

y dan lugar, poco tiempo retirados, a las mesas segundas.

Aquí nuez, aquí mezclados cabrahígos con rugosos dátiles

⁶⁷⁵y ciruelas y fragantes manzanas en anchos canastos

y de purpúreas vides recolectadas uvas,

cándido, en el medio un panal hay: sobre todas las cosas unos rostros

acudieron buenos y una no inerte y pobre voluntad.

Entre tanto, tantas veces apurada, la cratera rellenarse

⁶⁸⁰por voluntad propia, y por sí mismos ven recrecerse los vinos:

atónitos por la novedad se asustan y con las manos hacia arriba

conciben Baucis plegarias y, temeroso, Filemon,

y venía por los festines y los ningunos aderezos ruegan.

Un único ganso había, custodia de la mínima villa,

⁶⁸⁵el cual, para los dioses sus huéspedes los dueños a sacrificar se aprestaban.

Él, rápido de ala, a ellos, lentos por su edad, fatiga,
y los elude largo tiempo y finalmente pareció que en los propios
dioses se había refugiado: los altísimos vetaron que se le matara
y: “Dioses somos, y sus merecidos castigos pagará esta vecindad
⁶⁹⁰impía”, dijeron. “A vosotros inmunes de este
mal ser se os dará. Sólo vuestros techos abandonad
y nuestros pasos acompañad, y a lo arduo del monte
marchad a la vez.” Obedecen ambos, y con sus bastones aliviados
se afanan por sus plantas poner en la larga cuesta.
⁶⁹⁵Tanto distaban de lo alto cuanto de una vez marchar una saeta
enviada puede: volvieron sus ojos y sumergido en una laguna
todo lo demás contemplan, que sólo sus techos quedan;
y mientras de ello se admiran, mientras lloran los hados de los suyos,
aquella vieja, para sus dueños dos incluso cabaña pequeña,
⁷⁰⁰se convierte en un templo: las horquillas las sustituyeron columnas,
las pajas se doran, y cubierta de mármol la tierra
y cinceladas las puertas, y de oro cubiertos los techos parecen.
Tales cosas entonces de su plácida boca el Saturnio dejó salir:
“Decid, justo anciano y mujer de su esposo justo
⁷⁰⁵digna, qué deseáis.” Con Baucis tras unas pocas cosas hablar,
su juicio común a los altísimos abre Filemon:
“Ser sus sacerdotes, y los santuarios vuestros guardar
solicitamos, y puesto que concordes hemos pasado los años,
nos lleve una hora a los dos misma, y no de la esposa mía
⁷¹⁰alguna vez las hogueras yo vea, ni haya de ser sepultado yo por ella.”
A sus deseos la confirmación sigue: del templo tutela fueron
mientras vida dada les fue; de sus años y edad cansados,
ante los peldaños sagrados cuando estaban un día y del lugar
narraban los casos, retoñar a Filemon vio Baucis,
⁷¹⁵a Baucis contempló, más viejo, retoñar Filemon.
Y ya sobre sus gemelos rostros creciendo una copa,
mutuas palabras mientras pudieron se devolvían y: “Adiós,

mi cónyuge”, dijeron a la vez, a la vez, escondidas, cubrió
sus bocas arbusto: muestra todavía el tinteio, de allí
⁷²⁰paisano, de un gemelo cuerpo unos vecinos troncos.
Esto a mí, no vanos –y no había por qué burlarme quisieran–
me narraron unos ancianos; yo ciertamente colgando vi
unas guirnaldas sobre sus ramas, y poniendo unas recientes dije:
“El cuidado de los dioses, dioses sean, y los que adoraron, se adoren.”

Erisicton y su hija

⁷²⁵Había acabado y a todos la cosa había conmovido, y su autor,
a Teseo principalmente; al cual, pues los hechos oír quería
milagrosos de los dioses, apoyado sobre su codo el calidonio caudal,
con tales cosas se dirige: “Los hay, oh valerosísimo,
cuya forma una vez movido se ha, y en esta renovación ha permanecido;
⁷³⁰los hay que a más figuras el derecho tienen de pasar,
como tú, del mar que abraza a la tierra paisano, Proteo.
Pues ora a ti como un joven, ora te vieron un león,
ahora violento jabalí, ahora, a la que tocar temieran,
una serpiente eras, ora te hacían unos cuernos toro.
⁷³⁵Muchas veces piedra podías, árbol también a menudo, parecer;
a veces, la faz imitando de las líquidas aguas,
una corriente eras, a veces, a las ondas contrario, fuego.

Y no menos, de Autólico la esposa, de Erisicton la nacida,
potestad tiene. Padre de ella era quien los númenes de los divinos
⁷⁴⁰despreciara y ningunos olores a las aras sahumara.
Él, incluso, un bosque de Ceres, que violó a segur
se dice, y que sus florestas a hierro ultrajó, vetustas.
Se apostaba en ellas, ingente de su añosa robustez, una encina,
sola un bosque; bandas en su mitad y memorativas tabillas
⁷⁴⁵y guirnaldas la ceñían, argumentos de un voto poderoso.
A menudo bajo ella las dríades sus festivos coros condujeron,
a menudo incluso, sus manos enlazadas por orden, del tronco

habían rodeado la medida, y la dimensión de su robustez una quincena de codos completaba; y no menos, también, la restante espesura,
⁷⁵⁰en tanto más baja toda que ella estaba, cuanto la hierba debajo de este todo.

No, aun así, por esto su hierro el Triopeio de ella abstuvo, y a sus sirvientes ordena talar su sagrada robustez y, como a los así ordenados que dudaban vio, de uno arrebatada su segur, emitió, criminal, estas palabras:

⁷⁵⁵“No dilecta de la diosa solamente, sino incluso si ella pudiera ser la diosa, ya tocará con su frondosa copa la tierra.”

Dijo y, en oblicuos golpes mientras el arma balancea, toda tembló, y un gemido dio la Deoia encina, y al par sus frondas, al par a palidecer sus bellotas

⁷⁶⁰comenzaron, y sus largas ramas esa palidez a tomar.

En cuyo tronco, cuando hizo su mano impía una herida, no de otro modo fluyó al ser astillada su corteza la sangre, que suele ante las aras, cuando un ingente toro como víctima cae, de su truncada cerviz crúor derramarse.

⁷⁶⁵Quedaron atónitos todos, y alguno de todos ellos osa disuadirle de la impiedad e inhibirle su salvaje hacha bifronte.

Le miró y: “De tu mente bondadosa coge los premios”, dijo el tésalo, y contra el hombre volvió del árbol el hierro y destronca su cabeza, y, volviendo a buscar la robustez, la hiere,

⁷⁷⁰y emitido de en medio de su robustez un sonido fue tal:

“Una ninfa bajo este leño yo soy, gratísima a Ceres, quien a ti, que los castigos de estos hechos tuyos te acechan, vaticino al morir, solaces de nuestra muerte.”

Prosigue la atrocidad él suya, y oscilando finalmente

⁷⁷⁵a golpes innúmeros, y reducido con cuerdas el árbol, sucumbe y postró con su peso mucha espesura.

“Atónitas la dríades por el daño de los bosques y el suyo, todas las germanas ante Ceres, con vestiduras negras, afligidas acuden y un castigo para Erisicton oran.

⁷⁸⁰Asiente a ellas y de la cabeza suya, bellísima, con un movimiento,
sacudió, cargados de grávidas mieses, los campos
y le depara un género de castigo digno de compasión, de no ser
porque él era para nadie digno de compasión por sus actos:
lacerarlo con la calamitosa Hambre. A la cual, en tanto que ella misma,
⁷⁸⁵la diosa, no ha de acceder –pues no a Ceres y Hambre
los hados reunirse permiten–, de las de numen montano a una,
con tales palabras, a una agreste oréade, apela:
“Hay un lugar en las extremas orillas de la Escitia glacial,
triste suelo, estéril –sin fruto, sin árbol– tierra.
⁷⁹⁰El frío inerte allí habitan y la Palidez y el Temblor,
y la ayuna Hambre: que ella a sí misma en las entrañas se esconda,
criminales, del sacrílego, ordénale, y que la abundancia de las cosas
no la venza a ella, y supere en certamen a mis fuerzas;
y para que del camino el espacio no te aterre, coge mis carros,
⁷⁹⁵coge, a quienes con sus frenos en lo alto gobiernes, mis dragones.”
Y los dio. Ella, con el dado carro sostenida por el aire,
deviene a Escitia, y de un rígido monte en la cima
–Cáucaso lo llaman– de las serpientes los cuellos alivió,
y a la buscada Hambre vio en un pedregoso campo:
⁸⁰⁰con sus uñas, y arrancando con los dientes unas escasas hierbas,
basto era su pelo, hundidos sus ojos, palor en la cara,
labios canos de saburra, ásperas de asiento sus fauces,
dura la piel, a través de la que contemplarse sus vísceras podían,
sus huesos emergían áridos bajo sus encorvados lomos.
⁸⁰⁵Del vientre tenía, en vez del vientre, el lugar; pender creerías
su pecho y que únicamente por el armazón del espinazo se tenía.
Había aumentado sus articulaciones la escualidez y de las rodillas henchíase
el círculo y en desmedida protuberancia sobresalían los tobillos.
A ella de lejos cuando la vio –pues no a acercársele junto
⁸¹⁰se atrevió– le refiere los mandados de la diosa, y poco tiempo demorada,
aunque distaba largamente, aunque ora había llegado allí,

parecióle aun así haber sentido hambre, y para atrás sus dragones
llevó a la Hemonia, tornando, sublime, las riendas.

Las palabras el Hambre de Ceres –aunque contraria siempre
⁸¹⁵de ella es a la obra– cumplió, y por el aire con el viento
a la casa ordenada descendió y en seguida entra
del sacrílego en los tálamos y a él, en un alto sopor relajado
–pues de la noche era el tiempo–, con sus gemelos codos lo estrecha,
y a sí misma en el hombre se inspira, y sus fauces y pecho y cara
⁸²⁰sopla y en sus vacías venas esparce ayunos.

Y, cumplido el encargo, desierto deja, fecundo, ese orbe
y a sus casas indigentes, sus acostumbradas cuevas, regresa.

Lene todavía el Sueño con sus plácidas alas a Erisicton
acariciaba. Busca él festines bajo la imagen de un sueño
⁸²⁵y su boca vana mueve y diente en el diente fatiga,
y cansa, por una comida inane engañada, su garganta,
y en vez de banquetes, tenues, para nada, devora auras.
Pero cuando expulsado fue el descanso, se enfurece su ardor por comer
y por sus ávidas fauces y sus incendiadas entrañas reina.
⁸³⁰No hay demora, lo que el ponto, lo que la tierra, lo que produce el aire
demanda y se queja de sus ayunos con las mesas puestas,
y entre los banquetes banquetes pide y lo que para ciudades,
y lo que bastante podría ser para un pueblo, no es suficiente a uno solo,
y más desea cuanto más al vientre abaja suyo,
⁸³⁵y como el mar recibe de toda la tierra las corrientes
y no se sacia de aguas y peregrinos caudales bebe,
y como robador el fuego ninguna vez alimentos rehúsa
e innumerables troncos crema, y cuanto provisión mayor
le es dada, más quiere y por su multitud misma más voraz es:
⁸⁴⁰así los banquetes todos de Erisicton la boca, el profano,
acoge, y demanda al mismo tiempo: alimento todo en él
causa de alimento es, y el lugar queda inane, comiendo.

Y ya de hambre y por la vorágine de su alto vientre

había atenuado sus riquezas patrias, pero inatenuada permanecía
⁸⁴⁵entonces también su siniestra hambre y de su inaplacada gola
seguía vigente la llama; al fin, tras abajarse a las entrañas su hacienda,
una hija le quedaba, no de ese padre digna.

A ella también la vende indigente: un dueño, noble ella, rehúsa,
y, vecinas, tendiendo sobre las superficies sus palmas:

⁸⁵⁰“Arrebátame a mí de un dueño, el que los premios tienes de la virginidad
a nos arrebatada”, dice; esto Neptuno tenía,
el cual, su súplica no despreciada, aunque recién vista fuera
por su amo que la seguía, su forma le renueva y un semblante viril
le inviste y de atuendos para los que el pez capturan aptos.

⁸⁵⁵A ella su dueño contemplándola: “Oh quien los suspendidos bronces
con un pequeño cebo escondes, moderador de la caña”, dice,
“así el mar compuesto, así te sea el pez en la onda
crédulo y ningunos, sino clavado, sienta los anzuelos:

una que ora con pobre vestido, turbados los cabellos,

⁸⁶⁰en el litoral este se apostaba, pues apostada en el litoral la he visto,
dime dónde esté, pues no sus huellas más lejos emergen.”

Ella, que del dios el regalo bien paraba, sintió, y de que por sí misma
a sí le inquierieran gozándose, con esto replicó al que le preguntaba:

“Quien quiera que eres, disculpa: a ninguna parte mis ojos

⁸⁶⁵desde el abismo este he girado, y con ardor operando, en él estaba prendido.

Y por que menos lo dudes, así estas artes el dios de la superficie
ayude, que ninguno ya hace tiempo en el litoral este,
yo exceptuado, ni mujer se ha apostado alguna.”

Lo creyó, y vuelto su dueño el pie, con él hundió la arena,

⁸⁷⁰y burlado partió: a ella su forma devuelta le fue.

Mas cuando sintió que la suya poseía unos transformables cuerpos,
muchas veces su padre a dueños a la Triopeide la entregó, mas ella,
ahora yegua, ahora pájaro, ora vaca, ora ciervo partía,
y le aprestaba, ávido, no justos alimentos a su padre.

⁸⁷⁵La fuerza aquella, aun así, de su mal, después que hubo consumido toda

su materia, y había dado nuevos pastos a su grave enfermedad,
él mismo, su organismo, con lacerante mordisco a desgarrar
empezó, e, infeliz, minorándolo, su cuerpo alimentaba.

“¿A qué demorarme en extraños? También para mí, la de muchas veces renovar
⁸⁸⁰mi cuerpo, oh joven, fue en número limitada, mi potestad:
pues ora el que ahora soy parezco, ora me giro en sierpe,
de la manada ora el dirigente, mis fuerzas en los cuernos asumo...
Cuernos mientras pude. Ahora esta parte otra carece del arma
de la frente, como tú mismo ves.” Gemidos siguieron a esas palabras

Libro noveno

Teseo y Aqueloo (II): Aqueloo y Hércules

Cuál de su gemido, al dios el Neptunio héroe pregunta,
y de su trunca frente la causa, cuando así el calidonio caudal
comenzó, coronado de arundo en sus no ornados cabellos:

“Triste ofrenda pides, pues quién sus batallas, vencido,
⁵conmemorar quiere. Lo referiré aun así por su orden, pues no tan
indecente fue el ser vencido cual haber contendido decoroso es,
y grandes consuelos da a nos un tan grande vencedor.

Por el nombre suyo, si una tal finalmente ha arribado a los oídos
tuyos, Deyanira, un día la más bella virgen,

¹⁰y de muchos pretendientes fue la esperanza envidiosa;
con los cuales, cuando del suegro pretendido en la casa entramos:
“Recíbeme a mí de yerno”, dije, “de Partaón el nacido”.

Lo dijo también el Alcida. Los otros cedieron a los dos.

Él, que a Júpiter por suegro daba él, y la fama de sus labores,
¹⁵y superadas contaba las órdenes de su madrastra.

Por contra yo: “Indecente que un dios a un mortal ceda”, dije
—todavía no era él dios—: “el dueño a mí me ves de las aguas
que con sus cursos oblicuos por entre tus dominios fluyo;
y no un yerno huésped, a ti mandado desde extrañas orillas,

²⁰sino paisano seré y del estado tuyo parte una.

Tan sólo no sea para mi mal que a mí la regia Juno
no me odia y todo castigo me falta de las ordenadas labores.

Pues del que te jactas, de Alcmena el hijo, engendrado,
Júpiter, o falso padre es, o por delito el verdadero.

²⁵De una madre por el adulterio un padre pretendes: elige si fingido
que sea Júpiter prefieres, o que tú por desdoro hayas nacido.”

A mí que tal decía ya hacía tiempo que con luz torva
él me contempla y, encendida, no es fuerte de imperar sobre su ira
y palabras tantas devuelve: “Mejor en mí la diestra que la lengua.

³⁰En tanto que luchando gane, tú vence hablando”,
y ataca feroz. Me dio vergüenza, recién esas grandes cosas dichas,
de ceder: rechacé de mi cuerpo su verde vestidura

y mis brazos le opuse y sostuve desde mi pecho zambas
en posta las manos y para la lucha mis miembros preparé.

³⁵Él, con sus huecas palmas recogido, me asperja de polvo,
y a su vez al contacto de la fulva arena amarillece él,
y ya el cuello, ya las piernas centelleantes intenta apresarme,
o que lo intentaba dirías, y por todos lados me acosa.

A mí mi pesadez me defendía y en vano se me buscaba,

⁴⁰no de otro modo que una mole a la que con gran murmullo los oleajes
combaten: resiste ella y por su peso está segura.

Nos distanciamos un poco y de nuevo nos juntamos a las guerras,
y en un paso estábamos apostados, seguros de no ceder, y estaba
con el pie el pie junto, y yo, inclinado sobre todo mi pecho,

⁴⁵los dedos con los dedos y la frente con la frente le apretaba.

No de otro modo he visto, fuertes, correr en contra a los toros
cuando, botín de su lucha, de todo el soto la más espléndida
ansía de esposa; lo contempla la manada, y tienen miedo
sin ella saber a quién quedará la victoria de tan gran reino.

⁵⁰Tres veces sin provecho quiso en contra
desprender de sí, esplendente, mi pecho, a la cuarta

se sacude de mi abrazo y a él juntados desata mis brazos
y golpeándome con la mano –pues he decidido confesar la verdad–
en seguida me da la vuelta y a mi espalda pesadamente se prende.
⁵⁵Si crédito hay, pues la gloria con fingida voz
no busco, hundido por un monte a mí impuesto me creía.
Apenas pude insertar, aun así, chorreando mucho sudor,
los brazos, apenas desatar de mi cuerpo sus duras cadenas.
Me oprime asfixiándome y me impide retomar mis fuerzas
⁶⁰y de mi cerviz se apodera. Entonces por fin hunde
la tierra la rodilla nuestra y las arenas con la boca mordí.
Inferior en virtud me refugio en mis artes
y me escurro de este hombre figurado en una larga serpiente.
El cual, después que curvé mi cuerpo en retorcidos círculos
⁶⁵y cuando moví con fiera estridencia mi lengua bifurcada,
se rió, y burlándose el tirintio de mis artes:
“De mis cunas es tarea el superar serpientes”,
dijo, “y aunque venzas, Aqueloo, a otros dragones,
¿parte cuánta de la de Lerna hidra serás, una sola serpiente?
⁷⁰De sus propias heridas era ella fecunda y ni una cabeza,
de cien en número, fue cortada impunemente
sin que con un gemelo heredero su cerviz más fuerte se hiciera.
A ella yo, ramosa de las culebras nacidas de la matanza
y que crecía con su desgracia, la domé y domada la recluí.
⁷⁵¿Qué confías que ha de ser de ti, que convertido en una serpiente
falsa, armas ajenas mueves, a quien una forma precaria esconde?”
Había dicho, y a lo alto de mi cuello arroja las cadenas
de sus dedos: me asfixiaba, como apretada mi garganta por unas tenazas,
y de sus pulgares pugnaba por arrancar mis fauces.
⁸⁰Así también, vencido, me quedaba la tercera,
la forma de toro asesino: en toro mutado mis miembros rebelo.
Reviste él con sus toros por la izquierda parte mis brazos
y tirando de mí, a la carrera, me sigue y bajándome los cuernos

los clava en la dura tierra y a mí me tumba en la alta arena.

⁸⁵Y no bastante había sido esto: con su fiera diestra, mientras sostiene rígido mi cuerno, lo quiebra y de mi trunca frente lo arranca.

Las náyades, de frutos y olorosa flor relleno,

lo consagraron; y rica es la Buena Abundancia por mi cuerno.”

Partida de Teseo

Había dicho, y una ninfa, remangada al rito de Diana,
⁹⁰una de sus ministras, derramados a ambas partes sus cabellos,
entró y trajo en ese muy rico cuerno todo
un otoño, y las mesas –frutos felices– segundas.

La luz llega y con el primer sol hiriendo las cimas
se marchan los jóvenes; y no esperan, pues, mientras paz
⁹⁵y plácido discurrir tengan, y todas vuelvan
a asentarse las aguas. Su rostro el Aqueloo agreste
y su cabeza lacerada de un cuerno esconde en medio de las aguas.

Hércules, Neso y Deyanira

Sin embargo, a éste que domó la pérdida de su arrebatada gracia,
el resto salvo lo tiene. De su cabeza el daño, además, con fronda
¹⁰⁰de sauce o sobrepuesta caña lo esconde.

Mas a ti, Neso fiero, tu ardor por esa misma doncella
te había perdido, atravesado en tu espalda por una voladora saeta.

Pues regresando con su nueva esposa a los muros patrios
había llegado, rápidas del Eveno, el hijo de Júpiter a sus ondas.

¹⁰⁵Más abundante de lo acostumbrado, por las borrascas invernales acrecido,
concurrido estaba de torbellinos e intransitable ese caudal.

A él, no temeroso por sí mismo, pero preocupado por su esposa,
Neso se acerca y, fuerte de cuerpo y conocedor de sus vados:

“Por servicio mío será ella depositada en aquella

¹¹⁰orilla,” dice, “Alcida. Tú usa tus fuerzas nadando.”

Y a ella, palideciente de miedo y al propio río temiendo,

se la entregó el Aonio, a la asustada Calidonia, a Neso.
 En seguida, como estaba y cargado con la aljaba y el despojo del león
 —pues la clava y los curvos arcos a la otra orilla había lanzado—:
¹¹⁵“Puesto que lo he empezado, venzamos a las corrientes”, dijo,
 y no duda, ni por dónde es más clemente su caudal
 busca y desprecia ser llevado a complacencia de las aguas.
 Y ya teniendo la orilla, cuando levantaba los arcos por él lanzados,
 de su esposa conoció la voz, y a Neso, que se disponía
¹²⁰a defraudar su depósito: “¿A dónde te arrastra”, le clama,
 “tu confianza vana, violento, en tus pies? A ti, Neso biforme,
 te decimos. Escucha bien y no las cosas interceptes nuestras.
 Si no te mueve temor ninguno de mí, mas las ruedas
 de tu padre podrían disuadirte de esos concúbitos prohibidos.
¹²⁵No escaparás, aun así, aunque confíes en tu recurso de caballo;
 a herida, no a pie te daré alcance.” Sus últimas palabras
 con los hechos prueba y lanzando a sus fugitivas espaldas una saeta
 los traspasa: sobresalía corvo de su pecho el hierro.
 El cual, no bien fue arrancado, sangre por uno y otro orificio
¹³⁰riellaba, mezclada con la sanguaza del veneno de Lerna.
 La recoge Neso; “Mas no moriremos sin vengarnos”,
 dice entre sí y unos velos teñidos de su sangre caliente
 da de regalo a su secuestrada como si fuera un excitante de amor.

Muerte y apoteosis de Hércules

Larga fue la demora del tiempo intermedio, y los hechos del gran
¹³⁵Hércules habían colmado las tierras y el odio de su madrastra.
 Vencedor, desde Ecalia, preparaba unos sacrificios votados
 a Júpiter Ceneo, cuando la Fama locuaz se anticipó hasta los oídos,
 Deyanira, tuyos, la que a la verdad se goza de añadir
 mentiras y desde lo más pequeño crece merced a sus mentiras,
¹⁴⁰de que el Anfítrionida era presa del fuego de Iole.
 Lo cree su enamorada, y aterrada por la fama de esa nueva Venus

condescendió, a lo primero, a las lágrimas, y llorando disipó,
digna de compasión, el dolor suyo. Justo después: “¿Por qué empero
lloramos?”, dice. “Mi rival se alegrará de estas lágrimas.

¹⁴⁵La cual, puesto que va a llegar, algo habré de apresurar e inventar,
mientras se puede, y en tanto aún no tiene otra mis tálamos.

¿Me quejaré o callaré? ¿Volveré a Calidón o me demoraré?

¿Saldré de estos techos o, si otra cosa no, me opondré a ellos?

¿Qué si acordada, Meleagro, de que soy tu hermana

¹⁵⁰acaso preparo un crimen y cuánto la injuria pueda,
y mi femíneo dolor, degollando a mi rival atesto?”

En cursos varios marcha su ánimo. A todos ellos

prefirió, embebida de la sangre de Neso, una veste

enviarle que las fuerzas le devuelva de su repudiado amor,

¹⁵⁵y a Licas, que lo ignora, sin ella saber qué entrega, sus lutos

propios ella entrega, y que con tiernas palabras, la muy desgraciada,

dé los regalos esos a su esposo, le encarga. Los coge el héroe, sin él saber,

y se inviste por los hombros el jugo de la hidra de Lerna.

Inciensos daba y palabras suplicantes a las primeras llamas,

¹⁶⁰y vinos de una pátera vertía en las marmóreas aras.

Se calentó la fuerza aquella del mal y, desatada por las llamas,

marcha ampliamente difundida de Hércules por los miembros.

Mientras pudo con su acostumbrada virtud su gemido reprimió.

Después que vencido por los males fue su sufrimiento, empujó las aras

¹⁶⁵y llenó de sus voces el nemoroso Eta.

Y no hay demora, intenta rasgar su mortífera vestidura:

por donde tira, tira ella de la piel, y horrible de contar,

o se prende a su cuerpo en vano intentándosela arrancar,

o lacerados miembros y grandes descubre huesos.

¹⁷⁰El propio crúor, igual que un día la lámina candente

mojada en la helada cuba, rechina y se cuece del ardiente veneno,

y medida no hay, sorben ávidas sus entrañas la llamas

y azul mana de todo su cuerpo un sudor

y quemados resuenan sus nervios y, derretidas las médulas
¹⁷⁵de esa ciega sanguaza, levantando a las estrellas sus palmas:
 “De las calamidades”, grita, “Saturnia, cébete nuestras,
 cébete y esta plaga contempla, cruel, desde el alto,
 y tu corazón fiero sacia. O si digno yo de compasión hasta para un enemigo,
 esto es, si para ti lo soy, de siniestros tormentos mi enfermo
¹⁸⁰y odiado aliento y nacido para las penalidades, llévate.
 La muerte me será un regalo. Decoroso es estos dones dar a una madrastra.
 ¿Así que yo al que manchaba sus templos con crúor extranjero,
 a Busiris he sometido, y al salvaje Anteo arrebaté
 el alimento de su madre, y ni a mí del pastor ibero
¹⁸⁵su forma triple, ni la forma triple tuya, Cérbero, me movió,
 y ¿ acaso vosotras, manos, no agarrasteis los cuernos del fuerte toro?
 ¿Vuestra obra Elis tiene, vuestra las estinfálides ondas
 y el partenio bosque? ¿Por vuestra virtud devuelto,
 en oro del Termodonte labrado, el tahalí,
¹⁹⁰y las frutas concustodiadas por el insomne dragón,
 y no a mí los Centauros me pudieron resistir, ni a mí
 el devastador jabalí de la Arcadia, ni le sirvió a la hidra
 el crecer merced a su merma y retomar geminadas fuerzas?
 ¿Y qué de cuando los caballos del tracio vi, cebados de sangre humana,
¹⁹⁵y llenos de cuerpos trancos sus pesebres vi
 y vistos los derribé y a su dueño y ellos di muerte?
 Por estos brazos golpeada yace la mole de Nemea,
^{197a}[por éstos Caco. Horrendo monstruo del litoral tiberino],
 en este cuello llevé el cielo. De dar órdenes se agotó
 la salvaje esposa de Júpiter: yo no me he agotado al realizarlas.
²⁰⁰Pero esta nueva plaga llega, a la cual ni con virtud
 ni con armas y armaduras resistírsele puede. Por los pulmones profundos
 vaga un fuego voraz y se ceba por todos los miembros.
 Mas vivo está Euristeo, ¿y hay quienes creer puedan
 que hay dioses?”, dijo, y por el alto Eta herido

²⁰⁵no de otro modo camina que si venablos un toro
en su cuerpo clavado lleva y al autor del acto rehuyera.

Lo vieras a él muchas veces dejando escapar gemidos, muchas veces
bramando, muchas veces reintentando quebrantar esas vestiduras
todas, y tumbando troncos, y enconándose

²¹⁰en los montes, o tendiendo los brazos al cielo de su padre.

He aquí que a Licas, escondido tembloroso en una peña ahuecada,
divisa, y como el dolor había reunido toda su rabia:

“¿No has sido tú, Licas”, dijo, “el que estos funerarios dones me has dado?
¿No has de ser tú el autor de mi muerte?” Tiembla él y se estremece,

²¹⁵pálido, y tímidamente palabras exculpatorias dice.

En diciéndolas, y mientras se disponía a llevar las manos a las rodillas de él,
lo agarra el Alcida y rotándolo tres y cuatro veces

lo lanza más fuerte que en el tormento de la catapulta hacia las ondas eubeas.

Él, suspendido por las aéreas auras se puso rígido,

²²⁰y como dicen que las lluvias se endurecen con los helados vientos,
de donde se hacen las nieves, y también, blando, de las nieves al rotar,
se atriñe y se aglomera su cuerpo en denso granizo,

que así él, lanzado a través del vacío por esos vigorosos brazos
y exangüe de miedo y sin tener líquido alguno,

²²⁵en rígidas piedras fue él convertido, cuenta la anterior edad.

Ahora también en el profundo euboico, en el abismo, una peña breve
emerge, y de su humana forma conserva las huellas,

al cual, como si lo fuera a sentir, los navegantes hollar temen,
y le llaman Licas. Mas tú, célebre hijo de Júpiter,

²³⁰cortados los árboles que llevara el arduo Eta

e instruidos en una pira, que tu arco y tu aljaba capaz,

y las que habrían de ver de nuevo los reinos troyanos, esas saetas,
ordenas que las lleve al hijo de Peante, por servicio del cual fue aplicada
la llama, y mientras de ávidos fuegos se prende toda esa empalizada

²³⁵en lo alto del montón de bosque tiendes tu vellón

de Nemea e imponiendo tu cuello en la clava te recuestas,

no con otro rostro que si cual comensal yacieras
entre copas llenas de vino puro, coronado de guirnaldas.

Y ya vigorosa y derramándose por todos lados sonaba,
²⁴⁰y sus tranquilos miembros y a su despreciador buscaba
la llama: temieron los dioses por su defensor en la tierra.

A los cuales así –pues lo notó– con alegre boca se dirige
el Saturnio Júpiter: “Para nuestro agrado es el temor este,
oh altísimos, y pláceme en todo mi pecho y agradezco

²⁴⁵que de un pueblo atento se me dice soberano y padre,
y también mi descendencia por vuestro favor está a salvo.

Pues aunque ello se concede a los ingentes hechos de él mismo,
obligado estoy yo también. Pero no se atemoricen, pues, vuestros fieles
pechos por un miedo vano: despreciad las eteas llamas.

²⁵⁰El que todo lo ha vencido vencerá, los que veis, a esos fuegos,
y no, sino en su parte materna, sentirá al poderoso

Vulcano: eterno es lo que sacó de mí y ajeno

e inmune a la muerte y no domable por ninguna llama,

y ello yo, cuando él haya acabado en la tierra, en las celestes orillas

²⁵⁵lo recibiré, y en que a todos los dioses placentero será

mi acto confío; si alguno, aun así, de Hércules, si alguno

acaso se habrá de doler de él como dios, no querrá que estos premios se le hayan
dado,

pero sabrá que ha merecido que se le den y contra su voluntad lo aprobará.”

Asintieron los dioses; la esposa regia también pareció

²⁶⁰que lo demás con no duro semblante, con duro las últimas

palabras, había admitido, y que se dolía hondo de que se la señalara.

Mientras tanto, cuanto fue devastable a la llama, Múlciber se lo llevó,

y no reconocible quedó la efigie de Hércules y nada sacado de la imagen

²⁶⁵de su madre posee y sólo las huellas de Júpiter conserva;

y como una serpiente nueva cuando, depuesta su piel vieja,

exuberar suele y resplandecer con su escama reciente,

así, cuando el tirintio se despoja de sus miembros mortales

la parte mejor de sí cobra vigor y empieza él a parecer
²⁷⁰más grande y a volverse por su augusta gravedad temible.
Al cual su padre el todopoderoso, arrebatándolo entre las cóncavas nubes
con su cuadriyugo carro lo indujo entre los radiantes astros.

Galántide

Sintió Atlas el peso, y todavía el Esteneleio no había desatado
sus iras, Euristeo, y atroz ejercía en su descendiente el odio
²⁷⁵de su padre; mas, angustiada por sus largas inquietudes,
la argólide Alcmena, donde poner sus lamentos de vieja,
a quien contar las penalidades de su hijo, atestiguados en el mundo,
o a quien sus propios casos, a Iole tiene; a ella por los mandatos
de Hércules en su tálamo y en su ánimo había acogido Hilo,
²⁸⁰y le había llenado el vientre de su noble simiente, cuando así
empieza Alcmena: “Favorézcante a ti las divinidades al menos,
y abrevien las demoras cuando madura invoques
a quien preside a las temerosas parturientas, a Ilítia,
esa a la que a mí me hizo contraria la influencia de Juno.
²⁸⁵Pues del sufridor de las penalidades, de Hércules, cuando ya era
el tiempo de su nacimiento y por la décima constelación pasaba la estrella,
me extendía su peso el vientre y lo que llevaba
tan grande era que bien podrías decir que el autor del encerrado
peso, era Júpiter, y ya tolerar esas fatigas
²⁹⁰más allá yo no podía: como que ahora también mis miembros, mientras
hablo, ocupa un frío horror, y una parte es recordarlo de ese dolor.
Atormentada durante siete noches y otros tantos días,
agotada por mis males y tendiendo al cielo los brazos, llamaba
yo a grandes gritos a Lucina y a los parejos Nixos.
²⁹⁵Ella ciertamente vino, pero previamente corrompida,
y queriendo regalarle mi cabeza a la inicua Juno.
Y cuando oyó mis gemidos se sentó en aquella
ara de delante de las puertas y apretándose con la corva derecha

la rodilla izquierda y con los dedos entre sí juntados en peine
³⁰⁰contenía mis partos; con tácita voz también dijo
unos encantos y retuvieron esos encantos los emprendidos partos.
Pujo y digo al ingrato Júpiter, fuera de mí, insultos
vanos, y deseo morirme y en palabras que habrían de mover
a las duras piedras me lamento; las madres Cadmeides me asisten
³⁰⁵y mis votos sostienen y animan a la doliente.
Una de mis sirvientas, de la media plebe, Galántide,
flava de pelo, allí asistía, diligente en hacer mis mandatos,
querida por sus propios servicios. Ella sintió que alguna cosa
pasaba por causa de la inicua Juno, y mientras sale y entra
³¹⁰sin cesar por las puertas, a la divina allí sentada vio en el ara,
y los brazos en las rodillas, y sus dedos enlazados manteniendo,
y: “Quien quiera que eres”, dice, “felicita a la señora. Aliviado se ha
la argólide Alcmena y es dueña, recién parida, de su voto.”
Se sobresaltó y aflojó sus manos juntas, llena de temor,
³¹⁵la divina señora del vientre, de mis cadenas me alivio yo al aflojarse ellas.
Engañada su divinidad, fama es que se rió Galántide;
riendo y cogida por su propio pelo la diosa salvaje
la arrastró y, queriendo ella de la tierra levantar el cuerpo,
se lo impidió y sus brazos mutó en patas delanteras.
³²⁰Su diligencia antigua permanece, ni sus espaldas su color
perdieron: su hermosura, a la anterior, es ahora opuesta.
La cual, puesto que con mentirosa boca ayudó a una parturienta,
por la boca pare y nuestras casas, como también antes, frecuente.”

Dríope

Dijo, y conmovida por el recuerdo de su vieja sirvienta
³²⁵gimió hondo. A la cual en su dolor así se dirigió su nuera:
“A ti con todo, oh madre, la belleza arrebatada de una persona
ajena a nuestra sangre te conmueve. ¿Qué si a ti los hados portentosos
de mi propia hermana te refiriera? Aunque las lágrimas y el dolor

me impiden y me prohíben hablar. Fue única para su madre
³³⁰—a mí mi padre me engendró de otra—, la más notable por su hermosura
de entre las Ecálides, Dríope. A la cual, careciendo de su virginidad
y habiendo sufrido violencia del dios que Delfos y Delos tiene,
la acoge Andremon y se le tiene por feliz de esa esposa.
Hay un lago que cuesta arriba hace, por su declinante margen,
³³⁵la forma de un litoral; su altura mirtales la coronan.
Había venido aquí Dríope, ignorante de sus hados, y para que
te indignes más, para llevarle a las ninfas unas coronas;
y en el seno su niño, que aún no había cumplido un año,
llevaba de dulce carga, y por medio de tibia leche lo alimentaba.
³⁴⁰No lejos de ese pantano, remedando los tirios colores,
en esperanza de bayas florecía un acuático loto.
Había cogido de ahí Dríope, que de entretenimiento a su hijo
extendiera, unas flores, y lo mismo me parecía que iba a hacer yo
—pues presente yo estaba—: vi unas gotas caer de la flor,
³⁴⁵cruentas, y las ramas moverse en tembloroso horror.
Claro era, como cuentan ahora por fin, tarde, los agrestes lugareños,
que Lótide, la ninfa, huyendo de las obscenidades de Priapo,
a ella había conferido, salvando su nombre, su transformado aspecto.
No sabía mi hermana esto; la cual, cuando aterrada quiso
³⁵⁰irse hacia atrás, y retirarse ya adoradas de las ninfas,
prendidos quedaron de una raíz sus pies; por arrancarlos pugna
y no otra cosa sino su parte más alta mueve. Le crece desde abajo
y poco a poco le aprieta todas las ingles una flexible corteza.
Cuando lo vio, intentando con la mano mesarse los cabellos,
³⁵⁵de fronda su mano llenó: frondas su cabeza toda ocupaban.
Mas el niño Anfiso —pues tal nombre su abuelo Éurito a él
le había añadido— siente que se endurecen los pechos
de su madre y no obedece al que lo saca el lácteo humor.
Espectadora asistía yo de ese hado cruel, y ayuda
³⁶⁰no podía a ti ofrecerte, hermana, y cuanto podían mis fuerzas,

creciente el tronco y sus ramas, los detenía estrechándolos y,
lo confieso, bajo la misma corteza quise esconderme.
He aquí que su marido Andremon y su padre desgraciadísimo llegan
y buscan a Dríope: a Dríope, a los que la buscaban,
³⁶⁵se la mostré de loto. A su tibio leño dan besos
y derramándose por las raíces de su querido árbol a él quedan prendidos.
Nada sino ya su rostro, que no fuera árbol, tenía
mi querida hermana: sus lágrimas entre las hojas formadas de su desgraciado
cuerpo roran, y mientras puede y su boca ofrece
³⁷⁰de voz un camino, tales derrama al aire sus lamentos:
“Si alguna fe se da a los desgraciados, por las divinidades juro
que yo no he merecido esta impiedad; sufro sin culpa un castigo.
Vivimos inocente; si miento, que árida pierda
las frondas que tengo y cortada a segures se me queme.
³⁷⁵Mas quitad a este niño de las maternas ramas
y dadlo a una nodriza, y bajo mi árbol muchas veces
su leche haced que beba, y que bajo nuestro árbol juegue,
y cuando pueda hablar, a su madre haced que salude
y triste diga: ‘Se oculta en este tronco mi madre’.
³⁸⁰Pero que los estanques tema y no coja del árbol sus flores,
de los retoños todos piense que el cuerpo son de dioses.
Querido esposo, adiós, y tú, germana, y padre:
si es que tenéis piedad, de la herida de la aguda hoz,
del mordisco del rebaño defended mis frondas,
³⁸⁵y puesto que a mí lícito inclinarme a vosotros no me es,
erigid aquí los brazos y a mis besos venid,
mientras ser tocados pueden, y levantad a mi pequeño nacido.
Más cosas decir no puedo. Pues ya por mi blanco cuello una blanda
corteza serpea y en lo alto de una copa me escondo.
³⁹⁰Quitad de mis ojos las manos. Sin la ofrenda vuestra
tape la corteza que los va cubriendo mis moribundos ojos.”
Dejó a la vez su boca de hablar, a la vez de existir, y mucho tiempo

en su cuerpo mutado sus ramas recientes se mantuvieron tibias.”

Iolao y los hijos de Calíroo; rejuvenecimientos

Y mientras cuenta Iole ese hecho portentoso, y mientras

³⁹⁵las lágrimas de la Eurítide allegándole su pulgar le seca

Alcmena –llora también ella– contuvo toda

tristeza una cosa nueva. Pues en el alto umbral se detuvo,

casi un niño, cubriéndose de un dudoso bozo sus mejillas,

devuelto su rostro a sus primeros años, Iolao.

⁴⁰⁰Eso le había dado a él de regalo la Junonia Hebe,

vencida por las súplicas de su marido; la cual, cuando a jurar se disponía

que dones tales no habría de atribuir ella, después de éste, a nadie,

no lo permitió Temis: “Pues ya mueve Tebas

las desavenidas guerras”, dijo, “y Capaneo, sino por Júpiter, no podría

⁴⁰⁵ser vencido, y resultarán parejos en heridas los hermanos

y, sustraída la tierra, sus propios manes verá

–vivo todavía– el profeta, y habrá de vengar a su padre con su padre

su hijo, piadoso y criminal por el mismo hecho,

y, atónito por sus desgracias, desterrado de su mente y de su casa,

⁴¹⁰por los rostros de las Euménides y de su madre las sombras será acosado

hasta que a él su esposa le demande el oro fatal,

y su costado beba –su pariente– la espada de Fegeo.

Sólo entonces pretenderá del gran Júpiter la Aqueloide

suplicante, Calíroo, estos años para sus hijos pequeños;

⁴¹⁵para no dejar que la muerte del vencedor quede largo tiempo sin vengar,

Júpiter, por ello conmovido, proveerá estos dones a su hijastra

y a su nuera y los hará hombres en sus impúberes años.”

Cuando esto con su fatícan boca, pronosticadora del avenir,

hubo dicho Temis, con diversa opinión rumoreaban los altísimos,

⁴²⁰y por qué no a otros estaba permitido conceder los mismos dones

su murmullo era: se lamenta la Palantíade de que viejos los años

de su esposo sean, se lamenta de que encanezca su Iasión

la tierna Ceres, una repetida edad demanda
Múlciber para Erictonio, a Venus también le alcanza el cuidado
425del fururo, y los años de Anquises estipula que se renueven.
Por quién afanarse dios todo tiene; y crece con el favor
la turbida sedición, hasta que su boca Júpiter
libera y: “Oh, de nos si tenéis algún temor”, dijo,
“¿a dónde os lanzáis? ¿Acaso tanto se cree alguno que puede
430que incluso a los hados supere? Por los hados ha vuelto
Iolao a los años que pasó, por los hados rejuvenecer deben
de Calíroe los engendrados, no por ambición ni armas.
A vosotros también, y para que lo admitáis con un ánimo mejor,
incluso a mí los hados me rigen, los cuales, si para mudarlos tuviera fuerza,
435no encorvarían a mi querido Éaco sus tardíos años,
y perpetua la flor de su edad, con el Míno mío, Radamanto
tendría, al cual, a causa de los amargos pesos
de la vejez, se le desprecia y no en el orden que antes reina.”
Las palabras de Júpiter conmovieron a los dioses y ninguno puede,
440al ver agotados a Radamantis y a Éaco de sus años,
y a Míno, quejarse; el cual, mientras estuvo intacto de su edad,
había aterrado a grandiosos pueblos incluso con su solo nombre;
entonces hallábase inválido, y del Diónida, en el vigor
de su juventud, de Mileto, soberbio de su padre Febo,
445tenía miedo, y creyendo que se alzaba contra sus reinos
no, aun así, alejarle de sus penates patrios osó.
Por tu voluntad, Mileto, propia huyes, y en una rápida quilla
mides las aguas egeas, y en la tierra asiática
constituyes unas murallas que tienen el nombre de su ponedor.

Biblis

450Aquí tú, mientras sigue ella las curvaturas de su ribera paterna,
la hija de Menandro, el que tantas veces regresa a sí mismo,
cuando la conociste, a Ciánea, de prestante hermosura su cuerpo,

a Biblis junto con Cauno parió ella, prole gemela.
 Biblis de ejemplo está para que amen lo concedido las niñas:
⁴⁵⁵Biblis, arrebatada por el deseo de su hermano, el descendiente de Apolo:
 no como una hermana a su hermano, ni por donde debía, le amaba.
 Ella realmente al principio no los entendió fuegos ningunos,
 ni pecar considera el que tantas veces sus labios le una,
 el que de su hermano circunden sus brazos el cuello,
⁴⁶⁰y mucho tiempo se engaña de la piedad con la mendaz sombra.
 Poco a poco declina el amor, y a ver a su hermano
 arreglada viene y demasiado desea hermosa parecer,
 y si alguna hay allí más hermosa, se enoja de ella.
 Pero todavía no se es manifiesta a sí misma y bajo aquel fuego
⁴⁶⁵no hace ningún voto, empero bulle por dentro.
 Ya dueño le llama, ya los nombres de la sangre odia,
 Biblis ya prefiere, a que la llame él hermana.
 Pero esperanzas obscenas a su corazón no se atreve
 a condescender despierta; relajada en el descanso plácido,
⁴⁷⁰a menudo ve lo que ama: le pareció incluso que unía a su hermano
 su cuerpo y enrojeció aunque dormida yacía.
 El sueño marcha. Calla ella largo tiempo y recuerda del descanso
 ella suyo la imagen y con dubitativo corazón así habla:
 “Desgraciada de mí, ¿qué pretende esta imagen de la callada noche,
⁴⁷⁵cual no quisiera yo que ratificado fuera? ¿Por qué he visto esos sueños?
 Él realmente es hermoso a los ojos, aun los inicuos,
 y gusta, y podría yo, si no fuera mi hermano, amarle,
 y de mí digno era; pero para mi mal soy su hermana.
 En tanto que nada tal despierta acometer intente,
⁴⁸⁰puede muchas veces volver bajo semejante imagen el sueño.
 Testigo no tiene el sueño y no poco tiene de imitado placer.
 Por Venus y con su tierna madre el volador Cupido,
 goces cuán grandes sentí, cuán manifiesto deleite
 me ha alcanzado, cuán relajada hasta en las médulas he quedado,

⁴⁸⁵cómo acordarse agrada. Aunque breve ese placer,
y la noche fue precipitada, y envidiosa de lo emprendido en mí.
“Oh yo, si lícito sea, mutado el nombre, unirnos,
qué bien, Cauno, podría la nuera ser de tu padre,
qué bien, Cauno, podrías el yerno ser de mi padre.
⁴⁹⁰Todo –los dioses lo hicieran– sería común para nosotros,
excepto los abuelos: tú, que yo, quisiera que más noble fueras.
No sé a quién harás pues, bellissimo, madre,
mas para mí, la que mal he sido agraciada con los padres que tú,
nada sino hermano serás. Que lo impide, esto tendremos solo.
⁴⁹⁵¿Qué me indican entonces mis visiones? Aunque qué peso
tienen los sueños. ¿O es que tienen también los sueños peso?
Los dioses mejor lo quieran... Los dioses, por cierto, suyas hicieron a sus hermanas.
Así Saturno a Ops, unida a él por sangre, la tomó,
Océano a Tetís, a Juno el regidor del Olimpo.
⁵⁰⁰Tienen los altísimos sus propias leyes. ¿Por qué los ritos humanos
hacia los celestiales y opuestos pactos intento pasar?
O, prohibido, de mi corazón se ha de ahuyentar este ardor,
o si esto no puedo, perezca yo, suplico, antes, y que en el lecho
muerta se componga y depositada me dé de su boca besos mi hermano.
⁵⁰⁵Y aun así del arbitrio de dos requiere un tal asunto.
Supón que me place a mí: crimen le parecerá que es a él.
Mas no temieron los Eólidas los tálamos de sus hermanas.
¿Pero de dónde conozco a éstos? ¿Por qué he preparado estos ejemplos?
¿A dónde me llevo? Obscenas llamas, marchad lejos de aquí,
⁵¹⁰y no, sino por donde es lícito a una hermana, mi hermano sea amado.
Pero, si él mismo de mi amor el primero hubiera sido cautivado,
quizás al de él podría yo condescender, a su loco amor.
¿Así pues yo, lo que no habría de rechazar a su pretendiente,
debería yo misma pretender? ¿Podrás hablar? ¿Podrás confesar?
⁵¹⁵Obligará el amor, podré. O, si el pudor mi boca tiene,
una carta arcana confesara mis fuegos escondidos.”

Esto decide, esta decisión venció su dubitativo corazón;
hacia un lado se yergue y apoyada en su codo izquierdo:
“Él verá”, dice. “Malsanos, confesemos estos amores.
⁵²⁰Ay de mí, ¿en qué estoy cayendo? ¿Cuál el fuego que ha concebido mi mente?”
Y las meditadas palabras compone con mano temblorosa.
Su diestra sostiene un hierro, la cera vacía sostiene la otra.

Empieza y duda, escribe y condena las tablillas,
y anota y borra, cambia e inculpa y aprueba
⁵²⁵y en turnos cogidas las deja y dejadas las retoma.
Qué cosa quiere, no sabe. Cuanto le parece que va a hacer,
le desplace. En su rostro está la audacia mezclada con el pudor.
Escrita “Tu hermana” estaba: le pareció borrar a la hermana,
y palabras grabar en las corregidas ceras tales:

⁵³⁰“La que si tú no le dieras no ha de tener ella, salud
te manda tu enamorada. Le avergüenza, ay, le avergüenza revelar su nombre
y si qué deseo quieres saber, sin mi nombre quisiera
que pudiera llevarse mi causa, y que no conocida antes
Biblis fuera, de que la esperanza de mis votos certera hubiese sido.

⁵³⁵De mi herido pecho, realmente, serte podía el delator
mi color, mi delgadez y mi rostro, y húmedos tantas veces
mis ojos, y mis suspiros movidos por causa no patente,
y los continuos abrazos, y los besos –si acaso notaste–
que sentirse podían que no eran los de una hermana.

⁵⁴⁰Yo misma, aun así, aunque en mi ánimo una grave herida tenía,
aunque en mi interior había un furor de fuego, todo lo hice
–me son los dioses testigos– para que por fin más sana estuviera,
y pugué mucho tiempo por ahuyentar, violentas, las armas
de Cupido, infeliz, y más de lo que creerías que puede soportar
⁵⁴⁵una muchacha, dura, yo lo he soportado. A confesarme vencida
obligada me veo, y la ayuda tuya a implorar con temerosos votos:
tú puedes salvar, tú perder el único a tu amante.

Elige qué de ambas cosas harás. No una enemiga tal te suplica,

sino la que, aunque a ti esté unidísima, más unida estar

⁵⁵⁰ansía y con un lazo contigo más cercano atarse.

Las leyes conozcan los viejos y, qué sea lícito y sacrílego
y piadoso sea, ellos inquieten, y de las leyes los fieles observen.

Conveniente Venus es la temeraria a los años nuestros.

Qué sea lícito ignoramos aún, y todo lícito

⁵⁵⁵creemos y seguimos de los grandes dioses el ejemplo.

Y no un duro padre o el temor de la fama

o el miedo se nos opondrá; aunque haya motivo de temor:

dulce, bajo el nombre fraterno, nuestros hurtos esconderemos.

Tengo la libertad de hablar contigo en secreto,

⁵⁶⁰y nos damos abrazos y unimos los labios en público.

¿Cuánto es lo que falta? Compadécete de quien confiesa su amor

y no lo habría de confesar si no la obligara el último ardor,

y no merezcas ser suscrito como causa en mi sepulcro.”

La cera abandonó, llena, a su mano que en ella surcaba en vano

⁵⁶⁵tales cosas, y en el margen quedó prendido el supremo verso.

En seguida firma sus delitos imprimiéndoles su gema,

la cual tiñó de sus lágrimas –a su lengua había abandonado su humor–,

y de sus criados a uno, pudorosa, llamó

y –asustado de ello– lisonjeándolo: “Llévalas, el más fiel, a nuestro...”

⁵⁷⁰dijo, y añadió tras largo tiempo, “hermano.”

Al dárselas, escurriéndosele de las manos cayeron las tablillas;

por el presagio quedó turbada, las mandó aun así. El sirviente, cuando halló

unos tiempos aptos, se acerca y le entrega las ocultas palabras.

Atónito, con súbita ira el joven Meandrio

⁵⁷⁵tiró las tablillas recibidas, leída una parte,

y apenas conteniendo su mano de la cara del tembloroso sirviente:

“Mientras puedes, oh criminal autor de este vedado placer,

huye”, dice, “que si tus hados no se llevaran

consigo mi pudor, tus castigos me habrías pagado con tu muerte.”

⁵⁸⁰Él huye espantado y a su dueña las feroces palabras

de Cauno refiere. Palideces, Biblis, al oír su repulsa,
y se espanta asediado por un glacial frío tu cuerpo.
Pero cuando en sí volvió su mente al par volvieron sus furores
y su lengua apenas dio al aire, por ellas herido, palabras tales:
⁵⁸⁵“Y con razón, pues ¿por qué, temeraria, de la herida esta
he hecho delación? ¿Por qué, las que esconder se hubieron,
tan rápido encomendé a unas apresuradas tablillas, mis palabras?
Antes con ambiguas frases debí sondear el designio
de su corazón. Para que no dejara de seguirme en mi camino,
⁵⁹⁰en parte alguna de la vela hubiera debido notar cuál sería la brisa,
y por un mar seguro correr quien ahora
por no explorados vientos he llenado mis lienzos.
Me veo arrastrada a los escollos pues, y volcada me cubre
el océano todo, y no tienen mis velas retornos.
⁵⁹⁵Y qué de que con presagios ciertos se me prohibía
condescender al amor mío, ya entonces, cuando al ordenar llevarla
se me cayó e hizo la cera caducas nuestras esperanzas.
¿Acaso no debió ser o aquel día o toda mi voluntad
—pero mejor el día— cambiado? Un dios mismo me amonestaba
⁶⁰⁰y señales ciertas me daba: de no haber estado mal sana.
Aun así yo misma hablar, y no encomendarme a la cera,
había debido, y presente descubrir mis locos amores.
Hubiese visto él mis lágrimas, mi rostro hubiese visto de amante,
más cosas decir podía que las que las tablillas cogieron.
⁶⁰⁵Contra su voluntad pude circundar mis brazos a su cuello
y si fuera rechazada pudo vérseme casi morir,
y abrazarme a sus pies, y allí derramada demandarle la vida.
Todo lo hubiese hecho, de entre lo cual, si cada cosa su dura
mente doblegar no pudiera, lo hubiese podido todo junto.
⁶¹⁰Quizás incluso sea también alguna la culpa del sirviente que envié:
no se acercó apropiadamente, ni eligió, creo, idóneos
los tiempos, ni buscó la hora y el ánimo desocupado.

Esto es lo que me hizo mal; pues de una tigresa no ha nacido,
ni rigurosas piedras o sólido en su pecho el hierro

⁶¹⁵o acero lleva, ni la leche bebió él de una leona.

Será vencido. Habrá de buscársele nuevamente, ni cansancio alguno
admitiré de lo emprendido mientras el aliento este permanezca.

Pues lo primero era, si lo que he hecho se pudiera revocar,
no haber empezado: lo empezado expugnar es lo segundo.

⁶²⁰Es lo cierto que él no puede, aunque ya abandonara mis votos,
no acordarse para siempre, con todo, de mi osadía.

Y, porque he desistido, más livianamente pareceré
que lo he querido, o incluso que a él lo he tentado, o que con insidias lo he buscado:
o incluso realmente que no por éste que omnipresente empuja y quema

⁶²⁵el pecho nuestro, por este dios, sino por el mero deseo me creará vencida.

Finalmente, ya no puedo nada haber cometido nefando;

le he escrito y lo he pretendido: mancillada está mi voluntad;

aunque nada añadida no puedo no culpable ser llamada.

Lo que resta mucho es para mis votos, para mis delitos poco.”

⁶³⁰Dijo y –tanta es la discordia de su incierta mente–

aunque le pesa el haberlo intentado, gusta de intentarlo, y de la medida
se excede e infeliz acomete muchas veces el que se la rechace.

Luego, cuando ya no tiene un final, de su patria huye él y de la abominación,
y en una tierra extraña pone unas nuevas murallas.

⁶³⁵Entonces verdaderamente dicen que la afligida Milétide de toda
su mente se apartó, entonces verdaderamente de su pecho se rasgó
el vestido, y se golpeó en duelo furibunda sus propios brazos,
y ya abiertamente está fuera de sí misma, y de la no concedida Venus
confiesa su esperanza, sin la cual, su patria y sus odiados penates

⁶⁴⁰abandona y sigue las huellas de su prófugo hermano,

e igual que movidas por tu tirso, vástago de Sémele,

las ismarias bacantes celebran tus reiterados trienios,

a Biblis no de otro modo aullar por los anchos campos

vieron las nueras de Búbaso; las cuales dejadas,

⁶⁴⁵anda errante ella por toda la Caria y los acorazados Léleges, y Licia.
Ya el Crago y Límira había dejado atrás, y del Janto las ondas,
y la cima en que la Quimera por sus partes de en medio, fuego,
pecho y rostro de leona, cola de serpiente poseía:
te abandonan los bosques cuando tú, agotada de la persecución,
⁶⁵⁰caes al suelo, y puestos en la dura tierra tus cabellos,
Biblis, quedas tendida, y sobre las frondas tu cara pones, caducas.
Muchas veces a ella las nifas con sus tiernos brazos, las Lelégides,
levantarla intentaron, muchas veces de que remedie su amor
la aperciben y allegan consuelos a su sorda mente.
⁶⁵⁵Muda yace, y verdes hierbas retiene en sus uñas
Biblis y humedece las gramas con el río de sus lágrimas.
Las Naides a ellas una vena que nunca secarse pudiera
dicen que debajo le pusieron. Pues ¿qué más grande que darle habían?
En seguida, como de la cortada corteza de una píceca las gotas,
⁶⁶⁰o como tenaz de la grávida tierra mana el betún,
y como al adviento del favonio, que sopla lene,
con el sol se ablanda de nuevo la onda que el frío detuvo,
así de sus lágrimas consumida la Febeia Biblis
se torna en manantial, el cual ahora todavía en los valles aquellos
⁶⁶⁵el nombre tiene de su dueña, y bajo una negra encina mana.

Ifis

La fama de ese nuevo portento las cien ciudades quizás
de Creta hubiese llenado, si los prodigios poco antes
de Ifis mutada, más cercanos, no hubiese sufrido Creta.
Próxima al reino gnosíaco, en efecto, en otro tiempo, la tierra
⁶⁷⁰de Festo engendró, de nombre desconocido, a Ligdo,
hombre de la plebe libre, y no su hacienda en él
mayor era que su nobleza, pero su vida —y su crédito—
inculpada fue. El cual, a los oídos de su grávida esposa,
con las palabras estas le advertía cuando ya cerca se hallaba el parto:

⁶⁷⁵“Lo que yo encomendaría dos cosas son: que con el mínimo dolor te alivies,
y que un varón paras. Más onerosa la otra suerte es
y fuerzas la fortuna le niega. Cosa que abomino, así pues,
si ha de salir acaso una hembra de tu parto,
—contra mi voluntad te lo encargo: piedad, perdónamelo— se la matará.”

⁶⁸⁰Había dicho, y de lágrimas profusas su rostro bañaron
tanto el que lo encargaba como a la que los encargos eran dados.
Pero aun así incluso, Teletusa a su marido con las vanas
súplicas inquieta de que no le ponga a ella su esperanza en esa angostura;
cierta la decisión suya es, de Ligdo. Y ya de llevar

⁶⁸⁵apenas capaz era ella su vientre grave de su maduro peso,
cuando en medio del espacio de la noche, bajo la imagen de un sueño
la Ináquida ante su lecho, cortejada de la pompa de sus sacramentos,
o estaba o lo parecía: puestos en su frente estaban sus cuernos
lunares, con espigas rutilantes de nítido oro,

⁶⁹⁰y con su regio ornato; con ella el ladrador Anubis
y la santa Bubastis, variegado de colores Apisa,
y el que reprime la voz y con el dedo a los silencios persuade;
y los sistros estaban, y nunca bastante buscado Osiris,
y plena la serpiente extranjera de somníferos venenos.

⁶⁹⁵entonces, como a una que se hubiera sacudido el sueño y viera lo manifiesto,
así se le dirigió la diosa: “Parte, oh Teletusa, de mis seguidoras,
deja tus graves pesares y a los mandados de tu marido falta;
y no duda, cuando de tu parto Lucina te aligere,
en recoger lo que ello sea. Soy la diosa del auxilio, y ayuda

⁷⁰⁰cuando se me implora llevo, y no te lamentarás de haber adorado
a un numen ingrato.” Le aconsejó, y se retiró de su tálamo.

Contenta se levanta del lecho y levantando sus puras manos
suplicante la cretense a las estrellas, que sus visiones sean confirmadas suplica.

Cuando el dolor creció y a sí mismo se expulsó su propio peso

⁷⁰⁵a las auras, y nació una hembra, sin saberlo el padre,
ordenó que se le alimentara su madre mintiéndola niño; crédito

la cosa tuvo y no era del fingimiento cómplice sino la nodriza.
Sus votos el padre cumple y el nombre le impone de su abuelo:
Ifis el abuelo había sido. Se alegró del nombre la madre
⁷¹⁰porque común era y a nadie se engañaría con él.
Desde ahí emprendidas las mentiras, en ese piadoso fraude quedaron ocultas:
su tocado era el de un niño, su cara la que si a una niña,
o si la dieras a un niño, fuera hermoso uno y la otra.
El tercer año mientras tanto al décimo había sucedido,
⁷¹⁵cuando tu padre, Ifis, te promete a la rubia Iante,
entre las Festiadas, la que más alabada por la dote
de su hermosura fue, la virgen, nacida del dicteo Telestes.
Pareja la edad, pareja su hermosura era, y las primeras artes
recibieron de unos maestros –los rudimentos de su edad– comunes;
⁷²⁰de aquí que el amor de ambas alcanzara su inexperto pecho, y una igual
herida a las dos hizo, pero era su confianza dispar:
el matrimonio y los tiempos de la pactada antorcha ansía,
y la que hombre piensa que es, que su hombre será cree Iante;
Ifis ama a una de quien poder gozar no espera, y aumenta
⁷²⁵por ello mismo sus llamas y arde por la virgen una virgen,
y apenas conteniendo las lágrimas: “¿Qué salida me espera”, dice,
“de quien conocida por nadie, de quien el prodigioso pesar de una desconocida
Venus se ha adueñado? Si los dioses me querían salvar,
salvar me habrían debido, si no, y perderme querían,
⁷³⁰un mal natural al menos y de costumbre me hubiesen dado.
Y a la vaca no el de la vaca, y a las yeguas el amor de las yeguas no abrasa;
abrasa a las ovejas el carnero, sigue su hembra al ciervo;
así también se unen las aves, y, entre los seres vivos todos,
hembra arrebatada por el deseo de una hembra ninguna hay.
⁷³⁵Quisiera que ninguna yo fuera. Para que no dejara Creta, aun así,
de criar todos los portentos, a un toro amó la hija del Sol,
hembra desde luego a un macho: es más furioso que aquel,
si la verdad profeso, el amor mío; aun así, ella seguía

una esperanza de esa Venus; aun así ella, con engaños y la imagen de una vaca,
⁷⁴⁰sintió al toro, y había, al que se engañara, un adúltero.

Aquí, aunque de todo el orbe la destreza confluyera,
aunque el mismo Dédalo revolara con sus enceradas alas,
¿qué había de hacer? ¿Acaso a mí muchacho, de doncella, con sus doctas
artes me volviera? ¿Acaso a ti te mutaría, Iante?

⁷⁴⁵Por qué no afirmas tu ánimo y tú misma te recompones, Ifis,
y carentes de consejo y estúpidos rechazas unos fuegos.

Qué hayas nacido, ve, si no es que a ti misma también te engañas,
y busca lo que lícito es y ama lo que mujer debes.

La esperanza es quien lo capta, la esperanza es quien alimenta al amor:

⁷⁵⁰de ella a ti la realidad te priva: no te aparta una custodia del querido
abrazo, ni de un cauto marido el cuidado,

no de un padre la aspereza, no al tú rogarla ella misma a sí se niega,
y no, aun así, has de poseerla tú, y no, aunque todo ocurriera,
puedes ser feliz, aunque dioses y hombres se afanen.

⁷⁵⁵Ahora incluso, de mis votos, ninguna parte hay vana
y los dioses a mí propicios cuanto pudieron me han dado.

Lo que yo quiere mi padre, quiere ella misma, y mi suegro futuro;
mas no quiere la naturaleza, más potente que todo esto,
la que sola a mí me hace mal. He aquí que llega un deseable tiempo

⁷⁶⁰y la luz conyugal se acerca, y ya mía se hará Iante...

Y no me alcanzará: tendremos sed en medio de las ondas.

¿Por qué, Prónuba Juno, por qué, Himeneo, venís
a estos sacrificios, en los que quien nos lleve falta, donde somos novias ambas?"

Calló tras esto su voz. Y no más lene la otra virgen

⁷⁶⁵se abrasa, y que rápido llegues, Himeneo, suplica.

Lo que pide, a ello temiendo Teletusa, ya difiere los tiempos,
ahora con fingida postración la demora alarga, augurios muchas veces
y visiones pretexta; pero ya había consumido toda
materia de mentira y, dilatados, los tiempos de la antorcha

⁷⁷⁰apremiaban, y un solo día restaba: mas ella

la venda del pelo a su hija y a sí misma de la cabeza
 detrae y sueltos, al ara abrazada, los cabellos:
 “Isis, el paretonio y los mareóticos campos y Faros,
 tú, que honras, y distribuidos en siete cuernos el Nilo,
⁷⁷⁵presta, te suplico”, dice, “tu ayuda y remedia nuestro temor.
 A ti, diosa, a ti misma hace tiempo, y tuyas estas enseñas, vi,
 y todo lo he reconocido, el sonido y el séquito de bronce...
 De los sistros y en mi memorativo corazón tus mandatos inscribí.
 El que ella vea esta luz, el que yo no sufra castigo, he aquí
⁷⁸⁰que consejo y regalo tuyo es. Compadécete de las dos,
 y con tu auxilio nos ayuda.” Lágrimas siguieron a esas palabras.
 Pareció la diosa que movió –y había movido– sus aras,
 y del templo temblaron las puertas, y que remedan a la luna,
 fulgieron sus cuernos, y crepitó el sonable sistro.
⁷⁸⁵No tranquila, ciertamente, pero del fausto augurio contenta,
 la madre sale del templo; la sigue su acompañante, Ifis, al ella marchar,
 de lo acostumbrado con paso más grande, y no su albor en su rostro
 permanece, y sus fuerzas se acrecen, y más acre su mismo
 rostro es, y más breve la medida de sus no acicalados cabellos,
⁷⁹⁰y más vigor le asiste que tuvo de mujer. Pues la que
 mujer poco antes eras, un muchacho eres. Dad ofrendas a los templos,
 y no con tímida confianza alegraos. Dan ofrendas a los templos,
 añaden también un título; el título una breve canción tenía:

“ESTOS · DONES · DE · MUCHACHO · CUMPLIÓ · QUE · DE · MUJER · VOTÓ · IFIS”

⁷⁹⁵La posterior luz con sus rayos había revelado el ancho orbe,
 cuando Venus y Juno e Himeneo a los sociales fuegos
 concurren, y posee, de muchacho, Ifis a su lante.

Libro décimo

Orfeo y Eurídice

De ahí por el inmenso éter, velado de su atuendo
de azafrán, se aleja, y a las orillas de los cícones Himeneo
tiende, y no en vano por la voz de Orfeo es invocado.
Asistió él, ciertamente, pero ni solemnes palabras,
⁵ni alegre rostro, ni feliz aportó su augurio;
la antorcha también, que sostenía, hasta ella era estridente de lacrimoso humo,
y no halló en sus movimientos fuegos ningunos.
El resultado, más grave que su auspicio. Pues por las hierbas, mientras
la nueva novia, cortejada por la multitud de las náyades, deambula,
¹⁰muere al recibir en el tobillo el diente de una serpiente.
A la cual, a las altísimas auras después que el rodepeio bastante hubo llorado,
el vate, para no dejar de intentar también las sombras,
a la Estige osó descender por la puerta del Ténaro,
y a través de los leves pueblos y de los espectros que cumplieran con el sepulcro,
¹⁵a Perséfone acude y al que los inamenos reinos posee,
de las sombras el señor, y pulsados al son de sus cantos los nervios,
así dice: “Oh divinidades del mundo puesto bajo el cosmos,
al que volvemos a caer cuanto mortal somos creados,
si me es lícito, y, dejando los rodeos de una falsa boca,
²⁰la verdad decir dejáis, no aquí para ver los opacos
Tártaros he descendido, ni para encadenar las triples
gargantas, vellosas de culebras, del monstruo de Medusa.
Causa de mi camino es mi esposa, en la cual, pisada,
su veneno derramó una víbora y le arrebató sus crecientes años.
²⁵Poder soportarlo quise y no negaré que lo he intentado:
me venció Amor. En la altísima orilla el dios este bien conocido es.
Si lo es también aquí lo dudo, pero también aquí, aun así, auguro que lo es
y si no es mentida la fama de tu antiguo raptó,
a vosotros también os unió Amor. Por estos lugares yo, llenos de temor,
³⁰por el Caos este ingente y los silencios del vasto reino,

os imploro, de Eurídice detened sus apresurados hados.

Todas las cosas os somos debidas, y un poco de tiempo demorados,
más tarde o más pronto a la sede nos apresuramos única.

Aquí nos encaminamos todos, esta es la casa última y vosotros

³⁵los más largos reinados poseéis del género humano.

Ella también, cuando sus justos años, madura, haya pasado,
de la potestad vuestra será: por regalo os demando su disfrute.

Y si los hados niega la venia por mi esposa, decidido he
que no querré volver tampoco yo. De la muerte de los dos gozaos.”

⁴⁰Al que tal decía y sus nervios al son de sus palabras movía,
exangües le lloraban las ánimas; y Tántalo no siguió buscando
la onda rehuida, y atónita quedó la rueda de Ixión,
ni desgarraron el hígado las aves, y de sus arcas librarón
las Bélides, y en tu roca, Sísifo, tú te sentaste.

⁴⁵Entonces por primera vez con sus lágrimas, vencidas por esa canción, fama es
que se humedecieron las mejillas de las Euménides, y tampoco la regia esposa
puede sostener, ni el que gobierna las profundidades, decir que no a esos ruegos,
y a Eurídice llaman: de las sombras recientes estaba ella
en medio, y avanzó con un paso de la herida tardo.

⁵⁰A ella, junto con la condición, la recibe el rodopeio héroe,
de que no gire atrás sus ojos hasta que los valles haya dejado
del Averno, o defraudados sus dones han de ser.

Se coge cuesta arriba por los mudos silencios un sendero,
arduo, oscuro, de bruma opaca denso,

⁵⁵y no mucho distaban de la margen de la suprema tierra.

Aquí, que no abandonara ella temiendo y ávido de verla,
giró el amante sus ojos, y en seguida ella se volvió a bajar de nuevo,
y ella, sus brazos tendiendo y por ser sostenida y sostenerse conteniendo,
nada, sino las que cedían, la infeliz agarró auras.

⁶⁰Y ya por segunda vez muriendo no hubo, de su esposo,
de qué quejarse, pues de qué se quejara, sino de haber sido amada,
y su supremo adiós, cual ya apenas con sus oídos él

alcanzara, le dijo, y se rodó de nuevo adonde mismo.
No de otro modo quedó suspendido por la geminada muerte de su esposa Orfeo
⁶⁵que el que temeroso de ellos, el de en medio portando las cadenas,
los tres cuellos vio del perro, al cual no antes le abandonó su espanto
que su naturaleza anterior, al brotarle roca a través de su cuerpo;
y el que hacia sí atrajo el crimen y quiso parecer,
Óleno, que era culpable; y tú, oh confiada en tu figura,
⁷⁰infeliz Letea, las tuyas, corazones unidísimos
en otro tiempo, ahora piedras a las que húmedo sostiene el Ida.
Implorante, y en vano otra vez atravesar queriendo,
el barquero le vetó: siete días, aun así él,
sucio en esa ribera, de Ceres sin la ofrenda estuvo sentado.
⁷⁵El pesar y el dolor del ánimo y lágrimas sus alimentos fueron.
De que eran los dioses del Érebo crueles habiéndose lamentado, hacia el alto
Ródope se recogió y, golpeado de los aquilones, al Hemo.

Al año, concluido por los marinos Peces, el tercer
Titán le había dado fin, y rehuía Orfeo de toda
⁸⁰Venus femenina, ya sea porque mal le había parado a él,
o fuera porque su palabra había dado; de muchas, aun así, el ardor
se había apoderado de unirse al vate: muchas se dolían de su rechazo.
Él también, para los pueblos de los tracios, fue el autor de transferir
el amor hacia los tiernos varones, y más acá de la juventud
⁸⁵de su edad, la breve primavera cortar y sus primeras flores.

Catálogo de árboles; Cipariso

Una colina había, y sobre la colina, llanísima, una era
de campo, a la que verde hacían de grama sus hierbas.
De sombra el lugar carecía; parte en la cual, después que se sentara,
el vate nacido de los dioses, y de que sus hilos sonantes puso en movimiento,
⁹⁰sombra al lugar llegó: no faltó de Caón el árbol,
no bosque de las Helíades, no de frondas altas la encina,
ni tilos mullidos, ni haya e innúbil láurea,

y avellanos frágiles y fresno útil para las astas,
y sin nudo el abeto, y curvada de bellotas la encina
⁹⁵y el plátano natalicio, y el arce de colores desigual,
y, los que honráis las corrientes, juntos los sauces y el acuático loto,
y perpetuamente vigoroso el boj y los tenues tamariscos,
y bicolor el mirto, y de sus bayas azul la higuera.
Vosotras también, de flexible pie las hiedras, vinisteis y, a una,
¹⁰⁰las pampíneas vides, y vestidos de esa vid los olmos,
y los fresnos y las píceas, y de su fruto rojeciente cargado
el madroño, y dúctiles, del vencedor los premios, las palmas,
y recogido su pelo y de erizada coronilla el pino,
grato de los dioses a la madre, si realmente el Cibeleo Atis
¹⁰⁵se despojó en ella de su ser humano y de endurecerse hubo en aquel tronco.

Asistió a esta multitud, a las metas imitando, el ciprés,
ahora árbol, muchacho antes, del dios aquel amado
que la cítara a los nervios, a los nervios temple el arco.
Pues sagrado para las ninfas que poseen de la Cartea los campos,
¹¹⁰un ingente ciervo había, y con sus cuernos, ampliamente manifiestos,
él a su propia cabeza altas se ofrecía sus sombras;
sus cuernos fulgían de oro, y bajando a sus espaldillas,
colgaban enjorjados collares en su torneado cuello;
una borla sobre su frente, argentina, con pequeñas cinchas
¹¹⁵atada se le movía, y de pareja edad, brillaban
desde sus gemelas orejas alrededor de sus cóncavas sienes, unas perlas.
Y él, de miedo libre y depuesto su natural
temor, frecuentar las casas y ofrecer para acariciar su cuello,
a cualesquiera desconocidas manos, acostumbraba.
¹²⁰Pero, aun así, antes que a otros, oh el más bello de las gentes de Ceos,
grato te era, Cipariso, a ti. Tú hasta los pastos nuevos
a ese ciervo, tú lo llevabas del líquido manantial hasta su onda,
tú ora le tejías variegadas por sus cuernos unas flores,
ahora, cual su jinete, en su espalda sentado para acá y para allá contento

¹²⁵blanda moderabas su boca con purpurinos cabestros.

El calor era, y mediado el día, y del vapor del sol,

cóncavos hervían los brazos del ribereño Cáncer.

Fatigado, en la herbosa tierra depositó su cuerpo

el ciervo, y de la arboleada sombra se llevaba el frío.

¹³⁰A él el muchacho, imprudente, Cipariso, le clavó una jabalina

aguda, y cuando lo vio a él muriendo de la salvaje herida

decidió que él quería morir. Qué consuelos no le dijo Febo

y cuánto le advirtió que ligeramente y con relación a su motivo

se doliera. Gime él, aun así, y de presente supremo

¹³⁵esto pide de los altísimos, que luto él sintiera en todo tiempo.

Y ya agotada su sangre por los inmensos llantos

hacia un verde color empezaron a tornarse sus miembros

y los que ahora poco de su nívea frente colgaban, sus cabellos,

a volverse una erizada melena y, asumida una rigidez,

¹⁴⁰a contemplar, estrellado, con su grácil copa el cielo.

Gimió hondo y triste el dios: “Luto serás para nos,

y luto serán para ti otros, y asistirás a los dolientes”, dice.

Tal bosque el poeta se había atraído y en el concilio
de las fieras, central él de su multitud y de los pájaros, estaba sentado;

¹⁴⁵cuando bastante hubo templado pulsadas con su pulgar las cuerdas

y sintió que variados, aunque diversos sonaran,

concordaban sus ritmos, con esta canción acompasó su voz:

Canción de Orfeo: proemio

“Desde Júpiter, oh Musa madre –ceden todas las cosas al gobierno de Júpiter–,
entona los cantos nuestros. De Júpiter muchas veces su poderío

¹⁵⁰he dicho antes: canté con plectro más grave a los Gigantes

y esparcidos por los campos de Flegra sus vencedores rayos.

Ahora menester es de una más liviana lira, a los muchachos cantemos

amados de los altísimos, y a las niñas que atónitas

por no concedidos fuegos, merecieron por su deseo un castigo.

Ganimedes

¹⁵⁵El rey de los altísimos, un día, del frigio Ganimedes en el amor ardió, y hallado fue algo que Júpiter ser prefiriera, antes que lo que él era. En ninguna ave, aun así, convertirse se digna, sino la que pudiera soportar sus rayos.

Y no hay demora, batido con sus mendaces alas el aire,
¹⁶⁰robó al Iliada, el cual ahora también copas le mezcla,
y, de Juno a pesar, a Júpiter el néctar administra.

Jacinto

“A ti también, Amiclida, te hubiese puesto en el éter Febo, triste, si espacio para ponerte tus hados te hubiesen dado; lo que se puede, eterno aun así eres, y cuantas veces rechaza
¹⁶⁵la primavera el invierno, y al Pez acuoso el Carnero sucede, tú tantas veces naces, y verdes en el césped las flores.

A ti el genitor mío ante todos te amó y, del mundo en su centro, abandonada careció de su soberano Delfos, mientras tal dios el Eurotas y no fortificada frecuente
¹⁷⁰a Esparta. Y ni las cítaras, ni están en su honor las saetas: olvidado él aun de sí mismo, no las redes llevar rehúsa, no haber sujetado a los perros, no por las crestas del monte inicuo ir de comitiva y, con tal larga costumbre, alimenta él sus llamas.

Y ya casi central el Titán, de la sucesiva y de la pasada
¹⁷⁵noche, estaba, y en espacio parejo distaba de ambos puntos. Sus cuerpos de ropa aligeran y con el jugo del pingüe olivo resplandecen y del ancho disco inician las competiciones, el cual, primero balanceado, Febo lo envía a las aéreas auras y desgarró con su peso, a él opuestas, las nubes.

¹⁸⁰Recayó sólida tras largo tiempo en la tierra su peso, y había exhibido él su arte, unido con sus fuerzas. En seguida, imprudente, y movido por la pasión del juego,

a coger el Tenárida su círculo se apresuraba, mas a él,
dura, devuelto el golpe de su herida, lo lanzó la tierra
¹⁸⁵contra el rostro, Jacinto, tuyo. Palideció, e igualmente
que el muchacho el mismo dios, y colapsados recogió tus miembros,
y ya te reanima, ya tristes tus heridas seca,
ahora tu aliento, que huye, sostiene aplicándole sus hierbas.
Nada aprovechan su artes; era inmedicable herida.

¹⁹⁰Como si alguien sus violas o la rígida adormidera en un huerto
y los lirios quebrara, de sus rubias lenguas erizados,
que marchitas bajaran súbitamente su cabeza ajada ellas,
y no se sostuvieran y miraran con su cúspide la tierra;
así su rostro muriendo yace y traicionando su vigor
¹⁹⁵su mismo cuello para él un peso es, y sobre su hombro se recuesta.
“Te derrumbas, Ebálida, en tu primera juventud defraudado”,
Febo dice, “y veo yo —mis culpas— la herida tuya.”

Tú eres mi dolor y el crimen mío; mi diestra en tu muerte
ha de ser inscrita. Yo soy de tu funeral el aurtor.

²⁰⁰Cuál mi culpa, aun así, salvo si al haber jugado llamársele
culpa puede, salvo si culpa puede, también a haberte amado, llamarse.
Y ojalá contigo morir y por ti mi vida rendir posible
fuera. De lo cual, puesto que por una fatal condición se nos retiene,
siempre estarás conmigo y, memorativa, prendido estarás en mi boca.

²⁰⁵Tú de mi lira, tocada por mi mano, tú de las canciones nuestras serás el sonido
y, flor nueva, en tu escrito imitarás los gemidos nuestros.
Y el tiempo aquél llegará en que a sí mismo un valerosísimo héroe
se añada a esta flor, y en su misma hoja se lea.”

Tales cosas, mientras las menciona la verdadera boca de Apolo,

²¹⁰he aquí que el crúor que derramada por el suelo había señalado las hierbas,
deja de ser crúor, y más nítida que de Tiro la ostra,
una flor surge y la forma toma de los lirios, si no
purpurino el color suyo, mas argentino, en ellos.

No bastante es tal para Febo —pues él había sido el autor de tal honor—:

²¹⁵él mismo sus gemidos en las hojas inscribe y “*ai ai*”

la flor tiene inscrito, y esa funesta letra trazada fue.

Y no de haberle engendrado se avergüenza Esparta, a Jacinto, y su honor perdura hasta esta generación, y, para celebrarse al uso de los antiguos, anuales vuelven las Jacintias, con su antepuesta procesión.

Las Propétides y los Cerastas

²²⁰“Mas si acaso preguntaras, fecunda en metales, a Amatunta, si haber engendrado quisiera a las Propétides, con un gesto lo negará, igualmente que a aquellos cuya frente áspera en otro tiempo por su geminado cuerno era, de donde además su nombre tomaron, los Cerastas.

Ante las puertas de éstos estaba el altar de Júpiter Huésped.

²²⁵†De un no luctuoso crimen† el cual altar, si algún recién llegado teñido hubiese visto de sangre, inmolados creería haberse allí a unos terneros lechales, y de Amatunte sus ovejas bidentes.

Un huésped había sido asesinado. Ofendida por esos sacrificios nefandos, sus propias ciudades y de Ofiusa los campos se disponía

²³⁰a dejar desiertos la nutricia Venus. “Pero, ¿qué estos lugares a mí gratos, qué han pecado las ciudades mías? ¿Qué delito”, dijo, “en ellas?

Con el exilio su condena mejor su gente impía pague o con la muerte o si algo medio hay entre la muerte y la huida.

Y ello ¿qué puede ser, sino el castigo de su tornada figura?”

²³⁵Mientras duda en qué mutarlos a sus cuernos giró su rostro y acordada fue de que tales se les podían a ellos dejar, y, grandes sus miembros, los transforma en torvos novillos.

“Atrevido se habían, aun así, las obscenas Propétides a negar que Venus fuera diosa; merced a lo cual, por la ira de su divinidad,

²⁴⁰sus cuerpos, junto con su hermosura, cuentan que ellas las primeras fueron en hacer públicos,

y cuando su pudor cedió y la sangre de su rostro se endureció, en rígida piedra, con poca distinción, se las convirtió.

Pígalión

“A las cuales, porque Pígalión las había visto pasando su vida a través de esa culpa, ofendido por los vicios que numerosos a la mente
²⁴⁵femínea la naturaleza dio, célibe de esposa vivía y de una consorte de su lecho por largo tiempo carecía. Entre tanto, níveo, con arte felizmente milagroso, esculpió un marfil, y una forma le dio con la que ninguna mujer nacer puede, y de su obra concibió él amor.
²⁵⁰De una virgen verdadera es su faz, a la que vivir creerías, y si no lo impidiera el respeto, que quería moverse: el arte hasta tal punto escondido queda en el arte suyo. Admira y apura en su pecho Pígalión del simulado cuerpo unos fuegos. Muchas veces las manos a su obra allega, tanteando ellas si sea
²⁵⁵cuerpo o aquello marfil, y todavía que marfil es no confiesa. Los labios le besa, y que se le devuelve cree y le habla y la sostiene y está persuadido de que sus dedos se asientan en esos miembros por ellos tocados, y tiene miedo de que, oprimidos, no le venga lividez a sus miembros, y ora ternuras le dedica, ora, gratos a las niñas,
²⁶⁰presentes le lleva a ella de conchas y torneadas piedrecillas y pequeñas aves y flores mil de colores, y lirios y pintadas pelotas y, de su árbol caídas, lágrimas de las Helíades; orna también con vestidos su cuerpo: da a sus dedos gemas, da largos colgantes a su cuello;
²⁶⁵en su oreja ligeras perlas, cordoncillos de su pecho cuelgan: todo decoroso es; ni desnuda menos hermosa parece. La coloca a ella en unas sábanas de concha de Sidón teñidas, y la llama compañera de su lecho, y su cuello, reclinado, en plumas mullidas, como si de sentir las hubiera, recuesta.
²⁷⁰“El festivo día de Venus, de toda Chipre el más celebrado, había llegado, y recubiertos sus curvos cuernos de oro, habían caído golpeadas en su nívea cerviz las novillas y los inciensos humaban, cuando, tras cumplir él su ofrenda, ante las aras

se detuvo y tímidamente: “Si, dioses, dar todo podéis,
²⁷⁵que sea la esposa mía, deseo” –sin atreverse a “la virgen
de marfil” decir– Pigmalión, “semejante”, dijo, “a la de marfil.”
Sintió, como que ella misma asistía, Venus áurea, a sus fiestas,
los votos aquellos qué querían, y, en augurio de su amiga divinidad,
la llama tres veces se acreció y su punta por los aires trujo.
²⁸⁰Cuando volvió, los remedos busca él de su niña
y echándose en su diván le besó los labios: que estaba templada le pareció;
le allega la boca de nuevo, con sus manos también los pechos le toca.
Tocado se ablanda el marfil y depuesto su rigor
en él se asientan sus dedos y cede, como la del Himeto al sol,
²⁸⁵se reblandece la cera y manejada con el pulgar se torna
en muchas figuras y por su propio uso se hace usable.
Mientras está suspendido y en duda se alegra y engañarse teme,
de nuevo su amante y de nuevo con la mano, sus votos vuelve a tocar;
un cuerpo era: laten tentadas con el pulgar las venas.
²⁹⁰Entonces en verdad el Pafio, plenísimas, concibió el héroe
palabras con las que a Venus diera las gracias, y sobre esa boca
finalmente no falsa su boca puso y, por él dados, esos besos la virgen
sintió y enrojeció y su tímida luz hacia las luces
levantando, a la vez, con el cielo, vio a su amante.
²⁹⁵A la boda, que ella había hecho, asiste la diosa, y ya cerrados
los cuernos lunares en su pleno círculo nueve veces,
ella a Pafos dio a luz, de la cual tiene la isla el nombre.

Mirra

“Nacido de ella aquel fue, quien, si sin descendencia hubiese sido,
entre los felices Cíniras se podría haber contado.
³⁰⁰Siniestras cosas he de cantar: lejos de aquí, hijas, lejos estad, padres,
o si mis canciones las mentes vuestras han de seducir,
fálteme en esta parte vuestra fe y no deis crédito al hecho,
o si lo creéis, del tal hecho también creed el castigo.

Si, aun así, admisible permite esto la naturaleza que parezca,
³⁰⁵a los pueblos ismarios y a nuestro mundo felicito,
felicito a esta tierra porque dista de las regiones esas
que tan gran abominación han engendrado: sea rica en amomo
y cinamomo, y el costo suyo, y sudados de su leño
inciensos críe y flores otras la tierra de Panquea,
³¹⁰mientras que críe también la mirra: de tal precio no era digno el nuevo árbol.
El mismo Cupido niega que te hayan dañado a ti sus armas,
Mirra, y las antorchas suyas del delito ese defiende:
con el tronco estigio a ti, y con sus henchidas víboras, hacia ti sopló
de las tres una hermana. Crimen es odiar a un padre;
³¹⁵este amor es, que el odio, mayor crimen. De todas partes
selectos te desean los aristócratas y desde todo el Oriente la juventud
de tu tálamo a la contienda asiste. De entre todos un hombre
elige, Mirra, solo, mientras no esté entre todos este uno.
Ella ciertamente lo siente, y lucha contra su repugnante amor
³²⁰y para sí: “¿A dónde en mi mente me lanzo? ¿Qué preparo?”, dice.
“Dioses, yo os suplico, y Piedad, y sagradas leyes de los padres,
esta abominación prohibid y opongáis al crimen nuestro,
si aun así esto crimen es. Pero es que a condenar esta Venus
la piedad se niega, y se unen los animales otros
³²⁵sin ningún delito, ni se tiene por indecente para la novilla
el llevar a su padre en su espalda; se hace la hija del caballo su esposa,
y en las que engendró entra, en esos ganados, el cabrío, y por la simiente
que concebida fue, de la misma concibe, la pájara.
Felices a los que tal lícito es. El humano cuidado
³³⁰ha dado unas malignas leyes, y lo que la naturaleza permite,
envidiosas, sus leyes lo niegan. Pueblos, aun así, que hay se cuenta
en los cuales al nacido la madre, como la nacida al padre,
se une y la piedad con ese geminado amor se acrece.
Desgraciada de mí que nacer no me alcanzó allí
³³⁵y por la fortuna del lugar herida quedo. ¿Por qué a esto regreso?

Esperanzas prohibidas, ¡apartaos! Digno de ser amado
él, pero como padre, es. Así pues, si hija del gran
Cíniras no fuese, con Cíniras yacer podría;
ahora, porque ya mío es, no es mío, y para mi daño es
³⁴⁰mi proximidad; ajena más poderosa sería.

Irme quiero lejos de aquí, y de la patria abandonar las fronteras,
mientras del crimen así huya. Retiene este mal ardor a la enamorada,
para que presente contemple a Cíniras, y a él le toque y hable,
y mis labios le acerque si nada se concede más allá.

³⁴⁵¿Pero más allá esperar algo puedes, impía virgen?

¿Es que cuántas leyes y nombres confundirías acaso sientes?

¿No serás de tu madre la rival y la adúltera de tu padre?

¿Tú no la hermana de tu nacido y la madre te llamarás de tu hermano?

¿Y no temerás, crinadas de negra serpiente, a las hermanas,

³⁵⁰a las que con antorchas salvajes, sus ojos y sus rostros buscando,

los dañosos corazones ven? Mas tú, mientras en tu cuerpo no has
sufrido esa abominación, en tu ánimo no la concibe, o, con un concúbito
vedado, de la poderosa naturaleza no mancilles la ley.

Que él quiere supón: la realidad misma lo veta. Piadoso él y consciente es
³⁵⁵de las normas... y oh, quisiera que similar delirio hubiera en él.”

“Había dicho, mas Cíniras, al que la digna abundancia de pretendientes
qué debe hacer hace dudar, interroga a ella misma,
dichos sus nombres, de cuál marido quiere ser.

Ella guarda silencio al principio, y de su padre en el rostro prendida
³⁶⁰arde, y de un tibio rocío inunda sus luces.

El de una doncella Cíniras creyendo que tal era el temor,
llorar le veta, y le seca las mejillas, y besos de su boca le une.

Mirra de ellos dados demasiado se goza y consultada cuál
desea tener, por marido: “Semejante a ti”, dijo, mas él

³⁶⁵esas palabras no entendidas alaba y: “Sé

tan piadosa siempre”, dice. De la piedad el nombre dicho

bajó ella el rostro, de su crimen para sí misma cómplice la doncella.

“De la noche era la mitad, y las angustias y cuerpos el sueño
había liberado; mas a la doncella Cinireide, insomne, ese fuego
³⁷⁰la desgarró, indómito, y sus delirantes votos retoma,
y ora desespera, ora quiere probarlo, y se avergüenza
y lo desea, y qué hacer no halla, y como de una segur
herido un tronco ingente, cuando el golpe supremo resta
con el que caiga, en duda está y por parte toda se teme,
³⁷⁵así su ánimo por esa varia herida debilitado titubea,
aquí y allá, liviano, e impulso toma hacia ambos lados,
y no mesura y descanso, sino la muerte, encuentra de ese amor:
la muerte place. Se levanta, y con un lazo anudar su garganta
determina, y su cinturón, de lo más elevado de una jamba atando:
³⁸⁰“Querido Cíniras, adiós, y el motivo de mi muerte entiendo”,
dijo, y estaba ajustando a su palideciente cuello las ligaduras.

“Los murmullos de esas palabras de la nodriza a los fieles oídos
que llegaron cuentan, que el umbral guardaba de su ahijada.
Se levanta la anciana y desatranca las puertas, y de la muerte dispuesta
³⁸⁵los instrumentos viendo, en un mismo espacio grita,
y a sí se hiere, y se desgarró los senos, y arrancadas de su cuello
sus ligaduras destroza. Entonces finalmente de llorar tuvo ocasión,
de darle abrazos, y del lazo inquirir la causa.

Muda guarda silencio la doncella y la tierra inmóvil mira
³⁹⁰y, sorprendidos sus intentos, se duele de su demorada muerte.
La apremia la anciana y las canas suyas desnudando y sus vacíos
pechos, por sus cunas y alimentos primeros le suplica
que a ella le confíe de cuanto se duele: ella, dando la espalda
a quien tal preguntaba, gime; decidida está a averiguarlo la nodriza
³⁹⁵y no compromete su sola palabra. “Dime”, le dice, “y ayuda
déjame que te preste; no es perezosa la vejez mía:
o si delirio es, tengo lo que con un encantamiento te sanará y con hierbas;
o si alguno te ha hecho daño, se te purificará con un mágico rito;
ira de los dioses si ello es, con sacrificios aplacable es esa ira.

⁴⁰⁰¿Qué calcule más allá? Ciertamente tu fortuna y tu casa
a salvo y en su curso está: viven tu madre y tu padre.”
Mirra, su padre al oír, suspiros sacó de lo hondo
de su pecho, y la nodriza, como todavía no concibe en su mente
ninguna abominación, sí presente, aun así, algún amor,
⁴⁰⁵y en su propósito tenaz, cualquier cosa que ello sea le ruega que a ella
revele y en su regazo de anciana, llorando ella, la levanta
y así rodeando con sus débiles brazos su cuerpo:
“Lo sentimos”, dice: “estás enamorada. También en esto, deja tu temor,
mi diligencia te será útil y no notará nunca
⁴¹⁰tal tu padre.” Saltó de su regazo furibunda y hundió
en su cama el rostro; al apremiarla: “Retírate o cesa”, dijo,
“de preguntarme de qué sufro: un crimen es lo que por saber te afanas.”
Se horroriza la anciana y sus temblorosas manos, de los años y del miedo,
⁴¹⁵le tiende y ante los pies suplicante se postra, de su ahijada,
y ya la entenece, ya, si no la hace cómplice,
la aterra y con la delación de su lazo y de la emprendida muerte
la amenaza, y su servicio le promete para ese amor, siéndole a ella confiado.
Saca ella su cabeza y de sus lágrimas llenó, brotadas,
⁴²⁰el pecho de la nodriza, e intentando muchas veces confesar,
muchas veces contiene su voz, y su pudoroso rostro con sus vestidos
tapó y: Oh”, dijo, “madre, feliz de tu esposo.”
Hasta aquí, y sollozaba. Helado, en los miembros de la nodriza
y en sus huesos, pues lo sintió, penetra un temblor y blanca en toda
⁴²⁵su cabeza su canicie se irguió, rígidos sus cabellos
y muchas cosas para que expulsara sus siniestros –si pudiera– amores
añadió. Mas la doncella sabe que no falsas cosas le aconseja:
decidida a morir aun así está si no posee su amor.
“Vive”, le dice ella, “poseerás a tu” y no osando decir
⁴³⁰padre calló, y sus promesas con una divinidad confirma.
“Las fiestas de la piadosa Ceres, anuales, celebraban las madres,
aquéllas, en que con nívea veste velando sus cuerpos,

las primicias dan de sus cosechas, de espiga en guirnaldas,
y por nueve noches la Venus y los contactos masculinos
⁴³⁵entre las cosas vedadas se numeran. En la multitud esa Cencreide,
del rey la esposa, se halla y los arcanos sacrificios frecuenta.
Así pues, de su legítima esposa mientras vacío está su lecho,
al encontrarse ella muy cargado de vino a Cíniras, mal diligente la nodriza,
con un nombre mentido, verdaderos le expone unos amores
⁴⁴⁰y su faz alaba; al preguntársele de la doncella los años:
“Pareja”, dice, “es a Mirra.” A la cual, después que conducirla a su presencia
se le ordenó y cuando volvió al palacio: “Alégrate”, dijo, “mi ahijada:
hemos vencido.” Infeliz, no en todo su pecho siente
alegría la doncella, y su présago pecho está afligido,
⁴⁴⁵pero aun así también se alegra: tan grande es la discordia de su mente.

“El tiempo era en el que todas las cosas callan, y entre los Triones
había girado, oblicuo el timón, su carro el Boyero.
Hacia la fechoría suya llega ella. Huye áurea del cielo
la luna, cubren negras a unas guarecidas estrellas las nubes.
⁴⁵⁰La noche carece de su fuego propio. Primero cubres tú, Ícaro, tu rostro,
y Erígone, por tu piadoso amor de tu padre consagrada.
Tres veces por la señal de su pie tropezado fue disuadida, tres veces su omen
un fúnebre búho con su letal canto hizo.

Va ella, aun así, y las tinieblas minoran y la noche negra su pudor,
⁴⁵⁵y de la nodriza la mano con la suya izquierda tiene, la otra con su movimiento
el ciego camino explora. Del tálamo ya los umbrales toca,
y ya las puertas abre, ya se mete dentro, mas a ella,
al doblar las rodillas le temblaban las corvas y huyen
color y sangre y su ánimo la abandona al ella marchar.

⁴⁶⁰Y cuanto más cerca de su propio crimen está, más se horroriza y de su osadía
le pesa y quisiera, no conocida, poder retornar.

A ella que dudaba, la de la larga edad de la mano la hace bajar y acercada
al alto lecho, cuando la entregaba: “Recíbela”, dijo,
ésta tuya es, Cíniras” y unió su malditos cuerpos.

⁴⁶⁵“Recibe en el obsceno lecho su padre a sus entrañas
y de doncella sus miedos alivia y la anima en su temor.
Quizás, el de su edad, también con el nombre de hija la llamó,
lo llamó también ella padre, para que al crimen sus nombres no faltaran.
Llena de su padre de sus tálamos se retira e impías en su siniestro
⁴⁷⁰vientre lleva sus semillas y sus concebidas culpas porta.
La posterior noche la fechoría duplica y un fin en ella no hay,
cuando finalmente Cíniras, ávido de conocer a su amante
después de tantos concúbitos, acercándole una luz vio
su crimen y a su nacida, y retenidas por el dolor las palabras
⁴⁷⁵de su vaina suspendida arranca su nítida espada.
Mirra huye, y con las tinieblas y por regalo de la ciega noche
robada le fue a la muerte y, tras vagar por los anchos campos,
los palmíferos árabes y de Panquea los sembrados atrás deja
y durante nueve cuernos anduvo errante de la reiterada luna,
⁴⁸⁰cuando finalmente descansó agotada en la tierra Saba,
y apenas de su útero portaba la carga. Entonces, ignorante ella de su voto
y de la muerte entre los miedos y los hastíos de su vida,
entrelazó tales plegarias: “Oh divinidades si algunas
os ofrecéis a los confesos, he merecido y triste no rehúso
⁴⁸⁵mi suplicio, pero para que yo no ofenda sobreviviente a los vivos
y a los extinguidos muerta, de ambos reinos expulsadme
y a mí, mutada, la vida y la muerte negadme.”
Divinidad para los confesos alguna se ofrece: sus últimos votos,
ciertamente, sus sus dioses tuvieron, pues sobre las piernas de la que hablaba
⁴⁹⁰tierra sobrevino y oblicua a través de sus uñas por ella rotas
se extiende una raíz, de su largo tronco los firmamentos,
y sus huesos robustez toman, y en medio quedando la médula,
la sangre se vuelve en jugos, en grandes ramas los brazos,
en pequeñas los dedos, se endurece en corteza la piel.
⁴⁹⁵Y ya su grávido útero en creciendo le había constreñido el árbol,
y su pecho había enterrado, y su cuello a cubrirle se disponía:

no soportó ella esa demora y yendo contraria al leño
bajo él se asentó y sumergió en su corteza su rostro.
La cual, aunque perdió con su cuerpo sus viejos sentidos,
⁵⁰⁰llora aun así, y tibias manan del árbol gotas.
Tienen su honor también las lágrimas y destilada de su corteza la mirra
el nombre de su dueña mantiene y en ninguna edad de ella se callará.

Venus y Adonis (I)

“Mas, mal concebido, bajo su robustez había crecido ese bebé
y buscaba la vía por la que, a su madre abandonando,
⁵⁰⁵podiera salir él. En la mitad del árbol grávido se hincha su vientre.
Tensa su carga a la madre, y no tienen sus palabras esos dolores,
ni a Lucina puede de la parturienta la voz invocar.
A una que pujara, aun así, se asemeja y curvado incesantes
da gemidos el árbol y de lágrimas que le van cayendo mojado está.
⁵¹⁰Se detiene junto a sus ramas, dolientes, la compasiva Lucina
y le acercó sus manos y las palabras puérperas le dijo:
el árbol hace unas grietas y, hendida su corteza, viva
restituye su carga y sus vagidos da el niño. Al cual, sobre las mullidas hierbas
las náyades imponiéndolo, con lágrimas lo ungieron de su madre.
⁵¹⁵Podría alabar su belleza la Envidia incluso, pues cuales
los cuerpos de los desnudos Amores en un cuadro se pintan,
tal era, pero, para que no haga distinción su aderezo,
o a éste añádelas, leves, o a aquéllos quita las aljabas.
“Discurre ocultamente y engaña la volátil edad,
⁵²⁰y nada hay que los años más veloz. Él, de su hermana nacido
y del abuelo suyo, que, escondido en un árbol ahora poco,
ahora poco había nacido, ora hermosísimo bebé,
ya joven, ya hombre, ya que sí más hermoso mismo es,
ya complace incluso a Venus, y de su madre venga los fuegos.
⁵²⁵Pues, vestido de aljaba, mientras besa el niño la boca a su madre,
sin darse cuenta con una sobresaliente caña rasgó su pecho.

Herida, con la mano a su nacido la diosa rechaza: más profundamente llegado la herida había que su aspecto, y al principio a ella misma había engañado.

Cautivada de tal hombre por la hermosura, ya no cura de las playas

⁵³⁰de Citera, no, de su profundo mar ceñida, vuelve a Pafos,

y a la rica en peces Gnido, o a Amatunta, grávida de metales.

Se abstiene también del cielo: al cielo antepone a Adonis.

A él retiene, de él séquito es, y acostumbrando siempre en la sombra a permitirse estar y su belleza a aumentar cultivándola,

⁵³⁵por las cimas, por los bosques y espinosas rocas deambula,

con el vestido al límite de la rodilla, remangada al rito de Diana,

y anima a los perros, y animales de segura presa persigue:

o las liebres abalanzadas, o elevado hacia sus cuernos el ciervo,

o los gamos. De los valientes jabalíes se abstiene

⁵⁴⁰y a los lobos robadores, y armados de uña a los osos

evita y saturados de su matanza de la manada a los leones.

A ti también que de ellos temas, si de algo servirte aconsejando

pueda, Adonis, te aconseja y: “Valiente con los que huyen sé”,

dice, “contra los audaces no es la audacia segura.

⁵⁴⁵Cesa de ser, oh joven, temerario para el peligro mío,

y a las fieras a las que armas dio la naturaleza no hieras,

no me resulte a mí cara tu gloria. No conmueve la edad,

ni la hermosura, ni lo que a Venus ha movido, a los leones,

y a los cerdosos jabalíes y a los ojos y ánimos de las fieras.

⁵⁵⁰Un rayo tienen en sus corvos dientes esos agrios cerdos,

su ímpetu tienen, rubios, y su vasta ira los leones

y odiosa me es esa raza.” Cuál el motivo, a quien lo preguntaba:

“Te lo diré”, dice, “y de la monstruosidad te maravillarás de una antigua culpa.

Pero este esfuerzo desacostumbrado ya me ha cansado, y he aquí que

⁵⁵⁵con su sombra nos seduce oportuno este álamo

y nos presta un lecho el césped: me apetece en ella descansar contigo

—y descansa— en este suelo” y se echa en el césped, y en él

y en el seno del joven dejado su cuello, reclinado él,

así dice, y en medio intercala besos de sus palabras:

Hipómenes y Atalanta

⁵⁶⁰“Quizás hayas oído de una mujer que en el certamen de la carrera superó a los veloces hombres. No una habladuría el rumor aquel fue, pues los superaba, y decir no podrías si por la gloria de sus pies, o de su hermosura por el bien, más destacada fuera. Al interrogarle ella sobre su esposo, el dios: “De esposo”, dijo, ⁵⁶⁵“no has menester, Atalanta, tú. Huye del uso de un esposo. Y aun así no le huirás y de ti misma, viva tú, carecerás.” Aterrada por la ventura del dios, por los opacos bosques innúbil vive y a la acuciante turba de sus pretendientes, violenta, con una condición ahuyenta y: “Poseída no he de ser, salvo”, dice, ⁵⁷⁰“vencida primero en la carrera. Con los pies contendes conmigo. De premios al veloz esposa y tálamos se le darán; la muerte el precio para los tardos. Tal la ley del certamen sea.” Ella ciertamente dura, pero –tan grande el poder de la hermosura es– acude a tal ley, temeraria, una multitud de pretendientes. ⁵⁷⁵Se había sentado Hipómenes de la carrera inicua como espectador, y: “¿Puede alguien buscar por medio de tantos peligros esposa?”, había dicho, y excesivos había condenado de esos jóvenes sus amores, cuando su faz, y dejado su velo, su cuerpo vio, cual el mío, o cual el tuyo, si mujer te hicieras: ⁵⁸⁰quedó suspendido y levantando las manos: “Perdonadme”, dijo, “los que ora he recriminado. Todavía los premios conocidos, que buscabais, no me eran.” En elogiándola concibe fuegos, y que ninguno de los jóvenes corra más veloz desea y con envidia teme: “¿Pero por qué del certamen este ⁵⁸⁵no tentada la fortuna he de dejar?”, dice. “A los osados un dios mismo ayuda.” Mientras tal consigo mismo trata Hipómenes, con paso vuela alado la doncella. La cual, aunque avanzar no menos que una saeta escita

pareció al joven aonio, aun así él de su gracia

⁵⁹⁰se admira más: incluso la carrera misma la agraciaba.

El aura echa atrás, arrebatados por sus rápidas plantas, sus talaes,

y por sus espaldas de marfil se agita su pelo, y las rodilleras

que sus corvas llevaban con su pintada orla

y en su candor de jovencita su cuerpo había producido

⁵⁹⁵un rubor, no de otro modo que cuando sobre los atrios cándidos

un velo de púrpura simuladas tiñe las sombras.

Mientras nota tal el huésped recorrida la última meta fue

y es cubierta, vencedora Atalanta, de una festiva corona.

Un gemido dan los vencidos y pagan, según el pacto, sus condenas.

⁶⁰⁰“No, aun así, por el destino de ellos aterrado, el joven
se apostó en medio y su rostro en la doncella fijo:

“¿Por qué un fácil título buscas venciendo a unos inertes.

Conmigo compárate”, dice, “o, si a mí la fortuna poderoso

me ha de hacer, por alguien tan grande no serás indigna de ser vencida.

⁶⁰⁵Pues el padre mío, Megáreo de Onquesto; de él

es Neptuno el abuelo, bisnieto yo del rey de las aguas,

ni mi virtud por detrás de mi linaje está. O si vencido soy, obtendrás,

Hipómenes vencido, un grande y memorable nombre.”

Al que tal decía con tierno rostro la Esqueneide

⁶¹⁰lo contempla y duda si ser superada o vencer prefiera,

y así: “¿Qué dios a éste, para los hermosos –dice– injusto,

perder quiere y con el riesgo le ordena de su amada vida

este matrimonio perseguir? No merezco, a juicio mío, tanto.

Y no su hermosura me conmueve –podía aun así de ella también conmoverme–,

⁶¹⁵sino el que todavía un niño es. No me conmueve de él sino su edad.

Qué el que tiene virtud y una mente impertérrita de la muerte.

Qué el que de su marino origen se compute el cuarto.

Qué el que está enamorado y en tanto estima la boda nuestra

que moriría si a mí la fortuna, a él dura, le negara.

⁶²⁰Mientras puedes, huésped, vete y estos tálamos deja atrás cruentos.

Matrimonio cruel el mío es, contigo casarse ninguna no querrá
y ser deseado puedes por una inteligente niña.
Por qué, aun así, siento pesar por ti, cuando tantos ya antes han muerto.
Él verá. Que perezca puesto que con tanta muerte de pretendientes
⁶²⁵advertido no fue y se deja llevar a los hastíos de la vida.
¿Caerá él, así pues, porque quiso vivir conmigo,
y el de una indigna muerte por precio sufrirá de su amor?
Inquina no nos ha de traer la victoria nuestra.
Pero culpa mía no es. Ojalá desistir quisieras,
⁶³⁰o puesto que en tu juicio no estás, ojalá más veloz fueses.
Mas cuán virginal en su cara de niño su rostro es.
Ay, triste Hipómenes, no quisiera por ti vista haber sido.
De vivir digno eras, que si más feliz yo fuera
y a mí el matrimonio mis hados importunos no me negaran,
⁶³⁵el único eras con quien asociar mi lecho querría.”

Había dicho y, como inexperta y por su primer deseo tocada,
de que lo está ignorante, está enamorada, y no lo siente amor.
“Ya las acostumbradas carreras demandan pueblo y padre,
cuando a mí, con angustiada voz, el descendiente de Neptuno
⁶⁴⁰me invoca, Hipómenes, y: “Citerea, suplico, a las osadías asista nuestras”,
dice, “y los que ella dio, ayude a esos fuegos.”
Bajó una brisa no envidiosa hasta mí esas súplicas tiernas.
Conmovida quedé, lo confieso, y una demora larga para el socorro no se me daba.
Hay un campo, los nativos tamaseno por nombre le dan,
⁶⁴⁵de la tierra chipriota la parte mejor, el cual a mí los ancianos
de antaño me consagraron y que a mis templos se sumara
dote tal ordenaron. En la mitad brilla un árbol de ese campo,
rubio de cabello, de rubio oro sus ramas crepitantes.
De allí volviendo yo al acaso, llevaba, en número de tres, arrancadas
⁶⁵⁰de mi mano, unas frutas de oro, y sin que nadie ver me pudiera, salvo él mismo,
a Hipómenes me acerqué y le instruí de qué su uso en ellas.
Sus señales las tubas habían dado, cuando de la barrera abalanzado uno y otro

centellea y la suprema arena con rápido pie pizca:
poder los creerías a ellos, con seco paso, rasar el mar,
⁶⁵⁵y de una mies cana, ella en pie, recorrer las aristas.
Le añaden ánimos al joven el clamor y el favor y las
palabras de quienes decían: Ahora, ahora de aligerar es el tiempo,
Hipómene, apresura, ahora de tus fuerzas usa todas.
Rechaza la demora: vencerás.” En duda si el héroe de Megareo
⁶⁶⁰se alegre o la doncella más, la Esqueneia, de estas palabras.
Oh cuántas veces, cuando ya podía pasarlo, demoróse,
y contemplado mucho tiempo su rostro a su pesar lo dejó atrás.
Árido, de su fatigada boca le llegaba su anhélito,
y la meta estaba lejos. Entonces al fin de los tres uno,
⁶⁶⁵de los retoños del árbol, envió el descendiente de Neptuno.
Quedó suspendida la doncella, y del nítido fruto por el deseo
declina su carrera y el oro voluble recoge.
La deja atrás Hipómenes: resuenan las gradas del aplauso.
Ella su demora con rápida carrera, y los cesados tiempos,
⁶⁷⁰corrige, y de nuevo al joven tras sus espaldas deja.
Y de nuevo, con el lanzamiento de un fruto demorada, del segundo,
es alcanzada, y pasa ella al varón. La parte última de la carrera
restaba. “Ahora”, dice, “acude, diosa, autora de este regalo.”
Y a un costado del campo, para que más tarde ella volviera,
⁶⁷⁵lanza oblicuamente, nítido, juvenilmente, el oro.
Si lo buscaría la doncella pareció dudar, la obligué
a recogerla y añadí, por ella levantada, pesos a la manzana
y la impedí a la par por el peso de su carga y la demora,
y para que mi discurso que la propia carrera no sea más lento,
⁶⁸⁰atrás dejada fue la doncella: se llevó sus premios el vencedor.
“¿Digna de que las gracias me diera, de que del incienso el honor
me llevara, Adonis, no fui? Ni las gracias, olvidado, me dio
ni inciensos a mí me puso. A una súbita ira me torno
y, dolida por el desprecio, de no ser despreciada por los venideros,

⁶⁸⁵con un ejemplo me cuido y a mí misma yo me incito contra ambos.

Por unos templos que a la madre de los dioses en otro tiempo el claro Equión
había hecho por exvoto, merced a unos nemorosos bosques escondidos,
atravesaban ellos, y el camino largo a descansar les persuadió.

Allí, el intempestivo deseo de yacer con ella

⁶⁹⁰se apodera de Hipómenes, excitado por la divinidad nuestra.

De luz exigua había cerca de esos templos un receso,
a una caverna semejante, de nativa pómez cubierto,
por una religión primitiva sagrado, adonde su sacerdote,
de leño, había llevado muchas representaciones de viejos dioses.

⁶⁹⁵Aquí entra y con ese vedado oprobio ultraja los sagrarios.

Los sagrados objetos volvieron sus ojos, y coronada de torres la Madre
en la estigia onda a los pecadores duda si sumergir.

Condena leve le pareció. Así pues, unas rubias crines velan,
poco antes tersos, sus cuellos, sus dedos se curvan en uñas,

⁷⁰⁰de sus hombros unas espaldillas se hacen, hacia su pecho todo
su peso se va, las supremas arenas barridas son de su cola.

Ira su rostro tiene, en vez de palabras murmullos hacen,
en vez de sus tálamos frecuentan los bosques y, para otros de temer,
con su diente domado aprietan de Cíbeles los frenos, los leones.

⁷⁰⁵De ellos tú, querido mío, y con ellos del género todo de las fieras,
el que no sus espaldas a la huida, sino a la lucha su pecho ofrece,
rehúye, no sea la virtud tuya dañosa para nosotros dos.”

Venus y Adonis (II): muerte de Adonis

“Ella ciertamente tal le aconsejó y, juntos por los aires sus cisnes,
emprende el camino. Pero se alza a los consejos contraria la virtud.

⁷¹⁰Un cerdo fuera de sus guaridas, sus huellas ciertas siguiendo,
dieron en sacar los perros, y de las espesuras a salir cuando se dispone,
le atravesó el joven Cinireio con un oblicuo golpe.

En seguida sacudió con su curvo hocico los venablos,
de sangre teñidos, y a él, tembloroso y la seguridad buscando,

⁷¹⁵el sangriento jabalí le sigue y enteros bajo la ingle los dientes
le hunde y en la rubia arena, moribundo, lo dejó tendido.
Llevada en su leve carro por mitad de las auras Citerea,
a Chipre con las cigeas alas todavía no había llegado.
Reconoció de lejos el gemido de aquel que moría y blancas
⁷²⁰allí giró sus aves, y cuando desde el éter alto lo vio,
exánime, y en su propia sangre agitando su cuerpo,
saltó abajo y al par su seno y al par su cabellos
quebró y golpeó, indignas, su pecho con sus palmas,
y lamentándose con los hados: “Mas no, aun así, todas las cosas de vuestra
⁷²⁵jurisdicción han de ser”, dijo. “De este luto los recuerdos permanecerán
siempre, Adonis, del luto mío y la imagen repetida de tu muerte
anuales remedos hará de los golpes del duelo nuestro.
Mas tu crúor en flor se mutará, ¿o es que a ti en otro tiempo
un femíneo cuerpo convertir en olientes mentas,
⁷³⁰Perséfone, te fue concedido, y mal se verá que por mí
sea mutado el héroe Cinireio?” Así diciendo su crúor
con néctar perfumado asperjó, la cual, teñido de él,
se hinchó así como en el rubio cieno totalmente traslúcida
levantarse una burbuja suele, y no más larga que una hora plena
⁷³⁵resultó la demora, cuando una flor, de la sangre concolor, surgió,
cual los que esconden bajo su tersa corteza su grano, los bermellones
granados llevar suelen. Breve es aun así su uso en él,
pues mal prendido y por su excesiva levedad caduco,
lo sacuden los mismos que le prestan sus nombres, los vientos.”

Libro undécimo

Muerte de Orfeo

Mientras con un canto tal los bosques y los ánimos de las fieras,
de Tracia el vate, y las rocas siguiéndole, lleva,
he aquí que las nueras de los cícones, cubiertas en su vesanos

pechos de vellones ferinos, desde la cima de un promontorio divisan

^{5a} Orfeo, a los percutidos nervios acompasando sus canciones.

De las cuales una, agitando su pelo por las auras leves:

“Ay”, dice, “ay, éste es el despreciador nuestro”, y su lanza

envió del vate hijo de Apolo contra la boca,

la cual, de hojas cosida, una señal sin herida hizo.

¹⁰El segundo disparo una piedra es, la cual enviada, en el mismo

aire por el concento vencida de su voz y su lira fue,

y como suplicante por unas osadías tan furiosas,

ante sus pies quedó tendida. Pero temerarias crecen

esas guerras y la medida falta e insana reina la Erinis,

¹⁵y todos los disparos hubieran sido por el canto enternecidos, pero el ingente

clamor, y de quebrado cuerno la berecintia flauta,

y los tímpanos, y los aplausos, y los báquicos aullidos

ahogaron la cítara con su sonar: entonces finalmente las piedras

enrojecieron del no oído vate con su sangre

²⁰y primero, atónitos todavía por la voz del cantor,

a los innumerables pájaros y serpientes y el tropel de fieras,

las Ménades a título del triunfo de Orfeo destrozaron.

Después ensangrentadas vuelven contra Orfeo sus diestras

y allí se unen como las aves, cuando acaso durante la luz vagando,

²⁵al ave de la noche divisan, y, edificado para ambas cosas ese teatro,

como el ciervo que en la arena matutina ha de morir

presa de los perros, y al vate buscan, y verdes de fronda

le tiran sus tirsos, no para este cumplido hechos.

Éstas terrones, aquéllas sus ramas de un árbol desgajadas,

³⁰parte blanden pedernales; y para que no falten armas a su delirio

era el caso que unos bueyes con su reja hundida levantaban la tierra,

y no lejos de ahí, con su mucho sudor deparando el fruto,

sus duros campos, musculosos, perforaban los paisanos,

los cuales, al ver ese tropel huyen y de su labor abandonan

³⁵las armas, y por los campos vacíos yacen dispersos

los escardillos, los rastros pesados y los largos azadones.

Los cuales, después que los arrebataron aquellas fieras y amenazadores con su cuerno despedazaron a los bueyes, del vate a los hados de nuevo corren, y tendiéndoles él sus manos y en ese momento por primera vez ⁴⁰vanas cosas diciéndoles y para nada con su voz conmoviéndolas, esas sacrílegas le dan muerte, y a través de la boca –por Júpiter– aquella, oída por las rocas, entendida por los sentidos de las fieras, a los vientos exhalada, su ánima se aleja.

A ti las afligidas aves, Orfeo, a ti la multitud de las fieras, ⁴⁵a ti los rígidos pedernales, que tus canciones muchas veces habían seguido, a ti te lloraron los bosques. Depuestas por ti sus frondas el árbol, tonsurado de cabellos, luto lució. De lágrimas también los caudales tuyas dicen que crecieron, y forzados sus tules al negro las naides y las dríades, y sueltos sus cabellos tuvieron.

⁵⁰Sus miembros yacen distantes de lugar. Su cabeza, Hebro, y su lira tú acoges y, milagro, mientras baja por mitad de tu corriente un algo lúgubre lamenta su lira, lúgubre su lengua murmura exánime, responden lúgubre un algo las riberas.

Y ya ellas al mar llevadas su caudal paisano dejan, ⁵⁵y de la metimnea Lesbos alcanzan el litoral.

Aquí una fiera serpiente ese busto expuesto en las peregrinas arenas ataca y, asperjados de goteante rocío, sus cabellos.

Finalmente Febo le asiste y, cuando sus mordiscos a inferirle se disponía, la contiene y en piedra las comisuras abiertas de la sierpe ⁶⁰congela y anchurosa, cual estaba, endurece su comisura.

Su sombra alcanza las tierras, y esos lugares que había visto antes, todos reconoce, y buscando por los sembrados de los piadosos encuentra a Eurídice y entre sus deseosos brazos la estrecha.

Aquí ya pasean, conjuntados sus pasos, ambos, ⁶⁵ora a la que le precede él sigue, ora va delante anticipado, y a la Eurídide suya, ya en seguro, se vuelve para mirarla Orfeo.

No impunemente, aun así, el crimen este deja que quede Lico,

y por el perdido vate de sus sacrificios doliéndose,
al punto en los bosques a las madres Edónides todas,
⁷⁰las que vieron esa abominación, con una retorcida raíz las ató.
Así que de los pies a los dedos su camino –el que entonces había cada una seguido–
alarga y en la sólida tierra sus puntas precipita,
e igual que cuando con los lazos, los que astuto escondió el pajarero,
su pata ha enredado el pájaro y la siente retenida,
⁷⁵golpes de duelo se da y agitándose se aprieta las ataduras con su movimiento,
así, cuando cada una de ellas al suelo fijada queda prendida,
consternada, la fuga en vano intenta, mas a ella
dúctil la retiene una raíz y su exaltación doblega,
y mientras dónde estén sus dedos, mientras su pie dónde se pregunta y uñas,
⁸⁰contempla que por sus tersas pantorrillas un leño le sube
e intentando su muslo golpear en duelo con su afligida diestra,
su madera golpeó, de su pecho también madera se hace,
madera son sus hombros, y nudosos sus brazos verdaderas
ramas creerías que eran, y no te engañarías creyéndolo.

Midas (I)

⁸⁵Y no bastante esto para Baco es. Esos mismos campos también abandona
y con un coro mejor los viñedos de su Timolo
y el Pactolo busca, aunque no de oro en aquel
tiempo, ni por sus caras arenas envidiado era.
A él su acostumbrada cohorte, sátiros y bacantes le frecuentan,
⁹⁰mas Sileno falta. Tambaleante de años y de vino
unos aldeanos lo cautivaron, frigios, y atado con guirnaldas
al rey lo condujeron, Midas, a quien el tracio Orfeo
en sus orgias había iniciado, junto con el cecropio Eumolpo.
El cual, cuanto hubo reconocido a su aliado y camarada de sacrificios,
⁹⁵de tal huésped por la llegada una fiesta generosamente dio
durante una decena de días, y a ellos unidas por su orden sus noches.
Y ya de las estrellas el sublime tropel careaba

el Lucero undécimo, cuando a los lidios campos alegre
el rey llega, y su joven ahijado le devuelve a Sileno.

¹⁰⁰A éste el dios le dio el grato pero inútil arbitrio
de pedir un presente, contento de haber recuperado a su ayo.
Él, que mal había de usar de estos dones: “Haz que cuanto
con mi cuerpo toque se convierta en bermejo oro.”

Asiente a sus deseos y de esos presentes, que para daño de él serían, se libera

¹⁰⁵Liber, y hondo se dolió de que no hubiera pretendido mejores cosas.
Contento se marcha y se goza de su mal de Berecinto el héroe,
y de lo prometido la fe, tocando cada cosa, prueba,
y apenas a sí mismo creyendo, no con alta fronda ella verdeante,
de una encina arrancó una vara: vara de oro se hizo.

¹¹⁰Recoge del suelo una roca: la roca también palideció de oro.

Toca también un terrón: con su contacto poderoso el terrón
masa se torna. De Ceres desgaja unas áridas aristas:

áurea la mies era. Arrancado sostiene de un árbol su fruto:
las Hespérides haberlo donado creyeras. Si a los batientes altos

¹¹⁵acercó los dedos, los batientes irradiar parecen.

Él, además, cuando sus palmas había lavado en las líquidas ondas,
la onda fluente en sus palmas a Dánae burlar podría.

Apenas las esperanzas suyas él en su ánimo abarca, de oro al fingirlo
todo. Al que de tal se gozaba las mesas le pusieron sus sirvientes

¹²⁰guarnecidas de festines y no de tostado grano faltas.

Entonces en verdad, ya si él con la diestra las ofrendas
de Ceres había tocado, de Ceres los dones rígidos quedaban,
ya si los festines con ávido diente a desgarrar se aprestaba,
una lámina rubia a esos festines, acercádoles el diente, ceñía.

¹²⁵Había mezclado con puras ondas al autor de ese obsequio:

fúsil por sus comisuras el oro fluir vieras.

Atónito por la novedad de ese mal, y rico y mísero,
escapar desea de esas riquezas, y lo que ahora poco había pedido, odia.

Abundancia ninguna su hambre alivia. De sed árida su garganta

¹³⁰arde y como ha merecido le tortura el oro malquerido,
y al cielo sus manos y sus espléndidos brazos levantando:
“Dame tu venia, padre Leneo: hemos pecado”, dice,
“pero conmisérate, te lo suplico, y arrebatame este especioso daño.
Tierno el numen de los dioses. Baco al que haber pecado confesaba
¹³⁵restituyó y libera a los obsequios por él dados del cumplimiento de lo pactado,
y: “Para que no permanezcas embadurnado de tu mal deseado oro,
ve”, dice, “al vecino caudal de la gran Sardes,
y por su cima subiendo, contrario al bajar de sus olas,
coge el camino, hasta que llegues del río a sus nacimientos
¹⁴⁰y en su espumador manantial, por donde más abundante sale,
hunde tu cabeza, y tu cuerpo a la vez, a la vez tu culpa lava.”
El rey sube al agua ordenada: su fuerza áurea tiñó la corriente
y de su humano cuerpo pasó al caudal.
Ahora también, ya percibida la simiente de su vieja vena,
¹⁴⁵sus campos rigurosos son de tal oro, de él palidecientes sus húmedos terrones.

Midas (II): Febo y Pan

Él, aborreciendo las riquezas, los bosques y los campos honraba,
y a Pan, que habita siempre en las cuevas montanas,
pero zafio permaneció su ingenio, y de dañarle como antes
de nuevo habían a su dueño los interiores de su estúpida mente.
¹⁵⁰Pues los mares oteando ampliamente se yergue, arduo en su alto
ascenso, el Tmolo, y por sus pendientes ambas extendiéndose,
en Sardes por aquí, por allí en la pequeña Hipepa termina.
Pan allí, mientras tiernas a las nifas lanza sus silbos
y leve modula, en su encerada caña, su canción,
¹⁵⁵osando despreciar ante sí de Apolo sus cantos,
bajo el Tmolo, éste de juez, a un certamen acude disparejo.
En su propio monte el anciano juez se sentó, y sus oídos
libera de árboles: de encina su melena azul sólo
ciñe, y penden, alrededor de sus cóncavas sienas, bellotas.

¹⁶⁰Y éste, al dios del ganado contemplando: “En el juez”,
dijo, “ninguna demora hay.” Por dentro sus cálamos agrestes hace sonar él
y con su bárbara canción a Midas –pues era el caso que acompañaba él
al cantor– cautiva. Después de él sagrado el Tmolo volvió su rostro
hacia el rostro de Febo: a su semblante siguió su bosque.

¹⁶⁵Él, en su cabeza flava de laurel del Parnaso ceñido,
barre la tierra con su capa saturada de tirio múrice y,
guarnecida su lira de gemas y diente indios,
la sostiene por la izquierda, sujeta la mano segunda el plectro.
De un artista su porte mismo era. Entonces los hilos con docto

¹⁷⁰pulgar inquieta, por cuya dulzura cautivado,
a Pan ordena el Tmolo a esa cítara someter sus cañas.

El juicio y la sentencia del santo monte place
a todos; se la rebate aun así e injusta se la llama
en el discurso de Midas solo. Y el Delio sus oídos

¹⁷⁵sandios no soporta que retengan su figura humana,
sino que las alarga en su espacio y de vellos blanqueciantes las colma,
y no estables por debajo las hace y les otorga el poder moverse:
lo restante es de humano. En una parte se le condena
y se viste las orejas del que lento avanza, el burrito.

¹⁸⁰Él ciertamente esconderlo desea, y con vergonzoso pudor
sus sienes con purpurinas tiaras intenta consolar.

Pero, el que solía sus largos cabellos cortar a hierro
había visto esto, su sirviente, el cual, como tampoco a traicionar
el desdoro visto se atreviera, deseando sacarlo a las auras,

¹⁸⁵y tampoco pudiera callarlo aun así, se aleja y la tierra
perfora y de su dueños cuáles haya contemplado las orejas
con voz refiere baja y a la tierra dentro lo murmura, vaciada,
y la delación de su voz con tierra restituida
sepulta y de esos hoyos tapados tácito se aparta.

¹⁹⁰Espeso de cañas trémulas allí a levantarse un bosque
comenzó y, tan pronto maduró al año pleno,

traicionó a su agricultor, pues movido por el austro lene
las sepultadas palabras refiere y del señor arguye las orejas.

Fundación y destrucción de Troya; Laomedonte

Vengado se marcha del Tmolo y a través del fluido aire portado
¹⁹⁵antes del angosto mar de la Nefeleide Heles
el Latoio se detiene, de Laomedonte en los sembrados.
A derecha del Sigeo, del Reteo profundo a izquierda,
una ara vieja hay consagrada al Panonfeo Tonante.
Desde allí por primera vez construir sus murallas de la nueva Troya
²⁰⁰a Laomedonte ve, y que crecían sus grandes empresas
con difícil esfuerzo, y que no riquezas pequeñas demandaba,
y junto con el portador del tridente, del henchido profundo el padre,
se viste de mortal figura y para el tirano de Frigia
edifica los muros, postulando por tales murallas su oro.
²⁰⁵En pie estaba la obra: su precio el rey deniega y añade,
de su perfidia el cúmulo, el perjurio a sus falsas palabras.
“No impunemente lo harás”, el soberano del mar dice, y todas
inclinó sus aguas a los litorales de la avara Troya,
y en forma de mar sus tierras colmó y sus riquezas
²¹⁰arrebató a los campesinos y con sus oleajes sepultó los campos.
Y ni la condena esa es suficiente. Del rey también la hija para un monstruo
ecuóreo es demandada, a la cual, a las duras rocas atada,
reclama el Alcida y los prometidos obsequios demanda,
los de los caballos acordados, y de tan gran labor la merced negada,
²¹⁵dos veces perjuras somete las murallas, vencida, de Troya.
Y, parte de su ejército, Telamón, no sin honor se retiró,
y a Hesíone, a él dada, posee. Pues por su esposa divina Peleo
brillante era, y no más él soberbio del nombre
de su abuelo que de su suegro, puesto que de Júpiter ser nieto
²²⁰tocó no a uno solo, de esposa una diosa tocó solo a éste.

Peleo, Tetis y Aquiles

Pues el viejo Proteo a Tetis: “Diosa”, había dicho, “de la onda:
concibe. Madre serás de un joven que en sus fuertes años
los hechos de su padre vencerá y mayor se le llamará que él.”
Así pues, para que nada el cosmos que Júpiter mayor tuviera,
²²⁵aunque no tibios en su pecho había sentido unos fuegos,
Júpiter de los matrimonios de la marina Tetis huye
y en sus votos al Eácida, su nieto, que le sustituya
ordena, y a los abrazos ir de la virgen del mar.
Hay una ensenada en Hemonia, en curvados arcos falcada;
²³⁰sus brazos adelante corren, donde, si fuera más alta la onda,
un puerto era. En lo alto de la arena metido se ha el mar;
una playa tiene sólida, que ni las huellas conserva
ni retarda el camino ni cubierto esté de alga.
De mirto un bosque tiene, sembrado de bicolors bayas.
²³⁵Hay una gruta en su mitad, por la naturaleza hecha, o si por el arte,
ambiguo; más por el arte, aun así, adonde muchas veces venir,
en un enfrenado delfín sentada, Tetis, desnuda, solías.
Allí a ti Peleo, cuando del sueño vencida yacías,
te asalta, y puesto que con súplicas tentada lo rechazas,
²⁴⁰a la fuerza se apresta, enlazando con ambos brazos tu cuello,
que si no hubieras acudido –variadas muchas veces tus figuras–
a tus acostumbradas artes, de lo que osó se hubiera apoderado.
Pero ora tú pájaro –de pájaro aun así él te sujetaba–,
ahora un grave árbol eras: prendido en el árbol Peleo estaba.
²⁴⁵Tercera forma fue la de una maculada tigresa: de ella
aterrado, el Eácida de tu cuerpo sus brazos soltó.
Después a los dioses del piélago, derramando vino sobre las superficies,
y de un ganado con las entrañas, y con humo de incienso, adora,
hasta que el carpacio vate, desde la mitad del abismo:
²⁵⁰“Eácida”, le dijo, “de los tálamos pretendidos te apoderarás.
Tú, sólo, cuando dormida descansa en la rigurosa cueva,

ignorante, con cuerdas y cadena tenaz átalas.

Y no te engañe ella mintiendo cien figuras,
sino apriétala, cualquier cosa que ella sea, hasta que en lo que fue antes se restituya.”

²⁵⁵Había dicho esto Proteo, y escondió en la superficie su rostro
y admitió, sobre sus palabras últimas, sus oleajes.

Bajando estaba el Titán e inclinado su timón
ocupaba el vespertino mar, cuando la bella, abandonado
el ponto, la Nereida, entra en sus acostumbrados lechos.

²⁶⁰No bien Peleo había invadido sus virginales miembros,
ella renueva sus figuras hasta que su cuerpo sintió que era retenido
y que hacia partes opuestas sus brazos se tendían.

Entonces finalmente gimió hondo y: “No”, dice, “sin una divinidad vences”,
y exhibida quedó Tetis: a la rendida se abraza el héroe

²⁶⁵y se apodera de sus deseos y la llena, ingente, de Aquiles.

Dedalión y Quíone

Feliz de su hijo, feliz también de su esposa Peleo,
y a quien, si quitas las incriminaciones del degollado Foco,
todo había alcanzado. A él, de la sangre de su hermano culpable
y expulsado de la casa paterna, de Traquis la tierra

²⁷⁰lo acogió. Aquí su gobierno sin fuerza, sin muerte ejercía
Ceix, del Lucero, su padre, engendrado, y llevando el paterno
brillo en su cara, el cual en aquel tiempo afligido
y desemejante de sí mismo, a su hermano arrebatado lloraba.

Adonde, después que el Eácida fatigado por la angustia y el camino

²⁷⁵llegó, y entró con poco cortejo en la ciudad,
y que los que llevaba, sus rebaños de ganado, los que consigo de reses
no lejos de sus murallas bajo un opaco valle hubo dejado,
cuando la ocasión se le ofreció primera de acercarse al tirano,
ramos tendiéndole con mano suplicante, sobre quién sea él

²⁸⁰y de quién hijo le apercibe, sólo sus culpas esconde
y miente de la huida la causa. Pide que con ciudad o campo

le ayude. A él por el contrario el traquinio de su plácida boca
con tales cosas le responde: “Para la media plebe incluso nuestra
benevolencia es manifiesta, Peleo, y no inhospitalarios gobiernos tenemos.

²⁸⁵Añades a tal ánimo razones poderosas: tu brillante
nombre y de abuelo a Júpiter. Tus tiempos no malogra suplicando.
Lo que pides todo lo tendrás y tuyo esto llama como parte suya,
cuanto ves. Ojalá mejores cosas vieras”,

y lloraba. Que moviera a tan grandes dolores qué causa

²⁹⁰Peleo y sus acompañantes preguntan, a los cuales él revela:

“Quizás que ese pájaro que del robo vive y a todas

las aves aterra siempre alas ha tenido creáis:

un hombre fue y –tanta es del ánimo la constancia– ya entonces
agrió era y en la guerra feroz y a la fuerza presto,

²⁹⁵por nombre Dedalión, de ese padre engendrado
que llama a la Aurora y del cielo el más reciente sale.

Honrada por mí la paz ha sido, el de mantener esa paz –y el de mi matrimonio–
mi cuidado ha sido. A mi hermano las fieras guerras complacían:

la virtud suya a reyes y a pueblos sometió,

³⁰⁰la cual ahora, mutada, hostiga de Tisbe a las palomas.

Nacida le fue a él Quíone, quien dotadísima de hermosura,
mil pretendientes hubo, núbil a sus catorce años.

Por acaso, al regresar Febo y el hijo de Maia,
aquél de su Delfos, éste de la cima de Cilene,

³⁰⁵la vieron a ella a la par, a la par contrajeron por ella un ardor.

La esperanza de su Venus difiere a los tiempos de la noche Apolo.

No soporta aquél las demoras y con su vara, que mueve al sopor,
de la doncella el rostro toca: a su tacto cae ella poderoso,
y la fuerza del dios padece. La noche había asperjado el cielo de astros.

³¹⁰Febo a una anciana simula y, previamente a él robados, sus gozos toma.

Cuando maduro completó sus tiempos su vientre,
de la estirpe del dios de los alados pies un astuto vástago
nace, Autólico, ingenioso para hurto todo:

blanco de lo negro, y de lo blanco negro

³¹⁵quien a hacer acostumbrara, no desmerecedor de su paterno arte.

Nace de Febo –pues dio a luz gemelos–

por su canción vocal y por su cítara brillante Filamon.

¿De qué haber parido a dos, y dioses haber complacido a dos,

y de un fuerte padre y del Tonante por antepasado

³²⁰haber sido engendrada sirve? ¿Acaso no perjudica incluso su gloria a muchos?

Le perjudicó a ella ciertamente, la cual de anteponerse a Diana

tuvo el valor y la belleza de la diosa incriminó, mas en ella

una ira movida fue y: “Con nuestros hechos”, dice, “le agradaremos”,

y sin demora curvó el cuerno y desde le nervio una saeta

³²⁵impulsó y, de ello merecedora, le atravesó con su caña la lengua.

Su lengua calla, y ni su voz ni las pretendidas palabras le obedecen,

y al intentar hablar con su sangre su vida la abandona.

A la cual, desgraciado, abrazándola yo, entonces de un padre el dolor

en mi corazón sufrí, y a mi hermano piadoso consuelos dije.

³³⁰Los cuales ese padre no de otra forma que los arrecifes los murmullos del ponto
recibe, y a su hija lamenta sin cesar, arrebatada.

Pero cuando arder la vio, cuatro veces el impulso de él

fue ir a la mitad de esos fuegos, cuatro veces de ahí rechazado

su excitado cuerpo a la huida encomienda y, semejante al novillo

³³⁵que unos agujijones de abejorro en su oprimida cerviz lleva,

por donde camino ninguno hay se lanza. Ya entonces a mí correr me pareció

más que un hombre, y que alas sus pies habían tomado creerías.

Escapó, así pues, de todos y veloz por su deseo de muerte

de la cima del Parnaso se apodera. Conmiserado Apolo,

³⁴⁰como Dedalión a sí mismo se hubiera lanzado desde esa alta roca,

lo hizo ave y súbitas con unas alas al que caía sostiene,

y una boca corva le dio, curvados le dio por uñas unos ganchos,

su virtud la antigua, mayores que su cuerpo sus fuerzas,

y ahora, el azor, para nadie lo bastante bueno, contra todas

³⁴⁵las aves se ensaña y por dolerse de otros se hace él causa de dolor.”

El ganado de Peleo

Mientras el hijo del Lucero narra esos milagros acerca de su consorte hermano, apresurado en una carrera asfixiada volando llega de la manada el guardián, el foceo Anétor, y: “¡Peleo! ¡Peleo! Mensajero a ti llevo de una gran ³⁵⁰calamidad”, dice. Lo que quiera que traiga le ordena revelar Peleo, aturdido también él por el miedo de su temblorosa boca el traquinio. Él refiere: “A los fatigados novillos hacia los litorales curvados había arreado, cuando el Sol, altísimo en la mitad del cielo, tanto hacia atrás mirara como restarle viera, ³⁵⁵y una parte de las reses en las arenas rubias había inclinado sus rodillas, y de las anchas aguas, tumbada, las llanuras contemplaba; parte con pasos tardos por aquí deambulaba y por allá; nadan otros y con su excelso cuello emergen sobre las superficies. Unos templos de ese mar cerca están, ni de mármol brillante ni de oro, ³⁶⁰sino de vigas densas sombreados y de bosque vetusto. Las Nereides y Nereo lo poseen: ellos un marinero del ponto me reveló que eran sus dioses, mientras sus redes en el litoral seca. Junta una laguna a él hay, de densos sauces sitiada, a la que laguna hizo la ola del remansado mar. ³⁶⁵Desde allí, estrepitoso con su fragor grave, los lugares próximos aterra una bestia inmensa: un lobo de los juncos laguneros sale, embadurnado de espumas y asperjado de sangre en sus comisuras fulmínea, inyectados sus ojos de una roja llama. El cual, aunque se ensaña a la par por su rabia y su hambre, ³⁷⁰más acre es por su rabia, y así pues, no a sus ayunos cuida de poner fin con la matanza de unos bueyes, y a su siniestra hambre, sino toda la manada hiere y la tumba hostilmente entera. Parte también de nosotros, de su funesto mordisco herida, mientras nos defendemos, a la muerte es entregada. De sangre el litoral ³⁷⁵y la ola primera rojece, y las mugidas lagunas.

Pero la demora dañosa es y el caso dudar no permite.

“Mientras resta alguna cosa, todos unámonos, y nuestras armaduras, nuestras armaduras empuñemos, y conjuntas nuestras armas llevemos”, había dicho un lugareño agreste: y no conmovían a Peleo sus daños,³⁸⁰ sino que consciente de su pecado colige que la Nereida, de su hijo huérfana, esos daños suyos como ofrendas fúnebres a su extinguido Foco enviaba.

Vestir sus armaduras a sus hombres y tomar sus violentas armas el rey del Eta ordena, con las cuales al mismo tiempo él se disponía a marchar, pero Alcíone, su esposa, despierta por el tumulto³⁸⁵ a él se arroja y todavía no acicalada de todo su cabello los divide a esos hombres y en el cuello derramándose de su marido, que mande el auxilio sin él mismo, con palabras le suplica y lágrimas, y dos vidas que salve en una sola.

El Eácida a ella: “Tus bellos, reina, y piadosos³⁹⁰ miedos deja. Plena es la gracia de tu propuesta.

No me place a mí las armas contra esos nuevos prodigios mover.

Una divinidad del piélago ha de ser implorada.” Había, ardua, una torre.

En lo supremo de la fortaleza una hoguera, señal grata para las fatigadas quillas.

Ascienden allí, y a los toros en el litoral tumbados

³⁹⁵con gemidos contemplan, y devastados, ensangrentada su boca a ese fiera, inficionados de sangre sus largos vellos.

Desde ahí, sus manos tendiendo a los litorales del abierto ponto

Peleo a la azul Psámate que ponga fin a su ira

ruega, y preste su ayuda. Y no a las palabras ella, del que rogaba,

⁴⁰⁰del Eácida, se doblega. Tetis, por su esposo suplicante,

recibe esa venia. Pero, aun revocado de su acre

matanza, el lobo persevera, por la dulzura de la sangre áspero,

hasta que prendido de una lacerada novilla en la cerviz,

en mármol lo mutó. El cuerpo y, salvo su color,

⁴⁰⁵todo lo conservó; de la piedra el color delata que aquél

ya no es lobo, que ya no debe temerse.

Y aun así en esa tierra al prófugo Peleo establecerse

los hados no consienten. A los magnesianos llega, vagabundo exiliado, y allí toma del hemonio Acasto las purificaciones de su asesinato.

Ceix y Alcíone

⁴¹⁰Mientras tanto, por los prodigios de su hermano
y los que siguieron a su hermano turbado en su pecho Ceix,
para consultar unas sagradas –de los hombres deleite– venturas,
al dios de Claros se dispone a ir. Pues sus templos délficos
el sacrílego Forbas, con los flegios, inaccesibles hacía.
⁴¹⁵De su proyecto aun así antes, fidelísima, a ti
te cerciora, Alcíone. De la cual, al instante, sus íntimos huesos
un frío acogieron, y, al boj muy semejante, a su cara
una palidez acudió, y de lágrimas sus mejillas se humedecieron profusas.
Tres veces al intentar hablar, tres veces de llanto su cara regó
⁴²⁰y entrecortando su sollozo sus piadosos lamentos:
“¿Qué culpa mía”, dijo, “amadísimo, tu mente
ha mutado? ¿Dónde está tu cuidado por mí cual antes ser solía?
¿Ya puedes tranquilo ausentarte Alcíone dejada atrás?
¿Ya un camino largo te place? ¿Ya te soy más querida ausente?
⁴²⁵Mas, pienso yo, por las tierras tu ruta es y solamente me doleré de ello,
no tendré miedo además, y mis cuidados de temor carecerán.
Los mares me aterran y del ponto la triste imagen,
y laceradas hace poco unas tablas en el litoral he visto
y muchas veces en los sepulcros sin su cuerpo leí unos nombres,
⁴³⁰y para que a tu ánimo una falaz confianza no mueva
porque suegro tuyo el Hipótada es, quien en su cárcel contiene
a los fuertes vientos y cuando quiere las superficies aplaca,
cuando una vez soltados se apoderan de las superficies los vientos,
nada a ellos vedado les es, y desamparada la tierra
⁴³⁵toda y todo el estrecho es, del cielo también a las nubes hostigan
y su sacudida arranca con sus fieras colisiones rutilantes fuegos.
Mientras más los conozco –pues los conozco y muchas veces en mi paterna

casa de pequeña los vi—, más por ello creo son de temer.

Por lo que si la decisión tuya doblégarse con súplicas ningunas,
⁴⁴⁰querido esposo, puede, y demasiado cierto estás de marchar,
a mí también llévame a la vez. Ciertamente se nos sacudirá a una,
y no, sino de lo que padezco, tendré miedo y a la par sufriremos
cuanto haya de ser, a la par sobre la superficie seremos llevados.”

Con tales razones de la Eólide y con sus lágrimas

⁴⁴⁵se conmueve su sideral esposo: pues no menor fuego en él mismo hay.

Pero ni de los proyectados recorridos del piélagos desistir,
ni quiere a Alcíone recibir al partido del peligro,
y muchas cosas responde en consolación de su temeroso pecho.

No, aun así, por tal razón su causa hace buena. Añade a ellas

⁴⁵⁰este paliativo también, con el que solo doblégó a su amante:

“Larga ciertamente es para nosotros toda demora, pero te juro
por los fuegos de mi padre, si sólo los hados a mí me devuelvan,
que antes he de retornar de que la luna dos veces colme su orbe.”

Cuando con estas promesas la esperanza se le acercó de su regreso,

⁴⁵⁵en seguida, sacado de sus astilleros el pino, que de mar

se tiñera y que se le acoplaran, ordena, sus armamentos.

Visto el cual, de nuevo, como presagiadora del futuro

se estremeció Alcíone y lágrimas vertió brotadas,

y en sus brazos le estrechó y con triste, desgraciadísima, boca

⁴⁶⁰finalmente: “Adiós”, dijo y se colapsó todo su cuerpo.

Mas los jóvenes, mientras buscaba demoras Ceix, retornan,

en filas gemelas, hacia sus fuertes pechos los remos

y con igual golpeo hienden los estrechos. Sostuvo ella

húmedos sus ojos y apostado en la popa recurva

⁴⁶⁵y agitando su mano para hacerle a ella las primeras señales

a su marido ve, y le devuelve esas señas. Cuando la tierra se aleja

más y sus ojos no pueden reconocer su rostro,

mientras puede persigue huyendo al pino con la mirada.

Él también, cuando no podía por la distancia separado ser visto,

⁴⁷⁰sus velas aun así contempla, en lo alto ondeantes del mástil.

Cuando ni las velas ve, vacío busca, ansiosa, su lecho,
y en la cama se deja caer. Renueva el lecho y la cama
de Alcíone las lágrimas y le recuerda qué parte está ausente.

De los puertos habían salido, y había movido el aura las maromas.

⁴⁷⁵Vuelve contra el costado los suspendidos remos el marinero,
y las perchas en lo alto de la arboladura coloca y todos del mástil
los linos cuelga y las auras en viniendo recoge.

O menos o ciertamente no más allá de en su mitad la superficie
por esa popa iba siendo cortada, y lejos estaba una y la otra tierra,

⁴⁸⁰cuando el mar, a la noche, de henchidos oleajes a blanquecer
comenzó y vertiginoso a soplar más vigorosamente el euro.

“Arriad en seguida las arduas perchas”, el capitán grita,

“y a las antenas toda la vela arremangad.” Él ordena.

Estorban las contrarias ventiscas sus órdenes

⁴⁸⁵y no consiente que se oiga voz alguna el fragor del mar.

Por sí mismos, aun así, se apresuran unos a izar los remos,
parte a reforzar el costado, parte a negar a los vientos las velas.

Saca éste los oleajes y el mar revierte al mar,

este arrebatada las antenas. Lo cual, mientras sin ley se hace,

⁴⁹⁰áspero crece el temporal y de todas partes, feroces,
sus guerras hacen los vientos y los estrechos indignados mezclan.

Él mismo está espantado, y cuál sea su estado que ni él mismo
sabe confiesa el capitán del barco, ni qué ordene o qué prohíba,
tan grande la mole de ese mal y tanto más poderosa que su arte es,

⁴⁹⁵como que resuenan con sus gritos los hombres, con su chirrido las maromas,
con la colisión de las olas, pesada, la ola, con los truenos el éter.

Con sus oleadas se yergue y el cielo igualar parece

el ponto, y, reunidas por su aspersion, tocar las nubes.

Y ora, cuando desde lo profundo revuelve rubias arenas,

⁵⁰⁰de igual color es a ellas; que la estigia onda ora más negro,

se postra algunas veces y de sus espumas resonantes blanquece.

La propia también popa de Traquis se mueve con estas tornas
y ahora sublime, como desde la cima de un monte,
contemplar abajo los valles y profundo el Aqueronte parece:
⁵⁰⁵ahora, cuando abajada el recurvo mar la cerca,
contemplar arriba desde el infernal abismo el supremo cielo.
Muchas veces hace, por el oleaje en su costado golpeada, un ingente fragor,
y no más leve golpeada resuena que cuando férreo en otro tiempo
el ariete o la balista embiste las laceradas ciudadelas,
⁵¹⁰y como suelen tomando para el ataque fuerzas marchar
a pecho contra las armaduras y las enhestadas armas fieros los leones,
así, cuando se lanzaba la ola al concurrir los vientos,
iba contra los armamentos de la nave y en mucho era más alta que ellos.
Y ya resbalan las cuñas, y despojada de su revestimiento de cera
⁵¹⁵una hendidija aparece y presta camino a las letales olas.
He aquí que caen largas –liberadas las nubes– lluvias,
y contra el mar creerías que todo desciende el cielo,
y contra los golpes del cielo que hinchado asciende el ponto.
Las velas se mojan de las borrascas y con las celestes olas
⁵²⁰las ecuóreas aguas se mezclan. Carece de sus fuegos el éter
y una ciega noche ceñida se ve por las tinieblas del temporal y las suyas.
Las hienden aun así a ellas y les ofrecen rielantes su luz
los rayos. Con esos fuegos de rayo arden las olas.
Hace también ya asalto dentro de las huecas texturas de la quilla
⁵²⁵el oleaje, y como el soldado más destacado que el número restante,
cuando muchas veces intentó asaltar las murallas de una ciudad que le rechaza,
de su esperanza se apodera al fin y, enardecido por el amor de la alabanza,
entre mil hombres de ese muro aun así se apodera él solo,
así, cuando hubieron batido nueve veces sus arduos costados los oleajes,
⁵³⁰más vastamente surgiendo se precipita de la décima ola la embestida,
y no antes se abstiene de asaltar a la agotada quilla
de que descienda como contra los baluartes de una cautivada nave.
Una parte, así pues, intentaba todavía invadir el pino;

parte del mar dentro estaba. Tiemblan no menos todos
⁵³⁵de lo que suele una ciudad temblar cuando unos su muro
horadan por fuera, y cuando otros la ocupan por dentro.
Cesa el arte, los ánimos caen, y tantas les parece,
cuantas oleadas vienen, que se precipitan e irrumpen las muertes.
No sostiene éste las lágrimas, suspendido está éste, llama aquél felices
⁵⁴⁰a los que funerales aguardan, éste con sus votos a una divinidad implora,
y sus brazos defraudados elevando a un cielo que no ve
pide ayuda. Le vienen a aquél su hermano y su padre,
a éste junto con sus prendas su casa y cuanto dejado atrás ha.
Alción a Ceix conmueve, de Ceix en la boca
⁵⁴⁵ninguna salvo Alción está, y aunque la extraña a ella sola,
se alegra de que ausente esté, aun así. De la patria también quisiera a las orillas
volver la mirada y a su casa volver sus supremos rostros,
pero dónde esté, ignora, de tan gran vorágine el ponto
hierve, y producida una sombra desde esas nubes como la pez,
⁵⁵⁰todo se oculta el cielo y duplicada se hubo de la noche la imagen.
Se rompe por la embestida de un tempestuoso torbellino el árbol,
se rompe también el gobernalle, y de sus expolios ardida la sobreviviente
ola, como vencedora, y enseñada, desdeña a las olas,
y no más levemente que si alguien al Atos y al Pindo arrancados
⁵⁵⁵de su sede enteros los arrojara al abierto mar,
precipitándose cae, y a la par con su peso y con su golpe
hunde en lo hondo el barco. Con la cual una parte grande de sus hombres
de ese pesado abismo presa y al aire no devuelta, su hado
cumplió; otros partes y miembros de la quilla
⁵⁶⁰truncados sostienen. Sostiene él mismo con la mano con la que sus cetros solía
trozos del navío Ceix y a sus suegro y padre invoca,
ay, en vano. Pero incesante en la boca del que nada:
Alción, su esposa. A ella recuerda y nombra,
de ella ante los ojos que lleven su cuerpo los oleajes
⁵⁶⁵pide y exánime sea sepultado por esas manos amigas.

Mientras nada, a la ausente, cuantas veces le permite abrir la boca el oleaje,
 nombra a Alcíone y por dentro de las mismas olas lo murmura.

He aquí que por encima de los plenos oleajes un negro arco de aguas
 rompe y rota la ola sepulta, sumergida, su cabeza.

⁵⁷⁰El Lucero oscuro y a quien conocer no podrías
 esa luz estuvo y puesto que retirarse del cielo
 dado no le era, de densas nubes cubrió su rostro.

La Eólíde mientras, de tan grandes desgracias ignorante,
 recuenta las noches y ya, las que vestirá él,

⁵⁷⁵apresura las ropas, ya las que, cuando haya venido él,
 ella misma llevará, y unos retornos se promete inanes.

A todos ella, ciertamente, a todos los altísimos, piadosos inciensos llevaba;
 antes, aun así, que a esos todos, de Juno los templos honraba,

y por su marido, que ninguno era, venía a sus aras

⁵⁸⁰y que estuviera a salvo el esposo suyo y que retornara

pedía, y que ninguna a ella antepusiera. Mas a él
 éste, de tantos votos, podía alcanzarle, solo.

Mas la diosa no más allá sostiene el ser rogada a favor de quien con la muerte
 ha cumplido, y para apartar esas manos funestas de sus aras:

⁵⁸⁵“Iris”, dijo, “de mi voz fidelísima mensajera,

visita del Sueño velozmente su soporífera corte,

y del extinguido Ceix ordénale envíe con su imagen

unos sueños a Alcíone, que narren sus verdaderos casos.”

Había dicho. Se viste sus velos de mil colores

⁵⁹⁰Iris y con una arqueada curvatura signando el cielo,

a las moradas tiende del ordenado –bajo las nubes escondidas– rey.

Hay cerca de los cimerios, en un largo receso, una caverna,

un monte cavo, la casa y los penetrales del indolente Sueño,

en donde nunca con sus rayos, o surgiendo, o medio, o cayendo,

⁵⁹⁵Febo acercarse puede. Nieblas con bruma mezcladas

exhala la tierra, y crepúsculos de dudosa luz.

No la vigilante ave allí, con los cantos de su encrestado busto,

evoca a la Aurora, ni con su voz los silencios rompen
 solícitos los perros, o que los perros más sagaz el ganso.

⁶⁰⁰No las fieras, no los ganados, no movidas por un soplo las ramas
 o su sonido devuelve la barahúnda de la lengua humana.
 La muda quietud lo habita. De una roca, aun así, honda,
 sale el arroyo del agua del Olvido, merced al cual, con su murmullo resbalando,
 invita a los sueños su onda con sus crepitantes guijarros.

⁶⁰⁵Ante las puertas de la cueva fecundas adormideras florecen
 e innumerables hierbas de cuya leche el sopor
 la Noche cosecha y lo esparce húmeda por las opacas tierras.
 Puerta, para que chirridos al volverse su gozne no haga,
 ninguna en la casa toda hay, guardián en el umbral ninguno.

⁶¹⁰En medio un diván hay, del antro, de ébano, sublime él,
 plúmeo, negricolor, de endrino cobertor tendido,
 en donde reposa el propio dios, sus miembros por la languidez relajados.
 De él alrededor, por todas partes, variadas formas imitando,
 los sueños vanos yacen, tantos cuantos una cosecha de aristas,

⁶¹⁵un bosque lleva de frondas, de escupidas arenas una playa.
 Adonde una vez que penetró y con sus manos, a ella opuestos, la doncella
 apartó los Sueños, con el fulgor del su vestido relució
 la sagrada casa, y el dios, yacentes ellos de su tarda pesadez,
 apenas sus ojos levantando, y una vez y otra desplomándose,

⁶²⁰y lo alto del pecho golpeándose con su bamboleante mentón,
 se sacudió finalmente a sí mismo, y a sí mismo sobre su codo apoyándose,
 a qué venía –pues la reconoció– inquiera. Mas ella:
 “Sueño, descanso de las cosas, el más plácido, Sueño, de los dioses,
 paz del ánimo, de quien el cuidado huye, quien los cuerpos, de sus duros

⁶²⁵menesteres cansados, confortas y reparas para la labor:
 a unos Sueños, que las verdaderas figuras igualen en su imitación,
 ordena que en la hercúlea Traquis, bajo la imagen de su rey,
 a Alcíone acudan y unos simulacros de su naufragio remeden.
 Impera eso Juno.” Después que sus encargos llevó a cabo,

⁶³⁰Iris parte –ya que no más allá tolerar del sopor
la fuerza podía– y deslizarse el sueño sintió a sus miembros,
huye y retorna, por los que ahora poco había venido, sus arcos.

Mas el padre, del pueblo de sus mil hijos,
despierta al artífice y simulador de figuras,
⁶³⁵a Morfeo: no que él ninguno otro más diestramente
reproduce el caminar y el porte y el sonido del hablar.
Añade además los vestidos y las más usuales palabras
de cada cual. Pero él solos a hombres imita. Mas otro
se hace fiera, se hace pájaro, se hace, de largo cuerpo, serpiente:

⁶⁴⁰a él Ícelo los altísimos, el mortal vulgo Fobétor
le nombra. Hay también de diversa arte un tercero,
Fántaso. Él a la tierra, a una roca, a una ola, a un madero
y a cuanto vacío está todo de ánima, falazmente se pasa.

A los reyes él y a los generales su rostro mostrar

⁶⁴⁵de noche suele, otros los pueblos y la plebe recorren.

Prescinde de ellos su señor y de todos los hermanos solo
a Morfeo, quien lleve a cabo de la Taumántide lo revelado, el Sueño
elige, y de nuevo en una blanda languidez relajado
depuso la cabeza y en el cobertor profundo la resguarda.

⁶⁵⁰Él vuela con unas alas que ningunos estrépitos hacen
a través de las tinieblas y en un breve tiempo de demora a esa ciudad
arriba de Hemonia, y depuestas de su cuerpo las alas,
a la faz de Ceix se convierte y tomada su figura,
lívido, a un exánime semejante, sin ropas ningunas,

⁶⁵⁵de su esposa ante el lecho, la desgraciada, se apostó. Mojada parece
la barba del marido, y de sus húmedos cabellos fluir pesada ola.

Entonces, en el lecho inclinándose, con llanto sobre su rostro profuso,
tal dice: “¿Reconoces a Ceix, mi muy desgraciada esposa,
o acaso mudado se ha mi faz por la muerte? Mírame: me conocerás

⁶⁶⁰y hallarás, por el esposo tuyo, de tu esposo la sombra.

Ninguna ayuda, Alcíone, tus votos nos prestaron.

Hemos muerto. En falso prometerme a ti no quieras.
Nuboso, del Egeo en el mar, sorprendió a la nave
el Austro, y sacudiéndola con su ingente soplo la deshizo,
⁶⁶⁵y la boca nuestra, que tu nombre en vano gritaba,
llenaron los oleajes. No esto a ti te anuncia un autor
ambiguo, no esto de vagos rumores oyes:
yo mismo los hados míos a ti, náufrago presente, te revelo.
Levántate, vamos, dame tus lágrimas y de luto vístete, y no a mí,
⁶⁷⁰no llorado, a los inanes Tártaros me envía.”

Añade a esto una voz Morfeo, que de su esposo ella
creyera ser, llantos también derramar verdaderos
parecido había, y el gesto de Ceix su mano tenía.
Gime hondo Alcíone, llorando, y mueve los brazos
⁶⁷⁵durante el sueño y su cuerpo buscando abraza las auras
y grita: “Espera, ¿a dónde te me arrebatas? Iremos a la vez.”
Por su propia voz y la apariencia de su marido turbada, el sueño
se sacude y al principio mira alrededor por si está allí
quien hace poco parecido lo había, pues, movidos por su voz sus sirvientes,
⁶⁸⁰entraron una luz. Después que no lo encuentra en parte alguna,
se golpea el rostro con la mano y rasga de su pecho los vestidos
y sus pechos mismos hiere y sus cabellos de mesar no cura,
los desgarran, y a la nodriza, que cuál de su luto la causa preguntaba:
“Ninguna Alcíone es, ninguna es”, dice, “murió a la vez
⁶⁸⁵con el Ceix suyo. Las palabras de consuelo llevaos.
Náufrago ha perecido, lo vi y reconocí y mis manos a él
al retirarse, ansiando retenerle, le tendí.
Una sombra era, pero también una sombra, aun así, manifiesta
y de mi marido verdadera. No él ciertamente, si saber lo quieres, tenía
⁶⁹⁰su acostumbrado semblante ni, con el que antes, con tal rostro brillaba.
Palideciente y desnudo y todavía mojado su cabello,
infeliz de mí le vi. Apostado el desgraciado aquí, en este
mismo lugar”, y busca sus huellas, si alguna resta.

“Tal cosa era, tal, lo que con mi ánimo adivinador temía,
695y que de mí huyendo los vientos no siguieras te pedía.
Mas ciertamente quisiera, puesto que a morir marchabas,
que a mí también me hubieses llevado. Mucho más provechoso contigo
a mí me fuera el marchar, pues de mi vida ningún tiempo
sin ti hubiera pasado, ni nuestra muerte separada hubiese sido.
700Ahora ausente he perecido, y me sacuden también las olas ausente
y, sin mí él, el ponto me tiene. Más cruel que el mismo
piélago sea mi corazón si mi vida por llevar más lejos pugno,
y lucho por sobrevivir a tan gran dolor.
Pero ni lucharé ni a ti, triste, te abandonaré,
705y tuya ahora al menos llegaré de acompañante, y el sepulcro,
si no la urna, con todo nos unirá a nosotros la letra:
si no tus huesos con los huesos míos, mas tu nombre con mi nombre he de tocar.”
Más cosas el dolor prohíbe y en cada palabra un golpe de duelo interviene,
y desde su atónito corazón gemidos salen.

710De mañana era. Sale de su morada a la playa,
y aquel lugar afligida busca desde el cual contemplara al que marchaba,
y mientras se detiene allí, y mientras: “Aquí las amarras desató,
en esta playa al separarse de mí besó mis labios”, dice,
y mientras anotados en sus lugares rememora los sucesos, y hacia el mar
715mira, en un trecho distante, divisa algo así
como un cuerpo, líquida, en el agua, y al principio qué ello
fuese era dudoso. Después que un poco lo empujó la ola,
y aunque lejos estaba, un cuerpo, aun así, que era, manifiesto estaba.
De quién fuera ignorante ella, porque náufrago, del presagio conmovida quedó,
720y como a un desconocido que su lágrima ofreciera: “Ay, desgraciado”, dice,
“quien quiera que eres, y si alguna mujer tienes.” Por el oleaje llevado
se hace más cercano el cuerpo. El cual, mientras más ella lo escruta,
por ello menos cada vez de su mente es dueña, y ya a la vecina
tierra allegado, ya cual conocerlo pudiera,
725lo distingue: era su esposo. “Él es”, grita, y a una,

cara, pelo y vestido lacera, y tendiendo temblorosas
a Ceix sus manos: “¿Así, oh queridísimo esposo,
así a mí, triste, regresas?”, dice. Adyacente hay a las olas,
hecha a mano, una mole que del mar las primeras iras
⁷³⁰rompe, junto a las embestidas que ella previamente fatiga de las aguas.
Salta allí, y prodigioso fue que pudiera: volaba,
y golpeando con sus recién nacidas alas el aire leve,
rozaba lo alto, pájaro triste, de las olas,
y mientras vuela, un sonido a la aflicción semejante y lleno
⁷³⁵de queja dio su boca, crepitante de su tenue pico.
Pero cuando tocó, mudo y sin sangre, ese cuerpo,
a sus amados miembros abrazada con sus recientes alas,
fríos besos inútilmente puso en sus labios con su duro pico.
Si sintió tal cosa Ceix, o si su rostro con los movimientos de la ola
⁷⁴⁰levantar pareció, aquella gente lo dudaba, más él
lo había sentido, y finalmente, al conmisarse los altísimos, ambos
en ave son mutados. A los hados mismos sometido
entonces también permaneció su amor, y de su matrimonio el pacto deshecho
no quedó, en ellos de aves. Se aparean y se hacen padres,
⁷⁴⁵y durante unos días plácidos del invernal tiempo, siete,
se recuesta Alcíone, suspendidos en la superficie, en sus nidos.
Entonces es segura la ola del mar: los vientos custodia y retiene
Éolo de su salida y brinda a sus nietos mar lisa.

Ésaco

A ellos algún señor mayor, conjuntamente volando los mares anchos,
⁷⁵⁰los contempla, y hasta el fin conservados alaba sus amores:
uno a su lado, o él mismo si la suerte lo quiso: “Éste también”, dijo,
“que el mar rozando y con sus patas recogidas
contemplas –mostrándole alargado hacia su garganta a un somorgujo–
regia descendencia es, y si descender hasta él
⁷⁵⁵en orden perpetuo intentas, son el origen suyo

Ilo y Asáraco y, raptado por Júpiter, Ganimedes,
 o Laomedonte el anciano, y Príamo, a quien los postreros tiempos
 de Troya tocaron. Hermano fue de Héctor éste,
 el cual, si no hubiera sentido en su juventud estos nuevos hados,
⁷⁶⁰quizás inferior a Héctor un nombre no tuviera,
 aunque lo hubo a él dado a luz la hija de Dimas;
 a Ésaco, en el sombreado Ida, furtivamente, que lo parió
 se dice Alexíroo, nacida de Granico el bicornio.
 Odiaba él las ciudades, y apartado de la brillante corte,
⁷⁶⁵secretos montes e inambiciosos campos
 cultivaba, y no de Ilión a las juntas, salvo raramente, acudía.
 No agreste, aun así, ni inexpugnable al amor
 pecho tenía, y perseguida muchas veces por los bosques todos,
 contempla a Hesperie, de su padre en la orilla, a la Cebrenida,
⁷⁷⁰echados a los hombros, secándolos al sol sus cabellos.
 Al ser vista huye la ninfa, como aterrada del rubio
 lobo una cierva, y, a lo lejos sorprendida al haber dejado el lago,
 del azor el fluvial ánade. A ella de Troya el héroe
 persigue, y a la rápida de miedo, el rápido acucia de amor.
⁷⁷⁵He aquí que, escondida en la hierba una culebra, de la que huía
 con su corvo diente el pie rozó, y su humor dejó en su cuerpo.
 Con su vida acabada fue la huida. Se abraza él fuera de sí
 a la exánime y clama: “Me arrepiento, me arrepiento de haberla seguido,
 pero no esto temí, ni vencer me era de tanto.
⁷⁸⁰A ti te hemos dado muerte, desgraciada, dos: la herida, por la serpiente;
 por mí el motivo dado fue. Yo soy más criminal que ella,
 quien a ti con la muerte mía de tu muerte consuelos no te envió.”
 Dijo y de una peña, a la que ronca por su base recomía una ola,
 se entregó al ponto. Tetis, compadecida del que caía,
⁷⁸⁵blandamente lo recibe y, nadando él por las superficies, de alas
 lo cubrió y de su deseada muerte no le fue dada la posibilidad.
 Se indigna el amante de que contra su voluntad a vivir se le fuerce

y se le cierre el paso a su ánima, que de su desgraciada sede quería salir, y cuando, nuevas para sus hombros, había tomado esas alas
⁷⁹⁰remonta y de nuevo su cuerpo sobre las superficies lanza.

La pluma alivia sus caídas: se enfurece Ésaco, y contra el profundo abalanzado parte, y de la muerte el camino al fin reintenta.

Causó el amor su delgadez: largas las articulaciones de sus piernas, larga permanece su cerviz, la cabeza está del cuerpo lejos.

⁷⁹⁵Las superficies ama y su nombre tiene porque se sumerge en ella.”

Libro duodécimo

La expedición contra Troya

Sin saber Príamo, el padre de Ésaco, que con sus asumidas alas él vivía, le lloraba. A un túmulo también, que su nombre tenía, Héctor y sus hermanos unas ofrendas fúnebres le habían ofrecido inanes. Faltó a ese servicio triste la presencia de Paris,

⁵el que poco después, junto con su raptada esposa, una larga guerra atrajo a su patria, y aliadas le persiguen mil embarcaciones, y con ellos el común de la gente pelasga.

Y dilatada no hubiera sido la venganza, de no ser porque los mares hicieron intransitables los salvajes vientos, y si la tierra beocia ¹⁰en Áulide, la rica en peces, no hubiera retenido sus popas que iban a marchar.

Aquí, según la costumbre patria, al preparar a Júpiter sus sacrificios, cuando la vieja ara se encandeció con los encendidos fuegos, serpear azulado los dánaos vieron un reptil,

hacia un plátano que se erguía próximo a los emprendidos sacrificios.

¹⁵Un nido había, de pájaros dos veces cuatro, en lo supremo del árbol: a los cuales y a la madre, que alrededor de sus pérdidas volaba, una vez que arrebató la serpiente y en su ávida boca los sepultó, quedaron suspendidos todos, mas de la verdad vidente el augur Testórida: “Venceremos”, dice, “gozaos de ello, Pelasgos.

²⁰Troya caerá, pero será una demora larga la de nuestra gesta”,
y los nueve pájaros en los años de la guerra distribuye.
Ella, cual estaba abrazada verdes a sus ramas en el árbol,
se vuelve piedra y signa con la imagen de una serpiente tal roca.

Permanece el Bóreas violento de Aonia en las ondas
²⁵y las guerras no traslada, y hay quienes que salva a Troya
Neptuno creen, porque las murallas había hecho de esa ciudad.
Mas no el Testórida. Pues no ignora o calla
que con una sangre virgínea aplacada de la virgen la ira
ha de ser. Después que a la piedad la causa pública,
³⁰y el rey al padre, hubo vencido, y la que iba a dar su casta sangre
ante el ara apostada estaba, Ifigenia, llorándola sus oficiantes,
vencida la diosa fue y una nube a los ojos opuso y en medio
del servicio y el gentío del sacrificio y las voces de los suplicantes,
sustituída por una cierva, se dice que mutó a la Micénide.
³⁵Así pues, cuando con la matanza que debió mitigada fue Diana,
a la vez de Febe, a la vez del mar la ira se aleja.
Reciben los vientos de espalda las mil quillas
y tras mucho padecimiento se apoderan de la frigia arena.

La Fama

Del orbe un lugar hay en el medio, entre las tierras y el mar
⁴⁰y las celestes extensiones, los confines de ese triple mundo,
desde donde lo que hay en dondequiera, aunque largos trechos diste,
se divisa, y penetra toda voz hasta sus huecos oídos.
La Fama lo posee, y su morada se eligió en su suprema ciudadela,
e innumerables entradas y mil agujeros a sus aposentos
⁴⁵añadió y con ningunas puertas encerró sus umbrales.
De noche y de día está abierta: toda es de bronce resonante,
toda susurra y las voces repite e itera lo que oye.
Ninguna quietud dentro y silencios por ninguna parte;
y ni aun así hay gritos, sino de poca voz murmullos

⁵⁰cuales los de las olas, si alguien de lejos las oye, del piélago
ser suelen, o cual el sonido que, cuando Júpiter
increpa a las negras nubes, los extremos truenos devuelven.
Sus atrios un gentío los posee. Vienen, leve vulgo, y van,
y mezclados con los verdaderos los inventados deambulan,
⁵⁵miles de tales rumores, y confusas palabras revuelan.
De los cuales, éstos llenan de relatos los vacíos oídos,
éstos lo narrado llevan a otro, y la medida de lo inventado
crece y a lo oído algo añade su nuevo autor.
Allí la Credulidad, allí el temerario Error
⁶⁰y la vana alegría está, y los consternados Temores,
y la Sedición repentina, y de dudoso autor los Susurros.
Ella misma qué cosas en el cielo y en el mar se pasen
y en la tierra ve e inquiera a todo el orbe.

Aquiles y Cigno

Había hecho ella conocido que con soldado fuerte
⁶⁵se allegaban desde Grecia unas embarcaciones y no inesperado
llega el enemigo en armas. Prohíben el acercamiento y su litoral vigilan
los troyanos, y de Héctor por la lanza el primero, fatalmente,
Protesilao, caes, y los emprendidos combates mucho
cuestan a los dánaos, y fuerte por su muerte de almas se conoce a Héctor.
⁷⁰Tampoco los frigios con exigua sangre sintieron de qué
la diestra aquea era capaz, y ya rojecían del Sigeo
los litorales, ya a la muerte el descendiente de Neptuno, Cigno,
a mil hombres había entregado, ya en su carro acosaba Aquiles
y enteras, con el golpe de su cúspide del Pelio, tendía
⁷⁵tropas y por las filas o a Cigno o a Héctor buscando
aborda a Cigno —para el décimo año diferido
Héctor estaba—: entonces, sus cuellos resplandecientes hundidos por el yugo,
exhortando a sus caballos, su carro dirigió contra el enemigo,
y agitando con sus brazos las vibrantes armas:

⁸⁰“Quien quiera que eres, oh joven”, dijo, “por consuelo ten de tu muerte que del hemonio Aquiles has sido degollado.”

Hasta aquí el Eácida, a su voz la grave asta siguió,
pero aunque ningún yerro hubo en la certera asta,
de nada, aun así, sirvió la punta del lanzado hierro,

⁸⁵y cuando el pecho únicamente golpeó con su embotado golpe:

“Nacido de diosa, pues a ti gracias a la fama desde antes te conocía”, dice

él: “¿por qué te asombras de que en nos herida no haya?”,

pues asombrado estaba. “No este casco que ves, rubio de crines equinas, ni la carga, la cóncava rodela, de mi izquierda,

⁹⁰de auxilio me son: ornato se ha buscado de ellos.

Marte también, por mor de él, empuñar tales defensas suele. Príveseme de todo servicio de esta cobertura, aun así, intacto saldré.

Algo es el no haber sido engendrado de una Nereida, sino quien a Nereo y a sus hijas y todo modera el mar.”

⁹⁵Dijo y el que habría de clavarse del escudo en la curvatura un dardo lanzó al Eácida, el cual, sí el bronce y las siguientes rompió pieles novenas de bueyes: en el décimo orbe, aun así, detenido quedó.

Lo sacudió el héroe, y de nuevo tremolando sus armas con su fuerte mano las blandió: de nuevo sin herida el cuerpo

¹⁰⁰e íntegro quedó, ni la tercera cúspide, a ella abierto

y ofreciéndosele fue capaz de rasgar a Cigno.

No de otro modo se inflamó él que en el circo abierto un toro cuando sus agujadas –las prendas de bermellón– busca con su terrible cuerno y defraudadas siente sus heridas.

¹⁰⁵Si es que se ha desprendido el hierro, considera él, del asta:

fijado estaba al leño. “¿Es la mano mía la débil, así pues,

y las fuerzas –dice– que antes tuvo las ha disipado en uno solo?

Pues cierto que vigor tuvo, bien cuando de Lirneso las murallas el primero derribé, o cuando a Tenedos

¹¹⁰y a la Tebas de Eetiún colmé de su sangre,

o cuando purpurino de su paisana muerte el Caíco

fluyó, y la obra de mi asta los veces sintió Télefo.

Aquí también para tantos asesinatos cuyas pilas por este litoral
hice y veo, vigor tuvo mi diestra y tiene”,

¹¹⁵dijo y en lo antes realizado como si mal creer pudiera,
su asta manda en derecha, de la plebe licia, a Menetes,
y su loriga a la vez, y bajo ella su pecho le rompe.

Del cual, al golpear la tierra grave con su moribundo pecho,
extrae aquella misma arma de su caliente herida

¹²⁰y dice: “Ésta la mano es, ésta, con la que acabamos de vencer, mi asta:
usaré contra él las mismas. Sea en él suplico, el resultado mismo.”

Así diciendo a Cigno retorna, y el fresno no yerra
y en su hombro sonó, no evitada, izquierdo.

De allí, como de un muro y un sólido arrecife rechazada fue.

¹²⁵Por donde, aun así, golpeado había sido, marcado de sangre a Cigno
había visto y en vano se había regocijado Aquiles.

La herida era ninguna, la sangre era aquella de Menetes.

Entonces verdaderamente, abalanzado, del carro alto rugiente
salta y con su nítida espada a su intacto enemigo

¹³⁰de cerca buscando, la rodela con su espada y su gálea hundirse
contempla, más en ese duro cuerpo dañarse también el hierro.

No lo soporta más, y con su escudo reiterado golpea
tres y cuatro veces la cara de ese varón, a él vuelta, con la empuñadura también sus
huecas

sienes, y al que retrocedía persiguiéndole le acosa y lo turba se le lanza,

¹³⁵y atónito le niega el descanso: el pavor se apodera de él,

y ante sus ojos nadan las tinieblas, y atrás llevando
retrocedidos los pasos una piedra se le opuso en mitad del campo,
de la cual encima, empujado Cigno con su cuerpo boca arriba,
con fuerza mucha lo vuelve y a la tierra lo sujeta Aquiles.

¹⁴⁰Entonces con su escudo y sus rodillas duras oprimiéndole el busto,
de las correas tira de su gálea, las cuales, por debajo de su oprimido mentón,
le rompen la garganta y la respiración y el camino

le roban del aliento. Al vencido a expoliar se disponía.
Sus armas abandonadas ve: su cuerpo el dios del mar confirió
¹⁴⁵a una blanca ave, de cuyo modo el nombre tenía.

Esta gesta, esta batalla, un descanso de muchos días
trajo consigo y, depuestas las armas ambas partes hicieron un alto.
Y mientras vigilante de Frigia los muros un centinela guarda,
y vigilante de Argólide las fosas guarda un centinela,
¹⁵⁰el festivo día había llegado en que de Cigno el vencedor, Aquiles,
a Palas aplacaba con la sangre de una inmolada vaca.
De la cual, cuando impuso sus entrañas en las calientes aras
y por los dioses percibido penetró en los aires su vapor,
los sacrificios se llevaron la suya, la parte fue dada, restante, a las mesas.
¹⁵⁵Se tumbaron en los divanes los próceres, y sus cuerpos de asada
carne llenan, y con vino alivian sus cuidados y su sed.
No a ellos la cítara, no a ellos las canciones de las voces,
o de muy perforado boj les deleita, larga, la tibia,
sino que la noche en la conversación alargan, y la virtud es, de su hablar,
¹⁶⁰la materia. Sus batallas refieren, las del enemigo y las suyas,
y en turnos los peligros afrontados y apurados a menudo
rememorar les place: pues de qué hablaría Aquiles,
o de qué cabe al gran Aquiles mejor hablarían.
La muy reciente victoria, principalmente, sobre el dominado Cigno
¹⁶⁵en conversación estuvo, pareciendo admirable a todos
el que al joven su cuerpo de ningún arma penetrable
e invicto a la herida fuera, y que el hierro puliera.

Ceneo (I)

Esto el propio Eácida, esto admiraban los aqueos,
cuando así Néstor dice: “En vuestra edad fue el único
¹⁷⁰despreciador del hierro y horadable por golpe ninguna
Cigno. Mas yo mismo en otro tiempo, sufriendo él heridas mil
en un cuerpo no dañado, al perrebo Ceneo vi,

a Ceneo el perrebo, el cual, glorioso por sus hechos, el Otris habitaba, y para que ello más admirable fuese en él,
¹⁷⁵mujer nacido había. Del prodigio por la novedad se conmueve todo el que asiste, y que lo refiera le piden. Entre los cuales Aquiles: “Di, vamos, pues en todos el mismo hay deseo de oírlo, oh, elocuente anciano, de nuestra edad la prudencia, quién fuera Ceneo, por qué en lo contrario vuelto,
¹⁸⁰en qué milicia, de qué batalla en el certamen por ti conocido, de quién fue vencido, si vencido de alguno fue.” Entonces el mayor: “Aunque a mí me estorba mi tarda vejez, y muchas se me huyen de las cosas por mí contempladas en mis primeros años, más cosas, aun así, recuerdo, y, que más prendida esté, ninguna
¹⁸⁵cosa en el pecho nuestro hay entre hechos tantos de guerra y de paz, y si a alguien pudo su espaciosa vejez como espectador de las obras de muchos devolver, yo he vivido de años dos veces cien. Ahora se vive mi tercera edad. “Brillante por su hermosura fue la descendencia de Elato, Cenis,
¹⁹⁰de las tesalias la doncella más bella, y en las cercanas, y en tus ciudades –pues fue paisana tuya, Aquiles–, en vano por los votos de muchos pretendientes fue deseada. Hubiese intentado Peleo los tálamos también, quizás, esos: pero ya le habían alcanzado a él las bodas de tu madre
¹⁹⁵o le habían sido prometidas, ni tampoco Cenis a ningunos tálamos desposada fue, y por unas secretas playas cogiendo ella, fuerza sufrió del dios marino, así la fama lo contaba. Y cuando los goces de esta nueva Venus Neptuno hubo tomado: “Que estén tus votos te permito”, dijo, “libres de rechazo.
²⁰⁰Elige qué has de desear” –la misma fama esto también contaba–. “Grande”, Cenis dice, “hace esta injuria a mi deseo: que tal sufrir ya nada pueda. Dame el que mujer no sea: todo lo habrás garantizado.” Con más grave tono las últimas dijo palabras, y podía la de un hombre la voz aquella parecer,

²⁰⁵como así era. Pues ya a su voto el dios del mar alto
había asentido y le había dado, además, que ni dañado por ningunas
heridas fuera, o a hierro sucumbir pudiera.
De su presente contento parte, y en afanes viriles su edad
pasó el Atrácida y del Peneo los campos recorre.

La batalla de Lápitás y Centauros

²¹⁰“Había desposado a Hipódame el hijo del audaz Ixión,
y a los feroces hijos de la nube, puestas por orden las mesas,
había ordenado recostarse, de árboles cubierta, en una gruta.
Los próceres hemonios asistían, asistíamos también nos,
y festivo con su confuso gentío resonaba el real.
²¹⁵He aquí que cantan a Himeneo y de fuego los atrios humean,
y ceñida llega la doncella de las madres y las nueras por la caterva,
muy insigne de hermosura. Feliz llamamos de esa
esposa a Pirítoo, el cual presagio casi malogramos.
Pues a ti, de los salvajes el más salvaje, de los centauros,
²²⁰Éurito, cuanto por el vino tu pecho, tanto por la doncella vista
arde, y la ebriedad, geminada por la libido, en ti reina.
En seguida, volcándose, turban los convites las mesas,
y es raptada, de su pelo tomado por la fuerza la nueva casada.
Éurito a Hipódame, otros, la que cada uno aprobaban
²²⁵o podían, rapta, y, la de una tomada, era de la ciudad la imagen.
De gritos femeninos suena la casa: más rápido todos
nos levantamos y el primero: “¿Qué vesania”, Teseo,
“Éurito, a ti te impulsa”, dice, “a que tú en vida mía provoques
a Pirítoo y violes a dos, ignorante, en uno?”
²³⁰Y no tal el magnánimo en vano había recordado con su boca:
aparta a los que le acosan y la raptada de aquellos delirantes arrebatada.
Él nada en contra –pues tampoco defender con palabras
tales acciones puede–, sino que del defensor la cara con protervas
manos persigue y su generoso pecho golpea.

²³⁵Era el caso que había junto, de sus figuras prominentes áspera,
una antigua cratera, que, vasta ella, más vasto él mismo,
la sostiene el Egida y la lanza contra su cara a él opuesta.
Borbotones de sangre él, a la vez que cerebro y vino,
por la herida y la boca vomitando, de espaldas en la húmeda arena
²⁴⁰convulsiona. Arden los hermanos bimembres
por el asesinato y a porfía todos con una sola boca: “Las armas, las armas”, dicen.
Los vinos les daban ánimos y a lo primero de la lucha copas
lanzadas vuelan y los frágiles jarros y las curvadas escudillas,
cosas para los festines un día, entonces para las guerras y los asesinatos aptas.

²⁴⁵El primero el Ofiónida Ámico los penetrales de sus dones
no temió expoliar, y él el primero del santuario
arrebató, de luces denso, coruscantes, un candelabro,
y, levantado éste alto, como el que los cándidos cuellos de un toro
por romper se esfuerza con la sacrificial segur,
²⁵⁰lo estrelló en la frente del Lápita Celadonte y sus huesos
derramados dejó, no reconocible, en su rostro.
Le saltaron los ojos y, dispersos los huesos de la cara,
echada fue atrás su nariz y fijada quedó en mitad del paladar.
A él, con un pie arrancado de una mesa de arce, el de Pela
²⁵⁵lo tendió en tierra, Pelates, hundido en su pecho su mentón,
y con negra sangre mezclados escupiendo él sus dientes,
de tal herida geminada lo envió del Tártaro a las sombras.

“Cercano como apostado estaba contemplando los altares humosos
con su rostro terrible: “¿Por qué no”, dice, “hemos de hacer uso de ellos?”,
²⁶⁰y con sus fuegos Grineo levanta la ingente ara,
y del tropel de los Lápitias lo arroja en la mitad
y aplasta a dos, a Bróteas y a Orío. De Orío
su madre era Mícale, la cual, que había abajado encantándola
muchas veces, constaba, los cuernos de la reluctante luna.
²⁶⁵“No impune quedarás, no bien de un arma se me dé provisión”,
había dicho Exadio, y de un arma tiene a la traza, los que

en un alto pino estuvieran, los cuernos de un votivo ciervo.
Clavado queda de ahí Grineo con una doble rama en sus ojos,
y se le extraen los globos, de los cuales parte en los cuernos prendida queda,
²⁷⁰parte prendida fluye a su barba y con coagulada sangre cuelga.

He aquí que arrebatada flameante Reto de la mitad de las aras
la brasa de un ciruelo, y desde la parte derecha de Caraxo
sus sienas quebranta, protegidas por su rubio cabello.
Arrebatados por la rapaz –como mies árida– llama
²⁷⁵ardieron sus pelos y en la herida la sangre quemada,
terrible su chirrido, un sonido dio, como dar el hierro
al fuego rojeciente frecuentemente suele, al que con su tenaza curvada
cuando su obrero lo saca, en las cubas lo hunde: mas él
rechina y en la agitada onda sumergido silba.

²⁸⁰Herido él de sus erizados cabellos el ávido fuego sacude,
y hacia sus hombros un umbral de la tierra arrancado
levanta, carga de un carro, el cual, que no llegue a lanzar contra el enemigo
su mismo peso hace. A un aliado también la mole de roca
aplastó, que en un espacio estaba más cercano, a Cometes.
²⁸⁵Sus goces no retiene Reto: “Así, yo lo suplico”, dice,
“el resto de esta multitud, de los cuarteles tuyos, sea fuerte”,
y con el medio quemado tronco renueva repetidamente la herida,
y tres y cuatro veces con un grave golpe las junturas de su cabeza
rompe y se asentaron sus huesos, líquido, en su cerebro.

²⁹⁰Vencedor hacia Evagro y Córito y Drías pasa.
De los cuales, cuando cubierto en sus mejillas con su primer bozo
sucumbió Córito: “De un muchacho derribado qué gloria
nacido para ti ha”, Evagro dice, y decir más Reto
no consiente y, feroz, en la abierta boca del que hablaba
²⁹⁵sepultó de ese hombre, y a través de su boca en su pecho, rutilantes, esas llamas.
A ti también, salvaje Drías, alrededor de tu cabeza blandiendo el fuego
te persigue, pero no contra ti también consiguió el mismo
resultado: a él que de su asidua matanza por el éxito se congratulaba,

por donde unida está al hombro la cerviz, con una estaca le clavas, al fuego tostada.

³⁰⁰Gimió hondo, y de su duro hueso la estaca apenas se arrancó

Reto y él mismo de su sangre empapado huye.

Huye también Orneo y Licabante y herido en su hombro

derecho Medón y con Pisénor Taumante,

y el que poco antes en el certamen de los pies había vencido a todos,

³⁰⁵Mérmero —encajada entonces una herida más lento iba—,

y Folo y Melaneo y Abante, el azote de los jabalíes,

y el que a los suyos en vano de la guerra había disuadido, el augur

Ástilo. Él además, al que temía las heridas, a Neso:

“No huyas. Para los hercúleos”, dice, “arcos reservado serás.”

³¹⁰Mas no Eurínomo, y Lícidas, y Areo e Ímbreo

escaparon a la muerte, a los cuales todos la diestra de Drías

abatió, a él enfrentados. De frente tu también, aunque

tus espaldas a la huida habías dado, tu herida, Creneo, llevaste,

pues grave un hierro, al volver la mirada, entre los dos ojos

³¹⁵por donde la nariz a lo más bajo se une, encajas.

“En ese tan gran bramido por todas sin fin sus venas yacía

dormido y sin despabilarse Afidas,

y en su languideciente mano una copa mezclada sostenía,

derramado en las vellosas pieles de una osa del Osa.

³²⁰Al cual de lejos cuando lo vio sin levantar en vano ningunas armas,

mete en su correa los dedos y: “Para ser mezclados”, dijo

Forbas, “con Estige esos vinos beberás, y sin detenerse en más

contra el joven blandió una jabalina y el herrado

fresno en el cuello, como al acaso yacía boca arriba, le entró.

³²⁵Su muerte careció de dolor y de su garganta plena fluyó

a los divanes y a las mismas copas, negra, la sangre.

Vi yo a Petreo intentando levantar de la tierra,

llena de bellotas, una encina, a la cual, mientras con sus brazos la rodea

y sacude aquí y allá y su vacilante robustez agita,

³³⁰la lanza de Pirítoo, introducida en las costillas de Petreo,

su pecho reluctantemente junto con la dura robustez dejó fijado.
De Pirítoo por la virtud que Lico había caído contaban,
de Pirítoo por la virtud Cromis, pero ambos menor
título a su vencedor que Dictis y Hélope dieron,
³³⁵clavado Hélope en una jabalina que transitable sus sienes hizo,
y lanzada desde la derecha hasta la oreja izquierda penetró,
Dictis, resbalándose desde la bicéfala cima de un monte,
mientras huye temblando del que le acosa, de Ixíon al hijo,
cae de cabeza, y con el peso de su cuerpo un olmo
³⁴⁰ingente rompió y de sus ijares lo vistió roto.

Vengador llega Alfareo, y una roca del monte arrancada
lanzar intenta. Al que lo intentaba con un tronco de encina
asalta el Egida y de su codo los ingentes huesos
rompe y no más allá de entregar ese cuerpo inútil a la muerte
³⁴⁵u ocasión tiene o se preocupa, y a la espalda del alto Biénor
salta, no acostumbrada a portar a nadie sino a sí mismo,
y le opuso la rodilla a sus costillas y reteniéndole
con la izquierda la cabellera, su rostro y su amenazante boca
con un tronco nudoso, y sus muy duras sienes, le rompió.

³⁵⁰Con ese tronco a Nedimno y al alanceador Licopes
tumba, y protegido en su pecho por su abundante barba
a Hípaso y de lo más alto de los bosques prominente a Rifeo,
y a Tereo, quien en los hemonios montes los osos que cogía
llevar a su casa vivos e indignados solía.

³⁵⁵No soportó que disfrutara Teseo de los éxitos
de la batalla más allá Demoleonte: con su sólido matorral
arrancar un añoso pino con gran esfuerzo intenta,
lo cual, puesto que no pudo, previamente roto lo arroja a su enemigo;
pero lejos del arma que le venía Teseo se retiró,
³⁶⁰por la admonición de Palas: que se le creyera así él mismo quería.
No, aun así, el árbol inerte cayó, pues del alto Crántor
separó del cuello el pecho y el hombro izquierdo:

armero aquel de tu padre había sido, Aquiles,
a quien de los dólopes el soberano, en la guerra superado, Amíntor,
³⁶⁵al Eácida había dado, de la paz, prenda y garantía.

A él, desde lejos cuando por una horrible herida desmembrado Peleo
lo vio: “mas tus ofrendas fúnebres, de los jóvenes el más grato, Crántor,
recibe”, dice y con vigoroso brazo contra Demoleonte
de fresno lanzó, de su mente también con las fuerzas, un asta,
³⁷⁰que de su costado el armazón antes rompió, y luego en sus huesos prendida quedó
temblando: saca él con su mano sin su cúspide el leño
—éste también apenas le obedece—: la cúspide en el pulmón retenida queda.
El mismo dolor fuerzas a su ánimo daba: enfermo contra el enemigo
se levanta y con sus pies de caballo al hombre cocea.

³⁷⁵Recibe él los golpes resonantes en la gálea y el escudo
y defiende sus hombros y ante sí tendidas sostiene sus armas,
y a través de las axilas con un solo golpe sus dos pechos perfora.
Antes, aun así, a la muerte había entregado a Flegreo e Hiles,
desde lejos, a Ifínoo con cercano Marte, y a Clanis.

³⁸⁰Se añade a ellos Dórilas, que las sienes cubiertas llevaba
de la piel de un lobo, y a guisa de salvaje arma los prestantes
cuernos zambos de unos bueyes, enrojecidos del mucho crúor.

A éste yo, pues fuerzas mi ánimo me daba: “Contempla”, dije,
“cuánto ceden a nuestro hierro tus cuernos”,
³⁸⁵y una jabalina blandí, la cual, como evitar no pudiera,
opuso su diestra a la que había de sufrir esas heridas, su frente.
Fijada quedó con su frente su mano. Se produce un griterío, mas a aquél,
prendido, y por su acerba herida vencido Peleo
—pues apostado estaba el más cercano— bajo su mitad le hiere a espada el vientre.

³⁹⁰Se abalanzó, y por la tierra, feroz, sus vísceras arrastró,
y arrastradas las pisó, y pisadas las rompió, y en ellas
sus patas también impidió, y sobre su vientre inane cayó.

Y no a ti al luchar, Cílaro, tu hermosura te redimió,
si es que a la naturaleza esa hermosura le concedemos.

³⁹⁵Su barba era incipiente, de esa barba el color áureo, áureo
desde los hombros su pelo pendía hasta la mitad de sus espaldillas.
Agradable en su cara el vigor; su cuello y hombros y manos
y pecho a las alabadas esculturas de los artistas próximos,
y por doquiera que hombre es; ni tampoco la del caballo imperfecta y peor
⁴⁰⁰bajo aquel hombre la hermosura: dale cuello y cabeza
y de Cástor digno será: así su espalda montable, así son
sus pechos excelsos de sus toros. Todo que la pez negra más negro,
cándida la cola, en cambio. Su color es también, de las piernas, blanco.
Muchas a él lo pretendieron de su raza, pero una sola
⁴⁰⁵se lo llevó, Hilónome, que la cual ninguna más hermosa mujer entre
los mediofieras habitó en los altos bosques.
Ella con sus ternuras y amándole, y que le amaba confesando,
a Cílaro sola tiene, de su ornato también, cuanto en esos
miembros existir puede, que sea su pelo por el peine liso,
⁴¹⁰que ora de rosmarino, ora de viola o rosa
se rodee, alguna vez que canecientes lirios lleve,
y dos veces al día, bajados del vértice del pagáseo bosque,
en sus manantiales su rostro lave, dos veces en su caudal su cuerpo moje,
y que no, salvo las que le honren, de selectas fieras,
⁴¹⁵o a su hombro o a su costado izquierdo tienda pieles.
Parejo amor hay en ellos: vagan en los montes a una,
grutas a la vez alcanzan. Y también entonces de los Lápitias a los techos
habían entrado a la par, a la vez esas fieras guerras hacían.
El autor en duda está: una jabalina de la parte izquierda
⁴²⁰llega, y más abajo que al cuello el pecho sostiene,
Cílaro, te clavó. Su corazón, de esa pequeña herida alcanzado,
junto con su cuerpo entero después que el arma fue sacada se enfrió.
En seguida Hilónome recibe murientes sus miembros
e imponiéndole la mano la herida le calienta y su boca a la boca
⁴²⁵le acerca y su aliento que escapa impedir intenta.
Cuando lo ve extinguido, tras decirle cosas que el griterío a mis oídos

vedó llegar, sobre el arma que dentro de él prendida estaba se echó, y muriendo se abrazó a su marido.

“Ante mis ojos está también aquel que, de a seis, ató
430entre sí con entrelazados nudos de leones unas pieles,
Feócomes, protegiéndose a la vez al hombre y al caballo,
el cual, un tronco lanzando que apenas un par de yuntas moverían,
a Téctalo el Olénida desde el extremo de su cabeza lo rompió.

[Roto quedó el contorno más ancho de su cabeza, y a través de su boca
435y a través de sus huecas narices, por los ojos y las orejas, el cerebro
blando le fluye, como cuajada por un mimbres de encina
la leche suele, o como el líquido en un ralo cedazo por su peso
mana, y se exprime espesa por los densos agujeros.]

Mas yo, mientras se dispone él de sus armas a desnudar al yacente,
440—sabe esto tu padre—, mi espada en las profundas ijadas
del que le expoliaba hundí. Ctonio también y Teléboas
por la espada nuestra yacen: una rama el primero ahorquillada
llevaba, éste una jabalina. Con esa jabalina a mí heridas me hizo.
Sus señales ves. Se distingue todavía vieja la cicatriz de ahí.

445En ese entonces debió a mí enviármese a tomar Pérgamo;
entonces podía del gran Héctor, si no superar,
detener sus armas con las mías. Pero en aquel tiempo ninguno,
o un niño, Héctor era. Ahora a mí me traiciona mi edad.
Para qué de Périfas, el vencedor del geminado Pireto,
450de Ámpix para qué contarte, quien del cuadrupedante Equeclo
clavó de frente en su cara un cornejo sin cúspide.

Una tranca hundiéndole el Peletronio Macareo en el pecho
tumbó a Erigdupo. Recuerdo también que unos venablos se escondieron
en la ingle de Cimelo por las manos de Neso lanzados.

455Y no has de creer que sólo cantaba el porvenir
el Ampicida Mopso. Con Mopso de lanzador el biforme
Hodites sucumbió y en vano intentó hablar:
a su mentón la lengua y el mentón a su garganta clavado.

Ceneo (II)

“Cinco a la muerte Ceneo había entregado, Estífelo y Bromo
⁴⁶⁰y Antímaco y Élimo y al portador de la segur, Piracmo.
Sus heridas no las recuerdo; del número y del nombre tomé nota.
Adelante vuela, de los expolios del ematio Haleso armado,
a quien había dado muerte, de miembros y cuerpo el más grande
Latreo: su edad, entre un joven y un viejo,
⁴⁶⁵su fuerza juvenil era; variegaban sus sienes las canas.
El cual, por su escudo y gálea y macedonia pica
conspicuo, y su faz vuelta a ambas tropas,
sus armas golpeó y en un certero círculo cabrioleó,
y palabras tantas vertió, ardido, a las vacías auras:
⁴⁷⁰“¿También a ti, Cenis, te he de sufrir? Pues tú para mí una mujer siempre,
tú para mí Cenis serás. ¿Tu origen natal no te ha advertido
y a tu mente viene, como premios de qué acto
y por qué merced la falsa apariencia de un hombre se te ha deparado?
Qué hayas nacido mira, o qué has sufrido, y la rueca,
⁴⁷⁵anda, coge con los canastos, y las urdimbres con tu pulgar tuerce:
las guerras deja a los hombres.” Al que profería tales cosas Ceneo
vació su costado, tenso por la carrera, lanzándole un asta
en donde el hombre con el caballo se juntaba. Enloquece él de dolor,
y, desnuda, la cara del joven Fileo hiera con su pica.
⁴⁸⁰No de otro modo ella rebotó que de la cima de un tejado el granizo,
o si uno hiera con una pequeña piedra los huecos tímpanos.
De cerca ataca y en su costado duro por esconder
lucha su espada: para su espada lugares transitables no son.
“Mas no escaparás. Te degollará por su mitad mi espada
⁴⁸⁵puesto que su punta está roma”, dice, y de costado su espada
atraviesa, y con su larga diestra le estrecha las ijadas.
El golpe produce unos gemidos como en un cuerpo de mármol golpeado,
y rota salta en pedazos la lámina al ser sacudido tal callo.

Cuando bastante sus ilesos miembros le hubo exhibido a él, admirado:
⁴⁹⁰“Ahora, vamos”, dice Ceneo, “con el hierro nuestro tu cuerpo
probemos”, y hasta la empuñadura le hundió en sus costados
la espada mortífera y ciega llevó su mano hasta sus vísceras
y la removi6 y herida en la herida hizo.
He aqu6 que se lanzan con vasto griter6o rabiosos los bimembres,
⁴⁹⁵y sus armas contra 6ste solo todos lanzan y llevan.
Las armas rebotadas caen: permanece no perforado,
y no ensangrentado Ceneo el de 6lato, por golpe alguno.
Los hab6a dejado at6nitos el ins6lito asunto. “Oh deshonra ingente”,
M6nico exclama. “A un pueblo se nos vence por uno solo,
⁵⁰⁰y apenas si hombre. Aunque 6l hombre es; nosotros, por nuestros indolentes actos
lo que fue 6l somos. ¿De qu6 estos miembros ingentes nos aprovechan?
¿De qu6 esta geminada fuerza y el que los m6s fuertes
de la naturaleza animales en nosotros una naturaleza doble ha unido?
Y no a nosotros de madre una diosa, ni nosotros de Ix6n haber
⁵⁰⁵nacido nos creo, el que tan grande era que de la alta Juno
la esperanza concibiera: a nosotros nos vence un enemigo medio var6n.
Rocas y troncos encima y todos en contra volvedle los montes,
y su vivaz aliento sacadle lanz6ndole sus bosques.
Que su masa le oprima la garganta y har6 las veces de herida el peso.”
⁵¹⁰Dijo y, arrancado por las dementes fuerzas del austro,
por casualidad un tronco que hallara, lo lanz6 contra su vigoroso enemigo,
y ejemplo fue, y en poco tiempo desnudo de 6rbol el Otris estaba ni ten6a el Peli6n
sombras. Sepultado en ese ingente mont6n de 6rboles bajo su peso
⁵¹⁵Ceneo bulle, y los apilados troncos en sus duros
hombros lleva, pero realmente despu6s que sobre su rostro y su cabeza
creci6 su peso y no tiene, las que coja, su respiraci6n auras,
desfallece a veces, ora a s6 mismo sobre el aire en vano
levantarse intenta y volcar, a 6l arrojados, los bosques,
⁵²⁰y a veces los mueve, como el que vemos, he ah6,
arduo, si de la tierra se agita con los movimientos, el Ida.

El resultado en duda está. Unos que bajo los inanes
Tártaros su cuerpo precipitado fue, de los bosques por la mole, decían;
lo deniega el Ampicida y de la mitad del acúmulo vio
⁵²⁵de rubias alas un ave salir a las líquidas auras,
la cual entonces por primera vez, en ese entonces por última vez contemplé.
A ella, cuando lustrando con su liviana voladura sus campamentos
Mopso, y con ingente clangor el alrededor llenando de su sonido,
lo contempló, a la par con sus ánimos y con sus ojos siguiéndola:
⁵³⁰“Oh salve”, dijo, “gloria de la raza Lápita,
el más grande hombre en otro tiempo, pero ahora ave única, Ceneo.”
Creído el asunto por el autor suyo fue. El dolor nos añadió ira,
y mal llevamos que ahogado por tantos enemigos uno solo fuera,
y no antes nos abstuvimos de dispensar dolor a hierro,
⁵³⁵de que dada una parte a la muerte, a la otra parte la huida y la noche alejara.”

Periclímeneo

A estas batallas entre los Lápitas y los mediohombres Centauros,
al referirlas el Pilio, Tlepólemo el dolor
del preterido Alcida no pudo soportar con callada boca
y dice: “De la gloria de Hércules admirable es que olvidos te hayan
⁵⁴⁰ocurrido a ti, señor. Ciertamente a menudo referirme
solía mi padre que los hijos de la nube dominados por él habían sido.”
Triste a esto el Pilio: “¿Por qué a recordar mis males
me obligas y, cerrados por los años, a desgarrar mis lutos
y contra tu padre mi odio y sus ofensas a confesar?
⁵⁴⁵Él ciertamente cosas más grandes de lo creíble también hizo y el orbe
colmó de sus méritos, lo cual preferiría poder negar.
Pero ni a Deífobo ni a Polidamante ni al propio
Héctor alabamos, pues quién alabaría a su enemigo.
Ese tu genitor, las murallas mesenias en otro tiempo
⁵⁵⁰derrubó y, no merecedoras, las ciudades de Elis y Pilos
derruyó y contra los penates míos hierro y llama

empujó, y por que a otros silencie yo, a los que él dio muerte,
dos veces seis los Nelidas fuimos, admirada juventud,
dos veces seis de Hércules cayeron, menos yo solo,
⁵⁵⁵por las fuerzas, y que otros ser vencidos pudieran, soportable es:
prodigiosa de Periclímeneo la muerte es, a quien el poder tomar
figuras, cuales quisiera, y de nuevo dejar las tomadas
Neptuno había otorgado, de la sangre de Neleo el autor.
Él, cuando en vano se hubo variado en todas las formas,
⁵⁶⁰se torna la faz de un ave que rayos en sus curvos
pies llevar suele, de los dioses la más grata a su rey.
De las fuerzas usando de esa ave, con el pico recurvado
y sus ganchudas uñas, de ese hombre había desgarrado la cara.
Tensa contra ella, demasiado certeros, el Tirintio sus arcos,
⁵⁶⁵y entre las nubes sus sublimes miembros portando,
y suspendida, la hiere por donde al costado se une el ala.
Y grave la herida no era, pero rotos por esa herida sus nervios
le traicionan y el movimiento le niegan y las fuerzas del volar.
Cae a la tierra, al no concebir auras
⁵⁷⁰sus infirmes alas, y por donde había quedado prendida al ala
la leve saeta, hundida fue por el peso del cuerpo abatido,
y a través de lo más alto del costado por su cuello izquierdo se salió.
¿Ahora te parece que le debo pregones de sus cosas
a tu Hércules, oh regidor bellísimo de la flota rodía?
⁵⁷⁵Aun así, más allá que sus valientes hechos silenciando
no me vengo de mis hermanos: sólida es para mí la gracia contigo.”
Después que tal el Nelio expuso con su dulce boca,
tras el discurso del anciano, retomado el regalo de Baco,
se levantaron de los divanes. La noche fue entregada, restante, al sueño.

Muerte de Aquiles

⁵⁸⁰Mas el dios que las ecuóreas ondas con su cúspide templa,
del cuerpo de su hijo en el ave de Faetonte tornado

en su mente se duele paterna, y lleno de odio por el salvaje Aquiles,
ejerce, memorativas, más que civilmente, sus iras.

Y ya casi arrastrada por dos quinquenios la guerra,

⁵⁸⁵con tales razones compele al intonsurado Esmínteo:

“Oh para mí largamente el más grato de los hijos de mi hermano,

quien conmigo pusiste las defraudadas murallas de Troya,

¿acaso cuando estos recintos a punto de caer contemplas,

hondo no gimes? ¿O acaso de tantos millares asesinados

⁵⁹⁰cuando defendían sus muros no te dueles? ¿Acaso, para no proseguir con todos,

de Héctor la sombra no te viene, alrededor de sus Pérgamos arrastrado?

Cuando en cambio aquel feroz, y que la guerra misma más sanguinario,

vive todavía, de la obra nuestra el devastador, Aquiles.

Ofrézcaseme a mí: de qué con mi triple cúspide sea yo capaz, haría

⁵⁹⁵que sienta. Mas puesto que atacar de cerca al enemigo

no nos es dado, a él desprevenido pierde con una oculta saeta.”

Asiente, y al ánimo a la vez de su tío y suyo el Delio cediendo,

de una nube velado, a la tropa llega ilíaca, y en medio de esa matanza de hombres

⁶⁰⁰a Paris, que ralos disparos por desconocidos aqueos dispersaba,

ve, y confesándose un dios: “¿Por qué tus puntas pierdes

en la sangre de la plebe?”, dice. “Si alguno es tu cuidado por los tuyos

vuélvete al Eácida y a tus hermanos asesinados venga.”

Dijo, y mostrándole, tumbando a hierro cuerpos

⁶⁰⁵troyanos, al Pelida, sus arcos en contra vuelve de él

y unas certeras puntas le dirigió con su mortífera diestra.

De lo que Príamo el anciano gozarse después de Héctor pudiera,

esto fue. Él, así pues, de tantos el vencedor, Aquiles,

vencido fue por el cobarde raptor de una esposa griega.

⁶¹⁰Mas si habías tú de caer por un Marte femenino,

por el hacha doble de la del Termodonte preferirías haber caído.

Ya el temor aquel de los frigios, la honra y tutela del nombre

pelasgo, el Eácida, cabeza insuperable en la guerra,

había ardido: lo había armado el dios mismo, el mismo lo había cremado.

⁶¹⁵Ya ceniza es, y del tan grande Aquiles resta
un no sé qué pequeño que no bien llene una urna,
mas vive esa gloria que llena todo el orbe.
Ella a la medida de tal hombre corresponde y por ella es
parejo a sí mismo el Pelida y los inanes Tártaros no siente.

⁶²⁰Incluso su mismo escudo, para que de quién fuera conocer puedas,
guerras mueve, y en torno de unas armas, armas se llevan.
No ellas el Tidida, no osa el Oileo Áyax,
no el menor Atrida, no aquél en la guerra mayor y en edad
demandarlas, no otros: solos, de Telamón el nacido
⁶²⁵y el de Laertes, tuvieron la arrogancia de tan gran gloria.
De sí el Tantálida esa carga y la envidia alejó,
y a los argólicos jefes reunirse en mitad de los campamentos
ordenó, y el arbitrio de la lid traspasó a todos.

Libro decimotercero

Las armas de Aquiles

Se sentaron los generales, y con el vulgo de pie, en corro,
se levanta hacia éstos el dueño del escudo séptuple, Áyax,
y cual estaba, incapaz de soportar su ira, del Sigeo a los litorales
con torvo rostro se volvió para mirar, y a la flota en ese litoral,
⁵y extendiendo las manos: “Tratamos, por Júpiter”, dice,
“ante nuestros barcos esta causa, y conmigo se compara Ulises.
Mas no dudó en ceder de Héctor a las llamas,
las cuales yo sostuve, las cuales de esta armada ahuyenté.
Más seguro es, así pues, con fingidas palabras contender
¹⁰que luchar con la mano, pero ni para mí el hablar es fácil,
ni actuar es para éste, y cuanto yo en el Marte feroz
y en la formación valgo, tanto vale este hablando.
Y tampoco que de recordar se hayan a vosotros mis hechos, Pelasgos,
opino: pues los visteis. Los suyos narre Ulises,

¹⁵esos que sin testigo hace, de los que la noche cómplice sola es.
Que unas recompensas grandes se piden confieso, pero les quita honor
el rival. Para Áyax no es un orgullo poseer,
aunque sea ello ingente, algo que ha esperado Ulises.
Éste ha conseguido su recompensa ya ahora, de la pretensión esta,
²⁰porque, cuando vencido haya sido, conmigo que ha contendido se dirá.

“Y yo, si la virtud en mí dudosa fuera,
por mi nobleza poderosa sería, de Telamón nacido,
el que las murallas troyanas bajo el fuerte Hércules cautivó
y en los litorales colcos entró con una pagasea quilla.

²⁵Éaco su padre es, quien las leyes a los silentes allí
otorga, donde al Eólida una piedra grave, a Sísifo, empuja.

A Eáco lo reconoce el supremo Júpiter, y vástago
confiesa que es suyo. Así, desde Júpiter el tercero: Áyax.

Y aun así este orden a mi causa no aproveche, Aquivos,

³⁰si para mí con el gran Aquiles no es común:

hermano era, lo fraterno pido. ¿Por qué, de la sangre engendrado
de Sísifo, y en hurtos y fraude el más semejante a él,
injertas ajenos nombres en el linaje Eácida?

“¿Acaso porque a las armas el primero y sin que nadie lo indicara vine,

³⁵estas armas negadas me han de ser, y más poderoso parecerá aquél

que las últimas las tomó, y rehusó fingiendo

locura la milicia, hasta que más astuto que él,

pero para sí mismo más dañino, las mentiras de este cobarde

corazón descubrió el Naupliada, y lo arrastró a las evitadas armas?

⁴⁰¿Las mejores acaso ha de tomar, porque tomar no quiso ningunas:

yo deshonorado, y de los dones de mi primo huérfano,

porque me ofrecí a los primeros peligros, he de quedar?

“Y ojalá, o verdadero loco él, o creído fuera,

y no de camarada aquí nunca a los recintos frigios hubiera venido,

⁴⁵instigador de crímenes. No a ti, oh vástago de Peante,

Lemnos te retendría, expuesto, con delito nuestro,

quien ahora, según cuentan, escondido en silvestres cuevas
a las rocas conmueves con tu gemir y para el Laertiada suplicas
lo que merecido ha, las cuales cosas, si dioses hay, no vanas las habrás suplicado.

⁵⁰Y ahora él, conjurado en las mismas armas que nosotros,
ay, parte una de los jefes, de quien por sucesor las saetas
de Hércules se sirven, quebrantado por la enfermedad y el hambre
se cubre y alimenta de aves y pájaros buscando,
debidas a los hados de Troya, fatiga sus puntas.

⁵⁵Él, aun así, vive, porque no acompañó a Ulises.
Preferiría también, infeliz, Palamedes haber sido abandonado.

Viviría o ciertamente una muerte sin delito tendría,
al cual, demasiado conocedor éste de su mal convicto delirio,
que traicionaba la parte de los dánaos inventó e inventado probó

⁶⁰ese delito y mostró, que ya antes había enterrado, un oro.

Así pues, o con el exilio fuerzas restó a los aquivos
o con la muerte. Así lucha, así ha de ser temido Ulises.

El cual, aunque en elocuencia al fiel Néstor incluso venza,
no conseguirá aun así que el abandonado Néstor piense yo
⁶⁵que delito es ninguno, el cual, aunque implorara a Ulises,
por la herida de su caballo tardo, y fatigado por sus ancianos años,
traicionado por un aliado fue. Que estas acusaciones no son inventadas por mí
lo sabe bien el Tidida, el cual, por su nombre muchas veces llamándolo,
lo corrió, y su fuga reprobó a ese tembloroso amigo.

⁷⁰Contemplan con ojos justos los altísimos las cosas mortales.

He aquí que necesita auxilio quien no lo prestó, y como él abandonó
así de abandonársele había: su ley a sí mismo se había dictado él.

A gritos llama a sus aliados. Llego y lo veo estremecido
y palideciente de miedo y temblando de la muerte futura.

⁷⁵Opuse la mole de mi escudo y le cubrí yacente
y le salvé un aliento –lo menor es tal de mi gloria– inerte.

Si persistes en rivalizar, al lugar volvamos aquel.

Vuelve al enemigo y a la herida tuya y a tu acostumbrado temor,

y detrás de mi escudo ocúltate, y conmigo contiene bajo él.

⁸⁰Mas después que lo saqué de allí, al que para estar en pie sus heridas
fuerzas no daban, por ninguna herida demorado huye.

“Héctor acude y consigo sus dioses a la batalla lleva,
y por donde se lanza no tú solamente te aterras, Ulises,
sino los fuertes incluso, tanto arrastra él de temor.

⁸⁵A él yo, por el éxito de su sangrienta matanza triunfante,
desde lejos con un ingente peso boca arriba lo derribé;
a él yo, demandando él a quien abalanzarse, solo
le resistí, y por la suerte mía hicisteis votos, aquivos,
y valieron vuestras plegarias. Si preguntáis de esta

⁹⁰batalla la fortuna, no fui vencido de él.

He aquí que llevan los troyanos hierro y fuegos y a Júpiter
contra las dánaas flotas: ¿dónde ahora el elocuente Ulises?

Por supuesto yo protegí, mil, con mi pecho las popas,
la esperanza de vuestro regreso: dadme a cambio de tantas naves esas armas.

⁹⁵Y si la verdad lícito me es decir, se les procura a ellas,
que a mí, mayor honor, y conjunta la gloria nuestra es,
y aun Áyax por esas armas, no por Áyax esas armas, son pedidas.

Compare con esas cosas el de Ítaca a Reso, al no aguerrido Dolón
y al Priámida Héleno, con la raptada Palas capturado:

¹⁰⁰a la luz nada hizo él, nada, de Diomedes alejado.

Si de una vez dais a méritos tan viles esas armas,
divididlas y la parte sea mayor de Diomedes en ellas.

“¿Para qué, aun así, ellas al de Ítaca, quien a escondidas, quien siempre inerme
las cosas hace y con sus hurtos engaña al incauto enemigo?

¹⁰⁵El mismo brillo de la gálea, radiante de su oro claro,
sus insidias traicionará y de manifiesto le pondrá, agazapado.

Pero ni esa cabeza duliquia, bajo el yelmo de Aquiles,
pesos tan grandes soportará, ni la no poco pesada y grave
asta de Pelias puede ser para unos no aguerridos brazos

¹¹⁰ni el escudo, del vasto mundo labrado con la imagen

convendrá a una cobarde y nacida para los hurtos izquierda:
para qué pretendes, que te hará flaquear, malvado, un regalo,
que a ti, si del pueblo aqueo te lo donara el yerro,
razón por que seas expoliado te será, no por que seas temido del enemigo,
¹¹⁵y la huida, en la que sola a todos, cobardísimo, vences,
tarda te habrá de ser tirando de cargas tan grandes.

Suma que este escudo tuyo, que tan raramente combates
ha sufrido, entero está. Para el mío, que de soportar armas
por mil tajos está abierto, un nuevo sucesor ha de haber.

¹²⁰Finalmente –porque, qué menester de palabras hay– contémplesenos actuando.
Las armas de ese hombre fuerte se lancen en mitad de los enemigos.
De allí ordenad que se busquen, y al que las devuelva ornad con ellas devueltas.”

Había terminado de Telamón el vástago, y seguido había
a lo último un murmullo del pueblo, hasta que el Laertio héroe

¹²⁵se acercó y sus ojos, un poco en la tierra demorados,
sostuvo hacia los próceres y con un ansiado sonido
liberó su boca, y no falta a sus disertas palabras la gracia:

“Si los míos junto con los votos vuestros poderosos hubieran sido, Pelasgos,
no sería dudoso de tan gran certamen el heredero,

¹³⁰y tú tus armas, nosotros a ti te poseeríamos, Aquiles,
al cual, puesto que no justos a mí y a vosotros nos lo negaron

los hados –y con la mano a la vez, como llorosos, se secó
los ojos– ¿quién al grande mejor ha de suceder, a Aquiles,
que aquél merced al cual el gran Aquiles sucedió a los dánaos?

¹³⁵A éste, con sólo que no le aproveche que obtuso, cual es, parece él ser,
y no me perjudique a mí el que a vosotros siempre, aquivos,
os aprovechó mi ingenio, y con que esta elocuencia mía, si alguna es,
que ahora en favor de su dueño, en favor vuestro muchas veces ha hablado,
de inquina carezca y los bienes suyos cada uno no rehúse.

¹⁴⁰“Pues mi linaje y bisabuelos y cuanto no hicimos nosotros mismos
apenas ello nuestro lo llamo, pero ya que refirió Áyax
que era él de Júpiter el bisnieto, de mi sangre también el autor

Júpiter es y los mismos pasos disto de él,
pues Laertes mi padre es, Arcesio el de él,
¹⁴⁵Júpiter de éste, y no entre ellos ninguno condenado y desterrado.
Es también merced a mi madre el Cilenio, añadida a nos,
segunda nobleza: un dios hay en cada uno de mis padres.
Pero no porque soy más noble por mi origen materno,
ni porque mi padre de la sangre de su hermano es inocente
¹⁵⁰esas propuestas armas pido: por nuestros méritos sopesad esta causa,
en tanto que, porque hermanos Telamón y Peleo fueron,
de Áyax el mérito no sea tampoco de su sangre el orden,
sino que el honor de la virtud se busque en los expolios estos,
o si el parentesco y el primer heredero se requiere,
¹⁵⁵es su padre Peleo, es Pirro hijo de él:
¿cuál el lugar de Áyax? A Ftía ellas o a Esciros sean llevadas,
y no menos es que éste Teucro primo de Aquiles,
¿mas, acaso las pide él? ¿Acaso, si las pidiera, las llevaría?
Así pues, de nuestras obras puesto que el desnudo certamen se tiene,
¹⁶⁰más cosas ciertamente he hecho que las que abarcar en mis palabras
a mi alcance está: por el orden de tales cosas aun así me guiaré.

Presabedora de su futura muerte, su madre, la Nereia,
disimula con su atavío a él de niño, y había engañado a todos,
entre los cuales a Áyax, del adoptado vestido la falacia:
¹⁶⁵unas armas yo, que habrían de conmover su ánimo viril,
entremetí con las femeninas mercancías, y todavía no se había despojado el héroe
de sus virginales atuendos, cuando a él, la rodela y el asta sosteniendo:
“Nacido de diosa”, le dije, “para que la destruyas tú se reserva
Pérgamo, ¿cómo dudas en abatir la ingente Troya?”
¹⁷⁰y le eché la mano, y, fuerte, a fuertes cosas le envié.
Así pues las obras de él mías son: yo a Télefo combatiente
con el asta dominé, y vencido y suplicante lo restablecí.
Que Tebas cayera mío es, a mí acreditad Lesbos,
a mí Tenedos y Crise y Cila, de Apolo las ciudades,

¹⁷⁵y el que Esciros fuera tomada. Por mi diestra golpeadas
considerad que yacieron en el suelo las murallas lirnesias,
y, porque de otros calle, el que al salvaje Héctor perder
pudiera, sin duda os di: por mí yace el ilustre Héctor.
Éstas, por aquéllas armas con las que fue descubierto Aquiles,
¹⁸⁰armas pido: a él vivo yo se las había dado, tras sus hados las reclamo.

“Cuando el dolor de uno solo llegó a todos los dánaos,
y la Áulide de Eubea llenaron mil quillas,
ansiadas mucho tiempo, ningunas o contrarias a la flota
las brisas eran, y duras ordenaron a Agamenón unas venturas,
¹⁸⁵sin ella merecerlo, que para la salvaje Diana a su hija inmolará.
Deniega esto su padre, y contra los divinos mismos se encona,
y en el rey, con todo, un padre hay. Yo el tierno natural
de ese padre, con mis palabras, a los públicos intereses volví:
ahora yo, ciertamente lo confieso —y al confeso perdone el Atrida—,
¹⁹⁰esta difícil causa la sostuve bajo un no justo juez.
A él, aun así, la utilidad del pueblo y su hermano y el sumo
poder del cetro a él dado le conmueven, su gloria a que con esa sangre compense.
Se me manda también a su madre, que no de exhortar se había,
sino de engañar con astucia, adonde si el Telamonio hubiese ido,
¹⁹⁵huérfanos estarían todavía ahora los lienzos de sus vientos.
Se me envía también, audaz orador, de Ilión a los recintos.
Vista y hollada fue por mí la curia de la alta Troya,
y llena todavía estaba ella de sus varones. Impertérrito llevé,
la que a mí había encomendado Grecia, la común causa,
²⁰⁰e inculpo a Paris, y el botín y a Helena reclamo, y conmuevo
a Príamo y, a Príamo unido, a Anténor.
Mas Paris y sus hermanos y los que secuestraron bajo su mando
apenas contuvieron sus manos sacrílegas, sabes esto Menelao,
y el primer día de nuestro peligro contigo fue aquel.
²⁰⁵Larga es la demora de referir lo que con mi consejo y mi mano
de utilidad hice en el tiempo de esa espaciosa guerra.

Después de las batallas primeras en las murallas de su ciudad los enemigos se contuvieron mucho tiempo, y provisión de abierto Marte alguna no hubo. En el décimo año por fin hemos luchado:

²¹⁰¿qué haces tú entre tanto, quien de nada sino de combates sabes?

¿Cuál tu utilidad era? Pues si mis hechos requieres, a los enemigos insidio, con una fosa sus baluartes ciño, conforto a los aliados para que los hastíos de esa larga guerra con mente lleven plácida, enseño de qué modo hemos de alimentarnos ²¹⁵y de armarnos, se me envía adonde postula la utilidad.

“He aquí que por admonición de Júpiter, engañado por la imagen de un sueño, el rey ordena el cuidado abandonar de la emprendida guerra.

Él puede, por su autor, defender su voz.

Que no permita tal Áyax y que se destruya Pérgamo demande,

²²⁰y que, lo que él puede, luche. ¿Por qué no detiene a los que se iban a marchar?

¿Por qué no las armas coge y ofrece lo que la errante multitud prosiga?

No era tal demasiado para quien nunca sino de cosas grandes habla.

¿Y qué de que también él huye? Yo vi, y me avergonzó ver, cuando tú las espaldas dabas y una deshonorosas velas preparabas,

²²⁵y sin demora: “¿Qué hacéis? ¿Qué demencia”, dije,

“os impulsa a abandonar la capturada Troya,

y qué a casa lleváis en este décimo año, sino la deshonra?”

Con tales cosas y otras, para las que el dolor mismo elocuente me había hecho, vueltos ya, desde la prófuga flota les hice regresar.

²³⁰Convoca el Atrida a unos aliados de terror agitados:

y el Telamónida aun entonces a abrir la boca

no osa, mas osado había contra los reyes a arremeter con palabras insolentes Tersites incluso, merced a mí no impunemente.

Me pongo de pie y a los agitados ciudadanos exhorto contra el enemigo

²³⁵y su perdida virtud con mi voz reclamo.

Desde el tiempo ese, cuanto pueda parecer que ha hecho valientemente éste mío es, quien al que daba sus espaldas arrastré de vuelta.

“Finalmente de los dánaos quién te alaba o busca?”

Mas el Tídida conmigo comunica sus actos,
²⁴⁰a mí me aprueba y en su aliado siempre confía Ulises.
 Es algo, de tantos miles de griegos, que solo yo
 por Diomedes sea elegido –y la ventura no ir me ordenaba–,
 así y todo –y despreciado, de la noche y del enemigo, el peligro–,
 al que osaba lo mismo que nosotros del pueblo frigio, a Dolón,
²⁴⁵doy muerte, no antes en cambio de que todo le obligué
 a traicionar y me instruí de qué preparaba la pérfida Troya.
 Todo lo había sabido y cosa por espiar no tenía
 y ya con la prometida gloria podía retornar:
 no contento con ello fui a las tiendas de Reso
²⁵⁰y en sus propios campamentos a él mismo y a su comitiva di muerte,
 y así en el cautivo carro, vencedor y de mis votos dueño,
 entro, remedando él los gozosos triunfos.
 De aquel cuyos caballos como precio por aquella noche había demandado
 el enemigo, sus armas negadme a mí, y fuera más benigno Áyax.
²⁵⁵¿A qué referir, del licio Sarpedón, las tropas por el hierro
 mío devastadas? Con mucha sangre derramé
 a Cérano el Ifítida, y a Alástor y a Cromio,
 y a Alcandro y a Halio y a Noemon y a Prítanis,
 y a su final entregué, con Quersidamas, a Toón
²⁶⁰y a Carops, y por unos hados despiadados llevado a Énnomo,
 y los que menos célebres bajo las murallas de la ciudad
 sucumbieron por mi mano. Tengo también yo heridas, ciudadanos,
 por su mismo lugar bellas. Y no creáis, vanas, mis palabras.
 Contemplad aquí”, y la ropa con la mano se apartó. “Éste es
²⁶⁵un pecho”, dice, “siempre en vuestras cosas esforzado.
 Mas nada gastó durante tantos años el Telamonio
 de su sangre en sus aliados y tiene sin herida un cuerpo.
 “¿Qué, aun así, esto importa, si que él por la flota pelasga
 sus armas haber llevado cuenta contra los troyanos y Júpiter?
²⁷⁰Y confieso que las llevó, pues detractar malignamente

los méritos mío no es, pero para que de los comunes él solo
no se apodere, y algún honor a vosotros también os devuelva,
rechazó el Actórida, seguro bajo la imagen de Aquiles,
a los troyanos de las que iban a arder con su defensor, nuestras quillas.

²⁷⁵Que osó también él solo a lanzarse de Héctor contra las armas
se cree él, olvidado del rey, de los jefes y de mí,

noveno él en ese servicio, y antepuesto por regalo de la suerte.

Pero aun así el resultado de la batalla de vos, oh fortísimo,

¿cuál fue? Héctor salió, violado por herida ninguna.

²⁸⁰Triste de mí, con cuánto dolor se me obliga a recordar

el tiempo aquel en que, de los griegos el bastión, Aquiles,

sucumbió. Y a mí las lágrimas y el luto y el temor

no me retrasaron de que su cuerpo de la tierra, sublime, no recogiera.

Con estos hombros, con estos, digo, hombros, yo el cuerpo de Aquiles

²⁸⁵y a la vez sus armas llevé, las que ahora también por llevar me afano.

Tengo yo, que valgan para tales pesos, fuerzas,

tengo un ánimo, ciertamente, que estos honores vuestros ha de reconocer,

¿o no está claro, por ello, que a favor de su hijo su azul

madre ambicionó que estos celestes dones,

²⁹⁰de arte tan grande una labor, un rudo y sin corazón soldado

los vistiera? Y ya que del escudo los labrados no conoce,

el Océano y las tierras y con su alto cielo las estrellas

y las Pléyades e Híades e inmune de la superficie la Ursa

y sus diversas ciudades y nítida de Orión su espada,

²⁹⁵demanda empuñar unas armas que no entiende.

¿Y qué de que a mí, cuando yo huía de los regalos de la dura guerra,

me tacha de que tarde acudía a la emprendida labor,

y que habla mal él del magnánimo Aquiles no nota?

Si a haber disimulado llamas culpa, disimulamos ambos;

³⁰⁰si la demora por culpa es, yo fui más presto que él.

A mí una piadosa esposa me detuvo, su piadosa madre a Aquiles,

y los primeros fueron a ellas dados de nuestros tiempos, el resto a vosotros.

No temo yo, si incluso no pudiera defenderlo, una culpa
común con tan gran varón: cogido por el ingenio
³⁰⁵de Ulises, aun así, él fue, pero no por el de Áyax Ulises.

Y de que contra mí los insultos de su estúpida lengua
vierta él no nos asombremos, a vosotros también cosas dignas de pudor
os ha objetado. ¿O acaso a Palamedes de un falso delito haber acusado
indecente es para mí, para vosotros, haberlo condenado, decoroso?

³¹⁰Pero ni el Nauplíada una fechoría defender pudo tan grande
y tan patente, ni vosotros oísteis en él
sus culpas: lo visteis y en pago lo expuesto patente estaba.

Y porque al Penatíada lo tiene la vulcania Lemnos,
ser yo reo no he merecido –la acción defended vuestra,
³¹⁵pues lo consentisteis–, ni que yo os persuadí negaré:
para que se sustrajera él, de la guerra y del camino, a la fatiga,
e intentara sus fieros dolores con el descanso mitigar.

Me obedeció y vive. No esta opinión sólo
leal, sino también feliz, aunque sea bastante el ser fiel.

³²⁰Al cual, puesto que los profetas para destruir Pérgamo
le demandan, no me encarguéis a mí: mejor el Telamonio irá
y con su elocuencia a ese hombre, por sus enfermedades e ira furioso,
lo ablandará o aquí lo traerá, astuto, con algún arte.

Antes hacia atrás el Simois fluirá y sin frondas el Ida
³²⁵se alzará y auxilio enviará Acaya a Troya,
que, cesando mi pecho a favor de vuestros estados,
de Áyax, el estúpido, la astucia aproveche a los dánaos.

Aunque seas hostil a los aliados, al rey y a mí,
duro Filoctetes, aunque execres y maldigas

³³⁰sin fin mi cabeza y desees que yo te sea acaso entregado
en tu dolor, y mi crúor apurar, y que con tal de que
de tu presencia yo, hágase que de la mía tú dispongas:
a ti, aun así, me acercaré y por regresarte conmigo pugaré
y tanto de tus saetas me apoderaré favorézcame la fortuna

³³⁵cuanto me hube del dardanio adivino, al que apresé, apoderado,
 cuanto las respuestas de los dioses y los troyanos hados descubrí,
 cuanto arrebaté a Frigia la imagen sacrosanta de Minerva
 de la mitad de los enemigos. ¿Y que a mí se compare Áyax?
 Naturalmente que se tomara Troya prohibían los hados sin él:
³⁴⁰¿Dónde está el fuerte Áyax? ¿Dónde están las ingentes palabras
 de ese gran varón? ¿Por qué aquí tienes miedo? ¿Por qué osa Ulises
 y por entre las vigilancias y a encomendarse a la noche
 y a través de fieras espadas no solo en las murallas de los troyanos,
 sino incluso en lo más alto de las fortalezas a penetrar y de su
³⁴⁵santuario robar a la diosa y robada a traerla a través de los enemigos?
 Lo cual, si no hubiese hecho yo, en vano de Telamón el nacido
 hubiese llevado en la izquierda de sus siete toros las pieles.
 En aquella noche por mí nuestra victoria a Troya parida fue:
 Pérgamo entonces vencí, cuando a que ser vencida pudiera obligué.
³⁵⁰Deja, con el rostro y tu murmullo, de señalarme
 a mi querido Tídida. Parte hay suya de la gloria en ello.
 Y tú, cuando el escudo a favor de la aliada flota sostenías,
 tampoco solo estabas: a ti una multitud secuaz, a mí me tocó él solo.
 El cual, si no supiera él que el luchador menor que el inteligente
³⁵⁵es, y que no a una indómita diestra se deben estos premios,
 él también los pidiera, los pidiera más moderado Áyax,
 y Eurípilo el feroz, y del claro Andremon el nacido,
 y no menos Idomeneo, y de la patria misma engendrado
 Meriones, los pidiera del mayor Atrida su hermano:
³⁶⁰pero como quiera que de mano fuertes, y no son a ti en el Marte segundos,
 a los consejos cedieron míos. La diestra tuya para la guerra
 útil; tu ingenio es cual necesita del gobierno nuestro.
 Tú tus fuerzas sin pensamiento conduces, cuidado mío es el de lo futuro.
 Tú combatir puedes, del combate los tiempos conmigo
³⁶⁵elige el Atrida. Tú sólo con tu cuerpo eres útil,
 nos con el ánimo, y en cuanto quien modera el barco sobrepasa

del remero el servicio, en cuanto el general que el soldado más grande,
en tanto yo te supero. Y no poco en mi cuerpo
mi pecho es más poderoso que mi mano: mi vigor todo está en él.

³⁷⁰“Mas vosotros, oh próceres, a la tutela vuestra sus premios dad,
y a cambio del cuidado de tantos años que ansioso pasé,
este título, que de compensar ha los méritos míos devolvedme:
ya la labor en su fin está. Los opuestos hados aparté
y, que pudiera ser tomada la alta Pérgamo haciendo, la tomé.

³⁷⁵Por nuestras esperanzas ahora comunes, y por las murallas de los troyanos que
van a caer,

y por esos dioses os ruego que al enemigo hace poco he arrebatado,
por cuanto resta, si algo, que con inteligencia haya de hacerse,
si algo todavía audaz y súbito de acometerse ha,
si de Troya a los hados que algo resta pensáis

³⁸⁰de mí acordaos, o si a mí no me dais las armas,
a ella dádselas”, y muestra la estatua hadada de Minerva.

Conmovido ese puñado de próceres quedó, y, de qué la elocuencia fuera capaz,
con la situación se hizo patente, y del fuerte varón llevó las armas el disertó.

A Héctor quien solo, quien el hierro y los fuegos y a Júpiter

³⁸⁵sostuvo tantas veces, sola no sostiene a su ira

y a ese no vencido varón venció el dolor: arranca su espada

y: “Mía ésta ciertamente es, ¿o también a ella para sí demanda Ulises?

Ella”, dice, “he de usar contra mí yo, y la que de la sangre

muchas veces de los frigios se ha mojado, de su dueño ahora con la muerte se
mojará,

³⁹⁰para que nadie a Áyax pueda superar sino Áyax”,

dijo y en su pecho, que entonces al fin heridas sufría,

por donde patente estaba al hierro, letal sepultó su espada.

Y no pudieron las manos sacar la enclavada arma:

la expulsó el propio crúor, y enrojecido de sangre el suelo

³⁹⁵purpúrea engendró del verde césped una flor,

la que antes había de la herida del Ebalio nacido.

Una letra común en el medio, al muchacho y a este varón,
inscrita está de sus hojas, ésta de su nombre, aquélla de su queja.

La caída de Troya

El vencedor de Hipsípila a la patria y del claro Toante
⁴⁰⁰y a las tierras infames de la matanza de sus viejos varones,
sus velas da para traer de vuelta, del Tirintio las armas, las saetas.
Las cuales, después que a los griegos, con su dueño acompañándole, las reportó,
impuesta le fue al fin la mano última a esa fiera guerra.
Troya y a la vez Príamo caen. De Príamo la esposa
⁴⁰⁵perdió la infeliz después de todo aquello de humana
su figura y con un nuevo ladrido aterró auras extrañas,
por donde en angostura se cierra largo el Helesponto.

Ilión ardía, y todavía no se había asentado el fuego
y del viejo Príamo el ara de Júpiter el exiguo crúor
⁴¹⁰había bebido, y arrastrada de sus cabellos la sacerdotisa de Febo,
que no habían de aprovecharle, tendía al éter las palmas.
A las dardanias madres, a las imágenes de sus patrios dioses
mientras pueden abrazadas, y sus incendiados templos ocupando,
las arrastran vencedores los griegos, envidiosos premios.
⁴¹⁵Es lanzado Astíanax desde aquellas torres de donde
luchando por sí mismo, y sus atávicos reinos guardando,
muchas veces ver a su padre, mostrado por su madre, solía.
Y ya a la ruta persuade el Bóreas y son su soplo favorable
los linos movidos suenan: ordena el marinero que se aprovechen los vientos.
⁴²⁰“Troya, adiós, nos roban”, gritan, dan besos a su tierra
las troyananas: de su patria los humantes techos atrás dejan.
La última ascendió a la flota, triste de ver,
en mitad de los sepulcros encontrada Hécuba de sus hijos.
Abrazando sus túmulos y a sus huesos besos dando
⁴²⁵la arrastraron unas duliqúias manos. Aun así del único sacó
y en su seno las cenizas consigo se llevó sacadas de Héctor.

De Héctor en el túmulo de su cana cabeza un pelo,
ofrendas funerarias pobres, un pelo y sus lágrimas dejó.

Hay, donde Troya estuvo, a la de Frigia contraria una tierra,
⁴³⁰habitada por los varones bistonios. De Poliméstor allí
el real rico estaba, a quien a ti te encomendó para que te educara
a escondidas, Polidoro, tu padre y te apartó de las frigias armas,
un plan sabio sí, del crimen botín, grandes riquezas
no hubiera añadido, aguijada de un espíritu avaro.

⁴³⁵Cuando cayó la fortuna de los frigios coge el impío su espada,
el rey de los tracios, y en la garganta la hunde de su ahijado
y como si quitarse junto con el cuerpo sus culpas pudieran,
exánime por una peña lo lanzó, a ellas sometidas, a las ondas.

En el litoral tracio su flota había amarrado el Atrida
⁴⁴⁰mientras el mar pacificado, mientras el viento más amigo le fuese.

Aquí súbitamente, cuan grande cuando vivía ser solía,
sale de la tierra anchamente rota, y cual si amenazante
el rostro del tiempo aquel volviera a llevar Aquiles,
en el que fiero al injusto Agamenón buscaba a hierro y:

⁴⁴⁵“¿Olvidados de mí partís”, dice, “aquivos,
y sepultada ha sido conmigo la gracia de la virtud nuestra?
No lo hagáis, y para que mi sepulcro no sea sin su honor,
aplaque a los manes de Aquiles, inmolada, Políxena.”

Dijo y obedeciendo sus compañeros a la despiadada sombra,
⁴⁵⁰arrebatada del seno de su madre, a la que ya casi sola calor daba,
fuerte e infeliz y más que mujer esa virgen,
es conducida al túmulo y se la hace víctima de una siniestra hoguera.
La cual, acordada ella de sí misma, después que a las crueles aras
acercada fue y sintió que para ella unos fieros sacrificios se preparaban,
⁴⁵⁵y cuando a Neoptólemo apostado y el hierro sosteniendo
y en su rostro vio que fijaba él sus ojos:

“Utiliza ahora mismo esta generosa sangre”, dijo,
“ninguna demora hay: tú en la garganta o en el pecho tu arma

esconde mío”, y su garganta a la vez y pecho descubrió.

⁴⁶⁰“Claro es que a nadie servir yo, Políxena, quisiera.

No merced a tal sacrificio a divinidad aplacaréis ninguna.

La muerte mía sólo quisiera que a mi madre engañar pudiera:

mi madre me estorba y minora de la muerte mis goces, aunque

no mi muerte para ella, sino su vida de gemidos digna es.

⁴⁶⁵Vosotros, sólo, para que a los estigios manes no acuda no libre,

idos lejos, si cosa justa pido, y de mi contacto de virgen

apartad vuestras manos. Más acepta para aquél,

quien quiera que él es, a quien con el asesinato mío a aplacar os disponéis,

libre será mi sangre. Si a alguno de vosotros, aun así, las últimas palabras

⁴⁷⁰conmueven de mi boca –de Príamo a vosotros la hija, del rey,

no una cautiva os ruega– a mi madre mi cuerpo no vendido

devolved, y no con oro redima el derecho triste de mi sepulcro,

sino con lágrimas. Entonces, cuando podía, los redimía también con oro.”

Había dicho, mas el pueblo las lágrimas que ella contenía

⁴⁷⁵no contiene. También llorando e involuntario el mismo sacerdote,

su ofrecido busto rompió, a él lanzado el hierro.

Ella sobre la tierra, al desfallecer su corva cayendo,

mantuvo no temeroso hasta sus hados postreros el rostro.

Entonces también su cuidado fue el de velar sus partes de cubrir dignas,

⁴⁸⁰al caer, y la honra salvar de su casto pudor.

Las troyanas la reciben y los llorados Priámidas recuentan

y cuántas sangres diera una casa sola,

y por ti gimen, virgen, y por ti, oh ahora poco regia esposa,

regia madre llamada, de la Asia floreciente la imagen,

⁴⁸⁵ahora incluso de un botín mal lote, a la que el vencedor Ulises

que fuera suya no quería, sino porque, con todo, a Héctor de tu parto

diste a luz: un dueño para su madre apenas halla Héctor.

La cual, ese cuerpo abrazando inane de alma tan fuerte,

las que tantas veces a su patria había dado, e hijos y marido,

⁴⁹⁰a ella también da esas lágrimas. Lágrimas en sus heridas vierte,

de besos su boca y rostro cubre y su acostumbrado pecho en duelo golpea,
y la canicie suya, coagulada de sangre barriendo,
más cosas ciertamente, pero también éstas, desgarrado el pecho, dice:

“Hija mía, de tu madre, pues qué resta, el dolor último,
⁴⁹⁵hija, yaces, y veo, mis heridas, tu herida:
y, para que no perdiera a ninguno de los míos sin asesinato,
tú también herida tienes. Mas a ti, porque mujer, te pensaba
del hierro a salvo: caíste también mujer a hierro,
y a tantos tus hermanos el mismo, a ti te perdió él mismo,
⁵⁰⁰destrucción de Troya y de mi orfandad el autor, Aquiles.
Mas después que cayó él de Paris y de Febo por las saetas,
ahora ciertamente, dije, miedo no se ha de tener de Aquiles: ahora también
miedo yo le había de tener. La ceniza misma de él sepultado
contra la familia esta se ensaña y en su túmulo también sentimos a este enemigo.
⁵⁰⁵Para el Eácida fecunda he sido. Yace Ilión, ingente,
y con resultado grave finalizado fue de nuestro pueblo el desastre,
pero finalizado, aun así. Sola a mí Pérgamos restan
y en su curso mi dolor está, ahora poco la más grande de su estado,
de tantos yernos e hijos poderosa, y de nuera, y esposo,
⁵¹⁰ahora se me arrastra desterrada, pobre, desgarrada de los túmulos de los míos,
de Penélope el regalo, la cual a mí, los pesos de la lana dados arrastrando,
mostrándome a las madres de Ítaca: “Ésta de Héctor aquélla es,
la brillante madre; ésta es”, dirá, “de Príamo la esposa”,
y después de tantos perdidos tú ahora, la que sola aliviabas
⁵¹⁵de una madre los lutos, unas enemigas hogueras has expiado.
Ofrendas fúnebres para el enemigo he parido. ¿Para qué, férrea, resto
o a qué espero? ¿Para qué me reservas, añosa senectud?
¿Para qué, dioses crueles, sino para que nuevos funerales vea,
vivaz mantenéis a esta anciana? ¿Quién feliz pensaría
⁵²⁰que Príamo se podría decir después de derruida Pérgamo?
Feliz por la muerte suya es, y no a ti, mi hija, perecida
te mira y su vida al par que su reino abandonó.

Mas, creo yo, de funerales serás dotada, regia virgen,
y se sepultará tu cuerpo en los monumentos de tus abuelos.
⁵²⁵No tal es la fortuna de esta casa; como regalos de tu madre
te tocarán los llantos y un puñado de extranjera arena.
Todo lo hemos perdido: me resta, por lo que vivir un tiempo
breve sostenga, retoño muy grato a su madre,
ahora él solo, antes el menor de mis hijos varones,
⁵³⁰entregado al rey ismario en estas orillas, Polidoro.
¿Qué espero, entre tanto, para sus crueles heridas con linfas
purificar y asperjado de despiadada sangre su rostro.”

Dijo, y al litoral con su paso avanzó de vieja,
lacerada en sus blanqueciantes cabellos: “Dadme, Troyanas, una urna”,
⁵³⁵había dicho la infeliz, para sacar líquidas aguas.
Contempla, arrojado en ese litoral, de Polidoro el cuerpo
y hechas por las armas tracias sus ingentes heridas.
Las troyanas gritan, enmudeció ella de dolor
y al par sus lágrimas y su voz hacia dentro brotadas
⁵⁴⁰las devora el mismo dolor, y muy semejante a una dura roca
se atiere y, a ella opuesta, clava ora sus ojos en la tierra,
a veces torvo alza al éter su rostro,
ahora abajando el suyo contempla el rostro de su hijo, ahora sus heridas,
sus heridas principalmente, y se arma y guarnece de ira.
⁵⁴⁵De la cual, una vez se inflamó, tal cual si reina permaneciera,
vengarse decide y del castigo en la imagen toda ella está,
y como enloquece, de su cachorro lactante orfanada una leona
y las señales hallando de sus pies sigue a ése que no ve, a su enemigo,
así Hécuba, después que con el luto mezcló su ira,
⁵⁵⁰no olvidada de sus arrestos, de sus años olvidada,
marcha al artífice, Poliméstor, del siniestro asesinato
y su conversación pretende, pues ella mostrarle quería,
dejado atrás, oculto para él, que a su hijo le devolviera, un oro.
Lo creyó el Odrisio y acostumbrado del botín al amor,

⁵⁵⁵a unos retiros viene. Entonces, artero, con tierna boca:
 “Deja las demoras, Hécube”, dijo. “Dame los regalos para tu hijo.
 Que todo ha de ser de él, lo que me das, y lo que antes diste,
 por los altísimos juro.” Contempla atroz al que así hablaba
 y en falso juraba, y de henchida ira se inflama,
⁵⁶⁰y así cogido a las filas de las cautivas madres
 invoca y sus dedos en esos traidores ojos esconde
 y le arranca de las mejillas los ojos –la hace la ira dañina–
 y dentro sumerge las manos y manchada de esa sangre culpable
 no su luz –pues no la había–, los lugares de su luz saca.
⁵⁶⁵Por el desastre de su tirano de los tracios el pueblo irritado,
 a la troyana con lanzamiento de armas y de piedras empezó
 a atacar, mas ella a una lanzada roca con ronco gruñido
 a mordiscos persigue, y con sus comisuras, para las palabras preparadas,
 ladró al intentar hablar. El lugar subsiste y del rey
⁵⁷⁰el nombre tiene, y de sus viejas desgracias mucho tiempo ella memorativa,
 entonces también aulló, afligida, por los sitonios campos.
 A los troyanos suyos, y a los enemigos pelasgos,
 la fortuna suya a los dioses también conmovido había a todos,
 así a todos, que también la propia esposa y hermana de Júpiter,
⁵⁷⁵que esos sucesos Hécuba había merecido negaría.

Memnón

No da tiempo a la Aurora, aunque las mismas armas alentaba,
 de los desastres y el caso de Troya y Hécuba a conmoveerse.
 Un cuidado a la diosa más cercano y un luto doméstico angustia,
 el de su Memnón perdido, a quien en los frigios campos
⁵⁸⁰gualda lo vio, sucumbiendo de Aquiles por la cúspide, su madre.
 Lo vio y aquel color con el que matinales rojecen
 los tiempos, había palidecido, y se escondió entre nubes el éter.
 Mas no, impuestos a los supremos fuegos sus miembros,
 sostuvo el contemplarlos su madre, sino que el pelo suelto,

⁵⁸⁵tal como estaba, a las rodillas postrarse del gran Júpiter
no tuvo a menos, y a sus lágrimas añadir estas palabras:
“A todas inferior que las que sostiene el áureo éter
–pues míos hay rarísimos templos por el orbe todo–,
divina, aun así, he venido no para que santuarios y días
⁵⁹⁰me des a mí sacrificiales y, que se calentaren a fuegos, aras.
Si aun así contemplas cuánto a ti, siendo mujer, te deparo,
en ese entonces cuando con la luz nueva de la noche los confines preservo,
que premios se me han de dar puedes creer. Pero no ese mi cuidado, ni este es
ahora el estado de la Aurora, que merecidos demande sus honores:
⁵⁹⁵del Memnón huérfana mío vengo, que fuertes en vano
a favor de su tío llevó sus armas, y en sus primeros años
cayó por el fuerte –así vosotros lo quisisteis– Aquiles.
Dale, te suplico, a él, consuelo de su muerte, algún honor,
sumo de los dioses regidor, y mis maternas heridas mitiga.
⁶⁰⁰Júpiter había asentido, cuando, ardua, con su alto fuego
se derruyó su hoguera, y las espiras de negro humo
inficionaron el día como cuando los caudales exhalan,
en ellos nacidas, sus nieblas y el sol no es admitido bajo ellas.
La negra pavesa vuela y aglomerada en un cuerpo solo
⁶⁰⁵se densa y forma coge y toma el color
y el ánimo del fuego: la levedad suya le presta alas,
y al principio semejante a un ave, luego verdadera ave,
resonó con sus alas: al par sonaron sus hermanas
innúmeras, de las cuales es el mismo su natal origen,
⁶¹⁰y tres veces la hoguera lustran y consonante sale a las auras
tres veces un plañido, a la cuarta voladura separan sus cuarteles.
Entonces dos pueblos desde diversas partes, feroces,
guerras sostienen, y con los picos y corvas uñas iras
ejercen y sus alas y opuestos pechos fatigan
⁶¹⁵y, fúnebres ofrendas, caen sus emparentados cuerpos a la ceniza
sepultada, y, que ellas de un varón fuerte nacieron, recuerdan.

A esas voladoras súbitas su nombres les puso su autor: por él
Memnónides llamadas, cuando el sol la docena de signos ha recorrido,
de sus difuntos a la manera, las que han de morir, se vuelven a hacer la guerra.
⁶²⁰Así pues, a unos, que ladrara la Dimántide digno de llanto pareció,
en los lutos suyos está la Aurora volcada y, piadosas,
ahora también da sus lágrimas y rora en el orbe todo.

El peregrinaje de Eneas (i): la partida de Troya

No, aun así, que aniquilada, junto con sus murallas, de Troya fuera
la esperanza también los hados permiten: sus sacramentos y, sacramentos otros, a su
padre

⁶²⁵lleva en sus hombros, venerable carga, el héroe Citereio.

De tan grandes riquezas el botín ese, piadoso, elige,
y al Ascanio suyo, y con su prófuga flota por las superficies
es arrastrado desde Antandros, y los criminales umbrales del los tracios
y, manando de la sangre de Polidoro, esa tierra

⁶³⁰abandona, y con útiles vientos y bullir favorable
entra, de Apolo, con sus compañeros de séquito, en la ciudad.

A él Anio, a quien como rey los hombres, como sacerdote Febo
honraba, ritualmente, en su templo y en su casa lo recibió
y su ciudad le mostró y los santuarios conocidos, y los dos

⁶³⁵troncos que Latona un día, al parir, sostenía.

Incienso dado a las llamas y vino a esos inciensos prodigado,
y de las heridas reses sus entrañas según la costumbre quemadas,
a las regias moradas se dirigen, y tendidos unos tapices
altos, regalos de Ceres toman con líquido Baco.

⁶⁴⁰Entonces el piadoso Anquises: “Oh de Febo el sacerdote elegido,
¿me engaño o también un hijo cuando por primera vez estas murallas vi,
y dos parejas de hijas, en cuanto recuerdo, tenías?”

La hija de Anio

A él Anio sus sienes, de níveas vendas circundadas,

golpeándolas, y triste, dice: “No te engañas, héroe
⁶⁴⁵máximo. Viste de cinco hijos al padre,
al cual ahora –tanta a los hombres de su estado la inconstancia torna–
apenas ves huérfano, ¿pues cuál para mí mi hijo ausente
es auxilio, al que, llamada de su nombre, la tierra
de Andros retiene, que en vez de su padre ese lugar y esos reinos posee?
⁶⁵⁰El Delio el augurio le había otorgado a él. Había otorgado otros Líber
a mi estirpe femenina, que el voto mayores y que la fe,
otros presentes: pues al contacto de mis hijas todas las cosas
en sembrado y en humor de vino y de la cana Minerva
se transformaban, y rica era su utilidad en ellas.
⁶⁵⁵Tal cosa, cuando la conoció de Troya el devastador, el Atrida,
para que no poco, en alguna parte, que vuestra misma tempestad
hemos sentido nos también creas, la fuerza de las armas usando
las abstrajo contra su voluntad del regazo de su padre, y que alimenten
les impera con su celeste don la flota de Argos.
⁶⁶⁰Escapan adonde cada una puede: a Eubea dos
y otras tantas de mis hijas a la Andros fraterna se dirigieron.
Soldado llega, y, si no se le entreguen, con las armas amenaza.
Vencida por el miedo la piedad. Esos consortes cuerpos al castigo
entregó, y podrías perdonar, miedoso, a ese hermano:
⁶⁶⁵no aquí Eneas, no quien defendiera Andros
un Héctor había, por el que resististeis hasta el décimo año.
Y ya se preparaban las ataduras para sus cautivos brazos;
ellas, levantando todavía libres al cielo sus
brazos: “Baco, padre, préstanos ayuda”, dijeron, y les prestó
⁶⁷⁰de su don el autor ayuda, si a perderlas de prodigioso modo
prestar se llama ayuda, y no de qué suerte su forma
perdieron pude saber o ahora decir puedo.
Lo sumo de ese mal conocido fue: alas tomaron
y de tu esposa en las aves, en níveas palomas, se volvieron.”

Coronas

⁶⁷⁵Con tales y otros relatos después que los banquetes completaron, la mesa retirada, el sueño buscaron, y con el día se levantan y acuden a los oráculos de Febo. El cual, buscar su antigua madre y sus parientes litorales ordenó. Les sigue el rey y da de regalo a los que iban a marchar,

⁶⁸⁰a Anquises un cetro, una clámide y una aljaba a su nieto, una cratera a Eneas que otrora le había trasladado a él, como su huésped, desde las orillas aonias, Terses el Ismenio. Se la había mandado a él Terses, la había fabricado Alcón el de Hile y con un largo argumento la había labrado.

⁶⁸⁵Una ciudad había, y siete podrías señalar sus puertas: éstas en vez de su nombre estaban y cuál fuera ella enseñaban.

Ante la ciudad unas exequias y túmulos y fuegos y hogueras y derramados cabellos y madres de abiertos pechos significan el luto. Unas ninfas también llorar parecen

⁶⁹⁰y que desecados se lamentan de sus manantiales. Sin frondas un árbol desnudo se erige, raen áridas rocas las cabritas.

He aquí que hace que, en mitad de Tebas, las hijas de Oríon:

ésta un no femenino pecho hiere, la garganta abierta, aquélla, bajada por sus fuertes heridas un arma,

⁶⁹⁵por su pueblo ha caído, y en bellos funerales a través de la ciudad es llevada y en una concurrida parte es cremada.

Que después, de la virginal brasa unos gemelos salen, para que su familia no perezca, unos jóvenes, a los que la fama Coronas nombra y que de la ceniza materna guían la pompa.

⁷⁰⁰Hasta aquí en figuras fulgentes de antiguo bronce:

lo alto de la cratera era áspero de dorado acanto.

Y no más leves que los a ellos dados, los troyanos unos dones devuelven, y dan al sacerdote, guardián del incienso, un turíbulo, dan una pátera, y brillante de oro y gemas una corona.

El peregrinaje de Eneas (II): Sicilia

⁷⁰⁵Desde allí, acordándose de que los teucros de la sangre de Teucro
llevan su principio, Creta alcanzaron y del lugar
soportar mucho tiempo no pudieron el astro y, sus cien ciudades
abandonadas, desean alcanzar los puertos de Ausonia.
Se ensaña el mal tiempo y sacude a esos varones, y recibidos
⁷¹⁰de las Estrófades en sus puertos no confiables, los aterra la alada Aelo.
Y ya los duliquios puertos, e Ítaca, y Samos,
y de Nérito las casas, y el reino del falaz Ulises
pasado de largo habían: disputada en un litigio de dioses
la Ambracia ven, y bajo su imagen la roca del convertido
⁷¹⁵juez, la cual ahora por el Apolo de Accio conocida es,
y la tierra vocal por su encina dodónida,
y las ensenadas caonias, donde los hijos del rey Moloso
de unos impíos incendios huyeron con unas alas a ellos sometidas.

A los próximos, de felices frutos plantados, campos
⁷²⁰de los feacios se dirigen; el Epiro, desde ellos, y, reinada por el vate
frigio, Butrotos y su simulada Troya alcanzan.
De ahí, del futuro cerciorados, que todo con fiel
admonición el Priámida Héleno les había predicho, entran
en Sicania: ésta incurre en los mares mediante tres alas,
⁷²⁵de las cuales, a los lluviosos austros se vuelve el Paquino,
a los blandos céfiros encarado el Lilibeo, a las Ursas,
del mar exentas, contempla, y al bóreas, el Peloro.
La alcanzan los teucros, y a remos y con un bullir favorable,
a la noche, gana la flota de Zancle la arena:

Escila (I)

⁷³⁰Escila el costado derecho, el izquierdo la irrequieta Caribdis
estruga. Devora ésta arrebatándolas, y las vuelve a vomitar, las quillas.
Aquella de fieros perros se ciñe su negro vientre
aunque rostro de virgen muestra y, si no todo los vates

inventado nos han dejado, en algún tiempo también virgen era.

⁷³⁵A ella la buscaron muchos pretendientes, los cuales rechazados, ella hacia las ninfas del piélago, del piélago la más grata a las ninfas, iba y burlados narraba de esos jóvenes los amores.

A la cual, mientras para peinarlos le ofrece Galatea sus cabellos, con tales razones se le dirige, reiterando suspiros:

Galatea, Acis y Polifemo

⁷⁴⁰“A ti, aun así, oh virgen, un género no despiadado de varones te pretende y, como haces, puedes a ellos impunemente negarte.

Mas a mí, para quien padre es Nereo, a quien la azul Doris a luz dio, quien estoy por la multitud también guardada de mis hermanas, no, sino mediante lutos, lícito me fue del Cíclope al amor

⁷⁴⁵“escapar”, y lágrimas la voz impidieron de la que hablaba.

Las cuales, cuando enjugó con su pulgar de mármol la virgen,

y consolado a la diosa hubo: “Cuenta, oh carísima”, dijo,

“y la causa no oculta –así soy fiel– de tu dolor.”

La Nereide, de ello en contra, prosiguió diciendo del Crateida a la nacida:

⁷⁵⁰“Acis había sido de Fauno y de la ninfa Simétide creado, gran placer ciertamente del padre suyo y madre, nuestro aun así mayor, pues a mí consigo solo me había unido.

Bello, y sus octavos cumpleaños por segunda vez hechos,

había señalado sus tiernas mejillas con un dudoso bozo.

⁷⁵⁵A él yo, a mí el Cíclope sin ningún final me pretendía,

y no, si preguntares, si el odio del Cíclope o el amor

de Acis en nos fuera más presente, te revelaré:

par uno y otro era. ¡Oh, cuánta la potencia del reino,

es, Venus nutricia, tuyo! Como que aquel despiadado y para las mismas

⁷⁶⁰espesuras horrendo y visto por huésped ninguno

impunemente y del gran Olimpo con sus dioses despreciador,

qué sea el amor siente, y de un vigoroso deseo cautivo

se abrasa olvidado de los ganados y de los antros suyos.

Y ya para ti el de tu hermosura, y ya para ti es el cuidado el de gustar,
⁷⁶⁵ya rígidos peinas con rastrillos, Polifemo, tus cabellos,
ya te gusta, hirsuta, a ti, con la hoz recortar tu barba,
y contemplar fieros en el agua, y componerlos, tus semblantes.
De la matanza el amor y la fiereza y la sed inmensa de crúor
cesan y seguras vienen y van las quillas.

⁷⁷⁰Télemo entre tanto, habiendo bajado hasta el siciliano Etna,
Télemo, el Eurímida, a quien ningún ave había engañado,
al terrible Polifemo se acerca y: “Esa luz, que única
en la mitad de tu frente llevas, te la arrebatará a ti”, dijo, “Ulises.”
Se rio y: “Oh de los videntes el más estúpido, te engañas”, dice.
⁷⁷⁵”Otra ya me lo ha arrebatado.” Así, al que en vano la verdad le advertía,
desprecia, y o bien pisando con su ingente paso las playas
socava, o, agotado, bajo sus opacos antros regresa.

Sobresale hacia el ponto, acuñado en punta larga,
un collado. A ambos costados circunfluye de la superficie la onda.

⁷⁸⁰Aquí fiero asciende el Cíclope, y central se asienta,
mientras sus lanados rebaños, sin que nadie les guiase, le seguían.
Y él, después que un pino, que de bastón prestaba el uso,
ante sus pies dejado hubo, para llevar entenas apto,
y tomado que hubo, de cañas cien compactada, una siringa,
⁷⁸⁵sintieron todos los montes sus pastoriles silbos,
los sintieron las ondas. Agazapada yo en un risco, y de mi
Acis en el regazo sentada, de lejos con los oídos recogí
tales razones míos, y oídas en mi mente las anoté:

“Más cándida que la hoja de la nívea, Galatea, alheña,
⁷⁹⁰más florida que los prados, más esbelta que el largo aliso,
más espléndida que el vidrio, que el tierno cabrito más retozona,
más lisa que por la asidua superficie trizadas las conchas,
que los soles invernales, que la veraniega sombra más grata,
más noble que las manzanas, que el plátano alto más visible,
⁷⁹⁵más lúcida que el hielo, que la uva madura más dulce,

más blanda que del cisne las plumas y la leche cuajada,
y si no huyeras, más hermosa que un bien regado huerto.
Más salvaje que las indómitas, la misma Galatea, novillas,
más dura que la añosa encina, más falaz que las ondas,
⁸⁰⁰más lenta que las varas del sauce y las vides blancas,
que estas peñas más inconmovible, más violenta que el caudal,
que un alabado pavón más soberbia, más acre que el fuego,
más áspera que los abrojos, más brava que preñada la osa,
más sorda que las superficies, más despiadada que pisada una hidra,
⁸⁰⁵y lo que principalmente querría que a ti arrancarte yo pudiera,
no sólo que el ciervo por los claros ladridos movido,
sino incluso que los vientos y voladora el aura más fugaz.
Mas si bien supieras, te pesaría el haber huido, y las demoras
tuyas tú misma condenarías y por retenerme te esforzarías.
⁸¹⁰Hay para mí, parte de un monte, suspendidos de la viva roca,
unos antros, los cuales, ni el sol en medio del calor sienten,
y no sienten el mal tiempo; hay frutos que hunden sus ramas,
hay, al oro semejantes, largas en sus vides, uvas,
las hay también purpúreas: para ti éstas reservamos, y aquéllas.
⁸¹⁵Tú misma con tus manos, bajo la silvestre sombra nacidas,
blandas fresas cogerás, tú misma otoñales cornejos,
y ciruelas, no sólo las cárdenas de negro jugo,
sino también las nobles, que imitan nuevas a las ceras,
ni a ti castañas, yo tu esposo, ni a ti te faltarán
⁸²⁰del madroño las crías: todo árbol a ti te servirá.
Este ganado todo mío es, y muchas también por los valles erran,
muchas la espesura oculta, muchas se apriscan en mis antros,
y no, si acaso preguntas, podría a ti decirte cuántas son:
de pobre es contar su ganado. De las alabanzas tuyas
⁸²⁵nada a mí creyeras: presente puedes tú misma verlo,
cómo apenas rodean, restallante, con sus patas su ubre.
Hay, crianza menor, en sus tibios rediles corderos,

hay también, pareja la edad, en otros rediles cabritos.
 Leche para mí siempre hay, nívea: parte de ahí para beber
⁸³⁰se reserva, otra parte licuados coágulos la cuajan.
 Y no delicias fáciles y vulgares presentes
 sólo te alcanzarán, gamos, liebres y cabrío,
 o un par de palomas o cogido de su copa un nido:
 he encontrado, gemelos, que contigo jugar puedan,
⁸³⁵entre sí semejantes como apenas distinguirlos puedas,
 de una velluda osa cachorros en lo alto de unos montes.
 Los encontré y dije: “Para mi dueña los reservaremos.”
 Ya, ora, tu nítida cabeza saca del ponto de azul,
 ya, Galatea, ven, y no desprecia los regalos nuestros.
⁸⁴⁰Ciertamente yo me he conocido y de la líquida agua en la imagen
 me he visto hace poco, y me complació a mí al verme mi figura.
 Contempla cuán grande soy. No es que este cuerpo mayor
 Júpiter en el cielo, pues vosotros narrar soléis
 que no sé que Júpiter reina. Mi melena mucha emerge
⁸⁴⁵sobre mi torvo rostro y mis hombros, como una floresta, sombrea.
 Y que de rígidas cerdas se eriza densísimo
 mi cuerpo no indecente considera: indecente sin sus frondas el árbol,
 indecente el caballo si sus cuellos dorados crines no velan,
 pluma cubre a las aves, para las ovejas su lana decor es:
⁸⁵⁰la barba a los varones, y les honra en su cuerpo sus erizados vellos.
 Única es en mitad de mi frente la luz mía, pero en traza
 de un gigante escudo. ¿Qué? ¿No estas cosas todas el gran
 Sol ve desde el cielo? Del Sol, aun así, único el orbe.
 Añade que en vuestra superficie el genitor mío reina,
⁸⁵⁵este suegro a ti te doy. Sólo apiádate, y las plegarias
 de este suplicante escucha. Pues a ti hemos sucumbido, sola,
 y quien a Júpiter y a su cielo desprecio, y su penetrable rayo,
 Nereide, a ti te venero, que el rayo más salvaje la ira tuya es.
 Y yo, despreciado, sería más sufridor de ello

⁸⁶⁰si huyeras a todos. ¿Pero por qué, el Cíclope rechazado,
a Acis amas y prefieres que mis abrazos a Acis?

Él, aun así, que a sí mismo se plazca, y te plazca, lícito sea,
lo cual yo no quisiera, Galatea, a ti: sólo con que la ocasión se me dé,
sentirá que tengo yo, según este tan gran cuerpo, fuerzas.

⁸⁶⁵Sus vísceras vivas le sacaré y sus divididos miembros por los campos,
y los esparciré —así él a ti se mezcle— por tus ondas.

Pues me abraso, y dañado se inflama más acre el fuego,
y con sus fuerzas me parece que trasladado el Etna
en el pecho llevo mío, y tú, Galatea, no te conmueves.”

⁸⁷⁰De tales cosas para nada lamentándose —pues todo yo veía—
se levanta, y como el toro furibundo, su vaca al serle arrebatada,
parar no puede, y por la espesura y sus conocidos sotos erra:

cuando, fiero, sin nosotros darnos cuenta y que para nada tal temíamos,
a mí me ve y a Acis y: “Te veo”, exclama, “y que ésta

⁸⁷⁵la última sea, haré, concordia de la Venus vuestra”,
y tan gran voz cuanta un Cíclope airado tener
debió, aquella fue. De su grito se erizó el Etna.

Mas yo, despavorida, bajo la vecina superficie me sumerjo.

Sus espaldas a la fuga vueltas había dado el Simetio héroe

⁸⁸⁰y: “Préstame ayuda, Galatea, te lo ruego. Prestádmela, padres”,
había dicho, “y al que va a morir admitid a vuestros reinos.”

Le persigue el Cíclope, y una parte del monte arrancada
le lanza, y un extremo ángulo aunque arribó
hasta él de la roca, todo, aun así, sepultó a Acis.

⁸⁸⁵Mas nos, lo que hacerse sólo, por los hados, podía,
hicimos, que las fuerzas asumiera Acis de su abuelos.

Bermellón de esa mole crúor manaba, y dentro

de un tiempo exiguo su rubor a desvanecerse comenzó,

y se hace su color a lo primero el del caudal turbado por la lluvia,

⁸⁹⁰y se purga con la demora. Entonces la mole a él arrojada se hiende,
y viva por sus grietas y esbelta se levanta una anea,

y la boca hueca de la roca suena al brollarle ondas,
y, admirable cosa, de súbito emerge hasta el vientre en su mitad,
enceñado un joven de flexibles cañas por sus nuevos cuernos,
⁸⁹⁵el cual, si no porque más grande, porque azul en toda su cara,
Acis era, pero así también era, con todo, Acis, en caudal
vuelto, y su antiguo nombre retuvieron sus corrientes.”

Escila (II) y Glauco

Había dejado Galatea de hablar y, la reunión disuelta,
se retiran y a sus plácidas ondas nadan las Nereides.

⁹⁰⁰Escila vuelve, y ciertamente confiarse a la mitad del ponto
no osa, y o bien por la bebedora arena deambula sin ropas,
o, cuando cansado se hubo, hallando unos apartados recesos
del abismo, en esa reclusa agua refrigera sus miembros.

He aquí que rozando el mar, nuevo habitante del alto ponto,
⁹⁰⁵recientemente transformados sus miembros en la eubea Antedón,
Glauco llega, y de la doncella vista el deseo en él prende,
y cuantas cree que huyendo ella puede demorarla, tales
palabras le dice. Huye ella aun así, y veloz del temor
llega a lo alto, colocado cerca del litoral, de un monte.

⁹¹⁰Delante del estrecho hay, ingente, recogido en una punta sola,
convexo hacia las largas superficies bajo sus árboles, un vértice.
Se detiene aquí, y segura de su lugar, si monstruo o dios
él sea ignorando, se admira de su color
y su cabellera, que sus hombros y a ella sometidas sus espaldas cubría,

⁹¹⁵y también que el extremo de sus ingles las acoja un tórcil pez.

La sintió él y apoyándose, que se alzaba próxima, en una mole:

“No un prodigio, ni soy yo un fiero monstruo, oh virgen,
sino un dios”, dice, “del agua, y mayor derecho sobre las superficies
Proteo no tiene, y Tritón, y el Atamantíada Palemon.

⁹²⁰Antes en cambio mortal era, pero claramente destinado
a las altas superficies, ya entonces me afanaba en ellas,

pues ora sacaba, las que sacarían peces,
 mis redes, ora en una mole sentado gobernaba con mi arundo el lino.
 Hay, a un verde prado confines, unas playas, una de cuyas partes
⁹²⁵de olas, la parte otra se ciñe de hierbas,
 las cuales, ni adornadas novillas con su morder dañaron,
 ni plácidas las cortasteis, ovejas, o las greñudas cabritas.
 No la abeja de ahí se lleva diligente sus recolectadas flores,
 no han ofrecido ellas para la cabeza festivas guirnaldas ni nunca
⁹³⁰manos armadas de hoz las cortaron. Yo el primero en aquel
 césped me senté, mientras mis linos mojados seco,
 y para recontarlos, cautivos, en orden mis peces,
 ahí encima expuse, esos que a las redes el azar,
 o su credulidad a los corvos anzuelos había llevado.
⁹³⁵La cosa semejante es a una fingida, pero ¿qué a mí el fingirlo me aprovecha?
 Al ser tocada esa grama empezó mi botín a moverse
 y a mudar su costado y en la tierra como en la superficie a apoyarse.
 Y mientras me paro y me admiro a la vez, huye toda esa multitud
 a las olas suyas y a su dueño nuevo y la playa dejan.
⁹⁴⁰Me quedé suspendido, y vacilo un tiempo y la causa inquiere,
 de si dios alguno tal cosa, o si el jugo lo hiciera de tal hierba.
 “Mas qué hierba”, digo, “tiene estas fuerzas”, y con la mano
 esos pastos arranqué y arrancados con los dientes los mordí.
 No bien había bebido mi garganta esos desconocidos jugos,
⁹⁴⁵cuando de súbito trepidar por dentro mis entrañas sentí
 y que por el amor de otra naturaleza era arrebatado mi pecho,
 y no pude demorarme largo tiempo y: “A la que no he de volver nunca,
 tierra, salud”, dije, y mi cuerpo sumergí bajo las superficies.
 Los dioses del mar al acogerme me dignan con compartido honor,
⁹⁵⁰y, que a mí cuanto llevo de mortal me arrebatan,
 al Océano y a Tetis ruegan: soy yo lustrado por ellos,
 y tras decírseme una canción que purga lo nefasto nueve veces,
 mi pecho bajo cien corrientes se me ordena someter,

y sin demora, bajando de diversas partes unos caudales,
⁹⁵⁵y todas sus aguas, se vierten sobre la cabeza nuestra.
Hasta aquí lo ocurrido para contártelo a ti puedo referirte;
hasta aquí también recuerdo; y la mente mía de lo restante no tuvo noción,
la cual, después que a mí volvió, otro me recobré en mi cuerpo
todo del que fuera poco antes, y tampoco era el mismo en mi mente.
⁹⁶⁰Entonces por primera vez, verde de herrumbre, esta barba,
y la cabellera mía, que larga por las superficies barro,
y mis ingentes hombros y azules brazos vi,
y mis piernas curvadas a su extremo en pez que lleva aletas.
De qué, aun así, este aspecto, de qué a los dioses marinos haber complacido,
⁹⁶⁵de qué me ayuda ser dios, si tú no te conmueves por estas cosas?”
Tal diciendo y al ir a decir mas, abandona Escila al dios. Se enfurece él,
e irritado por su rechazo a los prodigiosos atrios se dirige de la Titánide Circe.

Libro decimocuarto

Escila (III), Glauco y Circe

Y ya, arrojado dentro de unas fauces de Gigante al Etna,
y los campos de los Cíclopes, ignorantes de qué cosa los rastrillos, cuál el uso
del arado, y que nada a los ayuntados bueyes deben,
había dejado atrás el euboico habitante de las henchidas aguas.
⁵Había dejado también Zancle y las opuestas murallas de Regio,
y el naufragador estrecho que, presa de un gemelo litoral,
de la tierra ausonia y de la siciliana tiene los confines.
De ahí, con su mano grande desplazándose a través de los tirrenos mares,
a los herbosos collados acude y los atrios Glauco
¹⁰de la hija del Sol, Circe, de coloridas fieras llenos.
A quien una vez hubo visto, dicho y recibido el saludo:
“Divina, de un dios apiádate, te lo suplico, pues sola aliviar
tú puedes”, dijo, “si sólo te parezco digno, este amor.

Cuánta sea de las hierbas, Titania, el poder, para nadie
¹⁵que para mí más conocido, quien he sido mutado por ellas,
y para que no conocida no sea para ti la causa del delirio mío:
en un litoral de Italia, de las mesenias murallas en contra,
a Escila vi. Pudor da las promesas, las súplicas,
las ternuras mías y despreciadas palabras referir.

²⁰Mas tú, si alguna soberanía hay en tu canción, una canción
con tu boca sagrada mueve, o si más expugnadora la hierba es,
usa las tentadas fuerzas de una efectiva hierba,
y no que me cures a mí y sanes estas heridas que tengo, mando,
de su fin ninguna necesidad hay: que parte lleve ella de este calor.”

²⁵Mas Circe –pues no tiene más apto ninguna su ingenio
para llamas tales, ya sea que el origen esté de tal cosa en ella misma,
ya sea que Venus causa tal cosa, ofendida por la delación de su padre–
tales palabras le devuelve: “Mejor persigue a quien desee
y ansíe lo mismo, y de parejo deseo cautivada.

³⁰Digno eras todavía, y podrías serlo ciertamente, de ser rogado,
y si esperanza dieras, a mí créeme, serías rogado todavía.
Y para que no lo dudes y te falte confianza en tu hermosura,
heme aquí, cuando diosa sea, cuando hija del nítido Sol,
con el encantamiento cuando tanto, tanto también con la grama pueda,

³⁵que por ser tuya hago votos. A la que te desprecia desprecia, a la que te sigue
dale las tornas, y con un solo acto a dos vengar puedes.

A la que tal intentaba: “Antes –dice– en la superficie frondas
–Glaucó–, y en los supremos montes nacerán algas,
que en vida de Escila se muten nuestros amores.”

⁴⁰Se indignó la diosa, y por cuanto dañarle a él mismo
no podía –ni quería, amándole–, se encona con la que
a ella habíase antepuesto, y de su Venus por el rechazo ofendida
en seguida infames pastos de horrendos jugos juntos
maja, y triturados hecateios encantos les mezcla

⁴⁵y de azules velos se viste y a través de su tropel

de fieras adadoras sale de mitad de su aula
y dirigiéndose, opuesto contra las rocas de Zancle,
hacia Regio, entra en el bullir de las hirvientes olas,
en las cuales como en sólida tierra pone sus huellas
⁵⁰y recorre sobre lo alto las superficies a pies secos.

Pequeño había un abismo, enseñado en curvos arcos,
grato descanso de Escila, adonde ella se retiraba del hervor
del mar y del cielo, cuando muchísimo en mitad de su orbe
el sol era y mínimas desde su vértice hiciera las sombras.
⁵⁵Éste la diosa previamente lo malogra, y con venenos hacedores de portentos
lo inquina. Aquí, exprimidos líquidos de una raíz dañosa
asperja, y, oscuro, del rodeo de sus palabras nuevas,
en tres novenas la canción largamente murmura con su mágica boca.
Escila llegó y hasta el vientre en su mitad había descendido,
⁶⁰cuando desfigurarse sus ingles merced a monstruos que ladraban
contempló y, al principio, creyendo que no aquellas
de su cuerpo eran partes, rehúye y espanta y teme
las bocas protervas de los perros, pero a los que huye consigo arrastra a una,
y el cuerpo buscando de sus muslos, y piernas, y pies,
⁶⁵cerbéreos belfos en vez de las partes aquellas encuentra:
y se yergue por la rabia de los perros, y esas espaldas de las fieras,
sometidas a sus ingles trucas y a su útero perviviente, contiene.

Llora enamorado Glauco y de la que demasiado hostilmente había usado
las fuerzas de las hierbas, huye de las bodas de Circe.
⁷⁰Escila en ese lugar permaneció y cuando le fue dada ocasión,
primero por odio de Circe, de sus aliados expolió a Ulises,
luego, ella misma, hubiera hundido las teucrias quillas,
si no antes en la peña que también ahora rocosa pervive
transformada hubiera sido: su peña también el navegante evita.

El peregrinaje de Eneas (III): Italia

⁷⁵A ella cuando a remos, y a la ávida Caribdis,

vencieron los barcos troyanos, cuando ya cerca del litoral ausonio se hallaban, por el viento son devueltos a las orillas líbicas.

Recibe a Eneas allí en su ánimo y en su casa quien no bien la separación de su frigio marido había de soportar,

⁸⁰la Sidónide, y en una pira, en la figuración de un sacrificio hecha, se postró sobre un hierro y defraudada defraudó a todos.

De nuevo, huyendo de las nuevas murallas de esa arenosa tierra, hacia la sede del Érix devuelto y al fiel Acestes, sacrifica él, y el túmulo de su padre honora.

⁸⁵Y esos barcos que Iris la Junonia casi había quemado desata, y del Hipótada el reino y las tierras humantes de caliente azufre y las peñas de las Aqueloides deja atrás, las de las Sirenas, y huérfano de su conductor ese pino la Inárima y Próquite escoge, y en un estéril collado

⁹⁰situadas las Pitecusas, de sus habitantes con el nombre dichas.

Los Cércopes

Como que de los dioses el padre, el fraude y los perjurios de los Cércopes un día aborreciendo y las comisiones de esa gente dolosa,

en un desfigurado ser a sus varones mutó, de modo que igualmente desemejante al humano y semejantes parecen,

⁹⁵y sus miembros contrajo, y sus narices, de la frente remangadas, aplastó y de arrugas roturó de vieja su cara,

y velados en todo el cuerpo de un dorado vello

los mandó a estas sedes y no dejó antes de arrebatarse el uso de las palabras y, nacida para los perjurios, de su lengua.

¹⁰⁰El poder lamentarse sólo con un ronco chirrido les dejó.

El peregrinaje de Eneas (IV): la Sibila

Cuando éstas hubo preterido y a la diestra de Parténope las murallas abandonó, por la izquierda parte del canoro

Eólida en el túmulo y, lugares preñados de palustres ovas,

en los litorales de Cumas y en las cuevas de la vivaz Sibila

¹⁰⁵entra y que a los manes paternos él acuda a través de los Averno,
le ruega. Mas ella su rostro, largo tiempo en la tierra demorado,
erigió, y, al fin, delirante del dios por ella recibido:

“Grandes cosas pretendes”, dijo, “varón por tus hechos el más grande,
cuya diestra a través del hierro, su piedad a través de los fuegos se han contemplado.

¹¹⁰Deja aun así, Troyano, el miedo: dueño serás de tus pretensiones
y las Elisias moradas y los reinos postreros del mundo
conmigo de guía conocerás y las efigies amadas de tu padre.

Inviabile para la virtud ninguna vía hay”, dijo y fulgente
de oro una rama en el bosque de la Averno Juno

¹¹⁵le mostró y le ordenó desgajarla de su tronco.

Obedeció Eneas y del formidable Orco

vio las riquezas y los antepasados suyos y la sombra anciana
del magnánimo Anquises. Aprendió también las leyes de esos lugares
y cuáles los peligros que habían de ser arrostrados en nuevas guerras.

¹²⁰De ahí, llevando sus fatigados pasos por la opuesta senda,
con su guía Cumea suaviza en la conversación el esfuerzo.

Y mientras el camino horrendo a través de los opacos crepúsculos coge:

“Si una diosa tú presente, o si a los dioses gratisima –dijo–:

de un numen en la traza estarás siempre para mí, y confesaré que yo

¹²⁵de regalo tuyo existo, tú, quien, que yo a los lugares de la muerte entrara,
quien de esos lugares que yo saliera, quisiste, de la muerte por mí vista.

Por esos méritos, tras llegar yo del aire a las auras,

unos templos te alzaré y te otorgaré unos honores de incienso.”

Se vuelve a mirarle la vidente y unos suspiros tomando:

¹³⁰“Ni diosa soy”, dijo, “ni de sagrado incienso con el honor
dignes una humana cabeza, y para que ignorante no yerres:

una luz eterna a mí y el carecer de final se me concedía

si mi virginidad hubiese padecido a Febo, mi enamorado.

Mientras esperanza tiene de ella, mientras previamente sobornarme con dones

¹³⁵ansía: “Elige”, dice, “virgen Cumea, qué deseas.

De tus deseos serás dueña.” Yo de polvo cogido
le mostré un puñado: cuantos tuviera de cuerpos ese polvo,
tantos cumpleaños a mí me alcanzaran, vana, le rogué.
Se me pasó pedir jóvenes también en adelante esos años:
¹⁴⁰éstos con todo él me los daba, y la eterna juventud,
si su Venus padecía. Despreciado el regalo de Febo
célibe permanezco. Pero ya la más feliz edad
sus espaldas me ha dado, y con tembloroso paso viene la enferma vejez,
que de sufrir largo tiempo he. Pues ya, aunque para mí siete siglos
¹⁴⁵han pasado, aun así resta, para que los números del polvo iguale,
trescientas mieses, trescientos mostos ver.
Un tiempo habrá cuando, de tan gran cuerpo, a mí pequeña
el largo día me hará, y mis miembros consumidos por la vejez
se reduzcan a una mínima carga, y ni amada haber sido pareceré
¹⁵⁰por un dios, ni haberle complacido: Febo también quizás, él mismo,
o no me conocerá o que me amó negará,
hasta tal punto mutada se me llevará y para nadie visible,
por mi voz, aun así, se me conocerá. La voz a mí los hados me dejarán.”

Aqueménides

Mientras tales cosas a través del convexo camino mencionaba la Sibila,
¹⁵⁵de las sedes estigias emerge el troyano Eneas hacia la ciudad
eubea, y propiciados unos sacrificios según la costumbre,
a las costas acude que todavía de su nodriza no tenían el nombre.
Aquí también se había detenido, después de los hastíos largos de sus labores,
el Neritio Macareo, compañero del sufridor Ulises.
¹⁶⁰El cual, al que había sido abandonado un día en medio de las peñas del Etna
reconoce, a Aqueménides, y al encontrarlo de improviso,
de que viva asombrado: “¿Qué azar a ti, o dios,
te guarda, Aqueménides? ¿Por qué”, dice, “una bárbara proa a ti,
un griego, te porta? ¿Se dirige vuestra quilla a qué tierra?”
¹⁶⁵A quien tal preguntaba, ya no tosco en su atavío,

ya suyo él, y no trabado su sombrero de espinas ningunas,
dice Aqueménides: “Que de nuevo a Polifemo y aquellas
comisuras yo contemple, fluidas de sangre humana,
si mi casa que esta quilla para mí mejor es, o Ítaca,
¹⁷⁰si menos a Eneas venero que a mi padre, y nunca
estarle bastante agradecido podré, aunque se lo ofreciera todo.
Puesto que hablo y respiro y el cielo y los astros del sol
contemplo, ¿podría ingrato y olvidado serle?
Él me dio el que este aliento mío a la boca del Cíclope
¹⁷⁵no haya venido, y aunque ya ahora la luz vital abandone yo,
en un túmulo, o ciertamente no se me sepultará en aquel vientre.
¿Qué animo entonces era el mío –a no ser que el temor me haya robado
todo el sentido y mi ánimo–, cuando a vosotros, dirigiros a las altas
superficies, abandonado, contemplé? Quise gritaros, pero a mi enemigo
¹⁸⁰entregarme temí: a vuestro barco incluso el grito
de Ulises casi hizo daño. Yo vi cuando de monte desgajada
una ingente peña lanzó en medio de las ondas,
vi de nuevo, como por las fuerzas de una catapulta llevadas,
vastas rocas que él disparaba con su brazo de Gigante,
¹⁸⁵y que no hundiera ese oleaje o esa piedra la quilla,
mucho temí, ya que yo no estaba en ella olvidado.
Pero cuando la huida os retornó de una certera muerte,
él ciertamente todo el Etna deambula gemebundo,
y por delante tienta con la mano los bosques, y de su luz huérfano
¹⁹⁰contra las peñas se lanza, y sus brazos, desfigurados de la sanguaza,
tendiendo al mar, maldice la raza aquiva
y dice: “Oh si algún azar a mí me devuelve a Ulises
o a alguno de sus aliados, contra el que se ensañe mi ira,
las entrañas del cual me coma, cuyos vivientes miembros
¹⁹⁵con mi diestra despedace, cuya sangre a mí me inunde
la garganta y aplastadas tiemblen bajo mis dientes sus extremidades:
cuán nulo o leve me sería el daño de mi luz arrebatada.”

Esto y más aquel feroz. A mí un lívido horror me invade,
contemplando su rostro todavía de la matanza mojado,
²⁰⁰y sus cruentas manos, y vacío el orbe de su luz,
y sus miembros y cuajada de sangre humana su barba.
Esa muerte estaba ante mis ojos, lo mínimo aun así ella de mi dolor,
y ya, que iba a ser atrapado, ya ahora mis entrañas pensaba
que en las tuyas iba a sumergir, y en mi mente prendida estaba la imagen
²⁰⁵del tiempo aquel en el que vi de a dos los cuerpos de mis compañeros,
tres veces, cuatro veces ser golpeados contra la tierra,
cuando echado él encima, a la manera de un hirsuto león,
sus entrañas y carnes y con las blancas médulas sus huesos
y medio exánimes sus extremidades sepultaba en su vientre ávido.
²¹⁰Un temblor me invadió: de pie estaba, sin sangre, afligido,
viéndole mojado y arrojando de su boca sus cruentos
festines y bocados con vino aglomerados vomitando:
tales imaginaba que a mí, desgraciado, se preparaban los hados,
y durante muchos días agazapado y estremeciéndome ante todo
²¹⁵crujido y la muerte temiendo y deseoso de morir,
con bellota combatiendo el hambre y, mezclada con frondas, con hierba,
solo, pobre, desahuciado, a la muerte y a esa condena abandonado,
ésta desde lejos contemplé después de largo tiempo, esta nave,
y les supliqué mi huida con gestos y al litoral corrí
²²⁰y los conmoví: a un griego un barco troyano lo acogió.
“Tú también expón tus azares, de mis compañeros el más grato,
y los del jefe y la multitud que contigo se confió al ponto”

Aventuras de Ulises

Que Éolo, él le cuenta, reinaba en el profundo etrusco,
Éolo, el Hipótada, reteniendo en su cárcel a los vientos,
²²⁵los cuales, encerrados en una piel de vacuno, memorable regalo,
los tomó el jefe duliquio, y que con soplo favorable marchó
durante nueve luces, y contempló la tierra a la que se dirigían;

que la siguiente tras la novena, cuando se movió esa aurora,
de envidia sus aliados, y del deseo de botín, vencidos
²³⁰fueron: creyéndolo oro, arrancaron sus ataduras a los vientos;
que con ellos marcha atrás, a través de las ondas recién
recorridas el barco, y a los puertos volvía a dirigirse del eolio tirano.
“De ahí, de Lamo el Lestrigon”, dice, “a la antigua ciudad
llegamos: Antífates reinaba en la tierra aquella.
²³⁵Enviado a él yo soy, en número de dos mis acompañantes,
y apenas en la huida buscada fue la salvación de un acompañante y mía.
El tercero de nosotros tiño la impía boca del Lestrigon con el crúor suyo.
Al huir nosotros nos acosa y una hueste contra nosotros
lanza Antífates. Nos atacan y rocas y maderos
²⁴⁰nos lanzan y sumergen a nuestros hombres y sumergen nuestras quillas.
Una, aun así, que a nosotros y al mismo Ulises portaba
escapó. Por esa perdida parte de nuestros aliados, dolientes
y de muchas cosas lamentándonos, a las tierras arribamos aquellas
que lejos de aquí divisas –de lejos, créeme, se ha de ver
²⁴⁵la isla vista por mí–, y tú, oh el más justo de los troyanos,
nacido de diosa, pues finalizada la guerra de llamarte enemigo
no he, Eneas, te aconsejo: huye de los litorales de Circe.
Nosotros también, amarrado nuestro pino de Circe en el litoral,
de Antífates acordados y del inmansueto Cíclope,
²⁵⁰a marchar nos negábamos, pero para alcanzar la morada desconocida
a la muerte fuimos elegidos: la suerte a mí y al leal Polites
y a Euríloco a la vez y a Elpénor, el del excesivo vino,
a dos novenas de aliados de Circe a las murallas nos envió.
Las cuales, cuanto las alcanzamos y estuvimos en el umbral de su techo,
²⁵⁵mil lobos y mezcladas a los lobos osas y leonas
al correr a nosotros nos dieron miedo, pero ninguno de temer,
y ninguno había de hacernos en el cuerpo herida alguna;
incluso tiernas movieron al aire sus colas
y adulándonos cortejan nuestras huellas hasta

²⁶⁰que nos reciben unas sirvientas y a través de unos atrios de mármol cubiertos a su dueña nos llevan. Sentada está ella en un receso bello, de solemne trono y, vestida de un manto brillante, por encima está velada de un dorado atuendo.

Nereides y ninfas a la vez, que vellones ningunos arrastran ²⁶⁵moviendo sus dedos, ni hilos subsiguientes sacan, gramas distribuyen y, esparcidas sin orden unas flores, las discernen en canastos y variadas de colores hierbas.

Ella misma, el que ellas hacen, su trabajo concluye, ella qué uso, o en qué hoja esté, cuál sea la concordia de ellas mezcladas ²⁷⁰conoce y a ellas atendiendo los lotes examina de las hierbas.

Ella cuando nos vio, dicho y recibido el saludo, esparció su rostro y nos devolvió augurios con sus votos.

Y sin demora que se mezclen ordena cebadas de tostado grano y mieles, y la fuerza del vino puro con leche que coágulos ha padecido

²⁷⁵y, los que bajo esta dulzura se oculten furtivamente, unos jugos añade. Recibimos de su sagrada diestra dadas esas copas,

las cuales, no bien sedientos con nuestra árida boca apuramos, y nos hubo tocado con su vara la diosa siniestra lo alto de nuestros cabellos –vergüenza da, mas lo contaré–, de cerdas a erizarme comencé

²⁸⁰y ya a no poder hablar, por palabras a emitir un ronco murmullo y hacia la tierra a postrarme con todo el rostro y la cara mía sentí que en un ancho morro se encallecía,

mis cuellos hincharse de protuberancias y por la parte que ahora poco esas copas sostenidas por mí fueran, con ella huellas hacía,

²⁸⁵y con los que lo mismo habían padecido –tanto las drogas pueden– me encierra en la pocilga, y solo de un cerdo carecer de la figura vimos a Euríloco: solo él de las copas a él dadas había huido, las cuales, si él no hubiese evitado, del ganado cerdoso una parte permanecería ya ahora también, y no, de tan gran calamidad cerciorado

²⁹⁰por él, hasta Circe, vengador, hubiese venido Ulises.

El pacificador Cilenio a él le había dado una flor blanca:

moly la llaman los altísimos; con una negra raíz se tiene.

Guardado por ella, y por las advertencias también celestes, entra él en la casa de Circe, y a las insidiosas copas

²⁹⁵llamado, y a la que intentaba con su vara acariciar sus cabellos, rechaza, y empuñada su espada, pávida, la aterroriza.

De ahí, sus palabras y sus diestras dadas, y en el tálamo recibido del matrimonio, de dote los cuerpos de sus aliados demanda.

Se nos asperja de jugos mejores de una desconocida hierba,

³⁰⁰y se nos golpea la cabeza con un azote de la vara vuelta, y palabras se dicen contrarias a las dichas palabras.

Mientras más ella canta, más con ello de la tierra aligerados

nos erguimos, y las cerdas caen, y bífidos abandona su hendidura

a nuestros pies, vuelven los hombros, y sometidos a sus antebrazos

³⁰⁵nuestros brazos fueron: a él llorando, llorando lo abrazamos nosotros,

y prendidos quedamos del cuello de nuestro jefe, y palabras antes ningunas dicho hubimos que las que nos atestiguaban agradecidos.

Pico

De un año allí nos detuvo la demora, y muchas cosas, presente, en tiempo tan largo vi, muchas con mis oídos recogí:

³¹⁰esto también, con las muchas, que a escondidas me refirió una de sus cuatro fámulas, de las destinadas a tales sacrificios.

Así pues, con el jefe mío mientras Circe sola se demoraba,

ella a mí de níveo mármol hecha una estatua

me muestra, juvenil, portando en la cabeza un pico,

³¹⁵en el santuario sagrado puesta, y por sus muchas coronas señalada.

Quién fuera y por qué en ese sagrado santuario se le honraba,

por qué ese ave llevaba, a mí que le preguntaba y saber quería:

“Atiende”, dice, “Macareo, y de la dueña mía el poder cuál sea,

de aquí también aprende. Tú a mi relato dispón tu mente.

³²⁰Pico, de Ausonia en las tierras, prole de Saturno, el rey fue, de los útiles para la guerra caballos estudioso.

La hermosura de ese hombre la que contemplas era, puedes tú mismo su decor
contemplar y por la fingida imagen aprobar al verdadero.

Parejo su ánimo a su hermosura, y todavía contemplar merced a sus años

³²⁵no había podido cuatro veces en la griega Élide su pugna quinquenal.

Él a las driades, del Lacio en los montes nacidas,

había vuelto hacia su rostro, a él las fontanas divinidades

le pretendían, las náyades, las que el Álbula, las que el Numicio,

las que del Anio las aguas y de su curso brevísimo el Almo

³³⁰o el Nar lleva vertiginoso, y el Fáfaro de opaca onda,

y las que honran el pantano nemoroso de la escítica Diana

y sus muy lindantes lagos. Despreciadas aun así todas, a una

ninfa él honraba, que en otro tiempo en el collado del Palacio

se dice que del jonio parió Venilia Jano.

³³⁵Ella, tan pronto como maduró en sus casaderos años,

antepuesto a todos, al Laurente entregada, a Pico, fue,

rara ciertamente por su faz, pero más rara por su arte del cantar,

de donde Canente se le llamaba: los bosques y las rocas mover

y amansar las fieras y las corrientes largas demorar

³⁴⁰con la boca suya, y los pájaros errantes retener, solía.

La cual, mientras con su voz de mujer modula canciones,

había salido de su morada Pico a los campos laurentes,

a fin de atravesar paisanos jabalíes, y sobre el lomo pesaba

de un agrio caballo, y en su izquierda un par de astiles llevaba,

³⁴⁵y recogida su clámide bermellón por un rubio oro.

Había llegado a unos bosques, y la hija del Sol a los mismos,

y para nuevas recoger de esos fecundos collados sus hierbas,

del nombre suyo llamados, los campos circeos había abandonado.

La cual, no bien al joven en los ramajes escondida hubo visto,

³⁵⁰quedó suspendida: cayeron de su mano, las que había recogido, hierbas,

y una llama por todas sus médulas le pareció que erraba.

Cuando por fin compuso su mente de ese vigoroso bullir,

qué anhelaba, a confesar iba: que no pudiese acercarse,

la carrera de su caballo hizo, y rodeado él de escoltas.

³⁵⁵“No”, dice, “escaparás, aunque del viento seas arrebatado, si sólo yo me conozco, si no se ha desvanecido toda de mis hierbas la virtud ni a mí mis canciones me engañan.”

Dijo y la efigie sin ningún cuerpo de un falso

jabalí finge y por delante de los ojos correr del rey

³⁶⁰le ordenó, y, denso de troncos, a un bosque que marchar pareciera, por donde máxima la espesura es y para el caballo lugares transitables no son.

No hay demora, a continuación de esa presa busca sin él saberlo la sombra

Pico y veloz de su caballo los espumantes lomos abandona

y una esperanza persiguiendo vana sus pies lleva errante en el alto bosque.

³⁶⁵Piensa ella unas súplicas y esas palabras suplicantes dice

y a unos ignotos dioses con una ignota canción ora,

con el que suele el rostro confundir de la nívea Luna,

y para la cabeza de su padre tejer bebedoras nubes.

Entonces también, cantada su canción, se densa el cielo,

³⁷⁰y nieblas exhala la tierra, y por ciegas sendas vagan sus séquitos y falta la custodia del rey.

Habiendo hallado ella el lugar y el tiempo: “Oh por tus ojos”, dice,

“que a los míos cautivaron, y por ésta, el más bello, tu hermosura,

que hace que una suplicante a ti diosa yo sea, considera estos fuegos

³⁷⁵nuestros y por suegro, que lo contempla todo, al Sol recibe, y no, duro, a la Titánide Circe desprecia.”

Había dicho. Él, feroz, a ella y sus súplicas rechaza y:

“Quien quiera que eres”, dice, “no soy tuyo. Otra cautivado me tiene y me tenga, suplico, por una larga edad,

³⁸⁰y con una Venus externa mis conyugales alianzas yo no hiera, mientras a mí a la hija de Jano me la conserven los hados, a Canente.”

Muchas veces reintentadas sus súplicas en vano la Titania:

“No impunemente lo habrás hecho, y no”, dice, “serás devuelto a Canente, y herida qué haga, qué enamorada, qué una mujer aprenderás

³⁸⁵de los hechos. Mas está enamorada y herida y es mujer Circe.”

Entonces dos veces hacia los ocasos, dos veces se vuelve a los ortos,
tres veces al joven con su bastón tocó, tres canciones dijo.

Él huye, pero, de lo que él acostumbraba más veloz, él mismo
de correr se asombra: alas en su cuerpo ve,

³⁹⁰y de que él súbitamente se sumaba del Lacio a los bosques
como nueva ave indignado, con su duro pico en los fieros troncos
clava y enconado da heridas a las largas ramas.

El purpúreo color de la clámide sus alas sacaron;
el que prendedor había sido y su ropa había mordido, el oro,
³⁹⁵pluma se hace y su cerviz se rodea de rubio oro,
y nada antiguo a Pico, salvo sus nombres, restan.

En esto que sus séquitos, habiendo llamado muchas veces por los campos
para nada a Pico y en ninguna parte hallado,

encuentran a Circe, pues ya había atenuado las auras
⁴⁰⁰y sufrido ella había que las nieblas con los vientos y el sol se reabrieran,
y con acusaciones la apremian verdaderas y su rey le reclaman
y fuerza añaden y se disponen a atacarla con las salvajes armas.

Ella de un dañino humor los asperja y de jugos de veneno,
y a la Noche y de la Noche a los dioses, con el Érebo y Caos
⁴⁰⁵convoca y con largos aullidos a Hécate ora.

Saltaron de su lugar –de decir admirable– los bosques
y hondo gimió el suelo, y vecino palideció el árbol,
y asperjadas de sus gotas se mojaron las pajas de sangre,
y las piedras parecieron emitir mugidos roncós,
⁴¹⁰y ladrar los perros, y que la tierra de sierpes negras
se hacía inmunda y que tenues ánimas revoloteaban de silentes:

atónita por esos prodigios la gente se asusta. Ella las caras
de los asustados tocó, asombradas, con una envenenada vara,
por cuyo tacto monstruos de variopintas fieras
⁴¹⁵a los jóvenes vienen: a ninguno le permaneció su imagen.

Canente

Había asperjado caduco Febo los litorales de Tartesos
y en vano su esposo por los ojos y el ánimo de Canente
ansiado era. Los criados y el pueblo por todos
los bosques se dispersan y opuestas luces portan.
⁴²⁰Y no bastante es para la ninfa llorar y lacerar sus cabellos
y darse golpes de pecho –hace esto, aun así, todo–
y se abalanza y deambula vesánica del Lacio por los campos.
Seis noches ella y otras reiteradas luces del sol
la vieron, indigente de sueño y de alimento
⁴²⁵por los cerros, por los valles, por donde el azar la llevaba, andando.
El último la contempló el Tíber, del luto y del camino
fatigada y ya depositando su cuerpo, larga, en su ribera.
Allí, junto con lágrimas, por el propio dolor entonadas,
unas palabras de sonido tenue afligida derramaba, como en otro tiempo
⁴³⁰sus canciones ya muriendo canta, exequiales, el cisne.
Por sus lutos, al extremo, en sus tenues médulas derretida
se consumió y, leves, poco a poco se licueció en las auras.
Su fama, aun así, señalada en ese lugar quedó, al cual según el rito el Canente,
por el nombre de la ninfa, lo llamaron los antiguos colonos.
⁴³⁵“Muchas cosas tales a mí narradas durante un largo año,
y vistas por mí, fueron. Acomodados y por la deshabitación lentos,
de nuevo a entrar al estrecho, de nuevo dar las velas se nos ordena,
y que dudosas nuestras rutas, y que el camino vasto, la Titania
nos dijera, y que nos aguardaban los peligros del salvaje ponto.
⁴⁴⁰Muchó temí, lo confieso, y al hallar este litoral, a él me aferré.”

El peregrinaje de Eneas (V): el Lacio

Había acabado Macareo, y en una urna de mármol la nodriza
de Eneas sepultada, en su túmulo esta breve canción tenía:

AQUÍ · A · MÍ · CAYETA · MI · AHIJADO · DE · CONOCIDA · PIEDAD
ARREBATADA · DEL · ARGÓLICO · EN · EL · FUEGO · QUE · DEBÍA · ME · CREMÓ.

⁴⁴⁵Se libera de su herboso muelle la atada cuerda,
y lejos las insidias y de la malfamada diosa dejan la morada
y a unos bosques se dirigen donde nuboso de sombra
al mar prorrumpe el Tíber con su rubia arena.
De la casa del hijo de Fauno Latino se apodera y de su hija,
⁴⁵⁰no sin Marte aun así. Una guerra con esa gente feroz
se emprende y enloquece por su pactada esposa Turno.
Se abalanza al Lacio la Tirrenia toda y largo tiempo,
ardua, con las angustiadas armas se busca la victoria.
Aumenta cada uno sus fuerzas con externo vigor
⁴⁵⁵y muchos a los rútilos, muchos los campamentos troyanos
guardan, y no Eneas a las murallas de Evandro en vano,
mas Vénulo en vano a la ciudad del prófugo Diomedes había ido.

Diomedes

Él ciertamente bajo el Iápige Dauno unas muy grandes
murallas había fundado y sus dotales campos poseía.
⁴⁶⁰Pero Vénulo, después que los encargos de Turno llevó a cabo
y auxilio busca, sus fuerzas el héroe etolio
excusa: que ni él ni de su suegro los pueblos mandar a la batalla
quería, o a los que de la gente suya armara,
que no tenía ningunos: “Y para que esto inventado no creáis,
⁴⁶⁵aunque con el recuerdo los lutos se renueven amargos,
sufiré el recordarlos aun así. Después que la alta Ilión quemado se hubo,
y de que Pérgamo apacentó las dánaas llamas,
y de que el héroe Naricio, de la Virgen a una virgen al arrebatarse,
el castigo que mereció él solo distribuyó a todos,
⁴⁷⁰nos dispersamos, y por los vientos arrebatados a través de enemigas
superficies, las corrientes, la noche, las lluvias, la ira del cielo y del mar
sufrimos los dánaos, y, el colmo, el desastre del Cafereo,
y para no demorarme refiriendo estos tristes lances por su orden,

Grecia entonces le pudo a Príamo incluso digna de llanto parecer.
⁴⁷⁵A mí, aun así, salvado, el cuidado de la armada Minerva
 me arrebató de los oleajes, pero de los campos de la patria de nuevo
 se me expulsa, y memoriosos castigos de su antigua herida
 me exige la nutricia Venus, y tan grandes penalidades
 por las altas superficies sostuve, tan grandes en terrestres armas,
⁴⁸⁰que yo felices aquellos he muchas veces llamado
 a los que la común tempestad y el importuno Cafereo
 sumergió en las aguas, y quisiera que de ellos parte una hubiera sido yo.
 Lo último ya habiendo soportado mis acompañantes en la guerra y en el estrecho,
 abandonan, y un fin ruegan de ese errar, mas Acmon,
⁴⁸⁵de férvido ingenio, entonces verdaderamente también por las calamidades áspero:
 “¿Qué queda que ya la paciencia vuestra rehúse
 soportar, varones?”, dijo. “¿Qué tiene Citerea que más allá
 —que quiera, supón— nos haga? Pues mientras cosas peores se temen
 hay para los votos un lugar: la suerte, en cambio, cuando es la peor que existe,
⁴⁹⁰bajo esos pies el temor está, y es seguro el extremo de las desgracias.
 Aunque lo oiga ella, aunque, lo cual hace, nos odie a todos
 los hombres al mando de Diomedes, el odio aun así de ella todos
 despreciamos: y en gran cosa está un gran poder a nuestros ojos.”
 Con tales cosas irritando a Venus el Pleuronio Acmon
⁴⁹⁵la aguija con sus palabras y reaviva su vieja ira.
 Lo dicho por él complace a pocos: sus amigos más numerosos
 a Acmon corremos, al cual, responder queriendo,
 su voz al par que de su voz la vía se le hubo atenuado,
 y sus cabellos en plumas acaban, de plumas su nuevo cuello se cubre,
⁵⁰⁰y su pecho y espalda; mayores remeras sus brazos
 acogen, y sus codos se enseñan, leves, en alas.
 Del pie una parte grande invade los dedos, y sus labios
 en cuerno endurecidos se hacen rígidos y su límite en punta ponen.
 De él Lico, de él Idas y con Rexénor Nícteo,
⁵⁰⁵de él se admira Abante y mientras se admiran la misma

faz acogen y el número más grande de mi tropa
empieza a volar y los remos él circunvuela batiendo sus alas:
si de estos pájaros súbitos cuál sea la forma preguntas,
como no de los cisnes, así próxima a los blancos cisnes.
⁵¹⁰Apenas yo, ciertamente, de estas sedes y de los áridos campos
del Iápige Dauno soy dueño, con esta mínima parte de los míos.”

El olivo salvaje

Hasta aquí el Enida; Vénulo los calidonios reinos, y las
peucetias ensanadas, y los mesapios campos abandona.
Entre los cuales unos antros ve que, nublados de su mucha espesura
⁵¹⁵y asintiendo con sus leves cañas, el mediocabrío Pan
ahora posee, mas que poseyeron en cierto tiempo las ninfas.
A ellas un pastor ápulo, de aquella región ahuyentándolas,
las aterró y primero con un súbito susto las conmovió,
luego, cuando en sí volvieron y despreciaron a su perseguidor,
⁵²⁰al compás moviendo sus pies trazaron unas danzas.
Las reprueba el pastor e imitándolas con su baile agreste
añadió a sus obscenas frases insultos rústicos,
y no antes su boca calló que a su garganta sepultó un árbol.
Árbol, pues, es, y por su jugo se puede reconocer su carácter,
⁵²⁵como que la marca de su lengua el acebuche en sus bayas amargas
exhibe: la aspereza de sus palabras pasó a ellas.

Las naves de Eneas

De ahí cuando los legados volvieron, las a ellos negadas
de Etolia aportando, los rútuos sin las fuerzas esas
sus guerras guarnecidas traen, y cantidad, de ambas partes,
⁵³⁰de crúor se entrega. He aquí que lleva ávidas contra los armazones
de pino Turno unas antorchas y los fuegos temen a quienes la ola perdonó,

y ya la pez y las ceras y los alimentos restantes de la llama Múlciber quemaba, y a través del alto mástil hacia los linos iba, y humaban los banquillos de la incurvada quilla,

⁵³⁵cuando acordada de estos pinos, de la cima del Ida cortados,

la santa madre de los dioses de tintineos de bronce golpeado el aire, y lo colmó del del murmullo del soplado boj,

y leves, portada por sus domados leones a través de las auras:

“Inútiles incendios lanzas, y con una diestra sacrílega,

⁵⁴⁰Turno”, dice. “Los arrebataré, y no he de tolerar que quemé el fuego devorador de los bosques partes y miembros míos.”

Tronó mientras tal decía la diosa, y al trueno secundarios

con saltarán granizo cayeron graves borrascas,

y el aire, y henchida de súbitas embestidas la superficie,

⁵⁴⁵los Astreos turban y marchan a los combates los hermanos,

de entre los cuales la nutricia madre, de las fuerzas de uno solo sirviéndose,

rompió las retenidas de estopa de la flota frigia

y lleva las naves en picado y en medio de la superficie las sumerge.

Su madera ablandada, y su leño en cuerpos convertido,

⁵⁵⁰en figura de cabezas las popas corvas se mutan,

en dedos acaban y en piernas nadando los remos y,

lo que seno fuera, costado es, y la quilla, sujeta

a la mitad de los navíos, de espina dorsal en uso se muta,

los linos melenas suaves, las entenas brazos se hacen,

⁵⁵⁵azul, como lo fuera, su color es, y, las que antes temían,

esas ondas en sus juegos de doncellas fatigan

estas Náyades marinas, y en los duros montes habiendo nacido

el mullido estrecho frecuentan ni a ellas su origen las inmuta.

Aun así, no olvidadas de cuán muchos peligros muchas veces

⁵⁶⁰padecieron en el piélagos, bajo las sacudidas quillas

muchas veces pusieron sus manos, salvo aquella que llevara a aquivos:

del desastre todavía frigio memoriosas odian a los pelasgos

y del barco neritio vieron los trozos con alegres

rostros y con ellos alegres vieron que se volvía rígida la popa
⁵⁶⁵de Alcínoo, con sus rostros, y que roca por dentro crecía de la madera.

Árdea

Esperanza había, en ninfas al haberse animado la flota marinas,
de que pudiera por miedo del prodigio el rúculo desistir de la guerra.
Persiste, y tienen sus dioses ambas partes y –lo que de los dioses está
en traza– tienen arrestos; y ya no unos dotales reinos,
⁵⁷⁰ni el cetro de su suegro, ni a ti, Lavinia virgen,
sino vencer buscan, y por pudor de deponerlas,
guerras hacen y finalmente Venus vencedoras las armas
de su hijo ve y Turno cae. Cae Árdea, en vida
de Turno llamada poderosa. Al cual, después que una espada bárbara
⁵⁷⁵lo arrebató y quedaron a la vista sus techos, caliente, bajo la brasa,
de en medio de la montonera, entonces por primera vez conocido, un alado
alza el vuelo, y las cenizas azota al batir sus alas.
Su sonido y su flacura y su palidez y todo: los que honran
a su ciudad tomada, el nombre también permaneció en ella
⁵⁸⁰de esa ciudad, y ella misma se plañe, la árdea, el alcaraván, con sus propias alas.

Apoteosis de Eneas

Y ya a los dioses todos y a la misma Juno la virtud
de Eneas a limitar sus viejas iras había obligado,
cuando, bien fundadas las riquezas del creciente Julio,
tempestivo estaba para el cielo el héroe Citereio.
⁵⁸⁵Rondaba Venus a los altísimos, y alrededor del cuello
de su padre derramada: “Nunca para mí”, había dicho, “en ningún
tiempo duro, padre, ahora que seas el más tierno deseo,
y que al Eneas mío, quien a ti de la sangre nuestra
te ha hecho abuelo, aunque pequeño, que le des, oh óptimo, un numen,
⁵⁹⁰con tal de que le des alguno. Bastante es el inamable reino
con haber visto una vez, una vez haber ido por los caudales estigios.”

Asintieron los dioses, y la esposa regia su semblante
inmutado no mantuvo y con calmado rostro consiente.
Entonces el padre: “Sois”, dice, “de ese celeste regalo dignos
⁵⁹⁵la que lo pides y por quien lo pides: toma, hija, lo que deseas.”

Hablado había. Se goza y las gracias da ella a su padre
y a través de las leves auras, de sus uncidas palomas portada,
al litoral acude laurente, donde cubierto de caña serpea
hasta los estrechos, de sus caudales ondas vecinos, el Numicio.

⁶⁰⁰A él ordena que a Eneas de todo lo sujeto a la muerte
purifique y lo lleve hacia las superficies por su tácito curso.
El cornado secunda los encargos de Venus y con las suyas,
cuanto en Eneas había sido mortal, purga
y lo dispersó en las aguas. La parte mejor restó en él.

⁶⁰⁵Lustrado, su madre con un divino aroma ungió
su cuerpo y con ambrosia, con dulce néctar mezclada,
tocó su boca y lo hizo dios, al cual la muchedumbre de Quirino
 nombra Índiges y en un templo y en aras lo ha acogido.

Los reyes latinos

Después, bajo el dominio de Ascanio, el de dos nombres, Alba
⁶¹⁰y el estado latino estuvo. Lo sucedió Silvio a él,
nacido del cual, tuvo repetidos Latino
sus nombres, junto con el antiguo cetro; el brillante Alba sigue a Latino.
Épito después de él es, tras éste Cápeto y Capis,
pero Capis antes estuvo. El reinado de ellos Tiberino
⁶¹⁵tomó, y hundido en las ondas de la corriente toscana
sus nombres dio a su agua, del cual Rémulo y el feroz
Ácrota fueron engendrados. Rómulo, más maduro en años,
de un rayo pereció –el imitador del rayo– por un golpe.
Que de su hermano más moderado, Ácrota, el cetro pasa
⁶²⁰al fuerte Aventino, el cual, en el que había reinado,
en ese mismo monte yace depositado y atribuyó su vocablo a ese monte.

Vertumno y Pomona (I)

Y ya de la palatina gente el mando Proca tenía.

Bajo el rey tal Pomona vivió, que la cual, ninguna entre las latinas

Hamadriades ha honrado con más pericia los huertos

⁶²⁵ni hubo más estudiosa otra del fruto del árbol,

de donde posee el nombre. No los bosques ella ni caudales,

el campo ama y las ramas que felices frutos llevan.

Y no de la jabalina pesada va, sino de la corva hoz, su diestra,

con la que ora su exceso modera y, extendidos por todas partes,

⁶³⁰sus brazos contiene, ora en una hendida corteza una vara

injerta y sus jugos apresta para un prohijado ajeno,

y que sienta sed no tolera y las recurvas fibras

de la bebedora raíz riega con manantes aguas.

Éste su amor; éste su estudio, de Venus incluso ningún deseo tiene.

⁶³⁵La fuerza aun así de los hombres del campo temiendo, sus pomares cierra
por dentro y los accesos prohíbe y rehúye masculinos.

¿Qué no los Sáticos, para los bailes apta esa juventud,

hicieron, y enceñidos de pino en sus cuernos los Panes,

y Sileno, siempre más juvenil que sus propios años,

⁶⁴⁰y el dios que a los ladrones o con su hoz o con su entrepierna aterra,

para apoderarse de ella? Pero es así que los superaba amándola

a ellos incluso Vertumno, y no era más dichoso que ellos.

Oh cuántas veces, en el atavío de un duro segador, aristas

en una cesta le llevó, y de un verdadero segador fue la imagen.

⁶⁴⁵Sus sienes muchas veces llevando con heno reciente trenzadas,

la segada grama podía parecer que había volteado.

Muchas veces en su mano rigurosa agujadas portaba, tal que él

jurarías que cansados acababa de desuncir sus novillos.

Una hoz dada, deshojador era y de la vid podador.

⁶⁵⁰Se vestía unas escalas: que iba a recoger frutos creerías.

Soldado era con una espada, pescador, la caña tomada.

Por fin, merced a esas muchas figuras acceso para sí muchas veces
encontró de modo que poseyera los goces de la contemplada hermosura.
Él incluso, coronadas sus sienas de una pintada mitra,
⁶⁵⁵apoyándose en un bastón, puestas por esas sienas canas,
se simuló una vieja, y entró en los cultivados huertos
y de los frutos se admiró y: “Tanto más poderosa”, dice,
y a la que un poco había alabado dio besos cuales nunca
verdadera hubiese dado una anciana, y en el terreno encorvada se sentó,
⁶⁶⁰mirando arriba, curvas, del peso de su otoño, las ramas.
Un olmo había enfrente, especioso por sus brillantes uvas.
El cual, después que al par, con su compañera vid, hubo aprobado:
“Mas si se alzara”, dice, “célibe sin el sarmiento su tronco,
nada, excepto sus frondas, por que se le buscara, tendría.
⁶⁶⁵Ésta también, la que unido se le ha, la vid descansa en el olmo.
Si casado no se hubiera, a la tierra inclinada, yacería.
Tú, aun así, con el ejemplo no te inmutas del árbol este,
y de los concúbitos huyes, ni de casarte curas.
Y ojalá quisieras. Helena no por más pretendientes
⁶⁷⁰se hubiese inquietado, ni la que de los Lápitás movió
a las batallas, ni la esposa del demasiado demorado Ulises.
Ahora también, aunque huyas y te apartes de los que te pretenden,
mil varones te desean, semidioses y dioses,
y cuantos númenes poseen los albanos montes.
⁶⁷⁵Pero tú si supieras, si unirte tú bien y a la anciana
esta oír quieres, que a ti más que todos esos,
más de lo que crees, te amo: rehúsa esas vulgares antorchas
y a Vertumno de tu lecho por compañero para ti elige, por el cual a mí también
como prenda tenme, pues para sí mismo más conocido él no es
⁶⁸⁰que para mí. Y no por doquier errante deambula por el orbe todo;
estos lugares grandes honra y no, cual parte grande de tus pretendientes,
a la que acaba de ver ama: tú el primer y el último ardor
para él serás y sola a ti ha consagrado sus años.

Añade que es joven, que natural tiene
685de la hermosura el regalo, y en las figuras aptamente se finge todas,
y que lo que hayas de ordenarle, aunque le ordenes cualquier cosa, será.
Qué de que amáis lo mismo, que los frutos que por ti honrados
él el primero tiene y sostiene tus regalos con diestra dichosa.
Pero ni ya sus crías anhela, del árbol arrancadas,
690ni, las que el huerto alimenta, con jugos tiernos las hierbas,
ni otra cosa que a ti: compadécete del que así arde y a él mismo,
quien te pide, en la boca mía, presente cree que te suplica,
y a los vengadores dioses y a la que los pechos duros aborrece,
a la Idalia, y la memorativa ira teme de la Ramnúsida.
695Y para que más lo temas –y en efecto a mí muchas cosas mi vejez
saber me ha dado– te referiré, en todo Chipre muy conocidos,
unos hechos con que virar fácilmente y enternecerte puedas.

Ifis y Anaxárete

“Había visto, generosa de la sangre del viejo Teucro,
Ifis a Anaxárete, de humilde estirpe creado.
700La había visto y concibió en todos sus huesos un fervor;
y tras luchar mucho tiempo, después que con la razón su furor
vencer no pudo, suplicante a sus umbrales vino,
y ora a su nodriza confesándole su desgraciado amor,
que con él dura no fuera, por sus esperanzas en su ahijada, le pidió,
705y ora de entre sus muchas compañeras enterneciendo a cualquiera
con acongojada voz, pretendía su propenso favor.
A menudo para que las llevaran dio sus palabras a tiernas tablillas,
a veces, mojadas del rocío de sus lágrimas, coronas
a sus jambas tendió y puso en su umbral duro
710su tierno costado y, triste, a la cerradura insultos le gritó.
Más salvaje ella que el estrecho que se levanta al caer los Cabritos,
más dura también que el hierro que funde el fuego nórico,
y que la roca viva que todavía por su raíz se sostiene,

lo desprecia y de él se burla, y a sus actos despiadados añade
⁷¹⁵palabras soberbias, feroz, y de su esperanza incluso priva a su amante.
No soportó, incapaz de sufrirlos, los tormentos de ese largo dolor
Ifis, y ante sus puertas estas palabras últimas dijo:
“Vences, Anaxárete, y no tendrás tú hastíos algunos al fin
que soportar de mí: alegres triunfos apresta
⁷²⁰y a Peán invita y cíñete de nítido laurel.
Pues vences, y muero con gusto: venga, férrea de ti, gózate.
Ciertamente a algo alabar de mi amor te verás obligada, en lo que a ti
te sea yo grato y el mérito confesarás nuestro.
No, aun así, antes mi anhelo por ti recuerda que me ha abandonado,
⁷²⁵que la vida, y de mi gemela al par luz me he visto privado.
Y no a ti la fama ha de venir, nuncia de mi muerte:
yo mismo, no lo dudes, llegaré y estar presente pareceré,
para que de mi cuerpo exánime tus crueles ojos apacientes.
Si aun así, oh altísimos, los hechos mortales veis,
⁷³⁰sed de mí memoriosos —nada más allá mi lengua suplicar
sostiene— y haced que de mí se cuente en una larga edad,
y, los que arrancasteis a mi vida, dad tiempos a mi fama.
Dijo, y a esas jambas, ornadas a menudo de sus coronas,
sus húmedos ojos y pálidos brazos levantando,
⁷³⁵al atar a lo más alto de las puertas las ataduras de un lazo:
“Estas guirnaldas a ti te placen, cruel y despiadada”, dijo,
e introdujo su cabeza, pero entonces también vuelto hacia ella,
y, peso infeliz, quebrada su garganta, se colgó.
Golpeada por el movimiento de sus pies, un sonido agitado y
⁷⁴⁰que abrir ordenaba pareció haber dado, y abierta la puerta, el hecho
revela: gritan los sirvientes y en vano levantándolo
—pues su padre había sucumbido— lo reportan hasta los umbrales de su madre.
Lo recibe ella en su seno y abrazada a los fríos miembros
del hijo suyo, después que las palabras de los desgraciados padres
⁷⁴⁵hubo expresado, y de las madres desgraciadas las operaciones concluyó,

los funerales guiaba, lacrimosa, por mitad de la ciudad,
y lívidos portaba sus miembros en el féretro que había de arder.
Por acaso, vecina su casa a la calle por la que, digna de llanto, iba
la pompa, estaba, y el sonido de los golpes de pecho, dura, a los oídos
⁷⁵⁰llega de Anaxárate, a la cual ya un dios vengador trataba.
Conmovida, aun así: “Veamos”, dice, “el desgraciado funeral”,
y, de anchas ventanas, va al piso alto
y no bien, impuesto sobre el lecho, contempló a Ifis,
rígidos quedaron sus ojos y cálida fuera de su cuerpo su sangre,
⁷⁵⁵sobrevenida a ella una palidez, huye, y al intentar
hacia atrás llevar sus pies, prendida estaba, y al intentar volver su rostro,
esto también no pudo, y poco a poco invade sus miembros,
la cual había estado ya hacía tiempo en su duro pecho, una roca.
Y para que esto fingido no creas, de su dueña con la imagen una estatua
⁷⁶⁰conserva todavía Salamina, y de Venus también un templo, con el nombre
de la Contemplante, tiene. De las cuales cosas consciente, oh querida mía, tus lentos
orgullos deja, te lo suplico, y a tu enamorado únete, mi ninfa:
así a ti ni un primaveral frío queme tus nacientes
frutos, ni los abatan florecientes, robadores, los vientos.”

Vertumno y Pomona (II)

⁷⁶⁵Ello una vez que para nada el dios, apto a la figura de vieja,
hubo expresado, al joven volvió, y los aparejos
se quitó de anciana, y tal se apareció a ella,
cual cuando a él opuestas, nitidísima del sol la imagen,
vence a las nubes y sin que ninguna lo impida reluce,
⁷⁷⁰y a la fuerza se dispone. Pero de fuerza no hay menester, y en la figura
del dios cautivada la ninfa fue, y mutuas heridas sintió.

Apoteosis de Rómulo y Hersilia

El próximo, el soldado del injusto Amulio, de Ausonia
gobernó las riquezas, y Númitor, el anciano, ellos perdidos, de su nieto

por regalo sus reinos cobró y en las fiestas de Pales de la ciudad
⁷⁷⁵las murallas se fundan. Y Tacio y los padres sabinos
guerras hacen, y Tarpeya, por haber abierto de la ciudadela el camino,
de su aliento digno de castigo se despojó, amontonadas las armas.

Después los nacidos de Cures a la manera de los tácitos lobos,
en su boca reprimen sus voces y unos cuerpos vencidos del sopor
⁷⁸⁰invaden y a las puertas van que con tranca firme
había cerrado el Iliada: una aun así la propia Saturnia
abre, y estrépito al girar el gozne no hizo.
Sola Venus que habían caído de la puerta los cerrojos sintió
y cerrado los hubiera, a no ser porque rescindir nunca
⁷⁸⁵los dioses pueden los actos de los dioses. Unos lugares a Jano juntos poseían
las Náyades Ausonias, rorantes de un helado manantial.

A ellas ruega auxilio, y esas ninfas a la que cosas justas pedía
no se resistieron, a la diosa, y las corrientes del manantial suyo sacaron.

Todavía no, aun así, inaccesibles la bocas
⁷⁹⁰de Jano, abierto, estaban, ni el camino había cerrado la onda:
lívidos ponen azufres bajo la fecunda fontana,
y encienden sus huecas venas con humeante betún.

Con las fuerzas estas y otras, un vapor penetró hasta lo más hondo
de la fontana y, al alpino modo, las que competir con la helada
⁷⁹⁵osabais, aguas, no cedéis a los fuegos mismos.

Por esa aspersion llameante humean las jambas,
y la puerta, para nada prometida a los rigurosos sabinos,
por esta fontana nueva fue obstruida, mientras de Marte el soldado
se vestía de sus armas. Las cuales, después que Rómulo más allá
⁸⁰⁰opuso, asolada quedó la tierra romana de cuerpos sabinos,
asolada quedó también de los suyos, y del yerno el crúor
con la sangre del suegro mezcló la impía espada.

Con la paz, aun así, que se detuviera la guerra, y no hasta lo último
a hierro dirimirla eligen, y que Tacio acceda al reino.

⁸⁰⁵Había sucumbido Tacio: igualadas para dos pueblos,

Rómulo, sus leyes dabas, cuando, dejando su yelmo Mavorte
con tales cosas se dirige, de los dioses y de los hombres, al padre:
“El tiempo llega, padre, puesto que con fundamento grande
el estado romano vigoroso está y no de un único gobernante depende,
⁸¹⁰de cumplir –me han sido prometidos a mí y a tu digno nieto–
sus recompensas, y a él, arrancado de las tierras, imponerlo al cielo.
Tú a mí, presente un día el consejo de los dioses,
pues lo recuerdo y en mi memorioso corazón tus piadosas palabras escribí:
“Uno habrá al que tú subirás a los azules del cielo”
⁸¹⁵dijiste. Confirmada sea la suma de las palabras tuyas.”
Asintió el todopoderoso, y el aire de nubes ciegas
ocultó y con trueno y su fulgor aterró el orbe.
Las cuales, a él prometidas, las sintió confirmadas, las señales de su robo:
y apoyado en su asta, a sus caballos, hundidos de su timón
⁸²⁰ensangrentado, impávido sube Gradivo, y con un golpe
del látigo dio un estallido e inclinado, por el aire resbalando,
se posó en lo más alto del collado del nemoroso Palacio,
y a él, que daba a su Quirite no regias leyes,
lo arrebató, al Iliada. Su cuerpo mortal por las auras
⁸²⁵tenues se diluyó, como por la ancha honda lanzada
suele, de plomo, la bala por la mitad consumirse del cielo.
Bella le viene una apariencia y de los divanes altos
más digna, cual es la hermosura de Quirino en trábea.
Le lloraba como perdido su esposa, cuando la regia Juno
⁸³⁰a Iris, que hasta Hersilia descienda por su senda curva
le impera, y que a la viuda sus mandados así le refiera:
“Oh de la latina, oh de la gente sabina, matrona,
la principal honra, dignísima de tan gran varón
de haber sido antes la esposa, ahora de serlo de Quirino,
⁸³⁵detén tus llantos y si el cuidado tuyo el de ver
a tu esposo es, conmigo de guía al bosque ven que en el collado de Quirino
verdea y al templo del romano rey da sombra.”

Obedece, y a la tierra bajando por sus arcos pintos,
a Hersilia compele con las ordenadas palabras Iris.

⁸⁴⁰Ella, en su vergonzoso rostro apenas levantando sus luces:

“Oh diosa –pues para mí, tanto no quién seas decir al alcance está,
cuanto sí es claro que eres una diosa– guíame, oh guíame”, dice, “y ofrécame
de mi esposo el rostro, el cual, si sólo poder verlo
los hados una vez me dieran, el cielo haber recibido confesaría.”

⁸⁴⁵Y sin demora de Rómulo con la virgen Taumantea

se adentra en los collados: allí una estrella del éter deslizada
cae hasta las tierras. De cuya luz ardiendo

Hersilia, sus cabellos, con esa estrella pasó a las auras.

A ella con sus manos conocidas el fundador de la ciudad de Roma

⁸⁵⁰la recibe, y su primitivo nombre, al par con su cuerpo,

le muda y Hora la llama, la cual, ahora diosa, se unió a Quirino.

Libro decimoquinto

—

Míscelo

Se busca entre tanto quien los pesos de tan gran mole
sostenga, y a tan gran rey pueda suceder:

destina para el mando, prenunciadora de la verdad,

la Fama al brillante Numa. No él bastante conocer los ritos

⁵de la gente sabina considera. En su ánimo capaz mayores cosas

concibe y cuál es de las cosas la Naturaleza indaga.

El amor de este cuidado, su patria y sus Cures abandonados,

hizo que penetrara hasta la ciudad del huésped de Hércules.

Qué autor había puesto griegas murallas en las orillas

¹⁰itálicas al preguntar, así, de los mayores uno

le refirió, de los nativos, no desconocedor de la vieja edad:

“Después del Océano, rico de los bueyes iberos el nacido de Júpiter,

que los litorales lacinos alcanzó en feliz travesía

se dice, y, mientras su vacada erraba por esas tiernas hierbas,

¹⁵que él en la casa y no inhóspitos techos del gran Crotón
entró, y que con el descanso alivió su larga penalidad,
y que así, al marchar: “En alguna edad”, había dicho, “de mis nietos
éste el lugar de su ciudad será” y sus promesas verdaderas fueron.

Pues hubo, engendrado del argólico Alemon, un tal

²⁰Míscelo, a los dioses aceptísimo de aquella edad.

Sobre él inclinándose, presa de la pesadez del sopor,
el portador de la clava se le dirige: “Vamos, abandona tus patrias
sedes, ve, busca las pedregosas ondas del opuesto Ésar”,
y si no obedeciera, con muchas cosas y de temer le amenaza.

²⁵Tras ello se alejan al par el sueño y el dios.

Se levanta el Alemónida y con tácita mente las recientes
visiones revive y pugna largo tiempo su decisión con él:

el numen marchar le ordena, prohíben alejarse las leyes
y pena de muerte puesta está para el que su patria mudar quiera.

³⁰Cándido, en el Océano su nítida cabeza había escondido el Sol,
y su cabeza había sacado constelada, densísima, la Noche.

Pareció que llegaba el mismo dios, y que lo mismo le advertía
y, si no obedeciera, con más y más graves cosas que le amenazaba.

Sintió mucho temor, y de una vez a trasladar se preparaba hacia sus sedes

³⁵nuevas su paterno santuario: surge un murmullo en la ciudad
y se le hace reo de despreciadas esas leyes, y cuando terminado se hubo
la causa primera y su delito queda patente, sin testigo probado,
desaliñado él, a los altísimos levantando el reo su cara y manos:

“Oh a quien derecho al cielo dieron tu docena de labores,

⁴⁰préstame, te suplico”, dice, “ayuda, pues tú eres de mi delito el autor.”

La costumbre era antigua, con níveas y negras piedrecitas,
con éstas condenar a los reos, con aquéllas absolverlos de culpa.

Entonces también así se llevó la sentencia triste y todo
guijarro se deposita negro en la despiadada urna.

⁴⁵La cual, una vez que derramó, vuelta, para ser numeradas, las piedrecitas,
en todas, del negro, su color se había mutado en blanco,

y cándida la sentencia por el numen de Hércules vuelta,
libra al Alemónida. Las gracias da él a su padre,
al Anfitriónida, y con vientos alentadores la superficie
⁵⁰navega jonia, y la salentina Nereto
atrás deja, y Síbaris, y la lacedemonia Tarento
y de Turia las ensenadas y Nemesia y de Iápige los campos
y, por apenas recorridas tierras que contemplan los mares,
encuentra las hadadas orillas de la corriente del Ésar
⁵⁵y no lejos de aquí un túmulo bajo el cual los sagrados huesos
de Crotón cubría la tierra, y allí, en esa ordenada tierra, unas murallas
fundó y el nombre del sepultado trajo para su ciudad.”
Tales los primordios constaba por una certera fama
que eran del lugar, y, puesta en las fronteras de Italia, de la ciudad.

Discurso de Pitágoras

⁶⁰Un varón hubo allí, de nacimiento samio, pero había huido al par
de Samos y de sus dueños y, por odio de la tiranía, un exiliado
por su voluntad era, y él, aunque del cielo por la lejanía remotos,
con su mente a los dioses llegó y lo que la naturaleza negaba
a las visiones humanas, con los ojos tales cosas de su pecho lo sacaba,
⁶⁵y cuando en su ánimo y con su vigilante cuidado lo había penetrado todo,
en común para aprenderse lo daba, y a las reuniones de los que guardaban silencio
y de los admiradores de sus relatos los primordios del gran mundo
y las causas de las cosas y qué la naturaleza, enseñaba,
qué el dios, de dónde las nieves, cuál de la corriente fuera el origen,
⁷⁰si Júpiter o los vientos, destrozada una nube, tronaran,
qué sacudía las tierras, con qué ley las constelaciones pasaban,
y cuanto está oculto; y él el primero que animales en las mesas
se pusieran rebatió, el primero también con tales palabras su boca,
docta ciertamente, liberó, pero no también creída:
⁷⁵“Cesad, mortales, de mancillar con festines sacrílegos
vuestros cuerpos. Hay cereales, hay, que bajan las ramas

de su peso, frutas, y henchidas en las vides, uvas,
hay hierbas dulces, hay lo que ablandarse a llama
y suavizarse pueda, y tampoco a vosotros del humor de la leche
⁸⁰se os priva, ni de las mieles aromantes a flor de tomillo.
Pródiga, de sus riquezas y alimentos tiernos la tierra
os provee, y manjares sin matanza y sangre os ofrece.
Con carne las fieras sedan sus ayunos, y no aun así todas,
puesto que el caballo, y los rebaños y manadas de la grama viven.

⁸⁵Mas aquellas que un natural tienen inmansueto y fiero,
de Armenia los tigres, y los iracundos leones,
y con los lobos los osos, de los festines con sangre se gozan.
Ay, qué gran crimen es en las vísceras vísceras esconder
y con un cuerpo ingerido engordar un ávido cuerpo,
⁹⁰y que un ser animado viva de la muerte de un ser animado.
¿Así que de entre tantas riquezas que la mejor de las madres,
la tierra, pare, nada a ti masticar con salvaje diente
te complace y las comisuras recordar de los Cíclopes,
y no, si no es perdiendo a otro, aplacar podrías
⁹⁵los ayunos de tu voraz y mal educado vientre?

Mas la vieja aquella edad, a la que, áurea, hicimos su nombre,
con crías de árbol y, las que la tierra alimenta, con las hierbas,
afortunada se le hizo y no mancilló su boca de sangre.
Entonces también las aves, seguras, movieron por el aire sus alas,
¹⁰⁰y la liebre impávida erraba en mitad de los campos
y no su credulidad al pez había suspendido del anzuelo.
Todas las cosas, sin insidias, y sin temer ningún fraude
y llenas de paz estaban. Después que un no útil autor
los víveres envidió, quien quiera que fuera él, de los leones,
¹⁰⁵y corpóreos festines sumergió en su ávido vientre,
hizo camino para el crimen, y por primera vez de la matanza de fieras
calentarse puede, manchado de sangre, el hierro
—y esto bastante hubiera sido—, y que los cuerpos que buscaban nuestra

perdición fueran enviados a la muerte, a salvo la piedad, confesemos:

¹¹⁰pero cuanto dignos de ser dados a la muerte, tanto no de que se les comieran fueron.

Más lejos, desde ahí, la abominación llega, y la primera se considera que víctima el cerdo mereció morir porque las semillas con su combo hocico desenterrara y la esperanza interceptara del año. Una vid al ser mordida, que el cabrío ha de ser inmolado del Baco vengador ¹¹⁵junto a las aras, se dice. Mal les hizo su culpa a los dos. ¿Qué merecisteis las ovejas, plácido ganado y para guardar a los hombres nacido, que lleváis plena en la ubre néctar, que de blandos cobertores vuestras lanas nos ofrecéis y que en vida más que con la muerte nos ayudáis? ¹²⁰¿Qué merecieron los bueyes, animal sin fraude ni engaños, inocuo, simple, nacido para tolerar labores? Ingrato es, solamente, y no del regalo de los granos digno, el que pudo recién quitado el peso del curvo arado al labrador inmolar suyo, el que, ése molido por la labor, ¹²⁵ése con el que tantas renovara el duro campo cuantas veces diera cosechas, ese cuello tajó con la segur.

Y bastante no es que tal abominación se cometa: a los propios dioses inscriben para ese crimen y el numen superior con la matanza creen que disfruta de ese sufridor novillo.

¹³⁰La víctima, de tacha carente y prestantísima de hermosura, pues el haber complacido mal le hace, de vendas conspicua y de oro, es colocada ante las aras, y oye sin comprender al oficiante, y que se imponen ve entre los cuernos de la frente suya, los que cultivó, esos granos, y tajada, de su sangre los cuchillos ¹³⁵tiñe, previamente vistos quizás en la fluida onda.

En seguida, arrancadas de su viviente pecho sus entrañas las inspeccionan y las mentes de los dioses escrutan en ellas.

Después —¿el hambre en el hombre tan grande es de los alimentos prohibidos?— osáis comerlo, oh género mortal, lo cual suplico

¹⁴⁰no haced y a los consejos vuestros ánimos volved nuestros,
y cuando de las reses asesinadas deis sus miembros al paladar,
que coméis vosotros sabed, y sentid, a vuestros colonos.

Y ya que un dios mi boca mueve, obedeceré al dios que mi boca
mueve ritualmente, y los Delfos míos y el propio éter

¹⁴⁵abriré y descerraré los oráculos de una augusta mente.

Grandes cosas y no investigadas por los talentos de los predecesores
y que largo tiempo han estado ocultas cantaré. Place ir a través de los altos
astros, place las tierras y su inerte sede dejada

en una nube viajar y en los hombros asentarse de Atlas,

¹⁵⁰y a los diseminados hombres por todos lados y de razón carentes
abajo contemplar desde lejos, y agitados y de su final temerosos
así exhortar y la sucesión revelarles de su hado:

Oh género de los atónitos por el miedo de la helada muerte,
¿por qué a la Estige, por qué las tinieblas y nombres vanos teméis,

¹⁵⁵materia de los poetas, peligros de un falso mundo?

Los cuerpos, ya la hoguera con su llama, o ya con su consunción
la vejez los arrebatara, males poder sufrir ningunos creáis.

De muerte carecen las almas y su anterior sede abandonada
en nuevas casas viven y habitan, en ellas recibidas.

¹⁶⁰Yo mismo, pues lo recuerdo, en el tiempo de la guerra de Troya
el Pantoida Euforbo era, al que en su pecho un día clavó,
a él enfrentado, la pesada asta del menor Atrida.

He conocido el escudo, de la izquierda nuestra los fardos,
hace poco, en el templo de Juno, en la Abantea Argos.

¹⁶⁵Todas las cosas se mutan, nada perece: erra y de allí
para acá viene, de aquí para allá, y cualesquiera ocupa miembros
el espíritu, y de las fieras a los humanos cuerpos pasa,
y a las fieras el nuestro, y no se destruye en tiempo alguno,
y, como se acuña la fácil cera en nuevas figuras,

¹⁷⁰y no permanece como fuera ni la forma misma conserva,
pero aun así ella la misma es: que el alma así siempre la misma

es, pero que migra a variadas figuras, enseño.

Así pues, para que la piedad no sea vencida por el deseo del vientre,
cesad, os vaticino, las emparentadas almas con matanza
¹⁷⁵abominable de perturbar, y con sangre la sangre no sea alimentada.

Y ya que viajo por un gran mar y llenas a los vientos
mis velas he dado: nada hay que persista en todo el orbe.

Todo fluye, y toda imagen que toma forma es errante.

También en asiduo movimiento se deslizan los mismos tiempos,

¹⁸⁰no de otro modo que una corriente, pues detenerse una corriente
ni una leve hora puede: sino como la onda es impelida por la onda,
y es empujada la anterior por la que viene y ella empuja a su anterior,
los tiempos así huyen al par y al par ellos persiguen

y nuevos son siempre pues lo que fue antes atrás queda

¹⁸⁵y deviene lo que no había sido, y los momentos todos se renuevan.

Tú contemplas que también las ya medidas noches tienden a la luz,
y que la luminaria esta nítida sucede a la negra noche,
y el color tampoco es el mismo en el cielo cuando, cansadas todas las cosas,
del reposo yacen en mitad, y cuando el Lucero sale claro

¹⁹⁰con su caballo blanco; y de nuevo es otro cuando, adelantada, de su luz
la Palantíada tiñe, el que ha de entregar a Febo, el orbe.

El propio escudo del dios cuando se levanta de lo más hondo de la tierra,
por la mañana rojea, y rojea cuando se esconde en lo más hondo de la tierra;
cándido en lo más alto es, porque mejor naturaleza allí

¹⁹⁵la del éter es y lejos de los contagios de la tierra huye,
tampoco pareja o la misma la forma de la nocturna Diana
ser puede nunca y siempre la de hoy que la siguiente,
sí crece, menor es, mayor si contrae su orbe.

¿Y no que en apariencias cuatro se sucede el año
²⁰⁰ves, realizando las imitaciones de la edad nuestra?

Pues tierno y lactante y semejantísimo de un recién nacido a la edad
en la primavera nueva es. Entonces la hierba reciente y de dureza libre
está turgente y sólida no es y en su esperanza deleita a los campesinos.

Todas las cosas entonces florecen, y con los colores de las flores, nutricio,
²⁰⁵juega el campo, y todavía virtud en sus frondas ninguna hay.

Pasa al verano, tras la primavera, más robusto el año
y se hace un vigoroso joven, pues ni más robusta edad
ninguna, ni más fértil, ni que más arda, ninguna hay.

La releva el otoño, depuesto el fervor de la juventud,
²¹⁰maduro y suave y, entre el joven y el viejo,
en templanza intermedio, asperjado también en sus sienes de canas.

Después la senil mala estación llega, erizada con paso trémulo,
o expoliada de los suyos —o de los que tiene, blanca— de cabellos.

También nuestros propios cuerpos siempre y sin descanso
²¹⁵alguno se transforman, y no lo que fuimos o somos
mañana seremos. Hubo aquel día en el que, simientes solo
y esperanza de hombres, de nuestra primera madre habitábamos en el vientre:
la naturaleza sus artesanas manos nos allegó y que estuvieran
angustiados esos cuerpos en las vísceras escondidos de nuestra distendida madre
²²⁰no quiso y de esa casa nos emitió, vacías, a las auras.

Dado a la luz estaba tendido sin fuerzas ese niño;
luego como cuadrúpedo y al modo movió sus miembros de las fieras,
y poco a poco temblando y todavía de hinojo no firme
se puso de pie, ayudando con algún esfuerzo a sus músculos;
²²⁵después vigoroso y veloz fue, y el espacio de la juventud
atraviesa y, agotados del intermedio tiempo también los años,
se baja por el camino inclinado de la caduca vejez.

Socava esta y demuele de la edad anterior
las fuerzas, y llora Milón de mayor, cuando contempla inanes
²³⁰a aquéllos que fueran por la mole de sus sólidos músculos
a los de Hércules semejantes, sus brazos, fluidos, colgar.

Llora también cuando en el espejo arrugas de vieja se ha visto
la Tindáride y consigo misma por qué dos veces se la raptara se pregunta.

Tiempo, devorador de las cosas, y tú, envidiosa Vejez,
²³⁵todo lo destrúis y corrompidas con los dientes de la edad

poco a poco consumís todas las cosas con una muerte lenta.

Tampoco tales cosas persisten, a las que nosotros elementos llamamos,
y qué tornas les ocurren, vuestros ánimos prestad, os mostraré.

Cuatro cuerpos generadores el mundo eterno

²⁴⁰contiene. De ellos dos son onerosos, y por su propio

peso hacia lo más bajo, la tierra y la onda, se marchan,

y otros tantos de gravedad carecen y sin que nadie les empuje

a lo alto acuden, el aire y que el aire más puro el fuego.

Las cuales cosas, aunque en espacio disten, aun así todo se hace

²⁴⁵de ellas y hacia ellas caen: y disuelta la tierra

se enralece hacia las fluidas aguas; atenuado, en auras

y en aire el humor acaba; y privado también de peso de nuevo

hacia los altísimos fuegos el aire más tenue centellea.

De ahí para atrás vuelven y el mismo orden se desteje,

²⁵⁰pues el fuego, espesado, a denso aire pasa,

éste a aguas, tierra aglomerada se reúne de la onda.

Y la apariencia suya a cada uno tampoco le permanece y, de las cosas
renovadora, desde unas rehace la naturaleza otras figuras,

y no perece cosa alguna, a mí creed, en todo el mundo,

²⁵⁵sino que varía y su faz renueva y nacer se llama

a empezar a ser otra cosa de la que fue antes, y morir

a acabar aquello mismo. Aunque hayan sido acá quizás aquéllas,

éstas transferidas allá, en suma, aun así, todas las cosas se mantienen.

Nada yo, ciertamente, que dura mucho tiempo bajo la imagen misma

²⁶⁰creería: así hasta el hierro vinisteis desde el oro, siglos,

así tantas veces tornado se ha la fortuna de los lugares.

He visto yo, lo que fuera un día solidísima tierra,

que era estrecho, he visto hechas de superficie tierras,

y lejos del piélago yacen conchas marinas,

²⁶⁵y, vieja, encontrado se ha en los montes supremos un ancla,

y lo que fue llano, valle la avenida de las aguas

hizo, y por una inundación un monte ha sido abajado a la superficie,

y de una pantanosa otra tierra aridece de secas arenas,
y lo que sed había soportado, empantanado de lagos se humedece.

²⁷⁰Aquí manantiales nuevos la naturaleza ha lanzado, mas allí
los cerró y, muchos, por los antiguos temblores del orbe
han irrumpido, o, desecados, se han asentado.

Así, donde el Lico ha sido apurado por una terrena comisura,
brota lejos de ahí, y renace por otra boca.

²⁷⁵Así ora es embebido, ora, por un cubierto abismo resbalando,
regresa ingente el Erasino de Argolia en los campos,
y al misio, de la cabeza suya y de su ribera anterior
que sentía disgusto dicen: que por otro lado ahora va, el Caíco.

Y, no poco, revolviendo el Amenano las arenas sicánias,

²⁸⁰ahora fluye, a las veces, detenidos sus manantiales, aridece.

Antes se le bebía, ahora, las que tocar no quisieras,
vierte el Anigro sus aguas, después que –salvo que a los poetas
se les deba arrebatar toda la fe– allí lavaron los bimembres las heridas
que les había hecho del portador de la clava, de Hércules, el arco.

²⁸⁵¿Y no el Hípanis, de los montes escíticos nacido,
que había sido dulce, de sales se corrompe amargas?

De oleajes rodeadas habían estado Antisa y Faros,
y la fenicia Tiro: de las cuales ahora isla ninguna es.

Una Léucade continua tuvieron sus viejos colonos:

²⁹⁰ahora estrechos la rodean. Zancle también que unida estuvo
se dice a Italia, hasta que sus confines el ponto
arrebató y rechazó la tierra en plena onda.

Si buscas Hélice y Buris, Acaides ciudades,
las encontrarás bajo las aguas, y todavía señalar los navegantes

²⁹⁵suelen, inclinadas, sus fortalezas con sus murallas sumergidas.

Hay cerca de la Pitea Trecén un túmulo, sin árboles
algunos arduo, un día llanísima área

de campo, ahora túmulo. Pues –cosa horrenda de relatar–
la fuerza fiera de los vientos, encerrada en ciegas cavernas,

³⁰⁰afuera soplar por alguna parte queriendo y luchando en vano
por disfrutar de más libre cielo, como en su cárcel
grieta ninguna hubiera en toda ni permeable para sus soplos fuera,
hinchió, distendida, la tierra como el aliento de la boca
tensar una vejiga suele, o arrancadas sus pieles
³⁰⁵a un bicorne cabrió. El bulto aquel de ese lugar permaneció y de un alto
collado tiene la apariencia y se endureció con la larga edad.

Muchas cosas aunque me vienen, oídas y conocidas por nos,
pocas más referiré. ¿Qué, que no la linfa también figuras
da y las toma nuevas? En medio del día, cornado Amón,
³¹⁰tu onda helada está, y en el orto y en la puesta está caliente.
Acercándole aguas, que los Atamantes encienden un leño
se cuenta cuando la luna se ha retirado a sus orbes mínimos.
Una corriente tienen los cícones, la cual bebida, de piedra vuelve
las vísceras, la cual produce mármoles en las cosas por ella tocadas.

³¹⁵El Cratis y desde él el Síbaris, colindante a nuestras orillas,
al ámbar semejantes hacen y al oro los cabellos.

Y lo que más admirable es, los hay que no los cuerpos sólo,
sino los ánimos también sean capaces de mutar, humores.

¿Quién no ha oído de Sálmacis, la de obscena onda,

³²⁰y de los etíopes lagos? De los cuales, si alguien con sus fauces apura,
o delira o padece de admirable pesadez un sopor.

Del Clítor quien quiera que su sed en el manantial ha aliviado,
de los vinos huye y goza abstemio de las puras ondas,
sea que una fuerza hay en su agua contraria al caliente vino,

³²⁵o sea, lo que los indígenas recuerdan, que de Amitaón el nacido
a las Prétides, atónitas después que merced a un encanto y hierbas
las arrancó de sus delirios, los purgantes de su mente los lanzó
a aquellas aguas, y el odio del vino puro permaneció en sus ondas.

A éste fluye, por su efecto disparejo, de la Lincéstide el caudal,

³³⁰del cual, quien quiera que con poco moderada garganta saca,
no de otro modo se tambalea que si puros vinos hubiese bebido.

Hay un lugar en la Arcadia, Féneo lo llamaron los de antaño,
por sus ambiguas aguas sospechoso, las cuales de noche teme:
de noche dañan ellas bebidas, sin daño en la luz se las bebe.
³³⁵Así unas y las otras fuerzas lagos y corrientes
conciben: y un tiempo hubo en que nadaba en las aguas;
ahora asentada está Ortigia. Temió la Argo, asperjadas
por los embates de las olas rotas en ellas, a las Simplégades,
que ahora inmóviles permanecen y a los vientos resisten.
³⁴⁰Y tampoco el que arde con sus sulfuradas fraguas, el Etna,
ígneo siempre será, pues tampoco fue ígneo siempre.
Pues si ella es un ser que alienta, la tierra, y vive y tiene
respiraderos que llama exhalan por muchos lugares,
mudar las vías de su respiración puede y cuántas veces
³⁴⁵se mueva, éstas acabarlas, abrir aquellas cavernas puede;
o si leves vientos están encerrados en profundas cuevas,
y rocas contra rocas y materia que posee las simientes
de la llama arrojan, ella concibe con sus golpes el fuego,
sus cuevas abandonarán frías al sedarse esos vientos;
³⁵⁰o si del betún las fuerzas arrebatan esos incendios
o galdos azufres arden con exiguos humos,
naturalmente cuando la tierra sus pábulos y alimentos pingües a la llama
no dé, consumidas sus fuerzas a través de la larga edad,
y a su naturaleza voraz su nutrimento falte,
³⁵⁵no soportará ella su hambre y esos abandonos abandonará el fuego.
Que hay hombres, la fama es, en la hiperbórea Palene,
que suelen velar sus cuerpos con leves plumas
cuando nueve veces han sentido la laguna de Tritón.
No lo creo yo, por cierto: asperjados también sus cuerpos de venenos
³⁶⁰que ejercen las artes mismas las Escítides se recuerda.
Si alguna fe, aun así, ha de ofrecerse a las cosas probadas,
¿acaso no ves que cuantos cuerpos con la demora y el fluido calor
se descomponen en pequeños vivientes se tornan?

Ve y también entierra unos selectos toros inmolados
³⁶⁵—cosa conocida por el uso—: de la podrida víscera por todos lados,
 selectoras de las flores, nacen abejas, que a la manera de sus padres
 los campos honran y su obra favorecen y para su esperanza trabajan.
 Presa de la tierra un caballo guerrero del abejorro el origen es.
 Sus cóncavos brazos si quitas a un cangrejo ribereño,
³⁷⁰el resto lo pones bajo tierra, de la parte sepultada
 un escorpión saldrá y con su cola amenazará corva.
 Y las que suelen con sus canos hilos entretejer las frondas,
 las agrestes polillas —cosa observada para los colonos—,
 con la fúnebre mariposa mudan su figura.
³⁷⁵Unas simientes el cieno tiene que procrea las verdes ranas,
 y las procrea trucas de pies, luego, aptas para nadar,
 piernas les da, y para que éstas sean para largos saltos aptas,
 la posterior medida supera a las partes anteriores.
 Tampoco el cachorro que en su parto reciente ha dado la osa
³⁸⁰sino carne malamente viva es. Lamiéndolo su madre hacia sus articulaciones
 los modela y a la forma, cuanta abarca ella misma, lo conduce.
 ¿Acaso no ves, a las que la cera hexagonal cubre, a las crías
 de las portadoras de miel, las abejas, que cuerpos sin miembros nacen
 y tardíos su pies como tardías asumen sus remeras?
³⁸⁵De Juno el ave, que de cola constelaciones lleva,
 y el armero de Júpiter y de Citerea las palomas
 y el género todo de las aves, si de las partes medias de un huevo
 no supiéramos que se forman, quién, que nacer podrían, creería?
 Hay quienes, cuando podrido se ha una espina en un sepulcro cerrado,
³⁹⁰que se mutan creen en serpientes las humanas médulas.
 Éstos, aun así, de otros los primordios de su género sacan.
 Una ave hay que se rehaga y a sí misma ella se reinsemine.
 Los asirios fénix la llaman. No de granos ni de hierbas,
 sino de lágrimas de incienso y del jugo vive de amomo.
³⁹⁵Ella cuando cinco ha completado los siglos de la vida suya,

de una encina en las ramas y en la copa, trémula, de una palmera,
con las uñas y con su puro rostro un nido para sí se construye,
en el cual, una vez que con casias y del nardo lene con las aristas
y con quebrados cínamos lo ha cimentado junto con rubia mirra,
⁴⁰⁰a sí mismo encima se impone, y finaliza entre aromas su edad.

De ahí, dicen que, quien otros tantos años vivir deba,
del cuerpo paterno un pequeño fénix renace.

Cuando le ha dado a él su edad fuerzas, y una carga llevar puede,
de los pesos del nido las ramas alivia de su árbol alto
⁴⁰⁵y lleva piadoso, como las cunas suyas, el paterno sepulcro,
y a través de las leves auras, de la ciudad de Hiperión adueñándose,
ante sus puertas sagradas de Hiperión en el templo los suelta.

Si con todo hay algo de admirable novedad en tales cosas,
de que cambie sus tornas y la que ora como hembra en su espalda
⁴¹⁰padecido al macho ha, ahora de que sea macho ella admirémonos, la hiena.

De éste también, del viviente que de vientos se nutre y de aura,
que en seguida simula cuantos colores ha tocado.

Vencida, al portador de los racimos, lince dio la India, a Baco,
cuya vejiga, según recuerdan, cuanto remite
⁴¹⁵se torna en piedras y congela, el aire al ser tocado.

Así también el coral, en el primer momento que toca las auras,
en ese tiempo se endurece: mullida fue hierba bajo las ondas.

Acabará antes el día y Febo en la alta superficie
teñirá sus caballos sin aliento, de que yo alcance todas las cosas con mis palabras,
⁴²⁰que a apariencias se han trasladado nuevas. Así los tiempos tornarse

contemplamos: a aquellas gentes asumir fortaleza,
caer a estas. Así grande fue, de hacienda y de hombres,
y durante diez años pudo tanta sangre dar:

ahora, humilde, nada más Troya viejas ruinas
⁴²⁵y muestra en vez de sus riquezas los túmulos de sus abuelos.

Clara fue Esparta, vigorosa fue la gran Micenas,
y no poco la Cecrópide, y no poco de Anfión los recintos.

Vil suelo Esparta es, alta cayó Micenas,
la Edipodonia qué es, sino unos nombres, Tebas,
⁴³⁰qué de la Pandionia queda, sino el nombre, Atenas.
Ahora también, la fama es, que una Dardania Roma está surgiendo,
la cual, próxima del nacido del Apenino, del Tíber, a las ondas,
bajo una mole ingente los cimientos de sus estados pone.

Ella, así pues, su forma creciendo muda, y en otro tiempo
⁴³⁵la cabeza del inmenso orbe será. Así lo han dicho los profetas
y, cantoras del hado, lo refieren las venturas, y por cuanto recuerdo
el Priámida Héleno al que lloraba y dudaba de su salvación
había dicho, a Eneas, cuando el estado troyano caía:

“Nacido de diosa, si conocidos bastante los presagios de nuestra
⁴⁴⁰mente tienes, no toda caerá, tú a salvo, Troya.

La llama a ti y el hierro te darán un camino: irás y a la vez
Pérgamo arrebatado te llevarás, hasta que a Troya y a ti,
exterior al paterno, os alcance un más amigo campo.

Una ciudad también contemplo que debes a nuestros frigios nietos
⁴⁴⁵cuan grande ni es ni será –ni aun vista– en los anteriores años.

A ella otros próceres a través de siglos largos poderosa,
pero dueña de los estados, uno de la sangre nacido de Julo
la hará, del cual cuando la tierra se haya servido,
lo disfrutarán las etéreas sedes, y el cielo será la salida para él.”

⁴⁵⁰Que tales cosas Héleno había cantado al portador de los penates, a Eneas,
yo, de mente memorioso, refiero, y de que esas a mí emparentadas murallas crezcan
me alegre, y de que útilmente a los frigios vencieran los pelasgos.

Para que, aun así, olvidados de que a su meta tienden
mis caballos, lejos no me desplace, el cielo y cuanto bajo él hay
⁴⁵⁵muta sus formas, y la tierra, y cuanto en ella hay.

Nosotros también, parte del mundo, puesto que no cuerpos sólo,
sino también voladoras almas somos, y a ferinas casas
podemos ir, y de rebaños en los pechos escondernos,
esos cuerpos, que pueden las almas tener de nuestros padres

⁴⁶⁰o de nuestros hermanos o de gentes unidas por algún pacto a nosotros,
 o de hombres, ciertamente, que seguros estén y honestos permitamos,
 o no acumulemos entrañas en nuestras mesas de Tiestes.
 Cuán mal acostumbra, cuán a sí mismo se prepara él, impío,
 para el crúor humano, de un novillo el que la garganta a hierro
⁴⁶⁵rompe e inmutados ofrece a sus mugidos sus oídos,
 o el que, vagidos semejantes a los infantiles cuando un cabrito
 da, degollarlo puede, o de un ave alimentarse
 a la que puso él mismo sus comidas. ¿Cuánto hay que falte en ello
 para el pleno crimen? ¿A dónde el tránsito desde ahí se prepara?
⁴⁷⁰El buey are, o su muerte impute a sus mayores años,
 contra el bóreas horripilante la oveja armas suministre,
 sus ubres den, saturadas las cabritas, a manos que las opriman.
 Las redes junto con los cepos, y los lazos y artes dolosas
 quitad, y al pájaro no engañad con la cebada vara,
⁴⁷⁵y, hechas para el espanto, con las plumas a los ciervos no burlad
 ni esconded con carnadas falaces los corvos anzuelos.
 Perded a cuanto cause daño, pero esto también perdedlo tan sólo,
 las bocas de sangre queden libres y alimentos tiernos cojan.”

Hipólito

Con tales y otros discursos instruido su pecho
⁴⁸⁰a su patria que regresó dicen y voluntariamente buscado,
 que cogió Numa del pueblo del Lacio las riendas.
 Por su esposa él feliz, una ninfa, y por sus guías, las Camenas,
 les enseñó los sacrificiales ritos y a una gente a la feroz
 guerra acostumbrada, de la paz trasladó a las artes.
⁴⁸⁵El cual, después que, mayor, su reino y su edad hubo consumado,
 extinguido, del Lacio las nueras, y el pueblo, y los padres
 lloraron a Numa, pues su esposa, la ciudad abandonando,
 se oculta escondida en las densas espesuras del valle Aricino,
 y los sacrificios de la Oresteia Diana con su gemido y lamento

⁴⁹⁰estorba. Ay cuántas veces las ninfas del bosque y del lago
que no lo hiciera le advirtieron y consoladoras palabras le dijeron.

Cuántas veces a la que lloraba el Teseio héroe:

“Pon una medida”, dijo, “pues tampoco la fortuna de lamentar
sola la tuya es. De otros repara en los semejantes casos:

⁴⁹⁵más benignamente lo llevarás, y ojalá los ejemplos a ti, doliente,
no los míos te pudieran aliviar, pero también los míos pueden.

Hablando, algún Hipólito a vuestros oídos si ha alcanzado,
que por la credulidad de su padre, por el fraude de su criminal madrastra
sucumbió a la muerte, te asombrarás y apenas te lo probaré,

⁵⁰⁰pero aun así, ése soy yo. A mí la Pasifeia un día, tentándome
en vano a ultrajar de mi padre la alcoba,

aquello que quiso fingió haberlo querido y su delito tornando
—¿de la delación por miedo más, u ofendida por el rechazo?—,

me condenó, y al que merecía nada su padre echó de la ciudad

⁵⁰⁵y con una hostil plegaria la cabeza impreca del que marchaba.

A la Pitea Trecén con prófugo carro me dirigía,

y ya del Corintíaco ponto cogía por los litorales,

cuando el mar se irguió y un cúmulo ingente de aguas,

de un monte en la apariencia, cuvarse y crecer parecía

⁵¹⁰y que daba mugidos y por su suprema cima se hendía.

Cornado, de ahí un toro es expelido, de las rotas ondas,

y hasta su pecho erigido hacia las auras suaves,

de sus narinas y anchurosa boca vomita una parte del mar.

Los corazones se llenan de pavor de mis acompañantes, mi mente impertérrita
permanece,

⁵¹⁵con los exilios suyos contenta, cuando sus cuellos, feroces,

a los estrechos viran y erguidas sus orejas se espantan

mis cuadrípedes y del monstruo por el miedo se turban y precipitan

el carro de las altas peñas. Yo por conducir los vanos

frenos con mi mano, y de espumas blanquecientes embadurnados, lucho,

⁵²⁰y hacia atrás tenso, boca arriba, las flexibles riendas,

y aun así a estas fuerzas la rabia no hubiese superado de los caballos,
si una rueda, por donde ella circungira perpetuo al eje,
de un tronco por el tropiezo, roto y deshecho no se hubiese.
Salgo despedido del carro y, como las correas sujetaban mis miembros,
⁵²⁵mis entrañas vivas arrastrar, y mis nervios en el tronco ser retenidas,
mis miembros ser arrebatados en parte, en parte enganchados quedar,
mis huesos dar, rotos, un grave sonido, y vieras, agotado,
mi aliento expirar, y ningunas partes en mi cuerpo
que reconocer pudieras: una sola herida era todo.
⁵³⁰¿Acaso puedes, u osas, con la calamidad comparar nuestra,
ninfa, la tuya? Vi también de luz carentes los reinos
y lacerado calenté mi cuerpo del Flegetonte en la onda,
y no, sino con una vigorosa medicina del vástago de Apolo,
devuelta la vida me fuera; la cual, después que con esas fuertes hierbas
⁵³⁵y con la ayuda peonia, para indignación de Dite, recobré,
entonces a mí, para que aparecido no aumentara del don este
la envidia, densas me opuso la Cintia unas nubes,
y para que estuviera guardado y pudiera impunemente ser visto,
me añadió edad y no reconocible me dejó
⁵⁴⁰el rostro mío y a Creta mucho tiempo dudó si para habitarla
me entregaría o a Delos. Delos y Creta abandonadas
aquí me puso y un nombre al mismo tiempo, que pudiera mis caballos
evocar, me ordena que deponga y: “Quien fuiste
Hipólito”, dijo, “ahora, el mismo, Virbio sé.”
⁵⁴⁵Este bosque desde entonces honro y, de los dioses menores uno,
bajo el nombre de mi señora me oculto y hacienda suya soy.”

Tages. La lanza de Rómulo. Cipo

No, aun así, de Egeria los lutos las ajenas pérdidas
capaces son de aliviar, y de un monte tendida en sus raíces hondas
se disuelve en lágrimas, hasta que por piedad de la doliente
⁵⁵⁰conmovida la hermana de Febo, gélido, de su cuerpo un manantial

hizo y sus miembros atenuó en eternas ondas.

También a las ninfas tocó ese nuevo asunto, y de la Amazona el nacido
no de otro modo quedó suspendido que cuando el tirreno labrador
un hadado terrón contempló en mitad de los campos

⁵⁵⁵que por voluntad propia primero, sin que nadie lo agitara, se movía,
que tomaba luego la de hombre, de tierra remitía la forma,
y que su boca abría reciente para los venideros hados:

los nativos le llamaron Tages, el primero que enseñó
de Etruria a la gente a abrir los casos futuros.

⁵⁶⁰O como en los palatinos collados en otro tiempo, prendida,
cuando súbitamente vio brotar Rómulo su asta,
la cual, con una raíz nueva, no por el hierro clavado se alzaba,
y ya no arma, sino de flexible mimbre un árbol,
no esperadas daba a los que se admiraban sombras.

⁵⁶⁵O de la corriente cuando vio Cipo en la onda
los cuernos suyos –pues los vio–, y que una falsa fe había
creyendo en la imagen, sus dedos a su frente muchas veces llevando,
lo que veía tocó y, ya sus ojos sin culpar,
se detuvo, cual regresaba vencedor del dominado enemigo,

⁵⁷⁰y al cielo sus ojos y al mismo sus brazos levantando:

“Lo que quiera”, dice, “altísimos, que con el prodigio se pronostique este,
si alegre es: para mi patria alegre y para el pueblo de Quirino,
o si amenazador: para mí lo sea”, y de césped verde hechas
aplaca con aromados fuegos, herbosas, esas aras,

⁵⁷⁵y vinos les da en páteras y de unas inmoladas bidentes
qué a él le indiquen consulta, palpitantes, sus entrañas.

Las cuales, al mismo tiempo que las contempló de la tirrena gente el arúspice,
grandes proyectos de estados ciertamente vio en ellas,
no manifiestos, aun así. Pero cuando levantó aguda

⁵⁸⁰su mirada desde las fibras de la res hacia los cuernos de Cipo:

“Rey”, dice, “oh, salve, pues a ti, Cipo, este lugar
y de la Lacia obedecerán, a los cuernos tuyos, los recintos.

Tú sólo rompe tus demoras y por esas puertas a entrar abiertas
apresúrate. Así los hados lo ordenan, pues por la ciudad recibido
⁵⁸⁵rey serás y de un cetro te apoderarás, seguro tú, perenne.”

Retiró él su pie, y de las murallas de la ciudad volviendo
torva su faz: “Lejos, ah, lejos los presagios tales”, dijo,
“rechacen los dioses, y mucho más justamente yo mi edad
como exiliado pase, que a mí me vean los Capitolios como rey.”

⁵⁹⁰Dijo y al instante al pueblo y al grave senado convoca,
antes, con todo, con un laurel de paz sus cuernos vela
y en unos parapetos hechos por soldado fuerte
se instala y a los dioses, según la primitiva costumbre, rezando:
“Hay”, dice, “aquí uno al que vosotros si no expulsáis de la ciudad
⁵⁹⁵rey será. Él, quién sea os indico, no por su nombre lo llamaré:
cuernos en la frente lleva. El cual a vosotros os delata el augur,
si a Roma entrara, que de fámulos unas leyes os ha de dar.
Él ciertamente ha podido por esas puertas irrumpir, abiertas,
pero yo me opuse, aunque más unido con él
⁶⁰⁰nadie que yo está. Vosotros de la ciudad a este varón vetad, Quirites,
o si digno fuera, atadle con pesadas cadenas
o poned fin al miedo con la muerte de ese fatal tirano.”

Cuales los murmullos que cuando atroz silba el euro en los arremangados
pinares se producen, o cuales los que los oleajes
⁶⁰⁵marinos hacen si alguien de lejos los oye a ellos,
tal suena el pueblo, pero a través de las confusas palabras
de ese vulgo que rumoreaba, aun así, una voz emerge sola: “¿Quién él es?”
y miran las frentes y los predichos cuernos buscan.

De vuelta a ellos Cipo: “Al que demandáis”, dice, “tenéis”
⁶¹⁰y quitándose de la cabeza, mientras el pueblo se lo impedía la corona,
exhibió, insignes de su gemelo cuerno, sus sienes.

Bajaron los ojos todos y un gemido dieron
y a aquella cabeza por sus méritos brillante —¿quién creerlo podría?—
contra la voluntad de ellos, vieron, y que ella careciera de su honor

⁶¹⁵sin poder ellos más allá soportar, le impusieron, festiva, una corona.
Mas los próceres, puesto que a los muros entrar a él se le veta,
tanto campo honorado a ti, Cipo, te dieron,
cuanto con un hundido arado, a él sometidos unos bueyes,
abarcar pudieras hasta el final de la luz desde su nacimiento
⁶²⁰y unos cuernos que repetían esa admirable forma
en las bronceas jambas esculpen, que permanecerían durante la larga edad.

Esculapio en Roma

Desvelad ahora, Musas, presentes númenes de los poetas,
pues lo sabéis y no os engaña a vosotras su espaciosa vejez,
de dónde que la circunfluida Isla del Tíber alto
⁶²⁵añadiera al Corónida a los sacrificios de la ciudad de Rómulo.

Una siniestra peste un día había corrompido del Lacio las auras
y pálidos se demacraban los cuerpos por causa de esa exangüe enfermedad.
De funerales cansados, después que los mortales intentos
ven que nada, nada las artes podían de los sanadores,
⁶³⁰auxilio celeste buscan y a la que tiene la tierra central
del orbe, a Delfos, acuden, a los oráculos de Febo,
y que con una salutífera ventura socorrer sus desgraciados
estados quiera y de tan gran ciudad las desgracias acabe, piden.
Tanto el lugar como el laurel y las que tiene él mismo, sus aljabas,
⁶³⁵temblaron al mismo tiempo, y el trípode devolvió desde lo hondo
del santuario esta voz y sus pavoridos pechos conmovió:
“Lo que buscas de aquí de más cercano lugar, Romano, hubieses buscado,
y búscalo ahora en más cercano lugar, ni de Apolo a vosotros,
que minore vuestros lutos, menester es, sino del nacido de Apolo.
⁶⁴⁰Id con buenas aves y a la descendencia acudid nuestra.”
Los mandatos del dios después que prudente oyó el senado,
qué ciudad honra, exploran, el joven Febeio,
y quienes busquen con los vientos de Epidauro los litorales envían.
Los cuales, una vez que con la encurvada quilla los tocaron los enviados,

⁶⁴⁵al consejo y a los griegos padres acudieron, y que les dieran,
les rogaron, al dios, el cual presente los funerales acabe
de la gente ausonia: certeras, que así lo decían las venturas.
Disiente y varía su parecer, y parte de negar
no considera el auxilio, muchos que retengan y
⁶⁵⁰que no envíen la ayuda suya ni sus númenes cedan aconsejan.
Mientras dudan, atardecida, expulsan los crepúsculos a la luz
y la sombra de la tierra había introducido las tinieblas al orbe,
cuando el dios en sueños, el Auxiliador, pareciendo que se detenía
ante el lecho tuyo, Romano, pero cual en su templo
⁶⁵⁵estar suele, y el cayado agreste sosteniendo con su izquierda,
que la melena con la derecha se abajaba de su larga barba,
y con plácido pecho que expresaba tales voces:
“Deja los miedos. Iré, y las imágenes nuestras dejaré.
Sólo en esta sierpe que mi cayado con sus anillos envuelve
⁶⁶⁰fíjate, y grábala en tu mirada hasta que reconocerla puedas.
Me tornaré en ella, pero mayor seré y tan grande pareceré,
en cuanto tornarse los celestes cuerpos deben.”
Al instante con su voz el dios, con la voz y el dios el sueño se va,
y del sueño a la huida la luz nutricia siguió.

⁶⁶⁵La posterior aurora había puesto en fuga a los constelados fuegos.
Inseguros de qué hacer los próceres hacia los templos
labrados acuden del buscado dios y en qué sede él mismo
morar quiera, que con señales celestes indique le ruegan.
Apenas si habían cesado cuando áureo de sus crestas altas
⁶⁷⁰en la serpiente el dios unos prenunciadores silbos lanzó,
y con la llegada suya su estatua y aras y puertas
y mármoleo el suelo y los techos áureos movió
y hasta su pecho sublime en la mitad del templo se apostó
y sus ojos llevó alrededor de fuego rielantes.
⁶⁷⁵Aterrada la multitud se espanta: reconoció sus númenes,
ceñido en sus castos cabellos por la venda blanqueciento, el sacerdote y:

“El dios, he aquí, el dios es. Con vuestros ánimos y lenguas favorecedle, todo el que asiste”, dijo. “Que seas, oh bellísimo, aparecido con provecho y a los pueblos ayudes que tus sacrificios honran.”

⁶⁸⁰Todo el que asiste al ordenado numen venera y todos las palabras del sacerdote repiten geminadas y, piadoso, los Enéadas le ofrecen en su mente y voz su favor.

Asiente a ellos, y con sus movidas crestas el dios ratificadas prendas, y repetidos dio silbos vibrando su lengua.

⁶⁸⁵Entonces por las escaleras nítidas se desliza y su rostro atrás gira y al partir se vuelve a contemplar sus antiguas aras, y sus acostumbradas casas y habitados templos saluda.

De ahí, por la tierra, de las flores a él echadas cubierta, ingente serpea y gira sus senos y por mitad de la ciudad

⁶⁹⁰tira, fortificados por un encurvado parapeto, hacia los puertos.

Se detuvo allí y el tropel suyo y de la multitud que le seguía el servicio con plácido rostro pareciendo que despedía, su cuerpo puso de Ausonia en el barco. De la divinidad él sintió la carga y hundióse del dios por la gravedad el casco.

⁶⁹⁵Los Enéadas se regocijan e inmolado en el litoral un toro las torcidas amarras sueltan de la coronada nave.

Había empujado una leve aura el barco. El dios sobresale en alto, y con su cerviz en ella impuesta, hundiendo la popa recurva, abajo contempla las azules aguas y con moderados céfiros

⁷⁰⁰por la superficie jonia, de la sexta Palántide en el nacimiento,

Italia alcanzó y por delante de los del Lacinio,

ennoblecidos por el templo de su diosa, y de los litorales Esciláceos pasa.

Deja atrás la Iapigia y con los izquierdos remos de las anfrisias rocas huye, por la derecha parte los rompientes celenios,

⁷⁰⁵y el Rometio recorre y Caulón y Naricia

y vence el estrecho y las angusturas del sículo Peloro

y del Hipótada las casas, del rey, y de Temese las minas,

y a Leucosia se dirige y los rosales del tibio Pesto.

De ahí recorre la Cáprea y el promontorio de Minerva
710y generosos de surrentino sarmiento esos collados,
y de Hércules la ciudad y Estabias y para los ocios nacida
Parténope y desde ella los templos de la cumea Sibila.

De aquí los calientes manantiales y portador de lentisco
se alcanza el Literno y arrastrando bajo su abismo mucha arena
715el Volturmo, y concurrida de nevadas palomas Sinuesa,
y las Minturnas graves y a la que sepultó su ahijado
y de Antífates las casas y Tracas sitiada de marisma
y la tierra circea y de denso litoral Ancio.

Aquí cuando los navegantes tornaron su velera quilla
720—pues áspero ya el ponto estaba— el dios despliega sus orbes
y mediante sinuosidades múltiples y sus grandes roscas deslizándose,
en los templos de su padre entra, que tocaban el rubio litoral.

La superficie aplacada, el Epidaurio las paternas aras
abandona y del hospedaje de la divinidad a él unida habiéndose servido,
725riberaña, con el arrastre de su escama crujiente surca la arena
y apoyándose en el gobernalle de la nave en la alta
popa su cabeza puso, hasta que a Castro y las sagradas
sedes de Latino y hasta las embocaduras del Tíber llegó.

Aquí de todo el pueblo por todas partes y de las madres y de los padres
730al paso la multitud se lanza y las que los fuegos, oh troyana Vesta,
guardan tuyos, y con alegre clamor al dios saludan,
y por donde a través de las enfrentadas ondas la nave rápida es conducida,
inciensos sobre las riberas, en aras por orden hechas,
por ambas partes suenan y aroman el aire de sus humos,
735y herida entibia la víctima a ella lanzados los cuchillos.

Y ya a la cabeza de los estados, de Roma había entrado a la ciudad:
se yergue la sierpe y en lo alto del mástil empinada
su cuello mueve y sedes para sí alrededor busca aptas.

Se escinde en gemelas partes, circunfluyente su caudal
740—Isla de nombre tiene— y por la parte de los costados ambos,

extiende iguales, en medio la tierra, sus brazos:
aquí desde el pino del Lacio la Febeia serpiente
se traslada y un fin, su apariencia celeste retomada,
a los lutos impuso y vino el Saludador a la Ciudad.

La apoteosis de Julio César

⁷⁴⁵Él, aun así, accedió a los santuarios nuestros como forastero:
César en la ciudad suya dios es, al cual, principal por su Marte
y por su toga, no las guerras más, finalizadas en triunfos,
y las hazañas en la paz realizadas, y la apresurada gloria de tales hazañas,
en constelación lo tornaron nueva y en estrella crinada,
⁷⁵⁰antes que su descendiente, pues de los hechos de César
ninguna mayor obra que el ser su padre subsiste de éste.
¿No es claramente más haber dominado a los marinos britanos
y por los séptuples cauces de los caudales del Nilo, portador de papiro,
vencedores haber llevado sus barcos, y a los númeridas rebeldes
⁷⁵⁵y al cinifio Iuba y de Mitridates henchido por los nombres
el Ponto el pueblo anexionar de Quirino,
y muchos haber merecido, algunos triunfos haber llevado,
antes que a tan gran varón haber engendrado? Con quien de presidente de los
estados
a la humana stirpe, altísimos, favorecisteis en abundancia.
⁷⁶⁰Para que no fuera éste, así pues, de mortal simiente creado,
a aquél dios de hacerse había, lo cual, cuando áurea lo vio,
de Eneas la madre, vio también que triste se preparaba
para el pontífice una muerte y que conjuradas armas se movilizaban,
palideció, y a todos, según a cada cual al paso salía, los divinos:
⁷⁶⁵“Contempla”, le decía, “con cuánta mole para mí se preparan
insidias y con cuánto fraude esa cabeza se busca,
la cual del dardanio Julio sola a mí me resta.
¿Acaso sola siempre seré hostigada por justos cuidados,
a quien ora del Tivida la calidonia asta hiera,

⁷⁷⁰ahora esparzan las murallas de mi defendida Troya,
quien vea a mi hijo por largos errares empujado
y ser zarandeado por el mar y en las sedes entrar de los silentes
y guerras con Turno hacer o, si la verdad confesamos,
con Juno más? ¿A qué ahora recuerdo las antiguas
⁷⁷⁵pérdidas de mi stirpe? El temor este acordarme de los anteriores
no me deja. Contra mí que se afilan veis criminales espadas.
Las cuales prohibid, os suplico, y tal fechoría rechazad, o no,
con la matanza de su sacerdote, las llamas extinguid de Vesta.”

Para nada por todo el cielo Venus ansiosa

⁷⁸⁰tales palabras, vierte, y a los altísimos conmueve, los cuales, romper aunque
los férreos decretos no pueden de las viejas hermanas,
señales aun así del luto dan, no inciertas, futuro.

Armas dicen que entre negras nubes crepitantes
y terribles tubas y oídos cuernos en el cielo

⁷⁸⁵presagiaron la abominación. Del sol también una triste imagen
lívidas ofrecía sus luces a las angustiadas tierras.

A menudo antorchas parecieron arder por en medio de los astros.

A menudo entre las borrascas gotas cayeron ensangrentadas.

Azul también, por su rostro, el Lucero de herrumbre negra

⁷⁹⁰asperjado estuvo, asperjados los lunares carros de sangre.

Tristes en mil lugares dio sus augurios el estigio búho,

en mil lugares lagrimó el marfil y cantos se dice

que se oyeron y palabras amenazantes en los santos bosques.

Victima ninguna aplaca, y de que acucian grandes tumultos

⁷⁹⁵la entraña advierte, y una cortada cabeza se halla en unas vísceras

y en el foro y alrededor de las casas y templos de los dioses

que nocturnos aullaban perros y que sombras de silentes

erraban cuentan, y que se movió con temblores la ciudad.

No, aun así, las insidias y los venideros hados vencer

⁸⁰⁰podieron las premoniciones de los dioses y empuñadas van

al templo las espadas, pues lugar alguno en la ciudad

para la fechoría y para ese siniestro asesinato no place sino la Curia.
Entonces verdaderamente Citerea con su mano se golpeó, una y otra,
el pecho, y al Enéada pugna por esconder en esa nube
⁸⁰⁵con la que antes Paris fue arrebatado al infesto Atrida
y Eneas de Diomedes había huido a las espadas.
Con tales a ella su padre: “¿Sola un insuperable hado,
hija, a inmutar te dispones? Entrar puedes tú misma en los aposentos
de las tres hermanas. Verás allí de envergadura vasta
⁸¹⁰de bronce y sólido hierro los archivos de las cosas,
que ni el embate del cielo, ni del rayo la ira,
ni temen ningunas, seguros y eternos, ruinas.
Encontrarás allí, tallados en acero perenne
los hados de tu estirpe. Los leí yo mismo y en mi ánimo los grabé
⁸¹⁵y repetiré, para que no seas todavía ahora desconocedora del futuro.
Éste los tiempos suyos ha completado, por el que, Citerea,
te afanas, al acabar, los que a la tierra debía, sus años.
Que de dios acceda al cielo y en templos se le honre
tú lo harás, y el hijo suyo, quien de sus nombres heredero
⁸²⁰llevará él solo esa carga impuesta y de su asesinado padre
a nosotros, suyos para las guerras, fortísimo vengador nos tendrá.
De él con los auspicios las murallas vencidas
paz pedirán de la asediada Módena, Farsalia lo sentirá a él,
y de nuevo se mojarán de matanza los ematios Filipos,
⁸²⁵y un gran nombre será vencido en las sículas ondas,
y de un romano general la esposa egipcia, en sus antorchas
no para bien confiada, caerá, y en vano habrá ella amenazado
que servirían los Capitolios nuestros al Canopo suyo.
¿A qué a ti la extranjería y los pueblos yacentes por uno y otro
⁸³⁰Océano he de enumerarte? Cuanto de habitable la tierra
sostiene de él será: el ponto también lo servirá a él.
“Paz dada a las tierras, el ánimo a los civiles derechos
tornará suyo, y leyes dará, su justísimo autor,

y con el ejemplo suyo la moral regirá, y de la edad
⁸³⁵del futuro tiempo y de sus venideros nietos vigilante,
el vástago de su santa esposa nacido que lleve al mismo
tiempo también el nombre suyo y sus cuidados ordenará,
y no, sino cuando con sus méritos haya igualado sus años,
las etéras sedes y sus emparentadas constelaciones tocará.

⁸⁴⁰Esta ánima, entre tanto, de su asesinado cuerpo arrebatada,
hazla tú luminaria, para que siempre los Capitolios nuestros
y el foro, divino, desde excelsa sede vigile Julio.”

Apenas ello dicho había cuando en medio de la sede del Senado
se posó la nutricia Venus, para nadie visible, y de su
⁸⁴⁵César arrebató a sus miembros y –sin permitir que en el aire
se disipara– su reciente ánima llevó a los celestes astros,
y mientras la llevaba, que luz cobraba y fogueaba sintió
y la soltó de su seno. Que la luna vuela más alto ella,
y llameante arrastrando de espaciosa senda una crin
⁸⁵⁰como estrella centellea y de su hijo viendo sus buenas obras confiesa
que son que las tuyas mayores y de ser vencido se goza por él.

Él los hechos suyos que se antepongan veta a los paternos,
libre la fama, aun así, y a ningunos mandados sujeta,
a él contra su voluntad antepone, y en esta sola parte le combate.

⁸⁵⁵Así, grande, cede a los títulos de Agamenón Atreo,
Egeo así a Teseo, así a Peleo venció Aquiles.

En fin, para de ejemplos a ellos semejantes servirme,
así también Saturno menor es que Júpiter;

Júpiter los recintos modera etéreos y del mundo triforme los reinos:

⁸⁶⁰la tierra bajo Augusto está. Padre es y soberano uno y otro.

Dioses, os lo suplico, de Eneas los acompañantes, a quienes la espada y el fuego
cedieron, y dioses Indígetes y padre, Quirino,
de la ciudad y del invicto Quirino padre, Gradivo,
y Vesta, de César entre los penates consagrada,
⁸⁶⁵y con la cesárea Vesta tú, Febo doméstico,

y quien tienes el alto Júpiter de Tarpeya los recintos,
y a cuantos otros para un vate justo apelar y piadoso es:
tardío sea aquel día y posterior a nuestra edad,
en el que la cabeza Augústea, el orbe que él modera abandonando,
⁸⁷⁰acceda al cielo y favorezca, ausente, a los que le rezan.

Epílogo

Y ya una obra he concluido que ni de Júpiter la ira ni los fuegos,
ni pudiera el hierro ni devoradora abolir la vejez.
Cuando quiera aquel día que en nada sino en el cuerpo este
jurisdicción tiene, el espacio de mi incierta edad acabe.
⁸⁷⁵Con la parte aun así mejor de mí sobre los altos astros,
perenne, iré, y un nombre será indeleble el nuestro,
y por donde se abre el romano poderío a sus dominadas tierras,
con la boca se me leerá del pueblo y a través de todos los siglos en la fama,
si algo tienen de verdadero de los poetas los presagios, viviré.

Índice de contenido

1.1-4	Invocación
1.5-88	El origen del mundo
1.89-150	Las edades del hombre
1.151-162	La Gigantomaquia
1.163-208	El concilio de los dioses (I)
1.209-243	Licaón
1.244-252	El concilio de los dioses (II)
1.253-312	El diluvio
1.313-437	Deucalión y Pirra
1.438-451	La serpe Pitón
1.452-567	Apolo y Dafne
1.568-624	Júpiter e Ío (I)
1.625-688	Argos
1.689-712	Pan y Siringe
1.713-750	Júpiter e Ío (II)
1.750-779	Faetón (I)
2.1-332	Faetón (II)
2.333-339	Clímene
2.340-366	Las Helíades

2.367-400	Cigno
2.401-532	Júpiter y Calisto
2.533-541	El cuervo
2.542-547	Apolo y Coronis (I)
2.548-554	La corneja; Nictímene
2.555-595	Las hijas de Cécrope
2.596-632	Apolo y Coronis (II)
2.633-675	Ocírroe
2.676-707	Bato
2.708-759	Áglauro, Mercurio y Herse
2.760-796	La Envidia
2.797-832	Áglauro
2.833-875	Júpiter y Europa
3.1-137	Cadmo
3.138-252	Diana y Acteón
3.253-315	Júpiter, Sémele y Baco
3.316-338	Tiresias
3.339-510	Narciso y Eco
3.511-581	Penteo y Baco (I)
3.582-691	Los navegantes tirrenos
3.692-733	Penteo y Baco (II)
4.1-54	Las hijas de Minias (I)
4.55-166	Píramo y Tisbe
4.167-270	Los amores del Sol. Marte y Venus. Leucótoe. Clitie
4.271-284	Las hijas de Minias (II)
4.285-388	Sálmacis y Hermafrodito
4.398-415	Las hijas de Minias (III)
4.416-542	Atamante e Ino
4.543-562	Las compañeras de Ino
4.563-603	Cadmo y Harmonía
4.604-662	Perseo y Atlas
4.663-771	Perseo y Andrómeda
4.772-803	Perseo y Medusa
5.1-235	Perseo y Fineo
5.236-249	5.236-249 Otras hazañas de Perseo
5.250-268	Pégaso
5.269-293	Pireneo
5.294-317	Las Piérides (I)
5.318-331	Metamorfosis de dioses
5.332-571	El rapto de Prosérpina
5.572-641	Aretusa
5.642-661	Triptólemo
5.662-678	Las Piérides (II)

6.1-145	Aracne
6.146-312	Níobe
6.313-381	Los paisanos licios
6.382-400	Marsias
6.401-411	Pélope
6.412-674	Tereo, Progne y Filomela
6.675-721	Bóreas y Oritía
7.1-158	Medea y Jasón
7.159-296	Medea y Esón
7.297-351	Medea y Pelias
7.351-393	Huida de Medea
7.394-452	Medea y Teseo
7.453-516	Minos y Céfalo (I)
7.517-660	La peste de Egina
7.661-686	Céfalo (II)
7.687-756	Céfalo (III) y Procris
7.757-793	El perro de caza y la fiera
7.794-862	Muerte de Procris
7.863-865	Céfalo (IV)
8.1-5	Céfalo (v)
8.6-154	Escila y Minos
8.155-182	El laberinto, el Minotauro y Ariadna
8.183-235	Dédalo e Ícaro
8.236-259	Perdiz
8.260-444	Meleagro y el jabalí de Calidón
8.445-525	Altea y Meleagro
8.526-546	Las hermanas de Meleagro
8.547-573	Teseo y Aqueloo (I)
8.573-610	Las Equínades; Perimele
8.611-724	Filemon y Baucis
8.725-884	Erisicton y su hija
9.1-88	Teseo y Aqueloo (II): Aqueloo y Hércules
9.89-97	Partida de Teseo
9.98-133	Hércules, Neso y Deyanira
9.134-272	Muerte y apoteosis de Hércules
9.273-323	Galántide
9.324-393	Dríope
9.394-449	Iolao y los hijos de Calírroe; rejuvenecimientos
9.450-665	Biblis
9.666-797	Ifis

10.1-85	Orfeo y Eurídice
10.86-147	Catálogo de Árboles; Cipariso
10.148-739	Canción de Orfeo
	10.148-154 Proemio
	10.155-161 Ganimedes
	10.162-219 Jacinto
	10.220-242 Las Propétides y los Cerastas
	10.243-297 Pigmalión
	10.298-502 Mirra
	10.503-559 Venus y Adonis (I)
	10.560-707 Hipómenes y Atalanta
	10.708-739 Venus y Adonis (II): muerte de Adonis
11.1-84	Muerte de Orfeo
11.85-145	Midas (I)
11.146-193	Midas (II): Febo y Pan
11.194-220	Fundación y destrucción de Troya; Laomedonte
11.221-265	Peleo, Tetis y Aquiles
11.266-345	Dedalión y Quíone
11.346-409	El ganado de Peleo
11.410-748	Ceix y Alcíone
11.748-795	Ésaco
12.1-38	La expedición contra Troya
12.39-63	La Fama
12.64-167	Aquiles y Cigno
12.168-209	Ceneo (I)
12. 210-458	La batalla de Lápitás y Centauros
12. 459-535	Ceneo (II)
12.536-579	Periclímeno
12.580-628	Muerte de Aquiles
13.1-398	Las armas de Aquiles
13.399-575	La caída de Troya
13.576-622	Memnón
13.623-642	El peregrinaje de Eneas (I): la partida de Troya
13.643-674	La hija de Anio
13.675-704	Coronas
13.705-729	El peregrinaje de Eneas (II): Sicilia
13.730-739	Escila (I)
13.740-897	Galatea, Acis y Polifemo
13.898-968	Escila (II) y Glauco

14.1-74	Escila (III), Glauco y Circe
14.75-90	El peregrinaje de Eneas (III): Italia
14.91-100	Los Cércopes
14.101-153	El peregrinaje de Eneas (IV): la Sibila
14.154-222	Aqueménides
14.223-307	Aventuras de Ulises
14.308-415	Pico
14.416-440	Canente
14.441-457	El peregrinaje de Eneas (V): el Lacio
14.458-511	Diomedes
14.512-526	El olivo salvaje
14.527-565	Las naves de Eneas
14.566-580	Árdea
14.581-608	Apoteosis de Eneas
14.609-621	Los reyes latinos
14.622-697	Vertumno y Pomona (I)
14.698-764	Ifis y Anaxárete
14.765-771	Vertumno y Pomona (II)
14.772-851	Apoteosis de Rómulo y Hersilia
15.1-59	15.1-59 Miscelo
15.60-478	Discurso de Pitágoras
15.479-546	Hipólito
15.547-621	Tages. La lanza de Rómulo. Cipo
15.622-744	Esculapio en Roma
15.745-870	15.745-870 La apoteosis de Julio César
15.871-879	Epílogo